DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS,

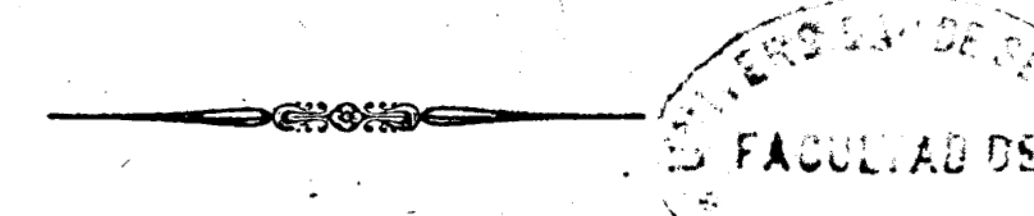
CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LAS NECESIDADES DEL SIGLO XIX:

POR EL Sr. RAYMOND,

PRESBÍTERO, CANÓNIGO HONORARIO DE LA SANTA IGLESIA DE MENDE, VICARIO GENERAL HONORARIO DE CHALONS Y SOCIO DE VARIAS ACADEMIAS.

Buscad primero el reino de Dios
y su justicia, y todo lo demas
se os dará de añadidura.

S. Lucas, capit. XIII, vers. 31.



MADRID: 1843.
Imprenta de D. José Felix Palacios.

INTRODUCCION.

En el hombre se resume la humanidad, como la sociedad en el indivíduo. Aquella participa de sus debilidades y de su fuerza, de sus necesidades y de sus progresos. Uno y otra tienen que recorrer diversos periodos: la infancia, la virilidad y la decrepitud. A medida que se suceden las generaciones, se reproducen en el mundo estas fases con caracteres idénticos y sin embargo diversos. En todos los siglos se parecen los hombres, en todos tiempos son hermanos respecto de sus pasiones y virtudes. No obstante cada siglo tiene sus caracteres distintivos y su particular tendencia. Son poco variados los problemas que plantea el pensamiento humano; pero su fórmula se modifica grandemente de edad en edad. Con mucho ingenio dice un escritor moderno: «Cada generacion vuelve á coger su tela de Penélope, y trabaja nuevamente en la misma armazon.» La vida de la humanidad, real en cuanto á su objeto, es especiosa en sus resultados.

¡A cuánta distancia nos hallamos de la edad media! El siglo en que vivimos, casi en nada se parece al que le precedió. Presenta al observador un caracter alternativo de poder y grandeza, de miseria y debilidad. Sentó el materialismo su tienda en el seno de la sociedad que formaron nuestros abuelos, y nosotros habemos sus obras.

Por haber entrado en las vias del espiritualismo, la filosofía contemporánea no nos ha libertado de la despreocupacion que nos legó la escuela del siglo XVIII. Pero el mal exige prontamente la aplicacion del remedio. No puede ocultarse á nadie que tres necesidades urgentes se manifiestan en las sociedades modernas, especialmente entre los franceses, con todo el sentimiento de su enerjía. Ha dejado el racionalismo tal vacío en las creencias, que solo la fé cristiana puede llenarle y poner término á las oscilaciones y á las dudas. En su esfera de actividad el entendimiento humano se ha extendido en tan vasta escala, y tomado tal vuelo la industria, que creciendo las poblaciones en límites proporcionales reclaman mas que nunca el *progreso.* Son tantos los hombres que no han recogido mas que errores y engaños, abatimiento y desesperacion de las vanas teorias que los habian seducido en las penosas y largas contiendas en que se han hallado comprometidos, que quieren en adelante órden y estabilidad, *paz y union.* En dictámen de los sugetos mas ilustrados y juiciosos de nuestra época, estas son las imperiosas necesidades de nuestro siglo. Mas de una vez se ha justificado su tendencia á las ideas religiosas, y nos complacemos en creer que la necesidad que de ellas siente, es el instinto de la vida que despierta con mas vigor en el corazon de los pueblos á medida de la mayor inminencia del peligro. El *positivismo* que ha dado en todas partes un impulso invasor á la industria, ocupa á no dudarlo á muchos entendimientos en hechos sensibles, é incita á la multitud á buscar una felicidad puramente material. Sin embargo los pueblos abren sus brazos á la vida de fé, de esperanza y de amor. Despues de haber embotado el filosofismo todas las armas del sofisma y de la ironía en las contiendas anti-religiosas, se habia dormido en la

indiferencia. A su furioso encono sucedieron el desden de su ignorancia y el orgullo de sus sistemas. Se ha destruido con sus propias manos: ha dejado vacío en todas partes, y los pueblos le piden repetidamente unas creencias que él no les puede dar. El mismo se ve obligado á remitir los pueblos á la fé, como las criaturas nos instan á aspirar á Dios cuando les pedimos la felicidad. Una poderosa voz parece que va á despertar de su letargo á la ciencia humana, y á impelerla como sin saberlo por la senda del catolicismo. Lo que en este momento pasa en el mundo, lleva al parecer por objeto el triunfo de aquel. En los lugares mas remotos á donde puede alcanzar nuestra vista, se nos ofrecen señales nada equívocas del retorno de las naciones á la doctrina católica, verdadera en sus creencias, pura en sus preceptos y santa en su culto. En muchas de aquellas domina el interés religioso hasta al interés político. En el seno de las sectas separadas de la comunion romana los entendimientos mas elevados principian tambien á agitarse. A vista del maravilloso edificio del catolicismo se postran públicamente de admiracion esperando el gran dia en que han de postrarse de admiracion y de amor á un tiempo mismo.

¡Cómo triunfa la religion católica en nuestras colonias orientales y occidentales, en la Persia, la Siria (1) y las Indias! Hace tan rápidos progresos en los Estados-Unidos, segun nos anuncian en el mismo instante que trazamos este cuadro tan consolador y lleno de esperanzas (2), que la mayoría de ellos será enteramente cató-

(1) Las violencias cometidas en la Siria en 1.° de octubre de 1841 por los drusos contra las poblaciones cristianas han hecho salir mas brillante á la iglesia del abismo en que se creia haberla sumergido.

(2) 22 de mayo de 1841.

lica antes de un siglo. La América y los hijos de Mahoma en el clima ardiente del Africa, saliendo ya de su apatía, marchan aceleradamente hácia el catolicismo. El último combate se está dando en el seno de la Europa. No..... la iglesia no perecerá en él. Si la Prusia desconoció por un momento sus derechos en la ilustre persona del arzobispo de Colonia; ya acepta con sumision todo lo que determina el soberano pontífice, y acoge reconocida al coadjutor (1) que este ha designado. Si abusando de su numérica fuerza el consejo de Argovia, de un solo golpe destruyó ocho monasterios, y quitó á sus moradores mas de diez millones; desde el Rin hasta el Leman, desde los confines de Italia hasta las fronteras de la Francia no se ha oido mas que un grito unánime de reclamacion contra aquella parte de la confederacion helvética, que sembró la desconfianza entre los hijos de una misma patria, y separó corazones que jamás debieron desunirse, resucitó los odios religiosos, y preparó la tea de la guerra civil. Si la España se despedaza porque ha olvidado al Dios de sus padres; tambien de lo alto del Vaticano ha descendido fuerte y majestuosa la voz del sucesor de Pedro; y ¿cuántas lenguas no han protestado contra el abuso de un poder mal entendido y contra los horrores de la impiedad y de la anarquía? Si el autócrata de Rusia asegura diariamente sus conquistas sobre el patrimonio de la religion católica; ¡cuántos generosos atletas se oponen enérgicamente á sus invasiones! Oimos los gemidos de la Polonia obligada continuamente á defender su fé de toda clase de perfidias. A pesar de que toda la habilidad británica no puede lograr encubrir los esfuerzos de su propaganda; y la ambicion de su zelo bíblico á la par que de su diploma-

(1) El ilustrísimo Geissel.

cia es cosa confesada por todo el mundo; no tememos afirmar que es muy gloriosa la perspectiva del catolicismo en la misma Inglaterra, en Escocia y en Irlanda. Es verdad que el aumento progresivo del cisma griego es un peligro amenazador para el Austria; pero sus veintisiete millones de católicos no pueden bajar la cabeza al yugo del czar. Tan envanecidos estan de pertenecer á la iglesia, que envidian la preciosa mision que ha tomado sobre sí la Francia, de fijar nuevamente la cruz en el suelo de Africa. Todos los monasterios católicos estan florecientes en la Baviera y en la Holanda. La Italia y el Portugal son el fanal del universo en este instante en que se manifiestan señales de conversion en el seno de todas las sectas cristianas. Pero donde se siente con mas ahinco la necesidad de la influencia religiosa, es en la mas bella porcion de la Europa, eje en que se apoya todo el sistema social. Mejor tal vez que en ninguna parte comprendemos en Francia, *siempre* orgullosa de llamarse el reino *cristianísimo*, que el estado necesita una religion, el pueblo creencias, y la sociedad un culto; pero una religion, unas creencias y un culto que liguen realmente á los hombres á sus respectivos deberes, y que por tanto tengan en su favor la sancion divina. De dia en dia viene la ciencia á rendir mas patentes homenajes á la iglesia, y las mas elevadas inteligencias quieren que en adelante edifique aquella en vez de destruir, y que en lugar de negar afirme. Recibese con aceptacion la lengua apostólica: apiñanse los corazones en derredor de los púlpitos, y muchos y denodados campeones, recobrando todas las impresiones de fé, no temen en su nombre triunfar completamente del mundo. A estos generosos corazones pertenece enarbolar el estandarte reparador de la fé y de las virtudes cristianas enmedio de la indiferencia y

corrupcion que nos rodean. Hay entendimientos reputados por muy juiciosos, que vislumbran un resultado opuesto al que otros muchos entreven de los progresos triunfantes de este conjunto de ideas y de hechos, á que llaman moderna civilizacion. El mas indisputable y general, sobre todo en Francia y en algunos otros reinos donde domina todavía el sensualismo, seria el debilitamiento de la fé y la esclavitud de la iglesia.

No pueden olvidarse estas memorables palabras del señor conde de Montalembert, pronunciadas en la tribuna en mayo de 1842. «En nuestros dias se ha ensanchado infinitamente la esfera de las agitaciones humanas: se han confundido y condensado en un círculo único é indefinido todos los focos en que en otro tiempo se dilataba la energía de los grandes corazones; mas por una deplorable compensacion cuanto mas se ha agrandado la esfera de actividad y de influencia, mas han degenerado tambien los hombres llamados para figurar en ella; mas se han rebajado los caracteres; mas se han apocado las almas.» Otros habian afirmado que cuando el apostolado católico, para cumplir la dificil mision que le fue cometida enmedio de los grandes centros de la civilizacion moderna, examina el estado religioso y moral de la sociedad, le acontece á veces experimentar las vivas angustias de una tristeza profunda. El docto señor de Ravignan (1) decia poco há: «Parecele que asiste á un espectáculo de descomposicion y de muerte, y contempla inmensas ruinas.» En cuanto á nosotros, si nos es lícito emitir nuestra opinion sobre este punto, diremos que la tendencia de los pueblos á las ideas religiosas, no menos que los males á que estan expuestos, revelan á los ojos menos perspicaces la urgente necesidad de fé para nuestra época. Los

(1) En su última conferencia de 1841 en la catedral de París.

mas temibles, y aun podremos decir los únicos verdaderos enemigos de la iglesia, son la ignorancia, el orgullo y la concupiscencia. Hablando de la religion dijo un grande hombre: «Poca ciencia aparta de ella: mucha ciencia conduce á ella (1).»

No disputaremos á nuestro siglo que ha hecho infinitos progresos en las ciencias, letras, artes é industria. El gran movimiento que precipitó á unos pueblos sobre otros cerca de medio siglo há, produjo asombrosos resultados. El pensamiento comunicado por los aires ha aproximado á las naciones: dilatada el agua por el fuego ha triunfado de los tiempos y de las distancias; y la industria se ha provisto de alas. Lo que tenemos que sentir es la carencia de nociones profundas y exactas respecto de los principios religiosos. Aun la porcion mas ilustrada de nuestro siglo desconoce mas de lo que se piensa la verdadera doctrina del catolicismo. El profundo desprecio de la fé que la mayor parte de nuestros sabios hallaron en el mundo á su entrada en la carrera de la vida, la superioridad del talento y los brillantes triunfos conseguidos les han persuadido de que no era digno de ellos ni aun averiguar los motivos por qué se habia creido en los tiempos añejos, y han desdeñado un estudio que les parecia poco importante. Ha habido una complacencia en repetir que la filosofía materialista é incrédula ha desaparecido, y que ha pasado su reinado. Estamos lejos de negar que ha principiado una era nueva para la filosofía en el siglo XIX. Es satisfactorio para nosotros hallar esta ocasion de pagar un justo tributo de elogios á los hombres de alta inteligencia, que han hecho á la ciencia efectivos servicios. A la filosofía de la sensacion de Loke y Condillac sustituyó el señor Ro-

(1) Bacon.

yer-Collard la filosofía escocesa. Luego bajo la bandera del señor Cousin, que dió el primer impulso y abrió el camino, y de los señores Jouffroy, Damiron, Michelet, Lherminier, Guizot, Pedro Leroux, Salvador y Strauss, hemos visto propagarse *el racionalismo ecléctico, humanitario, hermesiano*: sistemas mas ó menos empapados en el espíritu del panteismo. Los límites de un prólogo y el objeto principal que en él nos proponemos, no nos permiten exponer ni refutar estas diferentes teorías filosóficas: nos reservamos hacerlo completamente en el cuerpo de la obra. Bastanos indicar aquí el mal en la moderna tarea de los entendimientos. La tendencia es á emancipar la razon humana del yugo de la fé: claramente *el orgullo*, y perdonesenos la expresion. El hombre no quiere dar oidos mas que á sí propio: limitado por el estrecho horizonte de sus pensamientos se resiste á la dependencia del supremo ser, y no quiere soberano superior á su razon y libertad. Disputa á Dios el derecho de cautivarle con el yugo de las verdades reveladas, y no quiere recibir de él ni luz, ni sabiduría. La ecléctica en lugar de escoger todo lo mezcla y confunde: su doctrina es el sí y el no, lo verdadero y lo falso, aceptados con igual indiferencia, es un incomprensible escepticismo (1). La filosofía *humanitaria* saluda á la religion futura y los inmensos progresos de la humanidad, porque en lo presente no quiere nada finito nada positivo, nada superior á los extravios de su pensamiento: anda buscando siempre sin hallar jamás. Fatigada de las oscilaciones de la duda vie-

(1) «No excluir nada, aceptarlo todo, comprenderlo todo, esto es propio de nuestro tiempo,» decia el señor Cousin hablando de las doctrinas religiosas. Cousin *tomo* I *de Filos.*

ne á ser un juguete, engañado con grandes y hermosas sentencias. El hermesiano de las orillas del Rin nada explica por explicarlo todo, y suprime la fé para llegar á la soberanía de la razon. En todas partes se ven doctrinas que se han declarado independientes de Dios, y que andan errando en las regiones profundas de las tinieblas como antorchas azotadas por el viento y que se apagan en la borrasca. Si del recinto de la filosofía pasaramos al anchuroso campo de la literatura de nuestra época; no podriamos menos de hacer notar á nuestros lectores la reproduccion de estos diversos sistemas filosóficos, presentados con los mas ricos colores de una brillante imaginacion (1). El periodo de los tiempos que recorremos, es sin duda una de las épocas mas grandes del entendimiento humano por la variedad de las producciones literarias. En este punto poco tiene que envidiar á los siglos de oro de Alejandro, de Augusto, de los Médicis y de Luis XIV. Todos los géneros de literatura reciben en Francia culto de los ingenios; y la rodean con su influencia las ciencias y las artes salidas de la sociedad para embellecerla. Gloria y honor á los hábiles escritores, que habiendo excavado entre los escombros de cetros rotos y templos derribados hallaron los vínculos que en vano se habia intentado destruir. Honor y gloria á los historiadores, publicistas y poetas que se distinguen por la investigacion de lo verdadero y de lo bello. Su nom-

(1) En el año de 1841 se han publicado trescientas treinta y seis colecciones de obras poéticas: casi todas parecen vaciadas en el mismo molde: árido escepticismo, existencia cansada, frente abatida, corazon consumido. Cualquiera diria que sus autores no saben ya qué partido tomar, y gimen del funesto prosaismo que domina la época. (*Universo religioso* del 22 de mayo de 1842).

bre quedará grabado en la columna de los siglos. Pero habiendo entrado la Europa en un sistema mas lato de ideas sociales, es la parte del mundo que mas se ha unido por las conquistas de la inteligencia. Aplican á las necesidades de sus diversos pueblos la mayor generalidad de miras y pensamientos que cambian y reunen todas las partes de la ciencia. Sin embargo debemos confesarlo, esta grande fuerza de la razon general, en Francia, en Alemania y en Italia, ha exaltado la sensibilidad, excitando el pensamiento de todos modos, mas bien que reunido las inteligencias á las verdaderas tradiciones de los tiempos pasados. Estamos habituados á no sorprendernos de nada, y no hallando en las realidades que nos rodean, cosa capaz de admirarnos, solicitamos la vida ideal. A veces le pedimos mas de lo que tiene, y á nuestras facultades mas de lo que pueden. Entre tantas formas como desaparecen, tantos rumores que se alejan, y tantas mudanzas que se olvidan; en el perpetuo cambio de personas y cosas de que somos testigos, nos entretenemos alguna vez en divagar en los delirios de inciertas contemplaciones, en vivir de ilusiones, en extasiarnos, y en nadar en vagos y fugitivos afectos, en los espacios incomprensibles del pensamiento. Y de aquí procede el encanto de una nada cubierta de adornos, de esas frivolidades brillantes, de todas esas bellezas artificiales y falsas que no há mucho amenazaban arrastrar á la mayor parte de nuestros ingenios consumidos por la melancolía de un deseo sin esperanza. De aquí la exaltacion romántica, enriquecida con los tesoros del género sentimental, y extraviada de uno y otro pensamiento como las olas murmurando vagamente en sus indecisas emociones: de aquí ese romanticismo religioso, dolencia característica de nuestra época (¡tiene tan íntima conexion con el racionalismo!). En tanto que

se pondera la religion natural con cierto aire sentimental que seduce á los que se paran en las apariencias; con el arma de esa fina y delicada ironía, que todo lo encienta sin penetrarlo, y que á todo se resigna sin aplaudir nada, se arrebata á la moral su sancion, y se la despoja del sello que testifica su legalidad; ó si no, desconociendo las causas providenciales, el lógico enlace y la correlacion de los sucesos entre sí, se detienen en analizar solo los hechos, y entre lo pasado de que se reniega, y lo porvenir que no cede á sus votos, se escoge la ancha y terrible senda del escepticismo. Este es el mal en toda su desnudez. ¿Y cuál será el remedio? La sumision del hombre á Dios por medio de la fé: sin esta la ciencia hincha y trae en pos de sí la exaltacion de las pasiones. Por otra parte es muy necesario que Dios reine, y no puede reinar en los entendimientos sino por la fé.

Otra necesidad de nuestra época es el progreso. Cualquiera que sea la materia de que se trate en el dia, y bajo cualquier aspecto que se la considere, se agita en el fondo una inevitable cuestion, que anima á los mas tibios y provoca la discusion; la cuestion del progreso. En todas partes se oye repetir que se quiere hoy que el hombre se ilustre, y que los intereses materiales tomen nuevo impulso. Por nuestra parte declaramos en alta voz que no somos ni queremos ser partidarios del obscurantismo. Aplaudimos de todo corazon los esfuerzos de nuestro siglo que adelanta á la par todas las ciencias humanas, porque honran al hombre é ilustran la patria. Siempre admiraremos en sus perseverantes investigaciones á los hombres ingeniosos que consagran sus laboriosas vigilias á las especulaciones del pensamiento humano. Pero amargamente deplorariamos que gastasen su vida en tareas que fuesen nulas en la realidad, por mas brillantes que pareciesen sus resultados.

Importanos pues definir bien lo que nosotros entendemos por progreso. A nuestro modo de ver, el progreso es la natural gravitacion, por la cual los hombres y los pueblos deben propender á acercarse á la inmóvil y eterna verdad, que es *Dios.* Asi para la inteligencia el progreso es la perfeccion del humano entendimiento, que se arroja hácia la verdad infinita valuada bajo diversos conceptos. Para la sociedad el progreso es todo adelantamiento de la especie humana, que se llama en la historia civilizacion. En nuestro juicio para que haya efectivamente progreso social, es necesario que se esfuerce la sociedad para acercarse á Dios en sus instituciones humanas y en todas las formas variables de su existencia. Asi resumimos el progreso social en la civilizacion cristiana, cuyo principio está en la caridad y los deberes grandes que impone. Hacer á los hombres mejores y mas cristianos, dirigir ordenadamente la inteligencia humana y la industria en sus pacíficas conquistas, es trabajar para la perfeccion social. Sin duda esta aclaracion será suficiente para que nuestros lectores se persuadan de que no entendemos el progreso en el sentido de los filósofos contemporaneos, cuyos principios trataremos de exponer claramente para juzgarlos sin exageracion. No decimos pues con el señor Cousin, á quien debe atribuirse el honor del movimiento filosófico de nuestro siglo: que el error no es otra cosa que una verdad incompleta. El error es una pura negacion, opuesta á la verdad lo mismo que la nada al ser, y el bien al mal. Asi es que para nosotros la ley del progreso intelectual no consiste en el sucesivo predominio de ideas exclusivas que deben desaparecer despues de recorrer su periodo; sino en el movimiento ascendente del entendimiento humano hácia la invariable y eterna verdad. El señor Lherminier, saltando el círculo en que el señor Cousin

encierra el progreso, y del cual no se puede pasar, ha proclamado la perfectibilidad indefinida (1). Por muchos que sean los esfuerzos del hombre para adelantar, siempre irán á estrellarse en un límite que no le es posible traspasar, el espacio inmenso que media entre lo infinito y lo finito. No puede suponerse que entendemos el progreso al modo de los sansimonianos: la sensatez pública los ha juzgado, y han muerto despues de arrebatar la admiracion durante unos dias de delirio. Creyendo en la vida futura distinguimos el bien del mal, y no limitamos el progreso á una simple organizacion material. Nos guardaremos muy bien de seguir al señor Pedro Leroux á las nubes á que se remonta temiendo alimentarnos con fantasmas; antes nos permitirá que enunciemos una verdad conocida de los antiguos por mas que él diga: el hombre es perfectible; la sociedad humana es perfectible. Pero no afirmaremos jamás como él que el progreso es *una serie incesante y continua de perfecciones* (2). No, no podemos admitir en el mismo sentido la perfectibilidad indefinida de la naturaleza humana y la propiedad ilimitada sobre todos los seres. Dejemosle marchar solo y arrogante á la conquista de una utopia (3), mientras llegamos al punto en que trataremos de explicarnos. Feliz él si las nubes en que vuela no se condensan alguna vez en tan terrible forma, que produzcan borrascas. Con mucha mas razon no nos juntaremos á aquellos filósofos, historiadores, poetas ó especuladores políticos, que piden al tiempo venidero no sabemos qué nuevo cristianismo, que segun ellos corresponderia á la

(1) Tomo II, pag. 255.

(2) *Libro de la humanidad*, tom. I, pág. 180, 188.

(3) Condorcet dicen que esperaba que á fuerza de perfectibilidad llegariamos á no morirnos.

necesidad que experimentan de rejuvenecerse y repararse. Cada uno quiere formar una religion, y todos no pueden producir un error. Se toma y se deja: se confia en los pensamientos de la mañana, si no es en los sueños de la noche: á veces tambien sueñan despiertos y en pie, y luego todo se convierte en humo y se disipa como este. Que las obras del hombre sean variables, y admitan progreso, no nos sorprende; pero ¿quién puede introducirle en la obra de Dios? El carácter de toda doctrina puramente humana es la variacion, la mudanza. Nacer, variar y luego morir es la condicion natural del hombre y de sus obras: el carácter divino es enteramente opuesto, ni variar, ni morir. Asi el catolicismo es el único que no consiente innovaciones. Inmutable enmedio de la perpétua instabilidad de las doctrinas humanas permanece siempre el mismo y sobrevive indestructible á todas las vicisitudes. El catolicismo es lo que ha sido hasta nuestros dias, y lo que será hasta el último instante en que se cierren los anales del mundo. No concebimos nada mas desgraciado que la presuncion de ciertos entendimientos, que quisieran acomodar el catolicismo á los sistemas y caprichos de cada siglo, como si pudiese la eternidad plegarse á los tiempos, y arreglarse lo infinito por lo finito. La iglesia católica prosigue su carrera por entre los siglos: invariable enmedio de la fluctuacion del entendimiento humano no deja de fecundar con su genio inmortal todas las transformaciones sociales que el curso de los siglos acarrea. Asi vemos con qué solicitud acude diariamente á santificar con su consagracion los productos de la industria. Que se abran nuevos canales: que se unan las orillas de los rios por medio de puentes colgantes: que se boten al mar nuevas máquinas de vapor ó que surquen la tierra: que desaparezcan las separaciones y que se acorten

las distancias: que el pensamiento sea rápido como el viento y fecundo como la naturaleza: que florezcan las ciencias y las artes; eso es lo que quiere nuestro siglo y lo que sanciona el catolicismo con todo su poder.

Habiéndonos explicado suficientemente bajo este respeto, no nos queda ya sino hacer constar una de las necesidades de nuestra época. La naturaleza del hombre y el estado de civilizacion de las sociedades modernas propenden incesantemente hácia el progreso material, intelectual y social. Examinemos todas las clases, penetremos en todas las moradas, preguntemos á las diversas edades de la vida: en todas partes oiremos hablar de algun objeto que excita la curiosidad de los hombres. Busca uno desconocidas plantas: otro nuevas estrellas que nombrar: el economista procura descubrir las mas secretas leyes de la naturaleza, y el político resolver los principales problemas de la organizacion social: suspira el navegante por costas no exploradas aun, y el escritor trabaja para comunicar al sentimiento y al pensamiento nueva fuerza; y el oido atento trata de combinar sonidos que puedan producir efectos hasta el dia inauditos. Todos aspiramos al progreso; y la pregunta ¿qué hay de nuevo? se repite de boca en boca en toda la tierra. Para satisfacer la avidez de la ciencia que es una de las mas ardientes pasiones de la naturaleza, el hombre desde el alto trono en que le colocó la mano de Dios, pregunta á las naciones destruidas, y levanta de sus ruinas en el mundo de la historia las ciudades é imperios que el tiempo se ha tragado. Penetra con el hilo de la analisis en la mano el laberinto del pensamiento, sondeando sus mas sinuosas revueltas: las sigue en sus combinaciones y explanaciones, y se vale en estas escursiones á los datos del mundo físico de los recientes descubrimientos como escalones para aspirar á

nuevos resultados. Repetimos sin cesar la palabra progreso. En la acepcion que le hemos dado, es una de nuestras necesidades: le creemos propio de esta época: asi nos atrevemos á reclamarle para nuestro siglo.

Otra necesidad de nuestra época es la tolerancia para con nuestros semejantes, el apoyo mútuo, un espíritu de fraternidad y de union; expresiones diversas cuyo sentido se resume en estas dos sublimes palabras, caridad y amor. Se ha dicho, y con justa razon, que se engañan de un modo muy extraño aquellos que no ven revoluciones sino en los violentos cambios de los diferentes gobiernos mas ó menos tutelares del órden público y de la seguridad individual. Estos torbellinos, cuyos anchos contornos arrastran los hombres y las cosas, derivan de la propagacion de las doctrinas irreligiosas. Digamoslo con mas precision; son las rigorosas consecuencias de la rebelion de la razon contra la fé, de la rotura de los anillos de aquella misteriosa cadena, que reune todas las potestades morales desde la autoridad paterna hasta la omnipotencia divina. Desde entonces se rompe el freno de las costumbres y aparece la licencia: la sátira lanza á todas partes su mortal aguijon, y nada hay sagrado que ella no acometa. Religion, gobierno, leyes, honor, deberes, virtud, todo se presenta como problemático Esta es la causa de esas conmociones sociales que ha experimentado el mundo; de esa desazon que sentian no há mucho diversas naciones; de esas intestinas divisiones entre los miembros de la gran familia, á quiénes la comunidad de sentimientos y de intereses no debia inspirar mas que un solo deseo, el mantenimiento del órden y de la prosperidad del pais; de la exasperacion de los ánimos, de esa habitual murmuracion, de esas reciprocas desconfianzas, cuyos motivos parece que no pueden justificarse por nada entre noso-

tros. Sin duda la filosofía del siglo XIX ha enarbolado otra bandera que la del precedente; pero los sentidos no han abdicado su humillante imperio. El sensualismo se enseñorea todavía de muchos entendimientos, porque domina muchos corazones. Se han llegado á juntar los errores del raciocinio á las pasiones desordenadas, y organizar la corrupcion conciliándola con *no sé qué* ideas religiosas; por fin se ha proclamado abiertamente la rehabilitacion de la carne. El hombre educado en la escuela del racionalismo no ha tenido mas que un pensamiento libre y desordenado é inclinaciones indomables. El vicio ha pasado á ser hábito en él: se han roto y como desconocido los vínculos de familia: la medida de los progresos obtenidos ha sido las maquinaciones tenebrosas y los motines. En vano han ensayado los partidarios de S. Simon, de Fourrier y de Owen la transformacion social de las clases laboriosas. Mas estas sectas, al paso que querian cambiar las bases sociales civiles é industriales de la sociedad, sin echar de ver que su reforma puramente industrial implicaba el uso de las fuerzas de las pasiones, han tratado de edificar fuera del terreno de la fé, y no han contado para nada con la reforma moral de la multitud: asi es que su edificio se ha arruinado. Las sociedades secretas, los regicidios, las asonadas, Fieschi, Pepin, Morey, Alibaud, Meunier y Darmes, quedan solos para dar testimonio á todos los siglos de la aparicion de esas funestas doctrinas que propenden á trastornar toda organizacion social, invistiendo con la omnipotencia á una voluntad emancipada de los principios reguladores. Muy dificil seria para nosotros enumerar todos los libros, libelos, folletos y periódicos que aparecen todos los dias para extraviar á los pueblos, haciéndolos artífices de su propia ruina. Parece que tomando prestada la voz de la razon se su-

bleva á las mas fogosas pasiones: á nombre de la humanidad que sufre, se proclama la rebelion: en nombre de los derechos del hombre se sanciona la expoliacion: con los derechos de la inteligencia en los labios se excitan en la multitud instintos de la fuerza brutal; y á nombre de la fraternidad evangélica se apela al odio y á la venganza. Afortunadamente si la depravacion y el escepticismo tienen secuaces, la verdad y la moral cuentan tambien con sus apóstoles. Mas allá de la atmósfera de sociedad política, en que se refugia la parte menos activa de la sociedad, se encuentran hombres animosos, firmes en el bien, y confiados en la Providencia. Asi no puede negarsenos que la generacion actual, cansada de esas vanas utopias que han aclimatado el error; y de esas quiméricas abstracciones que á tantos engañaron, harta ya de proyectos hipotéticos, quiere una doctrina aplicable á las relaciones de la familia y de la sociedad, inspiraciones fecundas de que pueda la humanidad recoger todos los frutos. No quiere mentiras, sino la verdad, convicciones para su entendimiento, goces suaves para el corazon, todo aquello en fin que pueda llenar la necesidad que tiene de alcanzar unidad y descanso.

Despues de estas observaciones que nos han parecido propias, tanto para sentar las verdaderas necesidades de la sociedad en el siglo XIX, como para fijar el sentido en que nosotros tomamos estas tres palabras, *fé*, *progreso*, *union*, capaces de recibir acepciones diversas; es imposible la ilusion y sería indisculpable cualquiera crítica que se nos dirigiera. Ya no nos queda mas que tratar de demostrar los medios de proveer á estas tres necesidades, y atraer las opiniones divergentes á estas convicciones si podemos. Tal es la dificil cuanto honrosa tarea que ha caido en suerte á nuestra pequeñez. Es sin duda un combate; pero un combate en el que no vemos otro

contrario que el error, sin que nada pueda debilitar jamás el amor que profesamos á todos nuestros hermanos. Hemos experimentado con bastante frecuencia que no es imposible terminar felizmente estas lides con la franqueza al exponer su pensamiento y la mesura en las expresiones. Estas armas serán hoy, como siempre, las nuestras, y con ellas vamos á tratar el grave asunto que absorve nuestra atencion. En vano hemos estudiado y profundizado los diferentes sistemas filosóficos y de economia social que campean en primera fila en el mundo científico. No hemos podido descubrir en ninguno de ellos el verdadero manantial de donde debe salir el elemento reparador de nuestras agotadas fuerzas. Parécenos que este sale, como el fruto de la semilla, de un elemento enteramente divino, del *catolicismo*. Acaso esta proposicion sorprenda á aquellos que han podido decir formalmente y con notable tono de sensibilidad: que la debilidad y la grandeza del catolicismo consistió en querer atender á todas las necesidades del hombre (1). Quizá excitará la delicadeza de los que acusan la verdad del cristianismo de haber adoptado como tema favorito y cosa convenida que el hombre nada alcanza con su razon, y que sus pensamientos son lo mismo que un mar embravecido, cuyo solo puerto es Jesu-Cristo (2). Tal vez se verán obligados á concedernos la justicia que se nos debe, si antes de aventurar un elogio ó censura se colocan en cierto modo en el centro de nuestros pensamientos para penetrarse desde allí del conjunto de ellos y juzgar de su trascendencia.

No vamos á ultrajar la razon humana, antes bien

(1) El señor Michelet. *Prefacion de las Memorias de Lutero.*

(2) El señor Carlos de Remusat: *Ensayo de filosofia.*

á justificar sus derechos. Aunque sin duda imprescriptibles, no pueden menoscabar la fé, cuyos beneficios vamos á proclamar. No cesa de repetirse que el catolicismo es obra de los hombres, y que pasó su tiempo: que es un plan pobre, una supersticion, un hecho vulgar, incoherente que no se puede sostener á la faz de la ciencia. Dícese que se ha agotado el manantial de sus inspiraciones.

Ha habido una complacencia en representarle como un hecho solitario, fuera del cual se consuma todo progreso. Esforzándose por establecer un fatal antagonismo entre él y la perfeccion material de los pueblos, se ha procurado persuadir que es el enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio; y no se han escaseado las acusaciones de intolerancia y de egoismo contra él.

Dando valor á ciertas consideraciones de interés actual cuyo alcance se extiende á lo pasado lo mismo que á lo venidero, probaremos el hecho divino del catolicismo. Procuraremos demostrar que lejos de ser una rémora nos impele á marchar hácia adelante: que engrandece el pensamiento del hombre y dilata su corazon: que en vez de detener el carro de la civilizacion ha continuado siendo el principio de la mas elevada perfeccion material y social: que su espíritu es esencialmente un espíritu de paz, de tolerancia, de caridad y de union.

No, el estandarte del catolicismo no es una bandera de division, ni de odio, sino de reunion y amor. No hay que quitarsela á un partido para darsela á otro: debe quedarse donde está, en el centro de todos los campamentos, y reunirlos por los lados en que tienen puntos de contacto, por la conciencia, y la fé. Todos ellos pueden ver el límite que los separa de él, y enterarse de los poderosos motivos que hay para traspasarle.

Cuando se conoce bien la verdad católica, es tan sencilla, tan bella, tan razonable, que proporciona al alma fiel la mas íntima y verdadera felicidad. ¡Cómo la echa uno de menos sin querer cuando está separado de ella! porque deja en el alma un vacio inmenso. Casi bastaria aborrecer la turbacion para volver á ella. ¡Qué felices seriamos si alguna alma agitada se dedicase á amarla otra vez! Ya hemos manifestado el objeto de esta obra, que es interesante por su oportunidad. Dedicada á todas las clases, á todos los estados, á todas las edades, nos atrevemos á recomendarla mas especialmente á la juventud de hábitos formales y tan rica en esperanzas, como un testimonio de zelo y una prenda de amor. Sin omitir nada en la eleccion de pruebas, no consistirá en nosotros si su estilo tan distante de la afectacion como de la trivialidad no reuniere la gracia á la sensibilidad. Procuraremos no olvidar ninguna de las formas capaces de conciliarle interes. La escolástica no nos ha parecido que le convenia. En sentir de los hombres juiciosos la mejor defensa del dogma católico y de la fé toda entera consiste hoy en una exposicion fiel, clara y fuerte de los principios que constituyen uno y otra.

Para alcanzar el fin que nos hemos propuesto, bastará considerar la constitucion del catolicismo en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas. Pasando despues á los estudios históricos para discutir los hechos, terminaremos con el juicio de la filosofía del siglo XIX, de las principales disidencias de culto y de los diferentes sistemas de economia social de nuestra época. Estas últimas consideraciones se dirigirán á demostrar que estos varios elementos de organizacion social estan en poca armonía con las necesidades manifiestas del siglo actual. Felices nosotros si podemos lograr reunirlos á los verdaderos principios de que dependen

la salvacion de los pueblos y la prosperidad de los estados.

En un cuadro tan estrecho y donde la vista abarcará tan extensa heredad, podrán sin duda escaparsenos algunos ramillos del árbol de la ciencia, y otros se cogerán incompletamente: si no salimos bien, á lo menos que se tengan en cuenta nuestros esfuerzos. Nuestras faltas no serán inútiles á quien intentase rectificar la obra; y si no nos fuese dado á nosotros mismos repararlas, con gusto dejariamos á manos mas hábiles un cargo que sobrepujaria á nuestras fuerzas. Bastante dichosos nos consideramos en presentarnos hoy á decir á nuestro siglo palabras de resignacion, de paz y de union.

Inmensa es la carga que hemos tomado; y solo á las reiteradas instancias que nos han hecho, se debe nuestra determinacion de levantarla. Justamente nos asustariamos al considerarla si no nos atrevieramos á esperar que el autor de todos los dones sostenga nuestra debilidad.

Dignese de venir en auxilio nuestro este Dios de clemencia, y derramar sobre nosotros y sobre esta obra emprendida únicamente en gloria suya las luces que no pueden brotar sino de su seno. Haga por fin conocer á los hombres lo que acaso una dura experiencia les ha demostrado en vano, que la union, la paz, la verdad y el progreso no se hallan donde él no es conocido, amado, servido y adorado; y que sola la fidelidad á su ley los conserva ó los restituye.

Sometemos esta obra al juicio del padre comun de los fieles y de nuestros superiores eclesiásticos; y anticipadamente retractamos todo lo que pudiera oponerse á la sagrada fé, de que es única depositaria la iglesia de Jesucristo.

DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS.

CAPÍTULO I.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Necesidad de una doctrina para las sociedades. — Consecuencias de este principio. — Elementos de la enseñanza católica. — De la revelacion. — Lo que es esta segun la filosofía del siglo XIX. — Confesiones de los antiguos filósofos. — De la tradicion. — Autenticidad de los libros santos. — Autoridad de la iglesia. — Debilidad de la razon. — Necesidad de la fé. — Teorías filosóficas de los siglos XVIII y XIX. — De los misterios. — Corolarios en favor de la necesidad que tienen las sociedades modernas de fé, de progreso, de paz y de union. — Relaciones entre la razon y la fé. — Alianza entre la ciencia y el catolicismo. — Consideraciones sobre los resultados generales de los diversos sistemas filosóficos antiguos y modernos.

Vanos serian los esfuerzos para establecer y gobernar una sociedad con el único auxilio del órden exterior,

de un pacto político en que se hubiera dispuesto hábilmente el equilibrio en la ponderacion de los diferentes poderes. Los derechos del indivíduo claramente sentados y asegurados por las leyes, las artes, el comercio, las ciencias y la industria ampliamente favorecidos no constituyen las sociedades: estas necesitan de doctrina. En ella está su fundamento, su principio vital. Como la sociedad espiritual es la condicion esencial de todas las temporales; la doctrina ó el dogma es la esencial condicion de la vida moral de los pueblos. De modo que podemos afirmar que siempre se ostenta mas pura la moral en el seno de las naciones á proporcion de la integridad en su doctrina. No son tan indiferentes como se piensa generalmente la verdad y la exactitud del dogma, ha dicho un célebre escritor contemporáneo: la salvacion de los estados así como la de los indivíduos depende de ella. No hay un pueblo pagano que no haya fundado su forma social sobre dogmas; pero como estos eran inciertos, falsos ó extravagantes, el culto fue vicioso entre ellos, y su estado social de una repugnante degradacion. Las tentativas que hicieron legisladores y filósofos antiguos para inventar una doctrina, han demostrado que ni los indivíduos, ni las naciones pueden vivir sin dogma; y sus obstinados aunque vanos, esfuerzos servirán perpétuamente de prueba de que los dogmas no pueden ser de invencion humana. El hombre no tiene facultad por sí solo para hacer é imponer creencias. Sin entrar en la discusion de los derechos que tengan los pueblos para contraer pactos ó establecer convenios sociales, nunca se les puede conceder el de formar sociedades bajo el único imperio de actos legislativos. «Por sí solos son impotente barrera para contener el mal, y un medio absolutamente incapaz de mejorar la multitud:» asi decia el poeta 1800 años hace, y esta vez el

poeta tenía razon (1). Los sansimonianos habian concebido el proyecto de reorganizar la Europa entera por medio de la industria y mejora material de las clases pobres, y despues de escandalosas discusiones aquella secta ha desaparecido. Los partidarios de Fourrier quisieron tambien producir un sistema social. Combinar la asociacion con la atraccion, dividir el universo, no en familias, sino en falansterios agrícolas é iudustriales, divinizar la materia, sublevarse contra la doctrina moral, que es enemiga mortal de la atraccion apasionada, y llamar á sí todos los placeres, este era su plan. Su bárbaro neologismo ha quedado sin comprenderse, y sus abstractas fórmulas sin eco. Apenas pusieron manos á la obra, cuando se vieron obligados á proclamar su impotencia. Convienen la mayor parte de nuestros filósofos indudablemente en que los pueblos necesitan una moral; pero esta no es mas que la rigorosa consecuencia del dogma, y no es obligatoria para nadie, si el dogma no es divino. El hombre no tiene seguramente derecho para mandar en la conciencia del hombre; pero esta libertad de conciencia, por la que tanto zelo se muestra, á veces sin comprenderla, no es mas que la libertad de no tenerla. Multiplíquense los puntos de contacto entre el hombre y sus semejantes por los impulsos dados á la industria y por la grande popularidad de instruccion, y no se aumentarán sus vínculos. Cada uno será para sí solo en la sociedad, y el interés personal, lejos de reunir los corazones, destruirá el concierto de voluntades individuales propagando el espíritu de egoismo. Por eso las mas sabias constituciones, las mas hábiles legislaciones, como no hacen sino sentar derechos é imponer prohibiciones, siempre dejarian al

(1) *Quid leges sine moribus?* **Horacio.**

hombre entregado á sí mismo en la sociedad con derechos ilusorios y deberes inciertos, en una egoista independencia, y cercado de todos lados por otras independencias idénticas. Esta civilizacion conduciria infaliblemente al despotismo ó á la anarquia.

Necesitan las sociedades una doctrina divina, que les revele la verdad, sancione los derechos respectivos, y los sujete todos á su deber, haciéndoles oir el lenguaje de la patria celestial á que somos llamados, y donde se halla el tipo de todas las perfecciones humanas. Cuanto mas se penetren las sociedades de una doctrina divina, mas unidas estarán á su principio y á su fin, unidad perfecta, único vínculo de todas las cosas; y en la misma proporcion el hombre será mas sociable, y los pueblos mas libres y dichosos.

Tal es la doctrina católica. Al hombre le descubre sus verdaderos derechos, le anima para que cumpla su deber, y corresponde maravillosamente á todas sus necesidades. Por tanto seria una extraña aberracion del entendimiento humano atribuirla á los descubrimientos de la intelijencia como los sistemas mas ó menos acreditados en el mundo ideal. No es obra de los hombres, sino de Dios. Es divina en su principio, en su objeto y en sus fines sublimes. « Considerados en su origen sus dogmas, decia no há mucho una de las glorias de la iglesia de Francia (1), nos conducen á esa larga serie de magníficas revelaciones, donde todo es digno del Espíritu Santo que las inspira, y del hombre á quien ellas ilustran. Considerados en la autoridad que nos los transmite, hallamos á Dios y á su iglesia que los preservan del espíritu de sistema y movilidad inseparable de los proyectos humanos. Considerados en sus pruebas, se

(1) El ilustrísimo señor Affre, arzobispo de Paris.

presentan apoyados, no sobre la equívoca reputacion de un novador cualquiera ó sobre sofismas mas ó menos deslumbradores, sino sobre hechos que tienen carácter divino, sobre una sucesion no interrumpida de testimonios fidedignos que recoge y aprecia la autoridad viviente é infalible de la iglesia. Considerando sus dogmas en sí mismos, hallamos en ellos las solas nociones dignas de la grandeza de Dios, de su providencia y de su bondad: las únicas que nos explican el origen del mundo, su degradacion (por el orgullo) y su rehabilitacion (por la caridad).» El filósofo puede sin duda libremente admitir ó desechar el sensualismo de Condillac, las distinciones de Kant, los primeros principios de los escoceses ó la razon absoluta del eclecticismo; pero no puede quedar á su eleccion el afirmar ó contradecir la doctrina católica si quiere quedar dentro de los límites de la verdad. Y se deriva esta diferencia de las diversas clases de verdades que cualquier hombre está precisado á admitir. Los diversos sistemas filosóficos pertenecen á un órden de verdades puramente especulativas, sobre las cuales tiene exclusivo derecho de decidir la razon humana, entretanto que la doctrina católica pertenece á un órden de verdades sobrenaturales, de que la razon no puede constituirse juez exclusivo.

Es una cadena de verdades de fé apoyadas en hechos que descansan en la inmovilidad de la palabra eterna; hechos sobre los cuales el testimonio solo tiene derecho de fallar, y cuya historia nos conduce á los primeros monumentos de la fé cristiana. Es un magnífico conjunto de doctrinas positivas y de hechos capaces de tener accion sobre el hombre y sobre la sociedad: como juez supremo de las creencias, á su autoridad sola pertenece resolver las graves cuestiones, de cuya solucion dependen

siempre la libertad de los indivíduos y la salvacion de los pueblos. Para todos es un deber rendirle homenaje: negarle seria un crímen. Constituyenle dos elementos: la palabra de Dios escrita y la tradicion, ambas manifestadas á los hombres por la iglesia.

Procediendo aquí solamente por via de exposicion de la verdad católica, para ocuparnos únicamente en deducir consecuencias relativas á sus copiosos medios de corresponder á las diversas necesidades de la época, no puede convenirnos, segun el plan que hemos presentado, entrar actualmente en la liza con el filosofismo. Nos reservamos juzgar mas adelante sus diversos sistemas; y como todo error lleva consigo alguna mezcla de verdad, debemos apartar el uno de la otra. No clamaremos pues aquí contra los filósofos del siglo XVIII, que proponiéndose por objeto sustituir á las verdades reveladas sus pensamientos individuales, se opusieron á la universal tradicion, que á la manera de un rio majestuoso ha atravesado sin alteracion todos los siglos. Mientras que los antiguos filósofos miraban los dogmas de un Dios Criador, de su providencia, de la inmortalidad del alma y otros, no como conocimientos adquiridos por el raciocinio, sino como antiguas tradiciones (1); los enciclopedistas del siglo último, negando á Dios el derecho de manifestar ningun dogma, cualquiera que pueda ser, sostienen con energía que la sola razon basta para revelarnos todo lo que nos importa conocer en órden á las creencias religiosas (2). Sus escritos sazonados con la sal de la incredulidad han caido en el olvido: admirados en los dias de delirio, han muerto. La verdad desconocida ha recobrado sus derechos, y los esfuerzos de la hu-

(1) Platon, Aristóteles, Plutarco y Ciceron.
(2) Rousseau, *Emilio*, tom. II y III.

mana inteligencia sostienen contra los deistas que las leyes de la sociedad del hombre con su Dios, lejos de deber determinarse por la razon de cada hombre, no pueden derivar mas que de la voluntad soberana manifestada por la revelacion.

Sin embargo enmedio de los numerosos homenajes que escogidas inteligencias rinden cada dia á las antiguas bases del edificio cristiano, nuestros filósofos modernos, haciéndose los apologistas de los derechos del entendimiento humano, han intentado dar alas á la razon para elevarla sobre las altas regiones de la fé. Despues de llamar á la filosofía luz de las luces y autoridad de las autoridades, el señor Cousin, cuya mayor gloria es haber introducido en la analisis de la razon una claridad y precision desconocida antes de él, llega al punto de elevar la razon humana hasta equipararla con la razon divina, hallando perfecta identidad entre las dos, compuestas de los mismos elementos, y reuniendo por la idea de causa lo infinito y lo finito hasta confundirlos (1). Entonces la razon del hombre se identifica con la razon divina, y la verdad no viene á ser mas que el fruto de los descubrimientos de los hombres. El señor Lherminier, tan hábil como erudito en la exposicion de su sistema, diviniza al entendimiento humano, y se esfuerza en demostrar que este es la sola fuerza *á priori* y la razon de las cosas; y negando toda verdad absoluta, las creencias religiosas no son á sus ojos sino móviles transformaciones del entendimiento humano (2), producto único de la razon humana. El señor Leroux, bajo los nombres de libertad, igualdad y perfectibilidad indefinida, pide á la sola razon humana la

(1) Curso de 1828, lecciones 4.ª y 5.ª

(2) *Filosofía del derecho*, tomo I, p. 64.

solucion de los grandes problemas que interesan á nuestro destino, y no dando otra causa al cristianismo que la filosofía, se alza contra toda tradicion de verdad sobrenatural y divina (1). Limitándonos á estas citas para que no se pueda achacar á nuestra polémica un caracter ofensivo de personalidad, sentamos como un hecho que toda la economía de la doctrina católica reposa sobre este fundamento: la revelacion. ¿Quién pues podria disputar legítimamente su posibilidad, combatir su necesidad, y negarse á proclamar su existencia? ¿Se negarian á Dios las facultades que se conceden al hombre? Puede este comunicar sus pensamientos á sus semejantes y ¿Dios no podria? Vosotros dais oro á vuestro hermano que no le tiene, y Dios ¿no podria darnos del seno de sus riquezas nociones demasiado elevadas para que nuestra sola razon pueda adquirirlas? En todos los siglos han estado tan convencidos los hombres de su insuficiencia, que no se citará jamás un pueblo, que no haya creido que su religion se fundaba en la revelacion divina (2). Y aunque nuestra filosofía contemporánea afirme á veces en su entusiasmo por la independencia que bien podemos pasar sin revelacion; el género humano se empeña mas en buscar en ella el punto de apoyo del sentimiento religioso. ¿Puede haber una prueba mas auténtica de su necesidad?

Con justa causa nos envanecemos de nuestra razon, porque en el hombre nada hay mas gravoso que el error y la ignorancia. Pero yo pregunto, la necesidad de la revelacion ¿no se nos ha manifestado por la debilidad del entendimiento humano? Nuestra razon no ve *el todo*, en nada segun la expresion de Montaigne.

(1) *Del progreso continuo.*
(2) Bergier, *Tratado de la relig.* tomo IV, p. 356.

Siendo ya tan limitada aun dentro del círculo de las cosas naturales, tan ofuscada, tan frecuentemente defectuosa, que necesita muchas veces de auxilio para rectificar nuestras ideas; *à fortiori* carece de las luces suficientes para juzgar de las verdades sobrenaturales. No pudiendo comprender todos los atributos de la divinidad y sus relaciones, ni esa sustancia que llamamos espíritu, y que estrechamente unida á la que llamamos cuerpo, anima todas sus partes sin tener extension; necesita la razon humana ser ilustrada por una luz superior.

Falta de este punto de apoyo, se pareceria á una nave que no dominando sus movimientos fluctuase á la ventura en las mas opuestas direcciones. Todas las páginas de la historia atestiguan á las futuras generaciones que toda vez que el hombre ha menospreciado la revelacion para atribuirse á sí mismo lo que pertenece á la divinidad, jamás ha abrazado mas que una vana sombra. En cuanto ha querido usurpar la prerogativa suprema, constituyéndose árbitro soberano de las verdades y de los deberes, ha herido de muerte cuanto ha tocado: impotente para creer, solo ha tenido facultades para destruir: no ha profesado otra doctrina que la duda, ni ha esperado otro porvenir que la nada. En dos épocas ha intentado la razon del hombre determinar un culto para honrar al Ser Supremo. Sus lecciones han venido á parar en instituir innobles sacrificios en honor de Jupiter, y mas adelante de una prostituta. Los filósofos con todos sus razonamientos jamás hubieran podido descubrir la compatibilidad de las perfecciones del divino ser, si una guia mas segura no hubiese venido á enseñar á nuestra débil razon á conciliar con la libertad la inmutabilidad divina, su perfecta unidad y su inmensidad, su infinita bondad y su justicia inexorable. Entre los de la antigüedad Platon desconfiaba de conocer

jamás el origen y el destino del hombre, á menos que no se le concediese una via mas segura que la razon, tal como una revelacion divina. Y ¡qué! la fuerza de la verdad ¿no arrancó formales confesiones á la filosofía del siglo XVIII, que gloriándose de los derechos de la razon se mostraba enemiga de toda creencia? ¿Quién no sabe estas palabras de Bayle: «Nuestra razon no sirve mas que para embrollarlo todo, para hacer dudar de todo? No bien ha edificado una obra, cuando nos presenta los medios de arruinarla..... El mejor uso que puede hacerse de la filosofía, es conocer que es un camino extraviado, y que debemos buscar otra guia, que es la luz revelada (1).» El mismo Rousseau, tan zeloso apologista de la razon; pero que nunca fue mas sublime que cuando por una manifiesta contradiccion, habló el lenguaje de la verdad ¿no decia que si la religion natural (que es la razon) es insuficiente, consiste en la obscuridad con que nos deja de las grandes verdades que enseña? «A la revelacion (continuaba) toca la enseñanza de estas verdades de un modo perceptible al entendimiento humano, ponerlas á su alcance, y hacérselas concebir para que las crea (2).»

Si, indudablemente la revelacion es necesaria, tanto para hacer mas claro, cierto, comun, eficaz y uniforme el conocimiento de la verdad, como para que sirva de vínculo en la sociedad. Por extensas que puedan ser nuestras facultades, á menos que no las fecunde un principio generador, siempre adolecerian de esterilidad; porque no ofrecen medio alguno para disipar nuestros errores, ó poner fin á nuestras dudas, y la sociedad presentaría la triste imagen del estado salvaje. Caería

(1) *Dic. crit.* art. *Bunel* p. 740.
(2) *Emilio*, tom. III, pag. 150.

en el anonadamiento moral, en que se hallara si el ser que dió al hombre la existencia física, nada hubiese hecho á su favor en el órden espiritual, que constituye toda su dignidad. Es menester conocerlo: así como en el régimen del pensamiento se forma el nudo del órden material; así en las mas altas regiones de la inteligencia divina se forma el nudo del órden moral. A no elevarse hasta ella, luz increada de la que dependen todas las demas, no puede existir ninguna ley comun entre los hombres; porque el pensamiento humano no presenta ninguno de los caracteres de la verdad absoluta, nada de cierto, de sagrado, ni de obligatorio. Esta verdad de hecho que testifica el origen de todos los conocimientos y la preexistencia de las doctrinas, es la prueba mas irrefragable de la necesidad de una revelacion divina. No es factible otra cosa que una irremediable anarquía en el mundo intelectual, si no se reconoce la existencia de un conjunto de verdades, que toman prestada de la razon divina una autoridad, ante la que deben inclinarse todas las razones humanas. La revelacion todo lo robustece haciéndonos considerar á Dios como el principio de todos los seres, y colocándole al frente de todas las verdades y de todas las leyes. El negar la revelacion seria lo mismo que arrancar la clave en la bóveda para edificar sobre vastas ruinas.

Demostrada su necesidad arrastra en pos de sí nuestros votos en favor de su existencia. ¿Quién podria engañarse hasta el punto de no reconocer que si el entendimiento humano ha tenido el privilegio de ser ilustrado de un modo especial, es porque la divinidad ha reflectido en nosotros su resplandor, como el astro del dia sobre el que dirige la noche. La revelacion ha tenido sus gradaciones. La vemos principiar en la infancia del género humano, cuando el amor infinito anudaba á la

esperanza de la redencion el vínculo de las dos sociedades de los tiempos y de la eternidad, roto por su culpa. Allí servia, para hablar el lenguaje de un ilustre escritor de nuestra época, de adrajas del edificio sobrenatural, cuyo cimiento debia sentar un dia en las profundidades de la muerte el sacrificio del Hijo de Dios. Testigos somos de sus progresos en los tiempos patriarcales, de Moises y de los profetas. La vemos ligando por medio de sus instituciones la milagrosa serie de sus anales y los principios de la sociedad humana á sus futuros adelantamientos. Llegó á su perfeccion en tiempo de Jesucristo: recordándonos el misterio de la caida del primer hombre por el de su rehabilitacion, fue con respecto á la que habia ilustrado al mundo naciente, como los resplandores del sol respecto de los primeros albores que aclaran el horizonte. A este rayo de inteligencia infinita que brilla sobre las nuestras estrechas y limitadas, debemos el atravesar el camino de luz, por donde hemos de dirigirnos por una ascension incesante para descubrir las verdades que constituyen el estado normal y progresivo de la sociedad.

La sola revelacion auténtica, admitida por la doctrina católica, es la contenida en la tradicion y en las santas escrituras. No creemos hallarnos en la triste necesidad de combatir los sofismas de la escuela de Voltaire contra la cadena no interrumpida de la tradicion y la veracidad de los libros santos. En cuanto el hombre renuncia la autoridad de la tradicion, es conducido forzosamente á divinizar su razon, proclamándola infalible, soberana é infinita, ó á tomar el ancho camino del escepticismo; porque hallándose reducidas para él todas las causas de certidumbre á la evidencia y al raciocinio, y no pudiendo ni una, ni otro servir de base á las verdades, que realmente son superiores á la razon;

se sigue que no podria tener ningun motivo para admitirlas, á no que levante su propia razon á la altura de los cielos. Tal es la consecuencia lógica que no han podido eludir la mayor parte de los filósofos de nuestra época.

El que tratase de poner en duda la autenticidad de los libros santos, no puede admitir la de ningun libro profano. Aquellos reunen en su favor todas las pruebas históricas de la crítica mas severa y en el mas alto grado que pueda exigirse. Si fuese obra de los hombres, se hallaria en algunas partes el sello necesario del entendimiento humano, y le hubieran denunciado los enemigos de la fé. No hay obra ninguna que por la sublimidad y variedad de sus objetos dejase al hombre menos facultad de ocultar lo limitado de su ingenio: ninguna otra hay, cuyos errores se hubieran descubierto mas fácilmente, porque no existe otra que haya hallado mas contradictores. Con todo los mas antiguos documentos nos demuestran que los libros sagrados han sido admitidos en todo el mundo como inspirados, en Oriente y Occidente, por ortodoxos y por herejes. Al grado de adelantamiento á que han llegado las ciencias, se ven precisadas ó á declararse incompetentes en las dificultades que habian suscitado contra ellos, ó á adherirse á la solucion que dan á aquellos estos divinos monumentos de la revelacion. El ilustre Cuvier, que tuvo la gloria de iniciarnos con tanto esplendor en la doctrina de los orígenes de nuestro globo y de la generacion de los seres, señaló la exactitud de la cosmogonia escrita por Moises. En su discurso sobre las revoluciones del globo decia: «Moises nos ha dejado una cosmogonia, cuya exactitud se verifica cada dia de un modo admirable. Las recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente con el Génesis sobre el órden con que suce-

sivamente fueron creados los seres organizados. »

Observemos sin embargo que el Génesis es entre todos los libros santos el que ha encontrado mayor oposicion. Y con todo, á medida que la geologia ensancha su esfera con algunos recièntes descubrimientos, la conformidad tan importante, indicada en otro tiempo por Cuvier, crece progresivamente. El señor Marcelo de Serres, su digno émulo, acaba de demostrar con sus preciosas investigaciones que los últimos descubrimientos de la ciencia concuerdan con la doctrina del libro mas antiguo y precioso que nos han legado los siglos. Este autor, cuyo talento no puede obscurecerse á pesar de su modestia, demuestra que el Génesis, ese libro designado por la fé para ser venerado por todos los pueblos, y que ha sido tantas veces impugnado, encierra maravillosas verdades. Treinta y cinco siglos há que un hombre que no habia sondeado la profundidad de la tierra para buscar la esplicacion de lo pasado, contaba en un lenguaje admirable la historia de la creacion. Moises escribia su cosmogonía. ¿Cómo pudo conocer lo que han confirmado los últimos esfuerzos de la ciencia, auxiliada por la revelacion? Esto no puede explicarse sino por la fé.

No, los libros santos no llevan marcado ninguno de los caracteres de la razon humana, y antes contienen los caracteres visibles de la razon divina. ¿En dónde si no se hallan toques tan sublimes de naturalidad y de ternura? ¡Qué relaciones desapercibidas entre los hechos y el estilo! El soplo de la inspiracion se percibe hasta en las formas que ha tomado el pensamiento de Dios. A los que tengan la temeridad de sospechar de su autenticidad, nos bastaría oponer la apología que arrancó en otro tiempo á un corifeo de la filosofía la fuerza de la verdad. «Yo confieso á V. (decia Rousseau) que la majestad de las escrituras me asombra: la santidad del Evan-

gelio habla á mi corazon. Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son comparados con aquel! ¿Es posible que un libro tan sublime y sencillo á un tiempo sea obra humana? ¿Diremos que se inventó la historia del Evangelio por capricho? No, amigo mio, esas cosas no se inventan: los hechos de Sócrates de que nadie duda son menos auténticos que los de Jesucristo. En la sustancia, no es mas que alejar la dificultad sin resolverla: mas inconcebible seria que muchos hombres de conformidad hubieran compuesto este libro, que no el que uno solo haya dado materia para él. Los autores judios no hubieran hallado jamás ese tono ni esa moral: y el Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe.» La lengua divina, que hablan los libros santos, ofrece esperanzas á la angustia y bálsamo para la herida. Oimos una voz enérgica y afectuosa, consoladora y terrible, imponente y familiar, que anuncia paz, gracia, verdad y misericordia. Poseemos estos libros sin alteracion, por mas que diga el señor Jouffroy, que parece que no rinde homenaje á la verdad del dogma antiguo mas que para acusar á los siglos posteriores de haber perdido su inteligencia; y que no viendo en el cristianismo mas que una institucion degradadas, absurda y corruptora, profetiza que se levantará un nuevo dogma sobre las ruinas del antiguo (1). Propio era de la providencia de Dios conservarnos en toda su pureza estos manantiales abundantes en luces y virtudes; y la iglesia, aunque solamente se la considerase como sociedad humana, forma el mas seguro testi-

(1) *Miscelaneas filosóficas*, art. int.: *como concluyen los dogmas*.

monio que pueda revindicar la verdad histórica, en favor de la integridad de aquellos. Ella es la autoridad visible que el hombre Dios instituyó al dejar la tierra para conservar intacto el cuerpo de doctrina revelada y enseñarla á los pueblos en toda su pureza. Ella es el foco de la luz y de la vida. Queriendo nosotros permanecer fieles al plan de simple exposicion que nos hemos propuesto, no podemos dedicarnos aquí á explicar las sólidas pruebas en que descansa. Nos contentaremos con observar que si Dios no hubiera instituido entre los hombres una autoridad con su divina asistencia, infalible en su doctrina; la verdad revelada se hubiera alterado muy pronto por las pasiones humanas, y por tanto inutilizadose el beneficio de la revelacion. Por otra parte admitir la revelacion que fija la creencia y arregla los deberes, y resistirse á reconocer una potestad intelectual, establecida para hacer seguramente discernir al hombre la verdad revelada de las opiniones humanas; seria una hipótesis tan poco digna de la divinidad, como poco adecuada á la naturaleza y necesidades de la humanidad. Por ella está Dios siempre presente á todos los pueblos, comunicándose á los hombres por su conducto. Sus pensamientos nos llegan por medio de la enseñanza exterior, que no siendo mas que su vehiculo está indispensablemente unida á ellos Todo el mundo sabe que la razon es lenta en sus progresos, y desde luego todos estan obligados á admitir que necesita una autoridad para acelerar los resultados de las investigaciones individuales. A cada paso la razon tropieza con dificultades insolubles; luego le era indispensable una autoridad para disipar sus dudas: siendo caprichosa y muchas veces hasta extravagante no puede pasar sin una autoridad que la contuviera en los límites de la verdad. Intentar que la razon individual se constituya

árbitro esclusivo de las verdades reveladas, seria dejar á cada uno el derecho de oponer una razon á otra, y un testimonio á otro testimonio, confundir el sí y el no, admitir tantos símbolos como indivíduos, privar al hombre de todo auxilio para defenderse de las seducciones del entendimiento y las pasiones del corazon; denegar todo medio fijo de hallar la verdad enmedio de las divagaciones del espíritu humano, y quebrar todo vínculo religioso y social. En lo mas elevado del cielo, donde la mano de la religion anuda el lazo de la sociedad humana, fue donde la idolatría estableció el principio de una deplorable division. El derecho que atribuia á cada pueblo de formar sus dioses, cada familia, cada hombre le podia reclamar. De este modo no solo rompió el vínculo de la sociedad general de los pueblos, sino que destruyó tambien en el seno de cada nacion las condiciones del órden social. La sociedad pagana se estaba muriendo de consuncion, cuando vino Cristo á restituír la vida á la humanidad con su divino soplo. Las santas escrituras bajaron sin duda de Dios á los hombres para enseñarles el camino que debe conducirlos en esta vida de pruebas: con todo el principio comun de todas las herejias que las entrega á la interpretacion de la razon individual, ha destruido toda fé comun y cierta entre ellas, y abierto un abismo, en que ha ido á desaparecer la majestuosa reunion de las verdades reveladas. Entonces llegó el entendimiento humano á la incertidumbre de toda doctrina, y cayó en las tinieblas del escepticismo, y en tanto que la razon proclamándose soberana se deslumbraba con su triunfo, se le ocultaba la solucion de las cuestiones morales, y el pensamiento social privado de guia erraba á la ventura en el campo de las ilusiones.» Es imposible, dice Montaigne (1), probar

(1) *Ensayos* de Montaigne. lib. II, cap. 2.

nada de la naturaleza inmortal; con la mortal: no hace mas que descarriarse en todas direcciones; pero especialmente cuando se mezcla en las cosas divinas; porque aunque le hayamos dado principios ciertos é infalibles, é iluminemos sus ojos con la antorcha santa de la verdad que Dios se ha servido comunicarnos; vemos con todo diariamente, á poco que ella se desvie de la senda ordinaria, y que se vuelva ó aparte del camino trazado ó abierto por la iglesia, que al instante se pierde, se halla embrollada y entorpecida, rodea y fluctúa en este mar ancho agitado y ondulante de las humanas opiniones sin freno y sin objeto. Al punto que pierde el camino real y comun, va dividiéndose y dispersándose en mil sendas distintas.»

Asi como para el sosten de toda institucion política una legislacion escrita, cuyos artículos componen las ruedas de toda la máquina, está sujeta en último recurso á un tribunal soberano que reforma las sentencias de los inferiores, decidiendo por la verdadera aplicacion de las leyes que gobiernan la sociedad civil; del mismo modo la sociedad religiosa no puede conocer el verdadero sentido de las escrituras sino por el conducto de la autoridad espiritual, á quien Jesucristo dijo: «Id, enseñad á todas las naciones: yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Esta autoridad reside en la iglesia católica. Todas las potestades son incapaces de derribarla. Su voz es el intérprete de los pensamientos de Dios: sus juicios irreformables y sus decretos sin apelacion completan los diversos elementos que constituyen la doctrina católica. Cuando aparecen sin cesar en el horizonte signos amenazadores, y se debilita la vista de contemplar lo movedizo del terreno que tiembla bajo nuestros pies; ¡cuán dulce es dedicarse á leer á la luz de las mas antiguas tradiciones el destino futu-

ro de los pueblos en los acontecimientos consumados, y á buscar en la infalible autoridad de la iglesia un puerto saludable, en que no se corre riesgo alguno!

Ella es realmente la maestra del mundo y la bienhechora del género humano: sus dogmas, su moral y sus instituciones estan en perfecta armonía con la naturaleza física y social del hombre: su doctrina corresponde maravillosamente á las necesidades que con tanta energia se descubren en las sociedades modernas.

Nacemos todos con el deseo de conocer, y el ansia de saber es una de las pasiones mas ardientes de nuestra naturaleza. Sin embargo nuestras facultades intelectuales se cansan; y en vez de la verdad, que el entendimiento humano busca, abraza por lo regular un error. Es cierto que el hombre es el primero de los seres sensitivos; pero es el último de los que piensan. Aunque destinado para vivir de inteligencia, está sujeto al yugo ilegítimo de los apetitos sensuales. Dominado por sus pasiones no solo no descubre los secretos de la naturaleza, sino que ni aun se conoce á sí mismo: á veces hasta desconoce al Dios que tan eminente le crió. Despues de muchas tareas y largas vigilias se le oye el *no sé* del escepticismo: no afirma, ni niega, duda de todo, vacila en todo. Al modo que el viajero extraviado que habiendo perdido de vista el término á que se dirigia, flaquea á fuerza de tanto vagar, y abatido por la fatiga se sienta á la sombra de un árbol sin saber de dónde viene, ni á dónde va; el hombre en ciertos periodos de su vida, olvidado de los felices recuerdos que protegieron su infancia, y de las involuntarias impresiones que enderezan á veces su pensamiento hácia Dios, viene frecuentísimamente á parar en un estado de suspension negativa despues de una marcha forzada por los senderos del error.

alaba, admira, echa menos; pero en creer: tan cierto es que las opiniones humanas adolecen de incertidumbre y de obscuridad. Necesitan los indivíduos, lo mismo que la multitud, del fanal que desde lo alto del cielo alumbra á la inteligencia errante en las tinieblas ó sentada á la sombra de la muerte. Necesitan no un fundamento débil y ruinoso, tal como la opinion que puede fallar ó no existir, sino uno firme é inmoble que no puede hundirse, como la fé divina. Esta es la raiz del árbol sagrado plantado por la mano del mismo Dios, regado con la sangre de Jesucristo su hijo, y siempre floreciente en el seno de la iglesia católica.

El siglo XVIII tuvo un objeto manifiesto en las tareas de su llamada filosofía. Los racionalistas de entonces decian claramente que era menester sustituir la razon á la fé que llamaban instinto: que aquella era superior á esta en cuanto la inteligencia es mas alta que la sensacion. Calumniosa era esta manifestacion; pero franca. Por haber repudiado las formas duras de su antecesor no ha desechado el siglo XIX el fondo de su doctrina. Los racionalistas de nuestra época con la capa del eclecticismo parece que tratan de acercar á lo menos con recuerdos los dos campos que en efecto quieren mantener eternamente separados: la filosofía y la teología, la razon y la fé. Heredaron de sus maestros la libertad de raciocinar sin creer; y no hacen ningun caso ni de las verdades reveladas, ni de la autoridad de la iglesia. Afirman que el contenido de la filosofía es el mismo que el contenido de la teología, y que la humana conciencia que es el fondo comun de ellas, se descubre tanto en forma de imágenes, cuanto en la intelectual ó de raciocinio: que en el caso en que torciéndose el primer camino se extraviase, se encargaria el segundo de enderezarle y de traerle á los límites de la verdad. En

otros términos la razon humana es á sus ojos superior á la fé é igual á la razon divina.

No es aquí el lugar ni la ocasion de refutar esta teoría filosófica. Sin embargo debemos notar, para deducir consecuencias relativas á nuestro intento, que el contenido de la filosofía no puede ser el mismo que el de la teología, porque esta revela á la conciencia humana muy diferentes verdades que las que entran en el dominio de aquella, la trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina, la encarnacion del Verbo, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el pecado original del hombre y su rehabilitacion y otras muchas verdades, que sin contradecir á la razon exceden sus alcances nada menos que en toda la infinidad de Dios. Asi la filosofía (damos á esta voz la acepcion con que ordinariamente se designan los diversos sistemas inventados por los esfuerzos del entendimiento humano), no queriendo reconocer nada superior á ella, ha venido á negar la existencia de los misterios del cristianismo, mientras que se ve forzada á encontrar otros inexplicables á cada paso en la naturaleza. Conmoviendo como otro Sanson las columnas del mundo intelectual y moral ha perecido entre sus ruinas. Partiendo de la negacion de las verdades religiosas en cualquiera grado, arrastrada por el mismo hecho á negar toda verdad, se ve reducida á abjurar de la razon humana, al tiempo que mina los cimientos de la fé divina. No queda pues á los disidentes racionalistas mas arbitrio que admitir la fé, á pesar de sus obscuridades y misterios. Tal es la que proclama la doctrina católica. Ella en armonía con las necesidades de la época cautiva con sus velos impenetrables la razon altiva y soberbia, que el filosofismo ha ensalzado algunas veces hasta el delirio. Si esta encuentra tinieblas, ¿será bastante motivo para repudiar la fé? No, sin duda esta

obscuridad es una razon mas para creer, porque la fé debe ser obscura en su objeto, supuesto que es la conviccion de las cosas que no vemos, y debe ser clara en el motivo de la autoridad que la dicta. Si todo lo comprendiese la razon humana no habria fé. En vano se proclama la independencia de la razon y se presentan como ilimitadas las conquistas de la inteligencia humana, que será siempre limitada y finita. El hombre con el auxilio de solas las luces que toma de aquella, siempre será un misterio para sí mismo: los que quieren comprenderlo todo deliran: el misterio es inseparable del hombre, por cualquiera lado que se le considere. En el dominio de las ciencias el entendimiento humano toca por todas partes en sus límites. Todo lo que no es religion, está lleno de enigmas indescifrables; ¡y no podrán admitirse en el conocimiento de lo infinito! ¿No deben encontrarse mas cuando se trata de Dios? ¿Cómo habia de manifestarse á lo finito lo infinito sin imponerle misterios? La razon asistida de sus aberraciones viene á pedir á la fé sus santas oscuridades.

Sabida es la opinion que en esta materia tenia aquel filósofo, las mas veces desenfrenado apologista de la razon; pero otras amigo de la verdad. Asi se explicaba: «Cuanto mas me esfuerzo en contemplar la esencia infinita, menos la concibo; pero cuanto menos la concibo mas la adoro: el uso mas digno de mi razon es anonadarse delante de aquella (1).» Si el hombre comprendiese los misterios, debia costarle mas trabajo creerlos, porque habria motivo para desconfiar de un sistema que el hombre pudiera haber discurrido: la obscuridad es necesaria para la fé. Lejos de que la inteligencia y el ingenio se abatan por eso, nada hay que mas armonia tenga con la dignidad humana. Si el conocimiento de la ver-

(1) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pag. 95.

dad religiosa fuese únicamente el resultado de los esfuerzos de la ciencia, el mayor número de los hombres no llegarian á penetrarla. Proscritos y envueltos en la mas vergonzosa ignorancia, no les quedaba otro recurso que usurpar la vida enteramente animal de los seres destinados á su servicio y sometidos por la naturaleza al imperio del hombre. A los ojos de la religion el derecho inalterable de la santa dignidad del hombre es que todos sean iguales. ¡Y que despues de seis mil años todavía esté la inteligencia humana fabricando una religion con la ayuda de sofismas y nebulosas teorías! Vanos serán sus esfuerzos. Solo la obscuridad de la fé impuesta para todos sin distincion es la que realiza esa noble igualdad. ¡Profunda sabiduría de la fé! Con sus misterios confunde el orgullo para salvarle del abatimiento, del error, y eleva á la clase del ingenio á la multitud del género humano: esto es evidentemente comprender la dignidad del hombre. La fé en los misterios llena una facultad íntima de nuestra alma, y satisface segun el pensamiento de Bayle, todos los fines de la religion. «Todos los fines de la religion, decia, se hallan mejor satisfechos en los objetos que no se comprenden: inspiran mas admiracion, mas respeto y mas confianza, y forma uno mas consoladora idea de ellos.» Si la necesidad de misterio es para el hombre una divina indicacion de la alianza que tiene que contraer con un ser superior; los misterios son á su vez el caracter cierto de una fé elevada que ha penetrado mas en las regiones de lo infinito.

Despues de esta simple exposicion ¿se podria de buena fé tratar de combatir ó eludir nuestros misterios con pruebas tomadas de otro órden que aquel á que corresponden? No se enseñan estos como verdades metafísicas, sino como hechos, cuya última razon es supe-

rior á nuestra inteligencia: estan fuera de las leyes de la naturaleza y las superan. Testimonios de órden muy superior, monumentos irrefragables prueban que Dios los ha revelado: son verdades históricas. Suponer despues que son contrarios á la razon, es querer sentar como principio que una verdad metafísica puede destruir un hecho histórico demostrado cierto. Con todo no se nos puede disputar que cada órden de verdades tiene su certidumbre propia, entera é igual á las otras en su genéro. Si Dios habló, su palabra es infalible, y los misterios son ciertos con toda la certidumbre de la misma verdad divina. Es pues falso que los misterios sean opuestos á la razon: solamente son superiores á ella porque la soberana razon las reveló. ¿Cómo podrian hallarse contradicciones y repugnancias en lo que nuestra razon no alcanza? Mas ¿quién no recuerda un dicho de Pascal, arrancado por el conocimiento mas profundamente verdadero de la dignidad humana? «El ultimo paso de larazon, dice, es conocer que hay una infinidad de cosas que le son superiores: muy débil es sino llega hasta ese punto.» Ahora preguntamos: en cuanto se supone que la razon humana no es capaz de comprenderlo todo, ¿no queda justificado que un dogma puede traspasar los límites del entendimiento humano, sin que encierre la negacion de ninguna verdad demostrada? Tambien se deduce, como consecuencia rigorosa, que es imposible señalar en ellos contradiccion alguna, por que seria preciso tener una idea clara y distinta de los términos que los enuncian, y que los misterios presentasen contradiccion en la sola enunciacion de los términos que afirmasen el sí y el no del mismo objeto y bajo las mismas relaciones. Asi es que podemos decir con Bossuet que por desechar misterios incomprensibles se precipita el hombre con frecuencia en errores incomprensibles.

En vano se acusaria á la fé de que aniquila la razon, obligándola á creer lo que no comprende. Es cierto que la fé no admite la filosofía como verdad completa, dejándole libre el campo de las ciencias, de las artes y de la industria para sus excursiones; y la obliga á que reconozca su impotencia para elevarse hasta la comprension de los divinos atributos, y descender hasta los secretos profundos que la humanidad encierra en su seno. Pero la filosofía no es la razon: esta es la facultad de conocer, y aquella no es otra cosa que el resultado de sus investigaciones, la regla ó camino que se ha abierto para llegar al conocimiento de lo verdadero. Lejos de que la fé excluya la razon, la supone y consagra todos sus derechos. La revelacion se dirige á la inteligencia para que esta compruebe su existencia: le exhibe aquella en cierto modo sus credenciales; y hasta que la inteligencia las ha admitido, no la manda como soberana la revelacion. Así la fé siempre ha honrado los ingenios. Tuvo elogios para Platon, Aristóteles y Descartes; Bossuet honró al ultimo como á su maestro; y Clemente Alejandrino daba el mismo nombre á Aristóteles. La fé tendrá algun dia elogios para todos los grandes hombres contemporáneos, como los tuvo para Newton, Mallebranche, Leibnitz y Bacon, cuyos descubrimientos y talento apreció y honró. Dicen que la fé prohibe el uso de la razon; pero es una equivocacion extravagante. Si no se presta á reconocerla como infalible, le concede la falcultad de poder llegar al conocimiento cierto de la verdad: el hombre lo consigue en efecto, cuando se trata de los motivos de credibilidad y de cualesquier otros hechos históricos. Es cierto que la fé tiene misterios; mas lejos de que la razon se oponga á la creencia de estos dogmas incomprensibles, convida á ello, porque por ser superiores á nuestra inteligencia no dejan de

fundarse en un motivo de certidumbre incontrastable. El motivo de la fé es Dios que se presenta con el cortejo inseparable de sus infinitas perfecciones: es su omnipotencia de veracidad é infalibilidad; y la garantia de la fé para todos es la mayor autoridad que se dió jamás á la tierra. La iglesia dice al adulto y al niño, al docto y al ignorante: cree, y despues examina, raciocina y comprende, segun la magnífica expresion de S. Agustin: *Crede ut intelligas.* Luego si estamos rodeados por donde quiera de misterios impenetrables, ¿no seria absurdo suponer que podamos comprender los de Dios ? y ¿no es hasta insensato impugnar la religion cristiana por el lado que es inexpugnable á las armas de sus enemigos? O padre comun de los hombres, ¡cuán dulce es meditar estas verdades, que tuvisteis por bien de revelar al mundo! La doctrina sublime que encierran es el pan de los fuertes con que quereis alimentar á vuestros hijos ¡Desgraciados los que la desdeñen, y permanezcan expuestos á crueles engaños!

La verdadera filosofía es la doctrina católica: solo ella tiene á su favor la verdad completa, porque solo ella posee el secreto de Dios y del hombre y el conocimiento cierto de las verdades que constituyen la vida moral de los pueblos. Sin duda el Criador iluminó con su luz desde la cuna del mundo á la gran familia humana; pero no habia querido abandonar ese débil arbusto á la impetuosidad de los vientos y al furor de la tempestad. Jamás fue mas brillante esta luz que cuando la voz del Eterno, que se habia oido en el Eden, en el Sinai, en la nube, bajó fuerte y lastimera desde la cumbre del Gólgotha. Ya la inteligencia humana no tuvo que andar errante á la ventura, extraviándose aqui y allí, engañada con algunos rayos de una luz pérfida, consultando á todas las escuelas, que no contesta-

ban mas que con gritos de apuro, y preguntando por los caminos de la vida á unos sabios que la introducian en las sendas de la muerte. Ya el hombre no tuvo que poner su corona á los pies de los súbditos de su grande imperio, ni hacerse esclavo de una naturaleza, que era llamado á mandar. Los preceptos católicos oponen á la ignorancia del hombre sobre la naturaleza y atributos de la divinidad la doctrina mas luminosa sobre el ser soberano, que es el principio y la última razon de todas las cosas. Descubren la majestuosa unidad de su naturaleza en la trinidad de las personas, y se nos aparece la divina reparacion, que disipó todas las tinieblas haciendo brotar la fecundidad y la vida del seno mismo de la esterilidad. El hombre, que hasta entonces era un misterio inexplicable para sus ojos enfermos, fue revelado al hombre mismo: lee su nombre en el pensamiento divino; y se ve rey de esta magnífica creacion, en cuyo seno todo le anuncia que este mundo es un palacio preparado para su habitacion: que el brillante astro que le vivifica, es la antorcha destinada para dirigir sus pasos. Comprende que posee en sí mismo un reflejo de la luz increada y que su verdadera patria no es la movible arena del desierto en que intentaria á veces levantar su tienda. Oid la doctrina católica, y conocereis los hombres y las cosas. Al darnos lecciones de lo pasado, nos enseña á penetrar lo presente y á conjeturar lo venidero. La declinacion de la humanidad se detuvo en Jesucristo, en el cual empezó el progreso. La cruz vino á ser el punto de partida y el concurso de todos los pensamientos humanos. Aquí tenemos simultaneamente la prueba y los resultados de uno de los hechos mas notables de nuestra época, poco acorde si se quiere con la prevision del filosofismo; pero que no por eso es menos incontestable: la marcha de nuestro siglo hácia el

principio de perfectibilidad depositado en el seno del cristianismo. El progreso que se convertió en otro tiempo contra él, ha venido á ser entre nosotros uno de sus mas poderosos auxiliares.

Descubrese sin duda bajo diferentes aspectos la necesidad que sienten de él nuestras sociedades modernas, las cuales quieren progreso para la inteligencia, en las artes, el comercio y la industria: efecto admirable que no tenemos que disputar ni contradecir; pero que no podemos atribuir á la causa que los filósofos le señalan. No viendo el señor Michelet en la naturaleza mas que una pugna incesante entre la libertad y la fatalidad, hace consistir la ley de todo adelantamiento en el triunfo de la primera de estas fuerzas sobre la segunda. «La libertad, dice, es el fin de la humanidad: el progreso no es mas qúe la marcha de esta hácia aquel (1).» No llevará á mal que no atribuyamos únicamente á los adelantamientos de las facultades humanas los progresos que aparecen en el mundo religioso y social. Para nosotros es imposible desconocer la parte de Dios y la parte del hombre.

Confesamos con gusto que la vida de las sociedades temporales crece y adelanta fuera de la sociedad espiritual y por la libre accion del hombre; pero el principio de esta vida viene de Dios, y consiste en las primitivas verdades que son superiores á las empresas de la razon humana, porque tienen su origen en la revelacion, que enmedio de las diferentes formas que toman las sociedades, permanece inmutable para formar la creencia de los pueblos. Todo progreso se lleva á cabo con estas dos condiciones: la razon y la fé. Esta toma por base los hechos sobrenaturales, cuya certidumbre descansa en el divino testimonio. Sus fundamentos son la palabra de

(1) *Introduccion á la historia universal.*

Dios y los milagros. La autoridad que impone la conviccion, es la certidumbre de un hecho sobrenatural que confirma las verdades que se trata de creer. La razon, tomando por base los hechos naturales que le atestiguan la palabra de los hombres y el gran libro de la naturaleza, donde el dedo de Dios trazó en el tiempo sus eternos pensamientos, percibe las verdades que naturalmente estan á su alcance, las compara despues de percibidas, deduce el conocimiento de sus relaciones, y finalmente se adhiere á aquellas cuya existencia se le prueba con testimonios convincentes. La fé y la razon son distintas; pero estan unidas lo mismo que el alma y el cuerpo No se las puede confundir, porque es diferente su naturaleza, ni tampoco separarlas, porque la mano de Dios las ha unido. Son dos rayos del mismo sol de inteligencia, dos emanaciones del mismo Dios de verdad y dos hijas del mismo padre de las luces. Una es la luz natural, que por la evidencia de los principios ó la clara conexion de las consecuencias arrastra la conviccion. La otra es la luz sobrenatural, que nos descubre objetos superiores á nuestra inteligencia, y que añadiendo la poderosa accion de la gracia á la evidencia de los motivos de credibilidad, forma en nosotros la mas firme certidumbre. Pero dejando de vivificarse la razon sin la fé se disolveria muy pronto como el cuerpo de que se aparta el alma, y la fé sin la razon seria incomprensible al entendimiento humano, asi como el alma no puede revelarse sin el intermedio de los sentidos. La razon es á la fé lo que el cuerpo es al alma: la primera está subordinada á la segunda, lo mismo que las deducciones racionales se hallan necesariamente sujetas á la certidumbre de las realidades evidentes. La razon obra sobre bases que la fé le ha suministrado. Hé aquí lo que es la ciencia con respecto á la doctrina católica.

En el hombre hay tres cosas muy distintas; el origen, el medio y el fin. Los dos extremos encierran el problema del destino humano fijado por la palabra revelada y transmitido por autoridad y tradicion: con el auxilio de aquel la humanidad salida de Dios vuelve hácia él como fin ulterior por el vínculo de la religion. El medio de la humanidad es el mundo, es toda la creacion, y es la ciencia con todas sus clasificaciones. Asi nosotros no pondremos jamás en duda que la razon humana pueda obtener ciertos resultados, tomando por punto de partida los hechos naturales y la evidencia que de ellos resulta: en matemáticas, en astronomía, y aun en todas las ciencias naturales, cuando no se quiera subir á su origen, ni explicar sus fines, bastarian para convencernos los monumentos de la antigüedad pagana, las obras maestras de literatura y la perfeccion de las bellas artes, frecuentemente agenas del pensamiento religioso. Pero si lejos de limitarse á la observacion material de los hechos ó á su arbitraria interpretacion, quiere la razon levantar su vista mas arriba, tratar de Dios, del hombre y de la humanidad; debe reunir los datos adquiridos á los hechos del órden superior que hallan en la divina palabra tan alto grado de certidumbre: tal es la hipótesis que aceptamos. Mallebranche decia: « Dios es el vínculo de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos.» Es el manantial fecundo donde se sacia el ingenio. Si la naturaleza sirve para explicar la revelacion; la doctrina católica que contiene la revelacion del mundo invisible, debe servir de guia á las ciencias profanas para adelantarse por entre el laberinto de las experiencias y la multiplicidad de los fenómenos á fin de buscar su explicacion. Entonces asi como los sentidos se dejan dirigir por la razon que certifica sus resultados ó relaciones, la ciencia debe verficar sus planes

comparándolos con el órden sobrenatural que conoce por la doctrina católica, y que le da mayor grado de certeza. En virtud de las leyes armónicas, que dirigen los mundos del pensamiento y de la materia, del órden natural y sobrenatural, queda demostrado que las verdades de la doctrina católica son tan comprensibles á la inteligencia, cuanto son mas extensos los conocimientos naturales; y que cuanto mas fuera de duda están las verdades de la doctrina católica, otro tanto mas se ilustra la ciencia humana y adquiere mayor certidumbre. La ciencia es para el hombre la verdad en su forma mas elevada y estamos obligados á reconocer diversas clasificaciones en su extenso dominio. Es una populosa ciudad con mil torres, en que cada siglo ha construido un templo; mas por grande que sea la diversidad de sus objetos, siempre procura unir lo que tiene de particular, transitorio y múltiplo á alguna cosa que tenga al menos relativamente un carácter de unidad, de permanencia y de generalidad. Tal es la doctrina católica.

Lo que la distingue eminentemente de las opiniones filosóficas es esto. Pueden estas modificarse segun las preocupaciones y al antojo de las circunstancias; pero la doctrina católica es inmutable en sus dogmas, y descansa en bases que no puede el entendimiento humano separar para sustituir sus miras particulares. Allí hay movimiento y sucesion: aquí todo es inmoble é invariable. La ciencia se organiza completamente en la unidad, se mueve en este círculo sin límites, y halla el vínculo que reune las nociones de que se forma. Emana del elemento divino que la dirige, coordina y vivifica.

Dios, principio de todo lo que existe, ve en sí la razon de todas las cosas; de donde somos inducidos á concluir que la inteligencia infinita revelada al hombre es

el principio de unidad de la indivisible sociedad de los espíritus, el elemento radical de toda inteligencia y el punto de partida de donde el ingenio debe arrojarse cuando quiere dar un paso en la carrera de la ciencia. Haciendo que brille la gran luz de la plena revelacion sobre el orbe del pensamiento, nos dice la postrera palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo.

El paganismo, produciendo dioses segun sus caprichos, habia negado la unidad del Ser Supremo, alterado todos los atributos que constituyen su divina esencia, y obscurecido en la razon de los pueblos todas las nociones de que se compone la idea de lo infinito A fuerza de disputar los filósofos racionalistas, acabaron por negar á la eterna sabiduría el atributo de la sabiduría y á la suprema inteligencia el de la inteligencia. Cuando quiso la filosofía del siglo XIX levantar el velo que cubre á nuestros ojos el Dios oculto en quien nos es preciso creer, reveló su impotencia con sus vanos esfuerzos. Ella hace á Dios una fraccion del mundo ó un rayo de la razon humana, un gran todo ó una nada, la naturaleza, el espacio; palabras todas vacías de sentido. Mas la doctrina católica nos hace concebir á Dios con sus grandes caracteres de permanencia y de generalidad, como causa productora, como soberana razon, como principio de la union de todos los seres, como objeto que los atrae, y fin á que todos deben caminar. Con su luz nos es dado conocer la misericordia y la justicia, la verdad y el poder, la ciencia infinita y la sabiduría sin límites del Ser Supremo.

En el mundo filosófico se presentan dos sistemas principales para explicar el origen del hombre, su naturaleza y su destino. Segun el parecer de Locke y de Condillac, el *yo* no es mas que una coleccion de sensaciones que experimenta el hombre, y de las que recuerda

su memoria: su libertad está subordinada á la accion de los objetos: la materia puede pensar, y el hombre enteramente material no es para ellos mas que una agregacion de partes dotadas de una actividad mas ó menos grande. El panteismo ó mejor el eclecticismo *fenomenal* de Kant se reduce á mostrar al hombre sin mas que formas de espíritu en lo interior y accidentes materiales en lo exterior, nunca *el nosotros mismos* ó el *ser*; y se envuelve en el mas absoluto escepticismo sobre las cuestiones de la sustancia y del futuro destino del alma. Perdonesenos que no nos extendamos tocante á los sistemas de aquellos filósofos nuestros contemporáneos, que no han visto en el hombre mas que un ser sometido á las leyes de la fatalidad, y le han asemejado al bruto, ó igualadole al Eterno. Tan cierto es que sin estas tres ideas de creacion, de distincion entre el espíritu y la materia y de mundo venidero fluctua el entendimiento humano á la ventura en una vaguedad infinita, parecido á un piloto desorientado que no conoce el punto de que salió, ni las regiones que cruza, ni el puerto á que debe dirigir su rumbo.

Pero la doctrina católica, poniendo el hecho de la creacion al principio de todas las cosas, nos convida á considerar en el hombre un ser infinito que pertenece á dos mundos, y cuya misteriosa existencia está ligada con una cadena doble á las variables revoluciones del tiempo y al órden inmoble de la eternidad. Nos enseña que el cuerpo debe estar subordinado al alma: que el hombre es el rey de la creacion; y que su verdadera patria es el cielo. Todo atestigua sin duda la caida de los ángeles y del hombre: este es el fondo de la historia de todos los pueblos, y por todas partes subsisten las huellas de esta gran ruina: aun en el hombre se reconocen vestigios de esta perturbacion que el crímen produjo en la

naturaleza. En su frente lleva, si no con caracteres de sangre, al menos en signos indelebles esta siniestra sentencia: *ser degenerado.* Sin embargo despues de seis mil años que el hombre está marcado con este sello misterioso, ninguna filosofía ha podido romperle. El racionalismo, ciñendo á sus cortas ideas el plan del Criador, emprendió explicar este venerable fundamento de nuestra creencia á fuerza de investigaciones científicas, y acabó por negarle. Pero la doctrina católica lleva el pensamiento hácia este suceso misterioso, que la mas antigua tradicion coloca en el origen de las generaciones humanas. Nos revela que la humanidad se estrelló en la cuna de resultas de una gran caida, cuyo ruido ha resonado en todas las edades, y nos esplica lo que queda inexplicable para todos los que le ignoran ó le niegan. Nos le muestra buscando el germen de todas las medras de su vida terrena, y el camino que debia conducirle á la mansion de la felicidad, en la muerte de aquel que restauró la abatida naturaleza humana por medio del sacrificio mas augusto El cristianismo mas ilustrado que la sabiduría humana dice al hombre: rey destronado, levántate de ese abatimiento en que yaces: la nada no es tu herencia, y si estás condenado á morir, la muerte no sellará tu sepulcro: del cielo procedes, y allí es donde debes descansar de todas tus fatigas despues de la noche de la vida.

¡Qué alegria, ó Salvador de los hombres, nos cabe en dar este glorioso testimonio de la veneracion que profesamos á la doctrina que nos enseñasteis! Alumbrando esta al género humano con su viva luz, nos descubre los principios de cuanto nos importa saber. ¡Ojala la tomen por su guia en algun tiempo los que ahora la desdeñan sin conocerla bien!

En lo antiguo inventó el ateismo los átomos para borrar en la naturaleza el nombre de Dios; y la filosofía

materialista ha reproducido despues el sistema de una materia eterna que existe por sí misma. Hay tambien algunos filósofos del siglo XIX, que parece no han repudiado este error; pero la doctrina católica dicta al hombre que el universo es la sublime operacion del Eterno, cuya gloria campea en la tierra así en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande. La creacion no es simplemente una idea, es un acto del Eterno, que quiso dar un signo exterior de su omnipotencia; y en este concepto tiene analogia con el universo, que es una reunion de hechos. Quitad este dogma, y toda la cosmologia desaparece. La idea de la creacion es una necesidad del entendimiento humano, porque así le constituye con relacion al conocimiento general del universo en una situacion correspondiente á la en que él se esfuerza en colocarse para cada órden particular de los conocimientos. Ella le conduce á la distincion del espíritu y la materia; distincion que orienta al entendimiento del hombre en el inmenso porvenir, mostrándole el mundo actual como el pórtico misterioso del futuro. Le explica los designios de Dios, y elevándole del estudio del universo á la sencillez del divino pensamiento, asi como el gran astro de la naturaleza, que mezcla á sus resplandores sombras augustas, le hace leer todo lo que puede descubrirse en los eternos pensamientos escritos en las revoluciones de los tiempos como otros tantos caracteres misteriosos. Ella consulta á todas las grandes ruinas, sembradas en el curso de los siglos. Atado está el universo entero con una misteriosa cadena, ó mejor con cierta razon que establece relaciones semejantes entre los diferentes términos de la progresion de los seres, y permite mediante ciertos datos descubrir los términos incógnitos. Esta razon, que forma la cadena del mundo invisible y del visible, es la sagrada marca que

Dios ha impreso en todas sus obras: señal tanto mas obscura, á medida que se va bajando de la escala de la creacion; pero que se ilumina al contrario cuanto mas nos acercamos al trono de Dios. La doctrina católica es un rayo emanado del sol de las inteligencias, en el que deben irse á encender las antorchas de toda ciencia. La perfeccion á que ella convida á los humanos, se realizaria en un estado de cosas, en que la grande estabilidad de la fé se combinase con la mayor actividad intelectual. De esa cruz de madera que enarbola en la cúpula de nuestros templos, como en los chapiteles de los palacios reales, deriban gradualmente las perfecciones del ingenio humano.

Dadme materia y movimiento, decia Descartes, y yo construiré un mundo. Dadme verdades, puede contestar el ingenio humano, y yo formaré las ciencias. No puede obrar sobre la nada: no puede mas que unir con el pensamiento seres ya existentes: los estudia, los compara, los reune, y de su concurso hace que resulte un sistema. Pero como solamente puede el ingenio fecundar sus elaboraciones apoyándose en las bases elementales, sentadas por la mano de Dios; así solo mientras no pierda de vista el objeto de todos sus esfuerzos, es llamado á hacer adquisiciones. Del mismo modo que todo lo criado tiene un fin, que es la eterna verdad, Dios. Todo cuanto subsiste es sin duda distinto de él; pero porque todo cuanto tiene ser ha salido de su seno, tambien todo tiene en él sus raices. Hé aquí por qué Dios es el supremo fin, hácia el que debe dirigirse toda verdad. Es así que la ciencia no es otra cosa que una reunion de verdades que gradualmente se manifiestan al ingenio humano; luego si se arroja por entre los objetos intermedios hácia aquel, que es el primer eslabon de la cadena intelectual, desde luego se constituye y adelanta. Pero si ella se olvida de sí misma hasta repudiar su fin sublime; retro-

cede y cae, porque una culpaple tendencia la extravia apartándola de su verdadero destino. El aspecto con que miramos el fin inherente á las doctrinas, descansa sobre las mismas bases del órden moral y se reproduce en todas las páginas de la historia de la ciencia. No tememos afirmar que las doctrinas que han hecho progresar mas pronto al entendimiento humano, son aquellas que ha consagrado la religion, elevándolas á su noble fin. Por ejemplo de todos los sistemas de la antigua filosofía el que mas adelantó en la via del progreso, fue sin contradiccion el de Platon, porque fue religiosa su tendencia: fuera de sus errores parece que era el preludio de la regeneracion intelectual por Cristo. Y si nos fuera dado bosquejar en grande los caracteres que distinguieron las principales épocas de la humanidad, comparándolas con las leyes esenciales del ingenio del hombre; se advertiria cuán fructuosos han sido siempre los esfuerzos de la inteligencia, bajo la influencia de los principios religiosos

En general la filosofía en el Oriente no fue otra cosa que el reflejo de la religion: por eso se descubren en ella tantas verdades, y verdades tan profundas, que no podemos menos de descubrir en la cuna del género humano la patria de la mas alta filosofía. Si el movimiento socrático le hizo dar un gran paso con el adelantamiento de la libre reflexion; jamás pareció mas digno que cuando despues de haber salido violentamente del seno del culto, volvió á incorporarse á él bajo los auspicios de hombres que se pusieron de acuerdo con los misterios y la religion. El elemento radical de la edad media fue el cristianismo: por tanto á él se debe esa tan célebre filosofía, aunque poco apreciada por muchos, que se llama escolástica. Es tan digna del entendimiento humano, que segun el lenguaje de un filósofo coeta-

neo (1), es probable que en el dia si se examinase la escolástica, se quedaria uno tan atónito de comprenderla y hallarla muy ingeniosa, que se miraria como una maravilla.» Mientras la filosofía veia por fin que á su presencia se abria el santuario de la verdad, si brillaron las bellas letras en todo su esplendor, es porque el género humano habia crecido á toda la altura del nuevo culto. Y si de lo alto del trono, en que le colocó la mano divina, el hombre reedifica con las ruinas en este mundo de la historia las ciudades y los imperios que el tiempo se tragó; si la fisiología y la geología esparcen entre nosotros tantas luces sobre nuestro origen y el destino de la tierra; si sometiendo al espíritu matemático la ciencia de la naturaleza, nuestro siglo le ha dado una marcha racional que ha causado tantos progresos en la investigacion de la verdad; todo es porque el tiempo, en que los mismos sabios parece que deliraban, pasó ya, y porque la generacion actual, dejando en el fondo de su sepulcro lamentables teorías, prefiere entonar hácia el cielo el cántico de vida que ir á cantar himnos de muerte junto á la estátua de la nada. Las mil sendas de la ciencia se reunen para proclamar la doctrina católica; y de concierto con ella se encaminan en perfecta armonia á conseguir nuevas conquistas. Este es el camino que debe seguir la ciencia para llegar realmente al triunfo y á la gloria.

No, agitándose al acaso ó contra la voluntad soberana, no es posible que llene sus deberes. Al modo que si uno de los innumerables globos, cuyo movimiento regular concurre á la armonía del universo, llegase á traspasar su órbita, sin duda alguna ocurriria un trastorno en el mundo material; el mundo intelectual no podria menos de conmoverse hasta en sus cimientos si quisiese la ciencia

(1) El señor Cousin, *Curso de Filosofía.*

volar fuera de la esfera de actividad, en que le plugo al Todopoderoso situarla. Las inteligencias tienen sus leyes como los cuerpos, y la doctrina católica es la via por donde deben caminar, porque está arreglada por la fé. La fé es la unidad, lo que procede de Dios: la ciencia es el adelantamiento, lo que procede del hombre en el órden intelectual. Por un lado una razon infinita y por solo esto infalible: por otro una razon limitada y por ello sujeta al error. Rousseau decia: «Frecuentemente la razon nos engaña muchos derechos hemos adquirido para reusarla.» Si apoyada en datos anteriores la ciencia humana quiere marchar adelante; es necesario que ejercite su actividad en el grado que le sea propio y posible para apoderarse de la verdad infinita que se le ha manifestado con la forma finita de la palabra, y que fecunde, tomando por regla la fé, el gérmen divino depositado en su seno por ella. Este movimiento de la ciencia es un deber que tiene su razon en las primitivas relaciones de la inteligencia humana con la inteligencia divina: es un derecho cuyo título escribió el mismo ser eterno en la frente del hombre imprimiendo en él los mismos contornos de su imágen. Por tanto la ciencia que toma sus luces de la fé, para disipar las sombras que ocultan los objetos de nuestras investigaciones, nos constituye mas y mas semejantes al tipo sobre que fuimos formados, sin que jamás podamos ni igualarle, ni llegar á él. Ella es la realizacion de la ley natural, que llama hácia Dios á todos los seres emanados de él. La observacion y la induccion son entonces para ella dos poderosas palancas, que hasta su alcance levantan al mundo de las inteligencias y de los cuerpos para que pueda contemplar á su sabor todas las riquezas. ¡Qué espectáculo tan hermoso! ver al hombre á la luz de la antorcha de la fé y con el hilo

de la analisis en su mano penetrar en el laberinto del pensamiento, sondeando sus complicadas revueltas, y seguirlos en sus combinaciones y comunicaciones! En sus escursiones por los datos del mundo material, se sirve de los recientes descubrimientos como de escalones para elevarse á los ùlteriores, y trepa sin descanso por los caminos de la luz por donde la ciencia limitada del hombre tiende seguramente á la del ser infinito. No puede uno menos de exclamar con admiracion al contemplar este espectáculo: «Ahí teneis al rey de la creacion que el Eterno ha coronado de gloria y honor..... Asi es que los verdaderos sabios en todos tiempos y entre todos los pueblos fueron guiados por la fé en sus doctas tareas. S. Agustin y santo Tomás poseian todos los conocimientos de su siglo. En sus inmortales descubrimientos Keplero debió menos á la observacion que á las ideas de proporciones y de armonía que habia bebido en las verdades del órden sobrenatural. Leibnitz, que si se hubiera educado en el santuario, hubiera sido sin contradiccion el mayor ingenio de su siglo, debió su gloria á la region de las esencias, es decir, á los divinos tipos de que estas eran figura, y que percibia él mas allá de las ciencias naturales y matemáticas. Es seguramente el mismo pensamiento que dió á luz al gran Bossuet, y que ha dado al mundo despues de Maistre, de Bonald, de Châteaubriand y el padre Ventura. Siempre y en todas partes, y sobre todo en Roma, la iglesia se ha puesto á la cabeza del movimiento científico y de la gloria de las naciones. No es posible que haya corazones tan frios, ni entendimientos tan ofuscados, que tengamos precision de recordar aquellas luces de civilizacion, aquel instinto de libertad y aquellas grandes instituciones que el mundo le debe. Asi cuando la doctrina católica dicta sus sabias lecciones, son ilus-

trados los reyes y los pueblos. Lejos de ser enemiga del progreso, ella anima á él y le propaga. Semejante al sol, cuyo esplendor es mas vivo cuando los vientos han barrido las nubes, brilla la ciencia con nuevos fulgores, cuando va escoltada de la fé, porque esta borra de su frente las preocupaciones y los errores.

La doctrina católica es el punto culminante de la razon y de la fé. Si se prescinde de este divino centro, la filosofía falta de esta alianza íntima se disuelve al momento, porque no puede descansar sino en la nueva manifestacion del poder divino: y la historia entera del universo no seria otra cosa que un enigma sin solucion, un laberinto sin salida, y un gran monton de ruinas de un edificio sin acabar. Todo sistema que consiste en una negacion ó exclusion de la tendencia religiosa, esta por solo esto muy desviado de la línea del progreso. Quitar á los ingenios la religion, es dejarlo *á pie*, hablando en el estilo de uno de los mayores talentos que han aparecido en el mundo: privándolo de su influencia que lo elevaba hasta los cielos, se les cortan las alas. Si la humana inteligencia deja de ir á beber en el manantial de la fé, perdiendo su dignidad y energia, ya no conserva poder para moverse como no sea en sentido retrógrado; y desde entonces vienen sombrías nubes á eclipsar el astro de la ciencia. Si derriba una de las bases sentadas por la fé, abre un abismo: y todo pensamiento que contradice al pensamiento de Dios, es un error. ¿Quién ignora que alterando los datos de la revelacion, el politeismo extendió sobre el género humano las tinieblas espesas que por espacio de dos mil años degradaron á la razon? ¿que los entendimientos audaces que intentaron reconstruir el edificio del cristianismo sobre bases diferentes de las que fijó la mano divina, han venido á parar por rigorosas con-

secuencias, deducidas de sus propios principios, á admitir las mas repugnantes y absurdas doctrinas del paganismo? El siglo XVIII introdujo el escepticismo en la religion, y asi fue tan fecundo en extravagancias racionales. Cada sabio tenia su sistema destruido por el que le seguia. Nada habia en filosofía mas que hipótesis y probabilidades. En metafísica Condillac, suponiendo una estatuá, extraviaba la imaginacion. En política Rousseau sostenia como natural al hombre el estado salvaje. Los materialistas no consideraban la ley natural bajo otros aspectos que como ley de la naturaleza animal. El racionalismo ha destruido la razon, sujetándola á dimensiones visiblemente fuera de su alcance. El eclecticismo, no queriendo admitir una fé que todo el mundo le decia que venia del cielo, ha hecho profesion de elegir entre las ruinas de todos los cultos para no creer nada. El panteismo ha dicho: «Todo es Dios,» para no adorar nada. Y esa otra doctrina, que un respeto mezclado de dolor nos prohibe nombrar, despues de proclamar el principio falso de la preeminencia de la razon sobre la fé, se ha esforzado en vano para llegar á lo bello, porque lo buscaba fuera del límite de lo verdadero: triste, pero inevitable condicion de la ciencia humana, cuando se desconoce á sí propia. La ciencia separada de la fé es una quimera, nada; pero aquella que apoyándose sobre el mundo visible é invisible, explica la una con la otra en virtud de sus relaciones, es real y verdadera, porque es conforme á la naturaleza de los seres.

Permítasenos pues unir nuestros deseos á los que no há mucho manifestaba con tanta energía el señor baron Gustavo de Romand, y digamos con él: «Guardaos del escepticismo ó de la indiferencia, como de un veneno mortal que destruiria en vosotros todo principio de vida,

y os separaria del tronco social como una rama seca. Inspiraos del soplo divino de la fé, y todo cuanto os rodee se animará, y muy pronto sentireis una fuerza sobrenatural y desconocida, que convertirá vuestra estéril impotencia en la mas rica fecundidad (1).» No mireis la ciencia mas que como un medio de elevar el espíritu del hombre á las contemplaciones de la fé, cuyo auxiliar es y no puede menos de ser en los designios de Dios: este es su destino y esta su gloria. Que ambas en lugar de combatirse se animen mutuamente para lograr nuevas conquistas: que se esfuercen en armonioso concierto para coger la inmensa cadena de verdades que se extiende desde el profundo abismo hasta lo mas alto de los cielos. Dios que nos alumbra con la antorcha de la razon, no puede oponerse á Dios que nos ilumina con las luces de la revelacion. Continúen pues la fé y la ciencia estrechamente abrazadas como dos hermanas, íntimamente unidas por interés y amistad, en vez de separarse. La mas hermosa armonía entre los hombres de talento y los depositarios encargados de distribuir la luz intelectual á las generaciones nacientes fecundará los campos de la ciencia, y establecerá en los entendimientos y en los corazones el reinado de la verdad y del bien.

Como la doctrina católica no tiene, á lo que nos parece, otro objeto que la celestial felicidad; es el verdadero camino de la felicidad verdadera en la tierra. Es la sancion de toda moral, el mas potente principio civilizador, que ha penetrado en la vida humana en el curso de todos los siglos. Sábese que Platon anunció que los pueblos serian felices, cuando gobernasen los filósofos ó cuando los gobernantes lo fuesen. Gobernaron por

(1) Miras sobre las elecciones de 1842.

sus consejos desde Nerva hasta Antonino, y luego en la persona de Marco Aurelio un filósofo fue emperador: esta era la ocasion mas señalada para que la filosofía probase su poderío. Pues á pesar de los esfuerzos, del mérito y de la habilidad de este príncipe perecian manifiestamente artes, literatura, ciencias y civilizacion. La filosofía del siglo XVIII, rompiendo con las tradiciones de lo pasado, desplegó su bandera, y se vieron tantos delirios como hombres y otras tantas quimeras vanas de perfeccion social: tembló el suelo francés, se conmovieron los cimientos de la sociedad, y apareció el egoismo salvaje, solo él en pie sobre las ruinas de las familias, de los estados y del género humano, hollando la tierna piedad, la santa justicia, la dulce amistad, la voz de la sangre y de la patria. Por entre los sangrientos combates de una licencia desenfrenada marchó la sociedad á una inevitable decadencia. En el siglo XIX no ha quedado medio que no haya tanteado la filosofía, para mejorar la suerte de las diversas clases sociales; el eclecticismo del señor Cousin; las leyes de la libertad y de la fatalidad de Jouffroy y Michelet, el método psicológico de Damiron, la personificacion divina de la razon humana de Lherminier, el sistema industrial de Henrique de San Simon, el idealismo ó *misticismo* de Leroux, el sensualismo de Fourrier, la teoria exclusiva de los hechos sobrenaturales de Salvador y las de los *mitos* de Strauss, que honran infinito el talento de estos autores. Mas no los seguiremos aquí en la explanacion de sus sistemas, ni trataremos de calcular sus resultados. Acaso como imprudentes navegantes engolfados en alta mar han descuidado con harta frecuencia observar el único astro que podia fijar sus incertidumbres; y errantes al capricho de los vientos, han hecho que sus sistemas se conviertan en juguete de las olas,

sin dejar siquiera á los náufragos tabla alguna para volver á tomar puerto.

Fíjense los ojos en la doctrina católica: su moral purifica los afectos, y santifica todo cuanto toca. Desvia de todos los vicios y manda la práctica de todas las virtudes: al lado del precepto que aterra y del sacrificio que desconcierta nuestra flaqueza, dispone que brillen sobre nuestras cabezas las coronas inmortales tejidas por una mano divina. Es propia para todas las edades, para todos los tiempos, para todas las clases y para todas las naciones. No hay necesidad alguna del corazon humano que no pueda ella satisfacer. Hija de la sabiduria increada, es la gloria de la edad madura: en el rostro de la vírgen cristiana hace que brille un rayo de celestial belleza; y coloca una corona de dignidad en la venerable frente del anciano. Nos manda que todos nos amemos, y que amemos hasta á nuestros enemigos como hermanos. Establece una igualdad real entre los hombres, compensando la superioridad de los unos sobre los otros con las mas terribles obligaciones. Su espíritu caritativo con la debilidad, compasivo con la desgracia, y enemigo de la violencia inspira á los hombres ideas de devocion y de sacrificio. Excita los corazones capaces de nobles emociones; y por temor ó por amor insta al rico á que abra su mano en el seno de la indigencia para socorrer su infortunio. Entre los harapos que cubren al pobre, le enseña un hijo del mismo padre destinado á la misma gloria, á fin de unirlos con el mismo amor. Dentro del arca mística del catolicismo está depositado el solo pensamiento de humanidad, que debe reunir á todos los hombres bajo una misma bandera: su ley no es ley de terror, ni de esclavitud, sino de amor y de libertad. Manda el respeto y sumision á las potestades: tan enemiga del despotismo como de la anarquía

condena la tiranía, instituye la familia, prescribe la tolerancia para con las personas, consagra todos los principios de sociabilidad, y el amor fraternal que inspira es la mas firme seguridad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Para ella no hay judios, ni griegos, ni bárbaros: manda al hombre que ame á todos sus hermanos, sin distincion de edad, de sexo, de culto, ni de estado, porque todos somos hijos del mismo padre y llamados al mismo destino. Unidos por naturaleza, ¿por qué no lo hemos de estar por la misma fé y por el mismo amor?

Leed á Ciceron, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio; y vereis los consuelos que ofrecia la filosofía al dolor y á la tristeza: «Es una necesidad del hado, decian: de todo nos debemos consolar: hay que armarse de valor y arrostrarlo todo:» pero el catolicismo da al simple artesano el conocimiento de verdades mas útiles que las descubiertas por la filosofía, y mas virtudes que la razon humana es capaz de producir, mas ideas sublimes que el ingenio puede concebir jamás, y mas consuelos que puede dar el mundo entero contra los dolores y el tedio. La doctrina católica es la que despues de cuarenta siglos de esclavitud propagó la libertad por entre el torrente de las edades, y adelantó la emancipacion progresiva de la humanidad en el seno de las tempestades sociales que siempre ha calmado. Ha sembrado constantemente principios de fraternidad en el mundo sin causar jamás menoscabo á ninguna de sus gerarquias. Ha reorganizado las familias sin debilitar la autoridad paterna, moderado el poder de los monarcas sin conmover sus tronos, é introducido el órden en las repúblicas sin avasallarlas. Hace cuatrocientos años que de siglo en siglo se ha levantado una solemne voz de lo alto del Vaticano que ha protestado á nombre de la

humanidad ultrajada en las personas de los esclavos. Aun hoy mismo desea el cristianismo restituir á esta casta desheredada la parte que le corresponde en la herencia comun de civilizacion que Cristo legó á los pueblos, y reanimar en ella el sentimiento de dignidad, que si se ha borrado de su frente, es porque ya no se conservaba en su corazon. La accion incesante y bien ordenada del espiritualismo católico repara por todas partes lo que la accion desordenada del sensualismo antiguo habia destruido. Un pueblo verdaderamente cristiano está animado de todos los sentimientos nobles y generosos, preserva su corazon de las viles pasiones, desaprueba la venganza, y detesta la injusticia. Quiere todo lo que puede hacer á su patria mas poderosa y libre; pero nunca un progreso religioso que rompa la unidad, ni una libertad contra el órden. Esta es sin duda la menor gloria tuya, religion divina; sin embargo esta gloria te pertenece; y los títulos que te la aseguran, estan escritos con caracteres indelebles en las columnas de la eternidad.

¡Ojala que todas las naciones oigan siempre y comprendan tu voz! y en tus doctrinas hallarán afianzados el órden público y la seguridad personal: entonces ya no se romperán los eslabones de la misteriosa cadena, que uniendo el cielo con la tierra junta todas las potestades morales desde la autoridad paternal hasta la omnipotencia divina. Será mas firme la obediencia á las leyes y mas dócil la libertad, porque conocerán todo el valor de su energía. Conservaremos entre nosotros ese lenguaje del honor, bien entendido, esa buena inteligencia que mantiene todas las categorías, esa mutua estimacion que suaviza todos los caracteres; esa moderacion de genio que presta todos los servicios, esa sobriedad de los deseos necesarios á los estados, á los cuales salva la

paz, y robustecen la moderacion y la gerarquia de los poderes, elemento precioso de toda autoridad.

CAPITULO II.

DE LA SOBERANIA ESPIRITUAL EN LA IGLESIA.

El catolicismo es un hecho divino.—Su gobierno es monárquico.— De la constitucion civil y religiosa de los pueblos. — Del Papa: es el jefe del episcopado.— De los obispos: estan investidos del derecho de soberanía.— Consecuencias de la constitucion de la iglesia católica en presencia de las necesidades de la sociedad. — De la fé, del progreso y de la tolerancia.— Las comunicaciones que la antigüedad habia inventado entre los hombres y Dios, no eran la fé. —En el catolicismo, manifestacion la mas perfecta de Dios se encuentra la regla de los adelantamientos de la sociedad.— Palabras notables del señor Carné.— El catolicismo es el primer vínculo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos. — No ha muerto el catolicismo.

No puede uno menos de asombrarse, cuando ve que ciertos escritores contemporáneos se complacen en tratar la religion de puerilidad y de juego de niños. Por entre las sombras de los tiempos antiguos y siguiendo un camino cierto descubrimos siempre y en todas partes las condiciones manifiestas de la sociedad del hombre con Dios, las formas del culto de admirable sencillez en el principio del mundo y bajo las tiendas de los patriarcas. Escogió Dios despues un pueblo, dándole instituciones destinadas á encerrarle como en un sagrado recinto y á preservarle de la general corrupcion. La nacion judia

se nos presenta llenando una gran mision, que al mismo tiempo abraza lo pasado y lo venidero: su objeto era conservar el depósito de las verdades reveladas, perpetuar en la tierra á los adoradores del Dios verdadero, y preparar todas las aclaraciones que debia recibir la fé primitiva en el tiempo de Jesucristo. Aparece por fin la divina obra manifestada en la fundacion de la sociedad cristiana. Reconoce por su fundador no á un sabio de la tierra, mas versado en la legislacion que los Solones y Licurgos, sino á un Dios ó mas bien á un hombre Dios habitando entre los hombres. La antigüedad sagrada y los mismos monumentos de la antigüedad profana le rinden homenaje: todos los tiempos que le precedieron, se levantan para atestiguar la verdad de las promesas celestiales cumplidas en Jesucristo, que se manifestó él mismo con señales infalibles que el error no ha podido imitar. Para convencer á los hombres de que era el hijo de Dios, les dió la única prueba que no podia engañarlos: hizo obras divinas. Que vengan luego á decirnos que el catolicismo no es mas que una quimera ó un nombre falto de realidad, y que cada cual ha recibido la mision de formar por sí su religion y su fé: nosotros tenemos derecho para responder apoyados en pruebas certísimas con el mayor grado de certidumbre histórica: que es un hecho divino, ó mas bien una reunion de grandes hechos sobrenaturales. Los cantos proféticos habian celebrado anticipadamente su nueva aparicion, y todo testifica que la promesa se cumplió. Este es el centro á donde vienen á parar todos los acontecimientos del universo. La verdadera fé es como un sol, que habiendo salido sobre el mundo naciente despide despues de la caida del primer hombre un rayo de esperanza sobre las ruinas de nuestra abatida naturaleza. Siembra por medio de Moises y los profetas una luz incesante

y creciente por el camino que con trabajo recorre la humanidad, y de siglo en siglo sube con maravilloso progreso hasta el gran dia del Evangelio. Asi el catolicismo resulta ser el término necesario de todas las instituciones del pueblo judio y la realidad de todas las figuras. Aparece divino por los milagros que acompañaron su origen, monumentos auténticos que aun ahora se miran frecuentemente con desden, y hasta parece que á veces se teme pronunciar su nombre; pero los testimonios amigos ó enemigos de las edades contemporáneas obligan á admitirlos. Judios y paganos todos hablan de sus maravillosas obras. Sus brillantes hechos se fundan en testimonios numerosos, graves, emanados de hombres eminentes en santidad, que esparcidos por todas las partes del mundo nada alteraron ni variaron en su relacion, y que dieron la vida por atestiguarlos. Y ¿quién se atrevería á negar el testimonio de sangre? Suben al cadalso estos héroes para dar testimonio no de las opiniones, sino de los hechos ocurridos á su vista: ¿pueden negarse sin caer en un escepticismo espantoso? (1). No hay nadie que ignore que hace cerca de diez y ocho siglos un hecho importantísimo ocupó un lugar en los anales de los pueblos: que á la voz de algunos hombres faltos de ciencia, de riquezas, de elocuencia y de fuerzas humanas todo lo que hasta entonces se habia considerado como verdadero, bello y bueno, pareció de repente falso, malo y detestable. La sabiduría del paganismo fue tratada de locura; y lo que se miraba como locura en la cruz se llamó sabiduría. Anuncianse una doctrina que superaba infinitamente el alcance del entendimiento

(1) Los discípulos de los que no quisieron creerlos, han llegado hasta el extremo de no creer su propia existencia, y de anonadarse en lo que ellos llaman humanidad: consecuencia rigorosa de la lógica inflexible del ingenio del hombre.

humano, y una moral contraria á todas las pasiones del corazon; y el mundo se somete á ellas (1). Se multiplican las persecuciones, levantanse cismas y herejías, entran en la lid el filosofismo y la depravacion del hombre. En esta espantosa refriega ha vencido el catolicismo. La cruz cambió el aspecto del mundo, y no cesa de dilatar sus conquistas; y este prodigio irá continuando hasta el fin de los siglos. De este modo el catolicismo atravesando los tiempos se asocia los indivíduos y los pueblos, y vuelve á la eternidad de que salió. Su divinidad está ligada á hechos históricos que provocan y desafian el exámen de la crítica mas severa. ¡Oh! Si no fuera un hecho divino, mil veces habria perecido. Su existencia despues de todas las contrariedades que ha encontrado desde el principio hasta nuestros dias, es un milagro suficiente para imprimir en su frente el sello visible de Dios. Asi el legislador celestial, queriendo valerse para el establecimiento del cristianismo de instrumentos privados de todo cuanto contribuye al logro de los designios del hombre, separó de la constitucion que quiso darle, los recursos que le son indispensables, y no escribió nada. Sola una ley habia promulgado su soberana justicia en otro tiempo á la tierra, la ley del Sinai; y su vida y sus doctrinas no fueron mas que el comentario de aquella. Habiendo criado al hombre á su imágen y semejanza le reparaba á su imitacion. Dijo á los apóstoles: «Enseñad y bautizad á todas las naciones;» y á Simon, hijo de Juan: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia: las puertas del infierno no prevaleceran jamás contra ella; y apenas principió la sociedad espiritual ya estaba

(1) En vano ha abortado el error en la pugna perpétua que sostiene con la verdad inumerables sistemas para negar la accion providencial y directa de la divinidad en la fundacion del cristianismo: la sensatez pública los ha condenado.

instituida. Depositaria de la completa revelacion habia recibido de aquel cuyas palabras todas son espíritu y vida, una doctrina, una disciplina y un gobierno. ¡Quién tuviera suficiente voz para exclamar: ¡O constitucion maravillosa de la iglesia católica! Jamás consiguen los legisladores disponer los ánimos, y dominar las circunstancias para combinar y poner por obra un órden social, sino á fuerza de poder y de talento. Escriben códigos, instituyen magistrados, ó bien reunidos discuten leyes fundamentales. Pero el divino fundador habló, y á su voz poderosa como en el dia en que creó la luz la iglesia católica fue. En tanto que los hombres, modernos fabricantes de edificio social, anulando ó formando constituciones parece que no buscan mas que el placer de destruir: (tal es la prontitud con que sus obras quebradizas se arruinan al primer embate de las tempestades); la iglesia quedó incontrastablemente constituida desde su cuna para durar hasta el fin de los tiempos.

No es nuestro designio probar aquí la necesidad de su autoridad. No queremos mas que exponer los principios con que se rige. La independencia del entendimiento llevada al extremo ha producido el odio á toda autoridad hasta rayar en fanatismo Colocando la razon individual sobre la eterna y la de todos los tiempos, el filosofismo moderno ha intentado derribar de un solo golpe toda autoridad divina y humana. Los reyes han sido señalados al odio con el nombre de déspotas, y se ha creido desterrar á Dios de la sociedad (1).

Entre los escritores franceses unos no ven en el catolicismo mas que una creencia individual, que hácia el quinto siglo llegó á ser una institucion por un aumento

(1) Cárlos Remusat, *Ensayos de filosofía*, 2 vol. en 8.º

progresivo y puramente humano (1). Otros, llevando al exceso la libertad de exámen, han llegado á desterrar toda nocion de lo que es iglesia, para reconocer en cada entendimiento el derecho de aislarse y definir, sin otro vínculo para la sociedad cristiana que el mismo principio de todas las contradicciones (2). Cosa singularísima seria que la iglesia tuviese un fundador que nada hubiera fundado, que hubiera traido al mundo la salvacion y la verdad, sin haber pensado en los medios de transmitirlas intactas á las generaciones futuras. ¿Habria dejado su obra sin seguridad, sin constitucion social, como una simple teoría, metéoro brillante sin lugar determinado y sin ley? Admitir esta hipótesis despues de haber negado su divinidad seria disfrazarle de hombre de pocos alcances y de impostor. Habiendo venido al mundo á exponer y plantear una doctrina toda celestial, debió querer establecer una sociedad espiritual, porque está en la naturaleza de una doctrina grave, de una doctrina de concordia, de unidad y de amor asociar entre sí á los hombres que la abracen. Necesitó pues esta sociedad una organizacion, un poder, que es uno de los elementos constitutivos de toda sociedad. Y ahí tenemos á la iglesia tal como Jesucristo la formó. Es una casa con su cabeza, una ciudad con sus magistrados, un reino con sus príncipes, un aprisco con sus pastores. Es la mas perfecta institucion social: una sociedad que lleva en sí misma el sello de una mano divina. Fenelon decia: «Los hombres pueden nombrar magistrados y jueces: solo Dios puede crear sacrificadores y dispensadores de sus misterios.» Por eso tiene esta sociedad un poder soberano é indes-

(1) Guizot, *Curso de civilizacion*, p. 198.
(2) Quinet, *Revista de ambos mundos*, 15 de abril de 1842.

tructible, en el que siempre se estrellarán todos los esfuerzos de la anarquía. Este poder que le ha tocado en herencia, es á un mismo tiempo de enseñanza, de definicion, de proteccion ó de impulsion, porque se trataba de perpetuar la fé, el culto y la gracia. Como esposa del rey invisible de la tierra y de los cielos está destinada en su nombre para gobernar el reino de Dios situado mas allá de este mundo. Su objeto por su naturaleza y sus efectos inmediatos se refieren á la santificacion de las almas, y terminan con los bienes de la mansion de los eternos resplandores. Instituida en la tierra para sustituir un principio espiritual al principio material de la antigua civilizacion cuyas consecuencias todas habia deducido el imperio romano; se unió con la sociedad civil sin confundirse. Su mision era renovar el género humano. Encarnó por decirlo asi, en la vida temporal de los pueblos; pero como una alma pura, adherida; mas no sujeta á un cuerpo mortal. Sabemos que en la edad media reputó como una obra de sabiduría ejerce un alto dominio en las cosas temporales, y dar en esta jurisdiccion órdenes que los pueblos y reyes acataban. Pero sin duda se nos concederá que la ley del tiempo y la fuerza de las cosas obligaron á la iglesia á ello. La misma humanidad no puede agradecer bastante el servicio inapreciable que aquella le hizo, ejerciendo la tutela durante su menoría en la vida social. Este derecho era entonces tan conforme con el órden legal y el derecho comun, como en nuestra época seria opuesto. Los tiempos han variado: ilustrados los pueblos y los reyes comprenden toda la extension de sus derechos; y mejor acaso que nunca estan en camino de hacerlos respetar y valer. Lejos de disputarselos el venerable é ilustre Gregorio XVI, pontífice que al subir á la cátedra de Pedro ha llevado todas las virtudes de su apostolado, ha declarado á la faz del

universo: «Que la santa sede no quiere ejercer en los estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas: y que rechaza con horror la mas ligera sospecha de opinion é intencion que no fuese conforme á la máxima de entera sumision á que estan obligados los súbditos en el órden civil para con la potestad temporal (1).» «La santa sede no piensa, dice el señor Boyer, que la intervencion temporal, tal como la ejercieron Gregorio VII é Inocencio IV, pertenezca á la fé católica, y solemnemente declara que el mismo ministerio episcopal está sujeto en el órden temporal á la jurisdiccion de los seglares (2). Queda cerrado el campo á las declamaciones de los políticos y de los filósofos, que de buena fé habian podido sospechar hasta aquí en la iglesia designios de usurpacion al estado. ¿Se volverá á suscitar la misma tesis contra ella? Lo ignoramos. Lo que no podemos dudar es que en el error hay una disposicion que fatiga, sin quitar al corazon que le combate ni compasion, ni amor. Esta aflictiva disposicion es el olvido desgraciado y voluntario de los monumentos y de los datos en favor de la verdad. En tanto que esta se rodea de pruebas para descubrirse á las inteligencias, se la deja pasar como el agua que corre: abrese un ojo medio dormido y apenas mira: vuelvese á cerrar, y continua el sueño sin cuidarse para nada de la realidad.

Pero si es verdad que el poder de la iglesia está limitado al órden espiritual, no es menos incontestable que no depende del estado dentro de esos mismos límites. En la esfera de actividad en que la colocó su divino fndador, no hay potestad en la tierra que no le esté

(1) Alocuciones de 10 de diciembre de 1837 y 13 de diciembre 1838 y otros. *Enciclica* del 15 de agosto de 1832.

(2) *Defensa de la iglesia católica contra la herejia constitucional*, pag. 26.

subordinada. Este dogma, impugnado ó puesto en problema en otros reinos, es el fundamento en que estriba su símbolo, y la columna que la sostiene. Su divino fundador le dió una constitucion enteramente divina. El hijo de Dios que se hizo visible en la tierra con forma humana, pone de frente y en dos líneas paralelas dos autoridades iguales, Dios y Cesar, personificacion la una del poder espiritual y la otra del poder temporal. Luego los reyes y los pontífices son soberanos independientes cada uno dentro de su jurisdiccion. Sobre los mismos hombres reinan estas dos potestades; y sin embargo sus atribuciones estan y debian estar separadas por límites tan precisos, que aunque cada una de ellas despliégue sus facultades en toda su extension, puede evitar todo encuentro con la potestad paralela. Las dos deben permanecer siempre unidas y distintas. La iglesia sometida al estado en el órden temporal es soberana en todos los objetos del espiritual. No le falta ninguna de estas prerogativas. Se le han cometido la doctrina de la divina palabra y la auténtica interpretacion de los diversos sentidos que pueden darsele, la decision irreformable de las diferencias que puede producir en nuestro entendimiendo, el dominio y jurisdiccion en los sacramentos de la iglesia y el poder de sacrificador. Fácilmente se ve que la autoridad instituida por Moises, y que él mismo inclinó de antemano al morir ante la autoridad de un profeta mucho mayor que él, que habia de salir de su pueblo; y la autoridad de la sinagoga, circunscrita á las fronteras de la Judea y en los límites de las épocas de expectacion, no eran mas que un bosquejo del alto poder espiritual que debia recibir el catolicismo para todos los siglos y sobre todos los pueblos. Es de tal preeminencia esta autoridad, que ninguna otra puede llegar entre los hombres al mismo

grado. Podrá la política de las naciones afirmar las gradas de los tronos conmovidos por las facciones, estrechar los vínculos sociales con una feliz combinacion, en que los poderes administrativo, legislativo y judicial se hallen hábilmente equilibrados, donde los derechos civiles de todos esten claramente afianzados, y donde se protejan ampliamente las artes, las ciencias, el comercio y la industria; pero la autoridad humana no alcanzará nunca mas que al cuerpo, y el alma siempre la eludirá. Aquella no conoce mas que los actos exteriores, los hechos perceptibles. Ante la ley no existen los mayores crímenes sino cuando pueden justificarse en los tribunales. Jamás penetran hasta la vida interior del hombre; y de aquí nace el axioma moderno: *la vida interior debe estar tapiada.* Ningun potentado del mundo puede mandar en la persuasion de los hombres: puede sujetarlos con la fuerza ú obligarlos con la violencia; pero dominar su voluntad, es imposible. Solo la autoridad católica, porque es divina, habla en sus prohibiciones y en sus mandamientos á la voluntad del hombre, y tiene derecho de imponerles la obligacion estrecha de creer de todo corazon lo que ella ha juzgado y definido una vez. ¿Qué es la autoridad de la filosofía? Buen chasco se llevaria el que esperase de ella un resultado positivo. El filosofismo, verdadera Penélope que durante la noche deshace la tela que labró de dia, apenas ha fabricado un sistema, cuando combate sus cimientos para derribarle: toma y echa á un lado, escoje y deja. No puede su autoridad tener carácter alguno de estabilidad, porque la movilidad de los pensamientos y opiniones humanas le hace incapaz de adquirir y comunicar la certidumbre (1). A la autoridad católica pertenece única-

(1) En la presente obra tendremos ocasion de explanar esta tesis, que por ahora basta que enunciemos.

mente fijar en sus límites exactos la verdad religiosa, que ha recibido. Promulgándola diariamente en el mundo, no cesa de protegerla y defenderla. Una fuerza superior á todas las fuerzas humanas, aneja á esta autoridad, conserva la integridad de la fé donde quiera que la combaten, y se proclama la ortodoxia por cuantos medios estan á disposicion del hombre. Sí, la armonía de las verdades católicas y su fijeza, sostenidas por la autoridad de definicion, serian bastantes por sí solas para probar el divino origen de este poder y el de la misma iglesia. Como nunca religion alguna ha podido nacer y subsistir contra todos los medios naturales y sin recurrir á la seduccion, á la fuerza ó á un sistema político; tampoco ninguna secta religiosa ha llegado jamás á constituir (1) un cuerpo completo y armonioso de doctrina. Recorranse los diversos sistemas religiosos antiguos y modernos: en ellos se hallará lo mas sublime que el talento humano ha inventado; pero faltarán la coherencia y la invariabilidad, el sello de la divinidad. Solo el catolicismo, gracias á su poder de definicion, goza de la plenitud del poder constitutivo, resultado que no puede producir la simple escritura, supuesto que esta no puede ser comprensible para todos, y que su padre, segun Platón, no está alli para defenderla. ¡Iglesia santa! canal de las aguas de la sana doctrina y órgano de los pensamientos de Dios, madre nodriza de los verdaderos fieles, siempre combatida y siempre victoriosa, siempre amenazada de ruina y siempre en pie, tú apareces á nuestros ojos como un faro inmortal colocado por la mano de Dios sobre una roca inaccesible á las nubes. De tu seno sale una resplandeciente luz que

(1) *Entendemos por esta palabra: establecer y conservar.*

indica á la humanidad por entre los escollos del tiempo el camino de los dos progresos, por donde debemos adelantar poco á poco hácia el puerto de la eternidad. El gobierno de la iglesia, en la esfera espiritual que le es propia, es monárquico.

No nos detendremos en enumerar las diversas formas de gobierno destinadas á dirigir la sociedad civil, ni procederemos en esta materia por via de exclusion ó de preferencia. Teniendo que sufrir la movible influencia de las opiniones humanas y de los diferentes sucesos que cambian la faz de los imperios, se ve que los pueblos pasan sucesivamente por varias transformaciones de gobierno, segun los tiempos, las costumbres y las necesidades de cada siglo. No sucede así en la iglesia católica. Su divino fundador la constituyó para que permanezca tal como la formó hasta la consumacion de los siglos. Ciertamente era necesario que asi fuese; porque ¿quién no ve que mudando su forma esencial, se destruiria todo el órden sobre que aquel la fundó? La forma que le dió, debe ser permanente, perpétua. Naturalmente nos veriamos en el caso de responder con Fenelon á los señores Jurieu, Claude y du Moulin: «Que el ministerio de los pastores es independiente del derecho natural de los pueblos; porque solo á Dios pertenece poner su palabra en la boca de un hombre para que hable en su nombre (1).» Pero mas adelante daremos á esta cuestion toda la extension que exige. Por ahora nos basta exponer la forma bajo la cual se ejerce la autoridad de la iglesia católica. No sabemos cómo explicar la obstinacion de la moderna filosofía en sostener que el origen de aquella es confuso, y que solo á la larga y por una serie de imprevistas circunstancias

(1) *Perpetuidad del ministerio de los pastores*, §. *II*.

llegó á organizarse, si no nos constara que es mas fácil y cómodo tener una opinion que una creencia. Desde el momento en que la autoridad de la iglesia no fuera mas que una institucion humana, dejaria de tener derecho de obligar las conciencias.

Bien se puede afirmar que solo existió en embrion en los cinco primeros siglos (1); pero no podrá probarsenos que andamos desviados de la verdad, cuando sostenemos que el gobierno de la iglesia es del mismo origen y de la misma data que ella. Fue establecido con el Evangelio para perpetuarle; y el papado, base de su gerarquia, fue desde entonces todo lo que debia ser como *poder espiritual.* Bajo este aspecto ha sido siempre el mismo, sin haber tenido necesidad de engrandecerse. En la persona de Pedro residieron la preeminencia y el poder monárquico. Este apóstol fue instituido centro de la unidad y clave de la bóveda del gobierno de la iglesia.

Apenas confesó la divinidad de Jesucristo, le dijo este: «Bienaventurado Pedro, porque no te han revelado este misterio la carne, ni la sangre, sino el espiritu de mi padre que está en tí; y yo, hijo de Dios vivo, te digo que te llamas Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia; y contra ella no prevalecerán las puertas del infierno.» A Pedro se le dió esta seguridad: «He pedido por tí, para que tu fé no desfallezca, y convertido tú confirmarás á tus hermanos.» A Pedro se dijeron estas palabras llenas de la virtud del poder supremo antes que se dirigiesen al colegio apostólico: «Todo lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo.» En fin solo á Pedro se le dijo: «Apacienta á mis corderos;

(1) Guizot, *Curso de civil.* 31 lec. — Michelet *Hist. de Francia, t.* I. *p.* 112.

apacienta á mis ovejas;» es decir, á los pastores y á los pueblos. Es de tal extension este poder, que no tiene mas límites que el universo entero. Desde el ardiente sur hasta el frio septentrion, entre las errantes rancherías así como en el seno de la mas civilizada sociedad, en la choza como bajo dorados artesones, no existe un mortal que no esté sujeto al poder de este báculo tutelar. Siempre y en todas partes ejerció la suprema primacía y el poder monárquico entre los demas apóstoles. El Papa, investido por derecho de sucesion (1) con la dignidad de S. Pedro, lo ha sido tambien siempre con la plenitud de su poder. Cabeza visible de la iglesia, es el príncipe de todos los pontífices. Dotado de una estabilidad original en la fé, está encargado del supremo poder para definir las reglas ciertas de la fé y de las costumbres. Es el jefe del episcopado, de donde parten los radios del gobierno: la primera cátedra, la cátedra única en la cual sola conservan todos la unidad. Pontífices, pastores de las naciones, vosotros no sois mas que las ovejas de Pedro.

¡O padre comun de la gran familia! dignaos de recibir las humildes súplicas y respetuoso homenaje de un hijo sumiso que os implora. Dignaos de bendecirle desde la elevada cátedra, resplandeciente de gloria, que ocupais. La tradicion no es menos terminante en los cuatro primeros siglos que en los siguientes. Todos proclaman con magnífico concierto las prerogativas de honor y de jurisdiccion de aquel, que investido del poder soberano en la iglesia se llama el siervo de los siervos. ¿Quién no tiene noticia de la carta de S. Gerónimo al Papa S. Dámaso? En ella protesta enmedio de tres cis-

(1) S. Pedro designó sus tres sucesores inmediatos. *Const apost. VII*, 47.

mas no escuchar mas que al sucesor del pescador. ¿Quién no sabe tambien este dicho de S. Agustin: *Habló Roma, se concluyó la causa*? Algunos siglos despues condenó el Papa el libro de las máximas de los santos. En cuanto Fenelon supo ciertamente esta decision, publicó él mismo su propia condenacion en presencia de su pueblo. Retractó las proposiciones reprobadas, y condenó todo el libro y el conjunto de sus opiniones. ¡Cuántos y cuán magníficos testimonios de la conformidad dada por el mundo entero á los actos de la suprema autoridad del Papa no podriamos reproducir! Si descogieramos la cadena de los siglos, seriamos testigos de la admirable conducta de los corintios para con S. Clemente, y de la de S. Cipriano, cuyo obispado trabajoso fue coronado por el martirio, para con la misma silla apostólica. Escuchariamos al grande Ireneo, hablando en términos sublimes de la iglesia romana y de la primacía de su potestad. Los mismos Papas sostuvieron con energía la conservacion pública de su autoridad, sin hallar la menor oposicion en los ánimos, ni suscitar la menor reclamacion.

No podemos menos de aplaudir el tono de verdad con que un ilustre escritor de nuestro siglo (1) ha dicho (despues de un error de fecha): «Es imposible consultar con imparcialidad los monumentos del tiempo, sin reconocer que de todas las partes de la Europa (2) se dirigen al obispo de Roma para obtener su decision en materia de fé, y de disciplina, en las causas de los obispos y en todas las ocasiones en que la iglesia está interesada.» En las circunstancias mas espinosas para ella siempre ha habido anhelo por recurrir á Roma. La de-

(1) Guizot. *Curso de civilizacion*, 3.ª lec., t. I, pag. 108.
(2) Nosotros prefeririamos decir: *del mundo entero*.

cision del Papa ha terminado todas las discusiones, y fijado las creencias. El papado es evidentemente el quicio en que gira el gobierno de la iglesia. Enmedio de las tempestades sociales podrá haber parecido aquel como arrastrado por las espumosas olas de un mar borrascoso que amenazaba inundarlo todo; pero sus profundos cimientos no se han conmovido nunca, y siempre ha quedado en pie, radiante con su glorioso destino. Asi como cuenta la fábula de los árabes de la gran pirámide, que edificada por reyes antediluvianos; fue el único monumento de los hombres que sobrevivió al diluvio: el papado, obra de Dios, apareció solo cuando las aguas de la impiedad bajaron enmedio de las ruinas del mundo moral que acababa de ser destruido.

Posee el Papa la plenitud del poder monárquico; pero no se sigue de esto que los obispos no sean sino vicarios suyos. Participan estos del gobierno de la iglesia, no como iguales al Papa, sino como sometidos á sus leyes y ejecutores de sus decretos. Esparcidos por el orbe, ejercen en sus diócesis en virtud de la potestad de órden inherente esencialmente á su dignidad y por la jurisdiccion que la iglesia les transmite. Reunidos, son llamados á tomar parte en las decisiones de los concilios. Investidos de todos los derechos de la soberanía, tienen el de pronunciar decisiones sobre la fé, que exigen una obediencia provisional, y dictar leyes sobre la disciplina que obligan las conciencias. Todo sistema que propendiese á confundir el clero con la autoridad secular, distaria de la verdad, á la par que seria fecundo en desórdenes. No pudo la impiedad en Francia arrojarle á la cara denominacion mas injuriosa que la de *empleados públicos asalariados por el estado.* Por divina institucion los obispos son los sucesores de los apóstoles: obran separadamente en su administracion; pero el epis-

copado es uno, y todos los apriscos no forman mas que un mismo rebaño. No hay en ella ni democracia propiamente dicha, ni monarquía ministerial. Los simples presbíteros forman parte de su constitucion como administradores y magistrados: los obispos son miembros de la soberanía, y el Papa es su cabeza.

Asi la aristocracia templa la monarquía en la iglesia segun el lenguaje de Belarmino (1). Jesucristo dijo á los apóstoles: «Enseñad, bautizad á todas las naciones: yo estoy con vosotros.» Todos recibieron el poder de atar y desatar, de retener y perdonar. Si de Pedro se dice que es el fundamento de la iglesia; tambien está escrito en otra parte que la iglesia se edificó sobre el cimiento de los apóstoles. Hé aquí establecida la aristocracia episcopal segun el plan divino. Dios puso á los obispos para el gobierno de su iglesia (2): por esto se vió á los apóstoles dirigidos por Pedro y animados por el espíritu de su cabeza encaminarse á las ciudades mas populosas, y ordenar sacerdotes y diáconos. Del mismo modo han continuado despues sus sucesores, y la tradicion de todos los siglos rinde un testimonio unánime de la autoridad espiritual de los obispos. S. Clemente Papá escribia á los fieles de Corinto: «Respetemos á nuestros obispos, y honremos á nuestros sacerdotes.» S. Ignacio de Antioquía en su carta á S. Policarpo se explicaba asi: «No se haga nada en la iglesia sin vuestro consentimiento.» S. Cipriano llamaba al episcopado la cumbre del sacerdocio. En todos los siglos desde el nacimiento de la iglesia hasta nuestros dias se han demostrado la superioridad y prerogativas del episcopado. Nuestros lectores tendrán á bien perdonarnos los por-

(1) *De romano pontifice*, lib. I. c, 3, 5,8.
(2) Act. XX, 28.

menores en que hemos entrado, porque conviene en nuestra época recordar todas las nociones verdaderas sobre el régimen de la iglesia, muy olvidadas por desgracia. Tal pues es su gobierno segun resulta de la sencilla exposicion de los principios y de los hechos.

¿Podremos admirar lo bastante toda la magnificencia de esta divina obra, comprender su armonía, y calcular sus asombrosos efectos? El fundador divino de la iglesia no pudo dejar su obra incompleta para que la acabaran de levantar las pasiones, los tiempos y las circunstancias. Por esto el catolicismo corresponde perfectamente á las tres necesidades ya marcadas de nuestro siglo: de fé, de progreso, de paz y de union.

En vano se buscarian en las antiguas religiones datos un tanto precisos sobre la fé de los pueblos. El centro necesario de las esperanzas del hombre despues de su caida era la venida del reparador divino prometido á la humanidad, y el conocimiento del Dios verdadero se habia adelantado á todas las supersticiones y á todos los errores. Con todo la nacion judía exceptuada evidentemente por un destino especial consideraba una y otro con ojos carnales, y estaba dominada del deseo de las prosperidades temporales. El paganismo atribuia á las piedras y á la madera un nombre incomunicable. Si aplicando el oido percibia por entre el prolongado eco de los siglos una voz de esperanza y de temor; que le advertia que gravitaba sobre él un crímen hereditario, y le mandaba que levantara su cabeza hácia el venidero restaurador de los siglos; no era mas que un rumor confuso que al parecer no hacia sino inflamar sus inclinaciones disolutas, y adormecer sus remordimientos. Los esfuerzos mas ingeniosos del pensamiento humano no habian conseguido otra cosa al cabo de cuatro mil años, que multiplicar toda clase de deleites y todo género de

errores. Unos razonamientos sin aplicacion y sin objeto ofrecian un aspecto tan desagradable, como un contraste manifiesto de cultura intelectual y de general degradacion: se habian discurrido toda especie de medios comunicativos entre los hombres y los dioses. En esta confusion no cabia la fé: un ojo observador no descubre allí, propiamente hablando, esa obligada creencia de unos dogmas por la autoridad de la palabra de Dios.

En la filosofía oriental, griega y romana se proclamaban opiniones; pero no creencias, el racionalismo y no la fé; esta fé que es el consentimiento prestado á una doctrina ó á unos hechos por la autoridad que enseña ó testifica. Si despues de muchos siglos se celebra como una emancipacion gloriosa la transformacion de las creencias en libres investigaciones de la razon humana; nos parece que vemos al astro que preside el mundo de las inteligencias, volver á la nada de donde le sacó una voz creadora, renacer el caos, y extender otra vez la obscura noche sus velos sombrios sobre elementos informes y confusos. Luchando sin cesar la humanidad con las seducciones del espíritu y del corazon, sucumbiria continuamente en la pelea, al modo que un navío agitado por la tempestad y con incierto rumbo enmedio de la lobreguez del cielo iria á estrellarse en los escollos del piélago embravecido. En vano se repite que la única doctrina admisible, la sola compatible con el espíritu del siglo y nuestra constitucion, es aquella que consiste en escoger de cada una de las creencias establecidas y admitidas la parte de verdad y de dignidad que encierran (1). El eclecticismo quebrando el sello que comprueba la divinidad del cristianismo, lejos de producir un de-

(1) Quinet, *Rev. de ambos mundos.*

terminado símbolo, un todo, solo podria amontonar contradicciones y ruinas, así en religion como en filosofía. Daria á luz un sistema ataviado; pero miserable, á la manera de un rico de otro tiempo cubierto con algunos harapos de púrpura que atestiguaran su antigua grandeza; pero que reducido á la mendicidad revelaria á todos los transeuntes su extremada pobreza. No, la razon humana no puede ser un guia seguro para formar creencias: bastante tiempo se estravió y vino á encallar en tristes arenales. Necesita fé, esa fé cuyo principio es la divina gracia, que obra sobre la inteligencia y voluntad del hombre, sin alterar su libertad. Extrañamente se engañan aquellos que felicitan á su razon, emancipada de la fé sobrenatural y divina, no queriendo deber nada sino á las fuerzas naturales de la razon y de la voluntad. La naturaleza humana no puede ser una barrera levantada por las manos de Dios contra él mismo.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo objeto no es la verdad percibida por la evidencia, ó conquistada por la demostracion, sino la que conocemos ciertamente como revelada. La una móvil tomaria todas las formas variables y diversas del entendimiento humano, cuya obra apareceria ser, mientras que la otra inmutable es la firme roca sentada por la mano divina en la playa que circuye el Oceano de la vida. A sus pies van á estrellarse las olas de una delirante razon que como el angel caido quiere hacerse igual al Eterno.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo motivo es la autoridad divina. El hombre, despues de adquirida la certidumbre de la revelacion, por motivos poderosos de credibilidad, cree á causa de la infalibilidad de Dios para conocer de su veracidad esencial para decir, y de su absoluto dominio para intimar su voluntad.

Necesidad de fé, de esa fé cuya única regla no es la autoridad privada, ni la razon individual erigida en árbitro exclusivo de la creencia; sino que su regla viva y su órgano son la autoridad de la iglesia en el órden mas apropiado á la naturaleza y necesidades del hombre, esencialmente formado para la sociedad. Tal es la fé que eleva sus facultades á un estado sobrenatural y divino, sin anonadar la razon que dentro de sus límites ejerce su imperio. Los motivos de credibilidad exigen de ella el exámen mas detenido. A menos que reniegue de sí misma, adquirida la conviccion de que Dios ha hablado, se ve obligada á someterse á su autoridad. Esta es la fé sobrenatural y divina, que hemos demostrado que con la mayor urgencia necesita nuestro siglo. Esta es la que proclama el catolicismo. En su gobierno halla toda su fuerza bajo diversas relaciones, un principio doble que proteje su invariable unidad, y la dilatacion de su luz, que asi como un sol sin declinacion y sin aurora alumbra simultaneamente los dos hemisferios del mundo del pensamiento. Todos los poderes de la soberanía espiritual se hallan concentrados en el Papa, único jefe supremo de la iglesia, y la unidad de la fé no está menos representada que afianzada por la unidad del sucesor de Pedro. Investidos los obispos con los derechos de la soberanía, y repartidos por los diversos puntos del globo, son los defensores ardientes y propagadores zelosos de esta fé, cuyo depósito les está confiado. Asi es como halla en la autoridad infalible comunicada por Dios á su iglesia elementos de conservacion y de perpetuidad. Si se suscitan discusiones dogmáticas, juzga el obispo en primera instancia, y el Papa en último recurso. Pero si se manifiestan escándalos; si los enemigos de Dios se atreven á insultarle con blasfemias, decia elocuentemente Bossuet, sales de tus murallas, Jerusalen, y te for-

mas en batalla para combatirlos: siempre hermosa en esa actitud porque nunca te abandona tu belleza; pero de repente te presentas terrible, porque un ejército que parece tan hermoso en la revista, ¡cuán terrible es cuando ve contra sí todos los arcos armados y envierlas todas las picas! ¡Qué terrible eres, iglesia santa, cuando marchas con Pedro á la cabeza.......derribando las soberbias cabezas y toda altivez que se levanta contra la ciencia de Dios, oprimiendo á tus enemigos con todo el peso de tus cerrados batallones, abrumándolos juntamente ya con toda la autoridad de los siglos pasados, ya con toda la execracion de los siglos futuros!» A la manera de un rio majestuoso deriva la fé de este conjunto admirable, donde vienen á concentrarse, como las olas del Oceano, todos los poderes de la soberanía espiritual. Una sola cabeza hace que en un instante se muevan todos los resortes de esta ciudad edificada sobre la montaña, y dispone sin obstáculos de todos los medios de accion que encierra. Tan distante del despotismo como de la anarquía, no tiene tampoco que sostener la incesante lucha con una democracia que interviniese sus actos, y pudiera derribarla á su antojo. En ella no se ve que se observen con desconfianza los poderes como generales rivales que en el campo de batalla se encuentran y se hieren mortalmente, hasta que el mas fuerte, arrollando al mas débil, se cubre con sus despojos, y quedando solo en pie sobre ruinas despliega una nueva bandera. En el catolicismo la autoridad espiritual es una como su fé: su marcha es protegida únicamente por instituciones divinas como ella, y que lejos de conmover su trono le fortifican.

Ella anima al progreso, y propende á reunir los ánimos con los dulces vínculos de la tolerancia y del amor. Solo las inteligencias son realmente sociables, porque

unas relaciones puramente físicas no pueden constituir verdadera sociedad. Para las cosas materiales no hay mas que mezcla y clasificacion; de modo que el vínculo social no puede ser otra cosa que un conjunto de relaciones, por las cuales se unen los hombres en la parte mas elevada de su ser, la inteligencia y la voluntad. De estas relaciones que unen á los hombres entre sí, nacen deberes cuya base no puede subsistir sino en las relaciones que unen al hombre con Dios; porque la nocion de deber implica necesariamente la idea de una voluntad superior que tenga derecho de imponerse á la voluntad á quien el deber comprende, y la idea de una sancion en una justicia infinita. Por tanto la sociedad temporal nace de la sociedad espiritual. De donde se deduce que una sociedad temporal está destinada á una perfeccion tanto mas alta, cuanto mas perfecto es el principio depositado en su constitucion por una sociedad espiritual. Véase aquí por qué en el catolicismo, la mas perfecta manifestacion de Dios, se hallan la regla de los adelantamientos de la sociedad humana y el germen de la mas elevada perfeccion social. Y esto nos explica tambien como no fue concedido á la sociedad en tiempos remotos llegar á las alturas á que ha podido levantarse desde que ilustrada con la palabra de Jesucristo se ha empapado en su sangre entregándose en las manos de la iglesia. De esta alta autoridad espiritual, encargada de explicar durante toda la serie de los siglos la ley perfecta de justicia que el Evangelio encierra, han salido un mundo nuevo, el descubrimiento de un conjunto de verdades que estaban en embrion en las primeras tradiciones del género humano, y la transformacion de la sociedad religiosa por la institucion de la iglesia. El principio espiritual que ella aportó, ha sucedido al principio material de la antigua civilizacion; y la huma-

nidad ha sido guiada por las sendas de una nueva civilizacion digna de su alto destino.

Los griegos que se habian distinguido por su exquisito gusto en las artes, por una persuasiva elocuencia y una risueña poesía, no habian variado realmente nada en el fondo las ideas y hábitos de la humanidad. Los romanos que se levantaron desde el mas débil origen hasta el mayor esplendor, sucumbieron por fin de despotismo, de miseria y de infamia con su constitucion que fue la obra maestra y el azote del antiguo mundo. Todo debia repararlo la iglesia. A ella sola tocaba el pensamiento de humanidad, que debia regenerar al mundo y reunir todos los hombres bajo una misma bandera. Hasta entonces los elementos de próxima disolucion minaban el cuerpo social, encorvado bajo el yugo de goces materiales, abismado en una letárgica indiferencia, y caminando sin objeto y despedazado por el furor de la anarquia, ó gimiendo bajo la cuchilla del despotismo. No era el universo mas que un espacioso anfiteatro, de donde se levantaban mil clamores fúnebres y confusos como de un reñido combate de gladiadores. Pero libre de sus mantillas la civilizacion nació del seno de la iglesia. Basta contemplarla para ver cómo desaparece el egoismo de los dias antiguos en las olas de su caridad, y sale de ella como por añadidura la libertad de las naciones. Cuando se hundia el edificio de la sociedad añeja, al oir el chasquido prolongado de eco, en eco cualquiera hubiese dicho que todo iba á confundirse en un abismo impenetrable. Mas enmedio de la polvareda amontonada por tantas ruinas recogia la iglesia con sus pontífices los esparcidos escombros de la antigua civilizacion: sus multiplicados monasterios fueron otros tantos asilos abiertos á la virtud, á las ciencias y á las artes, y otros tantos focos de una nueva civilizacion, tan noble en sus emocio-

nes, como inagotable en sus recursos; de una sublime civilizacion, que debia levantar en la larga serie de los siglos admirables monumentos de ciencia y caridad. Su gobierno espiritual consagra todos los principios de sociabilidad; y el amor fraternal que inspira, es la mas segura fianza de la estabilidad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Reprimiendo las pasiones turbulentas opone un saludable freno á los extravios de la multitud, y en el sagrado código que le fue legado por su fundador divino, los reyes aprenden á llevar dignamente su corona. No hay clase alguna en el estado que no haya sacado de él su dignidad: ni peligro alguno que no halle allí un muro, ni desgracia que no encuentre su remedio, ni mérito que no funde en él sus esperanzas, ni dolor al que no sirva de bálsamo, ni virtud que no logre su apoyo y su progreso. En él se nos descubre el modelo que las sociedades temporales deben procurar con todas sus fuerzas imitar, sin poder copiarle jamás con exactitud; la perfeccion del órden y de la libertad en la armonía de todas las voluntades, identificándose mas y mas con la voluntad infinita de Dios. Las sociedades temporales hallan evidentemente las condiciones del progreso por su union con esta sociedad espiritual. Extendiendo el reinado de la ley de Dios, hace prevalecer la idea del derecho que cada dia deja á la inteligencia mas ancha esfera de actividad, y de consiguiente es menos necesaria la intervencion de la fuerza material. Por eso los pueblos unidos con la iglesia, cualquiera que sea el punto de su partida, adelantarán en las sendas del progreso social. El señor Carné decia poco há en la tribuna (1): «La influencia francesa va en todas partes asociada con el triunfo del pensamiento católico, y es-

(1) Sesion del 18 de mayo de 1842.

toy íntimamente convencido de que si ocurriese un funesto divorcio entre la opinion pública y el principio católico en Francia, se resentiria profundamente la situacion de la Europa. En España el partido que con mas energia resiste á las tentativas, que en la actualidad se hacen para separar á este pais del centro de la unidad católica, es el que necesaria y legitimamente hay que llamar el partido francés. No es único este hecho: no ocurre solamente en España, sino en todas las partes del mundo. A la hora de esta ya nada seriamos en Oriente, si no fuesemos aun la gran nacion católica, el pueblo de las cruzadas y de S. Luis. Si se pronuncia aun el nombre de la Francia con simpatias, con respeto, con cierta confianza para lo venidero hasta en las gargantas del Líbano; es porque nosotros representamos un principio religioso, diferente del que otros dos quieren hacer que prevalezca. Si tenemos aun mucha importancia en Alemania, si causamos inquietud á algunos gabinetes; no es menos como potencia católica que como potencia constitucional. No solo en Alemania y á las orillas del Rin se descubre semejante situacion, sino en Bélgica, en Irlanda y sobre todo en esa heróica Polonia, que se agita hoy en su martirio. ¿Por qué palpita su corazon en consonancia con el nuestro? ¿Por qué la Polonia es y será siempre católica como la Francia? No demos pues asaltos indiscretos á la fé religiosa: á la unidad católica y no comprometamos con tanta ligereza los mas caros y mas permanentes intereses de la Francia.»

Así no podemos deplorar lo bastente estos sistemas, que hostilizando al catolicismo, van á buscar la firmeza de los estados en una situacion opuesta á la naturaleza de las cosas. Solo sirven de principios de universal, desorganizacion sustituyendo opiniones á la verdad, la li-

cencia al órden y la humana razon á los oráculos de la divinidad. Desde entonces se manifiestan los síntomas mas inquietantes, se agitan los elementos del mal, y se convienen los del bien en objetos de odio; y conmovida la sociedad hasta sus cimientos tiembla por su existencia en el centro de cuanto debia asegurar su tranquilidad y su dicha. Si se llegara á separar completamente la sociedad temporal de la espiritual; al instante perderia aquella las condiciones del progreso y las de la vida social. Encorvados bajo el látigo del despotismo, ó roto el vínculo social por las sangrientas manos de la anarquia, marcharian los pueblos, por entre los combates de una desenfrenada licencia ó de un poder desarreglado hácia la verdadera decadencia. Una sociedad falta de creencias no progresa mas que hácia el abismo, lo mismo que un barco desmantelado voga al acaso por mares sembrados de escollos y fecundos en naufragios. Este vínculo que todo lo une, que de todos los pueblos forma uno solo, de todas las familias, una sola y de todos los hombres como si fueran uno, es la iglesia, el vínculo de la humanidad regenerada en Dios. No hay entendimiento despejado que no comprenda que el vínculo religioso, tal como le forma esta iglesia católica por encima y fuera de todas las nacionalidades, es el primer lazo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos. Repugnaria al dogma fundamental de su constitucion divina el que no pudiese establecer una confraternidad política entre diversos pueblos, sometidos á la iglesia, á pesar de la diferencia de sus legislaciones. Si, apareció en el mundo para reunir á todas las naciones en la misma fé.

Los que aparentaren echar menos el mezquino y bárbaro civismo de los pueblos antiguos, no comprenden aquellos tiempos ni los nuestros: intentar que retrogra-

de á ellos la sociedad actual, seria lo mismo que vestirla en su edad viril con las ropas que usaba en su niñez. Pero si nos quisieran imponer un cristianismo de lujo y de dorada civilizacion, seria lo mismo que destruir hasta los vestigios del pensamiento religioso, como la virtud romana, que dependiendo del arado desapareció en el lujo y delicias del imperio. Vosotros que decís que ya no es el catolicismo propio de estos tiempos, y que el suyo pasó, que ha muerto, os engañais mucho. La fé antigua es como la gloria antigua: no pueden perecer. El anillo del tosco pescador de Galilea que sella aun sus decretos, es su mas hermoso título, porque es la prueba irrecusable de su divinidad. Si estuviera muerto el catolicismo, como se ha querido suponer, tiempo haria que el género humano cayendo otra vez en los horrores del paganismo, se hubiera sumergido en su triste abismo. Habrianse cambiado tambien las naturalezas divina y humana, si hubiera cesado el catolicismo de explicar su union y de ilustrar sus misterios. Pero vive, y lejos de hallarse en la agonia, descuella como una misteriosa inspiracion en las obras de la inteligencia, fijo sobre nuestro sucesivo destino, como una arca de salvacion, y un abrigo contra las tempestades de la duda y de las pasiones. Bebiendo en este manantial de vida y de amor, la especie humana traza una línea progresiva en la civilizacion, se reconstituye la gran familia, se ilustran los entendimientos, y los corazones sentenciados fuera de él al suicidio y á la desesperacion, trepan por la escarpada pendiente del Sinai, en cuya cima lograremos contemplar al Eterno en el seno de su magnificencia. ¿Estará herido de muerte el catolicismo? No: en todos los combates ha salido con gloria. No hay género de arma que él no haya destruido: á cuantos terrenos se le ha llamado, ha concurrido y conseguido el triunfo: no hay

enemigos que haya dejado de derrotar. El mundo puede conmoverse y caer, y un imperio desaparecer; pero el catolicismo no puede sepultarse bajo ninguna clase de ruinas. No dejará de brillar la cruz sobre los escombros de los imperios caidos, dominando el mundo desde lo alto de la inmoble piedra del Capitolio Ha sobrevivido siempre el catolicismo á los funerales de aquellos, que se habian apresurado á celebrar los suyos. Diocleciano erigió una columna para anunciar al mundo que le habia herido en el corazon: cayó la columna, el perseguidor murió, y el catolicismo reina aun en toda la tierra. En el siglo octavo estuvieron bien cerca los sarracenos de darle un golpe mortal; pero Dios puso su espada en manos de un rey cristiano, y los campos franceses fueron testigos de la espantosa derrota de aquellos. Ochenta años estuvo gritando Voltaire á la Europa entera. que el catolicismo tocaba ya á su última hora: Voltaire murió, y el catolicismo no ha dejado de permanecer depositario de las promesas de aquel que le dejó por herencia todas las naciones de la tierra. Napoleon dijo al Papa que estaba cautivo entre sus manos; pero inmediatamente forzado por una inspiracion superior aquel conquistador que amenazaba á la religion, alargó la mano y la levantó de su postracion. Los eclécticos no han cesado de variar este tema en todos los tonos imaginables: ellos caen á todas horas, y el catolicismo queda en pie sobre la fria losa que cubre sus cadáveres. Vive el catolicismo, y su marcha triunfal en el seno de la civilizacion cristiana no se detendrá hasta que á la cadena de los tiempos suceda la eternidad incomensurable. El pontificado existe, no en estado de ruina ó decadencia, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. Vive el catolicismo, y el número de sus hijos es mas considerable que en ninguno de los siglos anteriores.

Por esta autoridad de doctrina y el gobierno pastoral que le constituyen, sus conquistas en el nuevo mundo han recompensado con usura lo que ha perdido en el antiguo: y su espiritual supremacía se extiende hasta las inmensas regiones situadas entre las llanuras del Missuri y el cabo de Hornos. Grande y respetable era antes que los sajones hubiesen pisado el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen atravesado el Rin, cuando aun florecia en Antioquía la elocuencia griega, cuando se adoraba á los ídolos en el templo de la Meca. Grande y respetable es hoy, como lo será siempre. La misma muerte es impotente contra la promesa de inmortalidad que ha recibido: bien podemos decir con un ilustre escritor de nuestro siglo: «Es una águila herida junto á las nubes por mil tiros que se la dirigen: cae en la tierra su sangre gota á gota, se la ve con la cabeza abatida, como si señalara el paraje donde va á espirar entre el polvo; pero reanímala muy pronto una fuerza secreta, y toma un vuelo tan rápido y vigoroso, que da bien á entender que nada puede fatigar su aliento, ni apurar su vigor. Asi proseguirá su vuelo, sin detenerse nunca, y extendidas majestuosamente sus alas sobre todos los siglos no se plegarán jamás hasta que los últimos restos del universo se hayan hundido. Esta duracion hará su gloria, asi como sus nobles desgracias son su privilegio.»

No reparemos fijar en este lugar nuestras miradas un momento. Contempla, hombre, bajo del báculo del sucesor de Pedro esa innumerable sociedad esparcida por todos los lugares del universo y heredera de las tradiciones de diez y ocho siglos, que te dice asi: «Dios me fundó un dia para que durase todos, para enseñar á todas las naciones hasta el fin de los tiempos.» Ella lo dice, lo afirma: cree el testimonio invenci-

ble de esta sociedad sobre este hecho social; ó si no atrevete á responder á un pueblo entero, que testifica su existencia: tú no eres.....

Todo el tiempo que las naciones permanezcan fieles á la monarquía espiritual templada que las rige; será para ellas un principio de fé, de progreso y de union y el manantial de la mas alta perfeccion material y social. Pero si llegaramos á abandonarla, sus beneficios se irian con su influencia de entre nosotros, y nos amenazarian horrorosas catástrofes. No nos engañemos, y aprendamos en lo pasado lecciones para lo futuro.

CAPÍTULO III.

DE LOS CARACTERES DEL CATOLICISMO.

De la verdad religiosa.—Diversas oposiciones que halla el hombre en sí mismo para admitirla.—Consecuencias en favor de una autoridad espiritual.—Tres principales caracteres del catolicismo: perpetuidad, universalidad y unidad.—De su perpetuidad.—Confesiones de los que le combaten.—Una religion de progreso, es decir, de sumision en su esencia á todas las versatilidades del espíritu humano, es imposible.—Consecuencias en favor de la fé.—Ningun culto disidente, ni todos ellos juntos pueden ponerse en paralelo con el catolicismo en cuanto á su universalidad.—El nombre de católico le es propio, y sus conquistas son favorables al progreso civilizador.—Confesiones de los que aparecen contrarios.—De la unidad en su autoridad y en su doctrina.—La inmovilidad de que se le censura, es la prueba de su inmortal certidumbre.—Jamás ha hecho la iglesia otra cosa que confirmar ó explicar lo que siempre se habia creido. Tentativas inútiles de la reforma, de la asamblea constituyente y de la filosofía moderna.—Ventajas de la unidad católica aun con relacion al sistema social.—Todo respira en ella tolerancia y union.—Ningun fundamento hay para tachar al clero de intolerancia, ni á la unidad exclusiva del catolicismo.

Preguntar la importancia que tiene la verdad para el hombre, es lo mismo que poner en cuestion la inteligencia, la sociedad, la moral y la historia, toda ciencia y el destino de la humanidad. La verdad es para

el alma lo que la atmósfera al cuerpo. Es el término hácia el cual gravita el entendimiento humano, asi como fue su punto de partida. Uno de los caracteres distintivos de la naturaleza del hombre es el amor á lo verdadero; porque hay en ella sublimes ideas, divinos instintos y una insaciable necesidad de verdad. Deseamos la verdad filosófica, histórica, científica y literaria: hasta en objetos que destinamos á nuestro recreo la queremos hallar, en las fábulas de los poetas y en los cuentos de los novelistas.

Mas á vista de sesenta siglos que estuvieron acordes en proclamar la importancia de la verdad religiosa, nada debe parecer al hombre mas digno que ella de ocupar la actividad de su inteligencia. Le hace falta esta verdad para andar hácia Dios como término en la patria: la necesita como camino para llegar con seguridad hasta él. Le hace falta, porque la union íntima con el infinito es el complemento de todas las facultades de su ser. Sin embargo no se puede dudar que cierta predisposicion nuestra nos hace huir de la verdad. Parece que nuestra razon no quiere rendirse mas que á la evidencia, y las mas débiles apariencias de verdad la seducen. Fácilmente admite todo lo que lisongea á sus ciegas inclinaciones. Pero es un rarísimo valor abrazar la verdad á costa de esas inclinaciones, que muchas veces tiene uno vergüenza de confesar interiormente. La verdad católica se ofrece al hombre apoyada en motivos poderosos y del mas alto interés para convencerle y hacerse amar de él; y algunas veces el hombre la rechaza ó al menos la desdeña. Cualquiera diria que le repugna pensar en ella, ó que teme el conocerla ó las consecuencias de su adquisicion. La fé ha llenado el mundo con sus instituciones y su gloria; y sus triunfos sobre los verdugos que no se cansaban de maltratar á los cris-

tianos, los cuales no se cansaban de morir, son por sí mismos la demostracion de que es divina. Con todo el entendimiento del hombre combate sus misterios, su corazon disputa sobre la moral de aquella, y su voluntad cede al menor esfuerzo para sacudir las cadenas. Ensalzando la fidelidad, vive de egoismo; hace el mal que condena, y no cesa de resistir á esta ley de verdad y de justicia, tan capaz de quebrantar el orgullo del pensamiento y de comprimir las impetuosas inclinaciones de una naturaleza corrompida que se subleva contra ella.

Los anales de la humanidad apenas son otra cosa que la relacion de los atentados de la razon contra la fé. Los muchos siglos en que el género humano estuvo expuesto á todas las aberraciones del racionalismo y de los sentidos, tienden á convencernos de la necesidad urgente que tiene el hombre de una doctrina dictada á todos con autoridad. Bajo un Dios cuya naturaleza es la bondad, y bajo la mano tutelar de una Providencia cuya expresion es ternura, no se podia decir á este vasto terreno que llamamos mundo, digno sin duda de las consideraciones mas verdaderas; pero poco capaz del trabajo seguido del pensamiento: raciocina, reflexiona; tú solo debes formar tu religion y tu fé. La multitud necesita autoridad, lo mismo que la necesita el ingenio: la primera para disipar las tinieblas de la ignorancia: el último para desvanecer sus dudas. El talento no es mas que un hombre: no puede imponer á los demas creencia alguna; y se diria que cuanto mas potencia hay en una alma, tanto mas necesita de freno y guia. ¿Quién no sabe que las doctrinas religiosas inventadas fuera del círculo de la fé por ingenios muy elevados en otras materias van cada dia á aumentar la historia lamentable de los errores humanos? Asi es que el catolicismo abrió una nueva era de luz y de paz á los hombres todos, á los dé-

biles y á los fuertes, á los grandes y á los pequeños. No abandona á ninguno á sus propios pensamientos para estudiar y resolver la cuestion religiosa, y le presenta una autoridad soberana é infalible. Sin embargo no se le puede convencer de que haya hecho perecer la libertad de las creencias: reconoce los derechos de la razon, y por eso expone los motivos prévios para creer. Pero el que afirmase que no hay obligacion de buscar y abrazar la verdad religiosa, se engañaria, porque seria lo mismo que declarar la libertad del error. El hombre tiene la facultad; pero no el derecho de errar. Asi le era necesaria la verdad religiosa, no solamente bajo la forma social, porque su orígen y necesidades le impelen necesariamente al estado de sociedad, sino tambien bajo la forma de doctrina dada por una autoridad soberana. ¡Grande y magnífica institucion del catolicismo, tan en concordancia con las necesidades del hombre! Ya hemos expuesto los elementos divinos en que su constitucion descansa: el poder y la doctrina. Los testimonios irrecusables que trae consigo, van á ser el objeto de nuestras investigaciones. Tampoco pueden dejar de estar batidos en el cuño de la divinidad. Permanecia universalidad, unidad, tales son los principales caracteres del catolicis mo.

El catolicismo se presenta al hombre con la mas inviolable sancion, la de todos los siglos. Rodeado de mil doctrinas contradictorias, solo él nos convida á contemplar su perpetuidad. La sociedad espiritual á que pertenece, es verdad que ha existido en diversos estados desde la cuna del mundo: el estado doméstico, nacional y universal, que es el de la sociedad cristiana. Pero su historia es una cadena de sucesos y de hechos que nos descubren una prodigiosa serie tan antigua como la humanidad. La ley escrita preparaba todos los au-

mentos que la fé primitiva debia recibir en la ley de gracia: aquella principió la obra divina concluida por Jesucristo. La una fue la figura, y la otra es la realidad. El catolicismo de hoy es la iglesia fundada por el hombre Dios cerca de diez y ocho siglos há. Queriendo que la verdad religiosa que traia al mundo no pereciese jamás; instituyó un ministerio indestructible, por cuyo conducto debia pasar aquella de una en otra edad hasta el fin de los siglos; un ministerio que renovándose sin cesar debia sobrevivir á todas las generaciones. Por la solemne promesa que hizo á sus apóstoles de su continua asistencia hasta la última edad, no reconoció por pastores legítimos para gobernar la iglesia, sino á aquellos que por una sucesion no interrumpida recibiesen su dignidad y sus facultades de los apóstóles. Asi en vano se querria en nuestros dias disputar al catolicismo el derecho de llevar el título de iglesia de Jesucristo. Nosotros podemos citar sin titubear el órden exacto de la sucesion de los papas, empezando por Gregorio XVI, que actualmente ocupa el trono pontificio, hasta S. Pedro, que la obtuvo el primero. Podemos precisar el número de años de cada pontificado, y extender eslabon por eslabon la cadena de los obispos que se han sucedido desde el primero que fue instituido por el sucesor de S. Pedro en cada silla y en todo el universo. Nos bastaria oponer á los que disputasen este derecho al catolicismo, estas palabras pronunciadas en Inglaterra y copiadas no há mucho en la *Revista de Edimburgo*, periódico *whig* que se imprime en el pais de Covenant, donde echó muy profundas raices el presbiterianismo. «No existe, ni ha existido jamás en la tierra una obra de política humana tan digna de examinarse y estudiarse como la iglesia católica romana. La historia de esta iglesia une juntamente las dos grandes épocas de la civilizacion. Ninguna otra institucion

aun existente remonta el pensamiento á los tiempos en que salia del Panteon el humo de los sacrificios, interin que los leopardos y los tigres saltaban en el anfiteatro de Flaviano. Las dinastías reales mas orgullosas son de ayer comparadas con la sucesion de los soberanos pontífices, que por una no interrumpida série asciende desde el Papa que consagró á Napoleon en el siglo diez y nueve, hasta el Papa que consagró á Pipino en el octavo. Pero mucho mas allá de Pipino la augusta dinastia apostólica va á perderse en la noche de las eras fabulosas. La república de Venecia que iba detras del pontificado en cuanto á la antigüedad de orígen, era comparativamente moderna. La república de Venecia no existe y el papado sí..... Ninguna señal indica que se acerque el término de esta soberanía. Ella vió el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen hoy, y no nos atreveriamos á decir que no está destinada á presenciar su fin..... Cuando reflexionamos los terribles asaltos á que ha resistido, nos es dificil concebir de qué modo puede sucumbir. En verdad que ninguna otra institucion que la que tiene esta política, hubiera resistido á tales asaltos.» Nos complacemos oyendo semejantes confesiones en boca de aquellos, que por pertenecer á otro culto que el nuestro no cesarán jamás de ser amados por nosotros como otros tantos hermanos.

El catolicismo solo tiene en su favor títulos auténticos provinientes de los mismos propietarios, porque él solo es el heredero á título universal de los apóstoles. Como fue confiado al cuerpo entero de los pastores, su sucesion no le saca de su lugar: esta sucesion forma la continuidad del cuerpo. Cada pastor recibe á un tiempo de su predecesor y de todos sus compañeros la preciosa tradicion que juntamente con ellos transmite á sus sucesores. Es una cadena no interrumpida, cuyo primer

eslabon asciende á Jesucristo, y que se extiende en el curso de los siglos para reunirlos todos en la misma fé. Con este principio estrechaban los antiguos santos padres á los herejes de su tiempo. Que nos muestren, les decian, el orígen de sus iglesias, la sucesion de sus pastores; de modo que el primero de estos haya tenido por autor y predecesor á alguno de los apóstoles ó de los hombres apostólicos en cuya comunion haya perseverado hasta el fin. ¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde habeis salido? ¿Cuándo habeis venido? No cesaban de repetirles: Vosotros sois de ayer, y no venís de los apóstoles.

La perpetuidad es el caracter del catolicismo: ningun mortal ha podido decir jámás: es obra mia; ni tampoco puede decir nadie: es obra de tal hombre; porque nadie ha puesto en ella cosa esencial. No sabemos que nadie se haya negado á reconocer que el catolicismo se estableció con la iglesia, y que ambas son una misma institucion. Algunos intentan persuadirse que procede como una institucion humana y política de una combinacion sucesiva de circunstancias. Sin duda podemos responder con uno de los mas distinguidos historiadores de nuestra época (1): «La iglesia ha crecido progresivamente, y su gobierno se ha mostrado igual á los progresos de la fé; pero este mismo gobierno, parte integrante y mediacion única de la verdad que tenia que propagar, ha hecho sus progresos.» Lejos de haber procedido de los hombres y de las circunstancias el triunfo, se ha necesitado un extraordinario esfuerzo de organizacion para sacar semejante ventaja de las circunstancias y de los hombres, nunca favorables y casi siempre contrarias por espacio de trescientos años. Constituida anticipadamente la iglesia asi para

(1) E. Dumont.

todos los acrecentamientos como para todos los peligros, no ha visto aparecer nada en ella por invencion, sino por virtud: nada se ha obrado en ella como modificacion, sino como consecuencia. ¿Quién puede dejar de confesar que si el catolicismo de hoy no es de institucion divina y apostólica, habria de admitirse que bajo este respeto se habia alterado gravemente la obra de los após-les? En esta suposicion constarian indudablemente en los anales de los pueblos el autor, el lugar, la época, el modo de semejante innovacion. Desafiamos á los mas severos críticos para que los busquen. No se ha intentado jámás ninguna variacion, aunque fuese mucho menos notable que la que se supone, sin que sea conocido su autor. Desde los primeros siglos aparecen Cerintio, Ebion, Marcion, Arrio, Pelagio. En la filosofía, la física, la química, las artes y las empresas industriales y políticas, aun despues de muchos siglos, se nombra á ios autores de invenciones é instituciones nuevas. Pero ¿qué hombre es el autor soberano é infalible del catolicismo? No le hay, y él subsiste fuerte é indestructible. ¿En qué region ha nacido? Ninguna se señala..... muda está la historia..... Cualquiera nueva doctrina que se haya querido ingerir en el cristianismo, se sabe el punto donde primero se enseñó: el arrianismo en Alejandría, el nestorianismo en Constantinopla, el luteranismo en Sajonia; pero ¿dónde se ensayó primeramente la institucion humana del catolicismo? Silencio completo.... De nada serviria, despues de quince siglos, haber soñado los reinados de Constantino y de Carlo Magno y el pontíficado de Gregorio VII: solo seria una irrision amarga de la tradicion mas positiva, mas constante y universal. Esta seria ciertamente una excepcion á todos los hechos conocidos. Trátase de una grande institucion, de un cambio importantísimo ocurrido en el catolicismo apostólico

del establecimiento de un poder extraordinario; y ¡no hemos de encontrar autor ni el lugar de la ocurrencia, ni la época!

La fecha de innumerables errores se ha fijado; pero es imposible hacerlo con la de esta sublime institucion, suponiéndola obra de los hombres. No cabe en nuestro ánimo hacer á nuestros lectores la injuria de creer que desearian hallar en este lugar una refutacion formal de las contradictorias relaciones que dieron los primeros provocadores de la reforma. Mostrabanse aterrorizados, y exclamaban que la corrupcion de la Babilonia romana principió en el cuarto siglo, ó en el quinto, ó en el sexto y aun segun algunos en el undécimo. Es innegable que los griegos, despues de vivir en estrecha alianza con el catolicismo, se apartaron para proclamar su independencia; pero el catolicismo permaneció firme é inmutable. Lo mismo que era la víspera del dia en que la iglesia griega se apartó de él, fue el catolicismo al siguiente y lo es en el dia: en nada ha mudado. Cuando se apartó de él la iglesia de Inglaterra, no dejó de quedar aquel, en virtud de su inmutabilidad, en posesion de todos sus derechos conforme anteriormente los gozaba; y lo mismo podemos afirmar de lo ocurrido en Alemania en el siglo XVI. No cabe demostrar de ninguna manera mudanza alguna en el catolicismo: sus títulos de legitimidad estan fundados sobre los que justifican su herencia. A esto aludia Tertuliano cuando decia: «Lo que se halla admitido en la iglesia por unánime concierto, sin señalamiento de principio, no es error inventado, sino verdad transmitida.» Ciertamente es conforme á las reglas de la crítica y del sano juicio el ver que el catolicismo, tal como hoy le confesamos sube hasta Jesucrristo su divino fundador. Es pues divino, y así corresponde á la necesidad de fé, necesidad tan urgente para las socieda-

des modernas en cuyo seno la independencia de la razon ha sembrado tantos fermentos de division y desórden. El catolicismo, retrotrayendo al entendimiento humano hasta sus pruebas fundamentales, le hace recorrer de uno en otro eslabon la cadena no interrumpida del ministerio apostólico hasta el original é incorruptible manantial de la verdad. ¿Qué mayor y mas sensible demostracion de la fé? La instabilidad es propia del hombre: por eso sus obras estan sujetas á vicisitudes incesantes. La inmutabilidad es uno de los atributos de la divinidad, y la estabilidad el carácter de sus obras. Desde las grandes instituciones que forman época en el mundo, hasta la mas pequeña organizacion social, las que son duraderas tienen base divina. Nunca ha podido el hombre dar á sus obras existencia que no sea pasajera: delante de él todo pasa con rapidez. Sucedense las generaciones, se arruinan los mas gloriosos monumentos, unos sistemas dejan lugar á otros que los siguen y reemplazan. De tal cúmulo de grandes acontecimientos como ha presenciado nuestro siglo, aunque apenas ha principiado ya, nos quedan recuerdos. Tentados estaríamos por decir que todo se aniquila, y que nos falta tierra en que pisar: tan esparcidas estan por todas partes las ruinas que testifican á todos los siglos lo impotentes que son los esfuerzos de la inteligencia humana. El catolicismo en nada se parece á esos fugitivos metéoros, que no hacen otra cosa que atravesar los aires y desaparecer: como tiene por cuna el seno del Eterno, y es guiado por el fanal radiante con los resplandores de la luz increada, atraviesa los siglos, como el astro del dia, difundiendo la luz y la vida.

En nuestros dias ciertos entendimientos por otra parte muy elevados han pensado en no sé qué religion de progreso, que ni aun se toman el trabajo de definir, ni

de comprobar su origen, ni de calcular los resultados que pueden esperarse de ella. Acaso no han considerado suficientemente que el catolicismo es la obra por excelencia divina. Para cambiarle era necesaria, no la intervencion del hombre, por poderoso que sea, sino la omnipotencia de su divino fundador. Aquí viene perfectamente el antiguo proverbio forense: *Los convenios y leyes vigentes se modifican ó abolen del modo con que fueron establecidos.* Esperad pues, podremos decirles con razon, las modificaciones divinas y reveladas. Y si nos preguntasen cuándo vendran, nos apresuraríamos á costestar: Poned el oido y escuchad las mil voces de los divinos origenes que prometen la invencible perpetuidad del catolicismo en nombre del Señor y con aquella palabra que no es transitoria. Una religion de progreso en este sentido seria una quimera. Por mas que la filosofía se esfuerce en emancipar la razon; nada puede contra un hecho grande que de un modo tan evidente nos demuestra la intervencion de la divinidad. Imposibles son el racionalismo, la duda, el cristianismo de progreso á presencia de una autoridad de institucion primitiva y divina. La indiferencia seria un crímen: se exige la fé sincera y animosa. ¡De qué gloria no es principio esta sumision!

Reducida la nacion judia á los límites de Jerusalen, no era mas que figura de la sociedad cristiana, cuyos miembros debian ser en lenguaje de los profetas tan numerosos como las arenas que cubren nuestras playas. A sus sacrificios y holocaustos debia suceder un sacrificio mas perfecto, que se ofreceria al Dios verdadero desde los lugares en que luce la brillante aurora hasta aquellos en que sepulta sus fuegos centelleantes el astro del dia. Así la revelacion de Moises no fue mas que una preparacion á la revelacion eminentemente univer-

sal. Esta no conoce límite alguno. No hay paraje á donde no penetre, no hay clima que no alumbre, ni nacion que no le pertenezca por herencia Todas las sectas encerradas en los límites de una organizacion particular suya y constituidas en virtud de un símbolo especial, resultante de la voluntad de los miembros que la componen, excluyen este carácter de generalidad, y todas tienen otras tantas denominacianes diversas.

En otro tiempo se conocian muchas con los nombres de marcionitas, donatistas y nestorianos, como en nuestros dias llamamos nosotros luteranos, calvinistas, anglicanos, mahometanos y otros muchos divididos en tantas fracciones de nacionalidad como cultos disidentes forman. El nombre de católico señala la sola sociedad cristiana, porque le pertenece la universalidad. A ella sola se le dijo: Predicad el Evangelio á todas las criaturas: dispersaos por toda la tierra, y enseñad á todos los pueblos. Y véase aquí cómo el catolicismo hace de todos ellos una sola familia bajo el gobierno paternal de Dios. A ella sola pertenece este carácter de potestad interior, que pueden envidiarle; pero que no pueden inventar, ni quitarle la sabiduría de los filósofos, ni la sagacidad de los políticos, ni la autoridad de los legisladores, ni el poder de los reyes. Su sacerdocio es la sal de la tierra y la luz del mundo; y sus doctrina, lanzándose como el vuelo del águila, se fija sobre todos los pueblos, describe un círculo que abraza la humanidad entera, y penetra y atraviesa los siglos y los mares hasta llegar á aquellas tribus lejanas, en que parece que no ha pensado la ciencia humana sino para señalarlas en el mapa del mundo. Bien se puede difamar y contradecir; pero es imposible ni convencerle de falso, ni impedir su engrandecimiento.

Si el paganismo tuvo sus Hércules guerreros, hoy,

y siempre como ahora, tiene el catolicismo sus Hércules pacíficos; héroes, cuya victoria no se cifra en matar, sino en morir. La tierra fecundada siempre con la sangre de sus ilustres víctimas produce cada vez mas abundante cosecha de santos. «No, la luz del catolicismo no debe perecer, decia el gran Bossuet; la antorcha de la fé no se extingue: Dios la transporta á mas felices climas: ¡desgraciados los que la pierdan de vista! Pero la luz sigue su camino, y el sol acaba su carrera.» Parecia que los bárbaros iban á destruirlo todo en sus irrupciones; pero al arruinar el imperio romano vengaban la sangre de los mártires, y se prosternaban á los pies del Crucificado. Cuando la reforma quitaba al catolicismo una porcion de la Europa, Cristoval Colon, dirigido por uno de aquellos movimientos irresistibles que pueden llamarse inspiracion divina, descubria la América, y daba mil y ochocientas leguas de costas al pueblo español donde no habia penetrado la herejía. El filosofismo del siglo XVIII en su corta carrera sedujo momentaneamente al pueblo francés, y luego pereció; y recobrando el catolicismo su imperio, halló dispuesto el suelo de Francia para recibir la fecunda semilla de la verdad. Intentó la secta de los metodistas penetrar en una isla de la Oceanía, y no pudo lograr ser escuchada. Los pobres salvajes que habian recibido ya la fé católica, decian á los nuevos predicadores: «Nosotros no escuchamos mas que á los que nos envia el padre de Roma.» La última revolucion que al parecer se habia llevado á efecto para aniquilar el catolicismo entre nosotros destruyendo el trono de nuestros antiguos reyes, tendrá por resultado el haberle propagado por el universo. El sale mas brillante que nunca del abismo en que se creia haberle sepultado. Reinará el catolicismo, dice un hábil escritor, ó habrá reinado antes del fin de los tiem-

pos en todos los lugares habitados por el género humano. Los indivíduos de su comunion pueden calcularse hoy con certeza en ciento y cincuenta millones, y es fácil de demostrar que todas las sectas reunidas no ascienden á ciento y veinte. Diariamente los mas nobles caracteres, los mejores ingenios, aterrados de las estériles utopias producidas por la filosofía y de las doctrinas tan diversas y confusas que revindican para sí la verdad religiosa sin tener ninguna de sus circunstancias vuelven amorosos las miradas hácia esta iglesia; que es fuerza llamar católica só pena de no ser entendidos. A veces aun á costa de los mayores sacrificios vuelven sucesivamente al gremio de esta tierna madre, que jamás dejó de amarlos, y que en cambio de su arrepentimiento los colma de beneficios y les prodiga esperanzas.

Mucho deseariamos que nuestros aventureros razonadores, sin fé en la verdad religiosa, nos dijesen por fin qué entienden por lo que llaman con tanto énfasis civilizacion. ¿Será la humanidad? pero sin los principios cristianos es un foco de idolatría delirante y de horrorosos desórdenes. Civilizacion, progreso: estas grandes cosas traen en pos de sí la agitacion, el temor y una suspension terrible de lo futuro, si á la manera de señoras de honor no componen la corte de la reina sagrada, que por manos de Jesucristo en el Calvario subió con maravillosa majestad al trono del universo. Solo el catolicismo extiende sus favores tan lejos como su gloria. Al paso que avanza, despeja en todas partes la inteligencia humana, estimula la industria, y promueve el adelantamiento de las artes. Con este motivo leemos en la *Revista de Edimburgo*; periódico whig, que á nadie parecerá sospechoso, estas notabilísimas palabras: «Continuamente oimos repetir que el mundo se va ilustrando sin cesar, y que el progreso de las luces debe ser

desventajoso al catolicismo. Nos alegraramos de poderlo creer; pero dudamos mucho por el contrario que sea una esperanza bien fundada. Vemos que hace doscientos cincuenta años que el ingenio humano ha tomado una actividad extraordinaria: que ha hecho adelantar grandemente todas las ciencias naturales: que ha producido innumerables invenciones encaminadas á mejorar las conveniencias de la vida: que la medicina, la cirujía, la química y la mecánica han ganado mucho terreno: que el arte de gobernar, la política y la legiscion se han perfeccionado aunque en menor escala. Sin embargo vemos tambien que durante estos doscientos cincuenta años no ha hecho el protestantismo conquista alguna que valga la pena de anotarla. Mas aun, juzgamos que si ha habido alguna variacion, ha sido en favor de la iglesia de Roma. ¿Cómo pues hemos de esperar con fundamento que la extension de los conocimientos humanos sea necesariamente fatal á un sistema, que (para no aventurar la expresion) ha conservado su terreno, á pesar de los inmensos progresos que han hecho las ciencias desde el reinado de Isabel?»

Hemos aprendido y ¡ojalá que nunca lo olvidemos! que el catolicismo, sin tener parte en las calamidades que afligen á los pueblos, sabe prevenirlas, asi como es el único que puede repararlas. Si en otro tiempo sacó del abismo á nuestra patria toda quebrantada, cuando se le resbalaron los pies en sangre, para afirmarla en nuevas bases; le hemos visto hace doce años, despues de tres dias de tormenta, orando por ella de rodillas al pie del altar herido del rayo; pero no destruido. Desde entonces cada dia adelanta con mas segura planta para obtener gloriosas conquistas. La actividad material é intelectual de las naciones civilizadas se habia hecho agresora y hostil contra el catolicismo,

que impávido aguardaba la cesacion de la borrasca. Sentado en la roca de las edades frente al volcan que bramaba, y del mar cuyas olas espumosas venian á deshacerse á sus pies, dejaba llegar el momento en que las naciones no hallando salida del laberinto de la filosofía escéptica retrocedieran. Ha llegado este momento, y el catolicismo descubriendo todo el genio de su espíritu antiguo, se ha puesto tambien en movimiento y camina hácia ellas. Jamás podremos contemplar como se debe su solicitud en mezclar las solemnidades religiosas con las fiestas industriales, para santificarlas y bendecirlas, y para excitar el reconocimiento y amor de los pueblos hácia el soberano autor de todo bien. Véase cómo se convida á sus pontífices para consagrar con sus oraciones los nobles esfuerzos de los hombres ingeniosos que enriquecen la Francia con gigantescos establecimientos, y que nos hacen atravesar nuestra hermosa patria como por encanto. En Nancy un ilustre prelado inaugura los barcos de vapor del Mosela y del Meurtha. En Strasburgo en presencia de una multitud silenciosa y de un ministro, que despues de haber dejado tierna memoria en el clero francés, no cesa de estimular las nuevas invenciones y de proteger los monumentos de piedad de nuestros padres, un pontífice atrae las bendiciones del cielo sobre las máquinas locomotoras y los caminos de hierro, sobre el canal del Ill y los barcos de vapor del Rin: celebra al mismo tiempo los triunfos del ingenio y los trofeos de la religion. En Burdeos se ha visto á una de las glorias de la iglesia marcar con el sello de la piedad el canal de las Landas y el camino de hierro de la Teste.

En todas partes la fé religiosa sirve maravillosamente entre nosotros para santificar el progreso, y constituir sólidamente la libertad práctica de que estan los pueblos tan ansiosos. Si el catolicismo penetra en la multi-

tud, la humanidad será gloriosa y se transformará: ahí está el destino futuro de la sociedad. Véase cómo á la voz del catolicismo han venido á militar bajo su bandera los labradores y los artesanos. En las principales ciudades de Francia subsisten establecimientos en favor de los niños pobres, que bajo la influencia de los principios religiosos adquieren conocimientos enlas diversas profesiones manuales; obra generosa y fecunda en resultados, que abraza lo presente y lo venidero de la clase indigente, y le proporciona educacion moral é intelectual. Y ¿qué diremos del ministro tan sabio é ilustrado, que con la reforma introducida en el régimen penitencial ha hallado ingeniosamente el medio de impedir la mutua corrupcion de los detenidos con la facilidad de asistir á las instrucciones religiosas y al oficio divino? Seria un error grosero no descubrir aquí la influencia del ascendiente católico, que ha extendido sus alas protectoras sobre aquellos mismos, que rechazados por la sociedad se figuran con harta frecuencia que Dios tambien los ha abandonado. ¿Qué cosa mas misteriosa que lo que sucede ahora en las costas africanas? ¡Qué porvenir tan glorioso se ofrece al catolicismo y á la Francia! Los nombres de Muzaia y Buffarik pasarán á la posteridad como monumentos de civilizacion cristiana. Nuestros descendientes recordarán que aquellos lugares fueron testigos de un prodigio. Bajo el amparo del báculo del pontífice santo que fue enviado á llevar á aquellos pueblos nómadas la salvacion y la paz, unas madres desoladas hallaron á sus hijos, y unos huérfanos á sus padres. Las cadenas de la esclavitud se habian roto: parecia que los combates habian suspendido la matanza y la carnicería; y los leones del desierto habian calmado momentaneamente su furor, para dejar pasar á los que puestos ya en libertad volvian á las montañas. La civi-

lizacion en las playas africanas depende tanto de la influencia religiosa, que generalmente se concuerda en afirmar que á proporcion de lo que esta crece y se propaga, se extiende aquella. ¡Gloria y honor al digno sucesor de los Ciprianos y Agustinos en el territorio de Africa! Dios fecunde sus fatigas, y bendiga sus tareas!

Si fijamos los ojos en la Gran Bretaña, no podemos menos de advertir un movimiento muy manifiesto hácia el catolicismo. En toda la extension de los tres reinos se nota un general descontento contra el sistema de la iglesia anglicana. Es un disgusto absoluto de los elementos que la constituyen; es el abatimiento del leñador cargado con su haz: no se queja en particular de ninguna rama de las que le componen: la carga entera es la que le fatiga y abruma. El *The Thablet* (1) reconoce que el *anglicanismo* no tiene uncion espiritual, ni potencia eficaz, ni energia para sacar á aquel pueblo de los abismos del vicio, en que le mantiene la ignorancia. El Señor Philipps escribia no há mucho que todo lo bueno y grande que hay en aquella constitucion, existia antes de la reforma: que esta misma constitucion es obra de los reyes católicos; pero que todo lo que ha debilitado su accion y turbado su armonía, se debe al elemento que se introdujo en ella en la época del cisma de Henrique VIII y despues de la revolucion de 1688. Multiplicando sus conquistas, el catolicismo derrama sus favores á manos llenas; y si el pauperismo devora al presente aquella tierra tan fecunda y rica, el catolicismo se muestra mas solícito para consolar todas las aflicciones, y aliviar todos los dolores. No nos admiremos pues de que se propague cada dia mas. Cerca de mil y quinientos indivíduos del

(1) 24 Junio 1842.

clero anglicano se han alistado ya en la bandera del presbítero Newman para testificar solemnemente que el santo concilio de Trento no erró ni en materia de fé, ni en materia de moral. No pueden leerse las obras de los teólogos de Oxford, sin descubrir en las doctrinas y sentimientos afectuosos que profesan, una tendencia siempre creciente al catolicismo. La Escocia y la Irlanda se llenan de piadosos monumentos que prueban su inviolable adhesion á la iglesia romana. Acaso no se han oido jámas protestas mas enérgicas contra los principios de los opresores de la religion y de la patria. Aceleremos con nuestros mas fervorosos votos el momento en que volviendo aquel pueblo á la fé de sus padres, goce plenamente de sus beneficios, y no cese de progresar en el órden y en el seno de la paz.

Continuando Portugal su marcha progresiva hácia la prosperidad del catolicismo, adelanta tambien en la senda de la civilizacion. Los católicos portugueses, cuyas eficaces súplicas han sido finalmente satisfechas, ven dichosamente ponerse otra vez á su cabeza á sus prelados, que llevan consigo la paz y tranquilidad de las conciencias. No dudemos que la rosa de oro, regalada á su reina por el ilustre pontífice, que sentado en la cátedra de Pedro vela con tanta solicitud por los intereses de toda la iglesia, sea el símbolo de una union durable y estrecha. Una detestable centralizacion política puede muy bien despojar á las iglesias de España de sus ornamentos y de sus tesoros, desterrar pontífices ilustres, cargar de cadenas al clero y tratar de romper con la santa sede; pero no puede destruir el catolicismo. Lejos de haberse apartado el pueblo español de la santa doctrina de sus padres, está fuertemente apegado á la fé catolica: la mayor parte de sus sacerdotes combaten con valor las batallas del Señor:

y casi todos sus obispos, aunque abrumados con las mayores vejaciones, cuidan segun sus fuerzas de la salvacion de sus rebaños. Al modo que una madre cuyos hijos son despedazados, acaba la iglesia de levantar hasta el cielo los gritos de su ternura despreciada. La única voz que puede comunicar hasta las extremidades del mundo los gemidos de un padre, ha sonado, y todas las bocas se han abierto para impetrar las bendiciones del Altísimo en favor de la católica, España. No vacilemos en creer que tantas oraciones habran sido acogidas en lo mas alto de los cielos. El efecto infalible de las persecuciones que ahora padece España, será purificar á aquella gran nacion católica destinada acaso á ser la antorcha del universo. Mas de una vez el fuego de la persecucion y las lágrimas del dolor han dado nuevo temple á las almas: mas de una vez tambien aquello mismo, que segun los designios de la impiedad debia acabar con la fé, ha servido para hacerla invencible. La iglesia de España se regenera combatiendo. ¿Se pueden haber olvidado los notables manifiestos publicados en todos los puntos de este reino, en otro tiempo tan católico? Mucho tiempo durará la memoria del que firmó el clero de Daroca (1). Permitasenos citarle, como que es un monumento de fé, digno de pasar á las futuras generaciones. «Atravesaremos sin temor, dicen estos valerosos atletas del santuario, el largo y escabroso sendero de las privaciones y de los ultrajes, y aguantaremos con energía cristiana los males del ostracismo, si el fatal sistema que nos persigue, nos condenase á el. Dejaremos el oro del santuario y los bienes pasajeros y terrenos á los hombres malvados,

(1) Del mes de Agosto de 1841.

egoistas é incrédulos que nos persiguen, y para nosotros guardaremos las aflicciones y las amarguras de la virtud, las delicias de nuestra fé y la consoladora esperanza de la felicidad eterna. Con la sincera expresion del corazon en nuestros labios suscribimos esta solemne y explícita manifestacion de nuestras creencias católicas, representadas en la cátedra de San Pedro; y tenemos á honra prodigar al pontífice supremo que tan dignamente la ocupa, Gregorio XVI, los sinceros homenajes de fidelidad, de sumision y de profunda obediencia.»

En Suiza han podido tambien destruirse los conventos de Argovia, y ha sido fácil arrojar de ellos á los seres misteriosos que desde esta vida, menos apegados á la tierra que al cielo, hacian que descendiese el rocio para fecundar sus entrañas; pero el catolicismo está muy lejos de haberse extirpado. La cuestion de los conventos en sus relaciones con el interés de la libertad de los cantones acaba de reunir á la causa de los católicos todos aquellos que quieren permanecer fieles al pacto federal; y así los intereses de la patria se encuentran colocados bajó la salvaguardia de la opinion nacional. Persecucion sistemática de la religion y de sus ministros, exclusion del clero, aun la legal, de toda influencia en las escuelas, insultos al nuncio apostólico, y prohibicion de toda relacion con la santa sede: todo se puso por obra para llevar á cabo el proyecto anunciado públicamente de destruir el catolicismo en Suiza. Sin embargo el canton de Lucerna tiene hoy un gobierno enteramente cristiano, que le conduce por los caminos de la justicia. Ha desaparecido el odio que reinaba entre la ciudad y los habitantes del campo, y restablecidose la antigua union con los primitivos cantones menores. Otros dudosos vacilan, y el catolicismo presenta actualmente en Suiza un nucleo

compacto, que impone á los fautores de desórdenes, y regocija aun á muchos protestantes amigos del sosiego. Estos echan en cara á los revoltosos que han resucitado con su exageracion el catolicismo que los primeros creian ya agonizando.

El catolicismo prosigue su marcha en Prusia. En vano se representa como cosa dura el reconócer sus derechos: hay que devolverle la independencia que se le arrebató por maña ó por la fuerza. Con medios mas ó menos vergonzosos se habia podido sin duda adormecer á algunos pastores del rebaño é impedir que diesen el grito de alarma; pero á la voz de la centinela que nunca duerme, todos han despertado. A la voz de Roma han palpitado todos los corazones, y cada cual ha seguido las banderas del sucesor de Pedro. Se han empleado sucesivamente la astucia, la intriga y la violencia para promover un cisma y la creacion de una iglesia alemana. Un estadista hábil é ilustrado (1) habia acreditado sus conocimientos poco comunes en sus escritos y una imparcialidad noble en el juicio que hacia del catolicismo civilizador de la edad media. Demasiado débil para sobreponerse á los falsos principios de la filosofía del célebre Hegel, partidario ardiente de la religion racional, no ha mostrado una adhesion bastante fuerte a la verdad para negar á su pais la orgullosa pretension científica de que ha llegado á la cumbre de la perfeccion intelectual, que coloca á los ingenios de Europa y del mundo entero en una categoría infinitamente inferior á los filósofos prusianos Sin duda se ha tratado de deslumbrar así á los hombres mas entendidos de Alemania, y ejercer la mas perniciosa influencia sobre el príncipe que la gobierna. Sin embargo el catolicismo, así con

(1) Eichhorn, ministro de los cultos en Berlin

la espada á la garganta como entre las cadenas, no ha cesado de progresar. El arzobispo de Colonia de quien se ha dicho: *Stat murus pro domo Dei*; ha dado tan bellos ejemplos de una firmeza inalterable, que han comunicado un nuevo impulso religioso á toda la Alemania. La conducta apostólica de este nuevo Atanasio ha llenado de admiracion á toda la cristiandad: los Paises Bajos le enviaron una diputacion para rendir solemne homenaje á sus raras virtudes, y hasta el fin de los siglos se leerán para gloria del catolicismo estas palabras en la cruz que le presentaron: « A Clemente Augusto, baron de Droste de Vischering, arzobispo de Colonia, intrépido defensor de los derechos de la iglesia, en el siglo XIX, la Neerlandia católica, llena de admiracion.»

La Rusia, en otro tiempo católica por la conversion de santa Oma, que introdujo allí el cristianismo hácia los años 955, ha caido á no dudarlo en el cisma. Los católicos que han quedado, sufren innumerables tormentos y se ven precisados á alistarse en las banderas de la barbarie; pero todavía tienen sus iglesias, y permanecen como nunca adictos á la fé de sus padres. Siempre será venerado entre ellos el nombre de Pedro el Grande: vanos serán los esfuerzos para determinarlos á que abracen la religion dominante, y á que declaren que son sin saberlo ellos, miembros de la llamada iglesia ortodoxa: no puede probarse que hayan reconocido jamás su autoridad, ni responder á la solicitud que se ha hecho para que se presenten las firmas de los católicos en el acta original de sumision. La *summa lex* es la única fórmula adoptada para cerrar las discusiones de esta especie.

Ya van mas de diez y ocho siglos que el mundo ve al catolicismo trabajar sin descanso para ilustrar á los pueblos, para resucitarlos intelectualmente y darles libertad moral. ¿Quién podrá admirarlo bastante cuánto

se extiende cada dia el imperio de la verdad religiosa con la palabra de los nuevos apóstoles que van á lejanas regiones á reanimar el fuego de la caridad, á costa de los sacrificios mas penosos á nuestra naturaleza? Estos pacíficos conquistadores á cuya cabeza aparece el soberano pontífice lleno de solicitud, van á enarbolar la cruz, verdarero estandarte de la civilizacion, la cruz santa en las regiones menos amigas de la hospitalidad. Rivalizan todos en esta carrera, en que se triunfa con el sacrificio, y el martirio, y todos tambien concurren poderosamente á la obra de la civilizacion del mundo. Si nos fuera dado poder graduar los progresos que hace el catolicismo entre esos pueblos, que se sabe se arrodillan unas veces ante idolos estúpidos, otras vagan errantes en lo escabroso de los bosques, y otras caen en el último grado de embrutecimiento; como que no los guia ni la razon humana, ni el instinto de los brutos, sin freno en sus terribles venganzas, devorando la carne de sus semejantes, ó bebiendo con placer su sangre; veriamos derramarse tambien con profusion los beneficios del catolicismo donde quiera que ha desplegado su bandera.

Podriamos citar en testimonio los adelantamientos que la civilizacion y la humanidad habian hecho entre los griegos católicos en Damasco, en el Cairo, en Jaffa, en el monte Líbano desde la publicacion del *hatti-cherif* de 21 de *rajad* de 1247 correspondiente al año de 1830 dado en la cancilleria del Sultan. Nadie ignora el maravilloso vuelo que ha tomado el catolicismo, y con él el verdadero progreso, en los dos puntos principales del imperio otomano, Constantinopla y Smirna. Allí se mira la iglesia de los misioneros como un puerto de salvacion, hácia el cual se encaminan todos cuantos quieren huir del naufragio del error. Los niños de las casas principales son instruidos desde sus primeros años tanto en

las ciencias como en todas las virtudes; y unas hermanas admirables que se hallan donde hay lágrimas que enjugar, é infortunios que socorrer, se ven obligadas á multiplicar sus establecimientos para atender á las necesidades y á las empeñadas solicitaciones de las familias. Los que conozcan los pueblos orientales, sus costumbres, sus preocupaciones, sus usos y prevenciones, no podrán concebir el brillante espectáculo que ofreció pocos meses há la caridad cristiana al mundo entero en el teatro lastimoso de la devastacion ocasionada por el incendio que consumió cerca de la mitad de Smirna, á no reconocer que el catolicismo ha dado un paso importantísimo para la regeneracion del Oriente. Los pormenores que se nos han transmitido sobre aquel horrible desastre, nos manifiestan un hecho providencial de grande valor para lo venidero: que el catolicismo solo está destinado á restituir al Oriente la vida social y civilizada, que perdió hace siglos. Sabese que en toda la extension del territorio ocupado por los cristianos en Siria reina el órden: que no se ha cometido allí el mas leve acto de violencia ó de pillaje, mientras que á excepcion de Beyruto y S. Juan de Acre no hay mas que anarquía y desórdenes en los paises sujetos al Sultan. Hasta los judios y musulmanes desean que se extienda allí la dominacion pacífica de los cristianos. ¡Qué alegria y qué gloria para la iglesia ver postrarse con piedad ante la cruz del Calvario al emir Bechir-el-Kassin, descendiente del falso profeta Mahoma!

La Europa ha resonado con la ardiente apelacion de los cretenses á la opinion pública del mundo civilizado, para sostener en su pais los intereses del catolicismo. Nuestros descendientes leerán tambien con admiracion en los anales de aquel generoso pueblo la solemne declaracion que hicieron ante Dios y los hombres: «que

mártires de la fé han jurado al pie de la cruz antes morir que someterse de nuevo al yugo de los bárbaros.» ¿Quién podria referir las suaves emociones que no há mucho se experimentaron en Roma (1), testigo de la piedad de unos interesantes neófitos, que habian venido de las abrasadoras regiones de la Abisinia, para reconocer á nombre del rey de Ubia la primacía de la silla de Pedro, y reclamar por su intervencion la proteccion de la Francia.? ¡Qué bellas esperanzas para la suerte futura del catolicismo! Allí como en todos los demas puntos del Oriente su nombre está esencialmente unido al de nuestra patria. No cesa de echar raices muy profundas en las Indias; y la civilizacion que lleva entre los gentiles, hace cada dia asombrosos progresos, sobre todo desde que la ciudad, madre de una legion de intrépidos após-toles, envió allá valerosas jóvenes (2), para procurar instituciones cristianas á las indias. Cuentanse ya allí cerca de seiscientos mil católicos.

Y ¡cuánto tendriamos que referir de su feliz influencia en la hermosa colonia que se conocia en otro tiempo con el nombre de Isla de Francia! Parece que la providencia se complació en proteger la isla de Mauricio con su excelente clima, su magnífica posicion y prodigiosa vejetacion, solo para hacerla mas digna de nuestras simpatias y de las luces de la fé, que reflecten en aquellas regiones. Las iglesias católicas son pocas en la China; y las que hay muy pequeñas para contener el número de unos trescientos mil fieles que se cuentan hasta el dia. Va unida al catolicismo una idea tan alta de civilizacion y de prosperidad, que es opinion general-

(1) 17 Agosto de 1841.
(2) Señoras de Leon llamadas del corazon de Jesus y Maria.

mente difundida entre los chinos que ninguna calamidad grave afligirá al imperio mientras quede en pie la santa cruz colocada sobre la torre de una iglesia edificada en otro tiempo en Pekin, por Hang-kin, emperador amigo de los cristianos. El Tong-King oriental y la Nueva Zelanda se han abierto ante aquellos que á costa de su sangre van á anunciar la buena nueva, y las tinieblas comienzan á disiparse á los rayos de la luz evangélica. Nadie duda de la adhesion de los tesalios al nombre de Jesus el Salvador y al de la santa iglesia cristiana ortodoxa, á la que fue prometida eterna duracion. No há mucho que podian leerse estas palabras en su bandera desplegada. Tambien sabemos cuánto ansian en el Cabo de Buena-Esperanza nuevos recursos para levantar monumentos piadosos á la gloria del que vino para regenerar la humanidad. ¿Qué espectáculo mas grandioso que el de los Estados Unidos que acaba de recorrer el digno prelado de Lorena (1)? ¡Oh! ¡Cuán dignos son allí los cristianos por su piedad y fidelidad de todas las simpatias de un corazon francés! En las Antillas todo promete un porvenir glorioso al catolicismo. Los esclavos últimamente emancipados gozan ya de sus beneficios y los aprecian: los mismos protestantes de la colonia contribuyen con gusto por su parte para edificar iglesias. No es fácil formar exacta idea de los progresos del catolicismo en la Jamaica, á no ser por la viva satisfaccion que experimentaron los testigos de la conducta admirable de los emigrados de Irlanda, y por la irritacion de la secta de los baptistas, que temen la promulgacion de la fé por los hijos de Erin.

Así enmedio de las tinieblas en que se hallan en-

(1). El illmo. señor de Forbin Janson, obispo de Nancy, en abril de 1841.

vueltos aun tantos pueblos, el cristianismo con la divina antorcha que puede transformarlos en hijos benditos de Jesucristo , camina á la cabeza de la civilizacion, uniendo á todas las naciones con la conversion de las hordas mas salvajes á la unidad de la gran familia humana. Jamás se mostrarán mas dignos de su alto destino los grandes estados de Europa, que favoreciendo los medios propagadores del Evangelio, el cual despues de haber proscrito usos bárbaros les traerá en retorno lenguas desconocidas, una literatura ignorada y preciosos documentos. ¡O Francia, hija primogénita de la iglesia! no ceses de llenar tu mision providencial para que triunfen los mas tiernos intereses de la humanidad.

El principio civilizador que moraliza las naciones bárbaras, está en manos del catolicismo, y es el de la fraternidad universal. Este principio las reduce no en fuerza de razonamientos y de ciencia, sino con la sola admision á la comunion de la iglesia. La unidad le pertenece. El cristianismo es un todo perfectamente armónico: todas sus partes estan ligadas, es una cadena que no se puede romper. Gobierno, dogmas, moral, todo en él es convergente hácia la unidad. Bien pueden los políticos oponerse con todos sus esfuerzos á la reunion de los poderes legislativo, administrativo y judicial en las manos de un solo jefe del estado; pero en la iglesia el poder es esencialmente uno como la doctrina. Todos los miembros del cuerpo sacerdotal enseñan, juzgan y administran; pero cada uno segun el grado gerárquico en que se halla colocado: el soberano pontífice por la divina supremacía, los obispos por mision divina y los sacerdotes por delegacion episcopal. La unidad forma el complemento y la perfeccion de estos diversos órdenes gerárquicos. No hay mas que un solo episcopado esparci-

do en todo el universo: á la cabeza tiene el papado, origen del apostolado, savia del catolicismo que representa en su unidad la de la fé. Asi entendemos el ministerio, decia el gran Bossuet (1): todos reciben el mismo poder y todos del mismo origen; pero no en el mismo grado ni con la misma extension, porque Jesucristo se comunica en la medida que le agrada, y siempre del modo mas conveniente para establecer la unidad de su iglesia. Por eso empieza por el primero, y en este primero forma el todo, y él mismo extiende con órden lo que puso en uno solo; y Pedro dice S. Agustin, que en su primacía representaba toda la iglesia, recibió el primero y el único al principio las llaves que en adelante debian ser comunicadas á todos los demas, para que aprendamos, segun la doctrina de un santo obispo de la iglesia galicana, que la autoridad eclesiástica establecida primeramente en la persona de uno solo no se ha repartido sino con la condicion de referirse siempre al principio de su unidad, y que todos aquellos que hayan de ejercerla, deban estar inseparablemente unidos á la misma cátedra. Esta es la cátedra romana tan celebrada por los santos padres, donde como á porfia han ensalzado el principado de la cátedra apostólica de donde parten los rayos del gobierno......... Hé aquí lo que debe quedar segun la palabra de Jesucristo y la constante tradicion de nuestros padres en el órden comun de la iglesia; y pues que era el consejo de Dios permitir cismas y herejías, no habia constitucion mas firme para sostenerla, ni mas fuerte para abatir estas. Por esta constitucion todo es fuerte en la iglesia, porque todo en ella es divino y todo está unido; y como cada parte es divina, tambien el vínculo lo es, y la reunion es tal que

(1) *Discurso sobre la unidad de la iglesia.*

cada parte obra con la fuerza del todo. Por esto nuestros predecesores que tantas veces dijeron en sus concilios, que en sus iglesias obraban como vicarios de Jesucristo y sucesores de los apóstoles, á quienes envió inmediatamente, dijeron tambien en otros concilios, como hicieron los Papas en Châlons, en Viena y otras partes, que obraban en nombre de S. Pedro, *vice Petri*, por la autoridad dada á todos los obispos en la persona de San Pedro....... Como vicarios de S. Pedro, *vicarii Petri*, lo dijeron aun cuando obraban por su autoridad ordinaria y subordinada, porque todo se puso primeramente en S. Pedro, y es tal la correspondencia en todo el cuerpo de la iglesia, que lo que hace cada obispo, segun la regla y en el espíritu de la unidad católica, lo hacen con él toda la iglesia, todo el episcopado y la cabeza de este.»

Si nos parece tan bella la naturaleza porque todos los seres se enlazan desde el infinitamente pequeño hasta el infinitamente grande; si la unidad en las obras científicas, artísticas y literarias exalta la imaginacion y eleva el ingenio hasta el extasiarle; ¿quién dejará de exclamar con Bossuet: «¿Comprendeis ahora esa inmortal belleza de la iglesia católica, en la que se reune todo lo bello y glorioso que han tenido todos los lugares, todos los siglos presentes, pasados y venideros? ¡Qué hermosa sois en esa union, iglesia católica, y al mismo tiempo qué fuerte! «¿Quién no reconoceria en ella por ese augusto carácter la verdad que emana de los consejos de Dios?

Como ninguna verdad puede proceder sino de Dios; no es dado á la iglesia hacer los dogmas: solo puede enseñarlos: está encargada de explicarlos y definirlos; pero no puede tener derecho á tocarlos. Seria un grandísimo error tratar las verdades religiosas como las cien-

cias naturales, y creerlas sujetas á las mismas transformaciones y á iguales vicisitudes. No deben considerarse bajo el mismo aspecto, porque las ciencias naturales son patrimonio del hombre; lo que las condena á ser como la inteligencia humana eternamente progresivas é incompletas: progresivas, porque cada generacion científica, procediendo de lo conocido á lo incógnito y de los descubrimientos á los experimentos, añade algo á la suma de observaciones recogidas por las generaciones precedentes: incompletas, porque poniendo al hombre frente á la nocion, Dios se ha reservado el supremo conocimientos, y no levanta nunca enteramente el velo que le oculta á nuestras miradas. Los pensamientos de los hombres pasan asi á otros hombres para ser modificados, aumentados ó reformados; pero la doctrina católica no tiene que sufrir las debilidades humanas de la correccion y de los retoques. En tanto que todas las producciones del talento del hombre no son mas que el monumento triste de la insubsistencia y de las contradicciones de la razon humana; existe sobre nuestros descubrimientos parciales la verdad una, eterna, inalterable, independiente de los esfuerzos que se hacen para menoscabarla, de los acerados tiros del sarcasmo de que es objeto, de los ignorantes que la desconocen, y de los penosos progresos de los ingenios laboriosos en sus investigaciones. Revelándonosla Dios ha querido que dominase en el mundo, y que el entendimiento humano la viese brillar como estrella benéfica, siempre pronta á guiarle en su camino. Esta inmovilidad que se le censura, es el carácter y la prueba de su certidumbre indestructible. No puede uno menos de admirarse ante el majestuoso conjunto y la magnífica uniformidad de las verdades que el catolicismo ha propagado, ligando todos los tiempos y todos los lugares. Nada se ha obrado en él

como modificacion, sino como consecuencia: bajo este respeto se ha abstenido siempre de toda clase de novedades. «Los dogmas jamás han cambiado, ha dicho con mucha razon el autor del Ensayo sobre el panteismo. En las grandes épocas de las divinas revelaciones se agregaron nuevas verdades á las verdades antiguas; pero lejos de destruirlas no hicieron mas sino confirmarlas y explanarlas. La perfecta relacion del antiguo y del nuevo testamento y la inmutabilidad del símbolo católico son pruebas irrecusables de esta perfecta unidad. «La doctrina católica es invariable en todas sus partes é idéntica en sus dogmas y en las reglas de fé. Ingerida en todos los climas, bajo todas las formas de gobierno, entre los pueblos mas bárbaros como en las naciones mas civilizadas, no ha tenido necesidad de modificarse. Libre de las condiciones del espacio que pesan sobre todas las cosas humanas, se la ve atravesar todos los siglos, inalterable en su esencia, sobreviviendo á todas las herejías, y nadando en su pureza sobre las olas del tempestuoso mar, que sucesivamente traga todos los sistemas. Su símbolo ha atravesado diez y ocho siglos enmedio de las contradicciones y de los errores, herido con la espada, amenazado de ser despedazado por los cismas, combatida por la filosofía, y conculcado por el libertinaje. Y sin embargo no hay un solo artículo de su inmutable símbolo que no haya sabido el catolicismo defender de los inquietos planes del hombre, y ninguno de los sagrados límites fijados al rededor de nuestra inteligencia que la mano temeraria de los novadores no haya intentado vanamente remover.

Si consultamos los monumentos, se descubre una tradicion que jamás ha variado: como que la fé de hoy nada tiene que temer de la de ayer, porque es la misma fé de todos los tiempos, una sensible manifestacion de la unidad de la razon infinita. Esta unidad ha podido

ser embestida á la fuerza, combatida con los artificios y denigrada con calumnias; pero esas violencias, esas astucias y esos escándalos ni pudieron, ni podrán jamás servir sino de glorificarla. Tambien podrán aparecer nublados que la obscurezcan: mas no la eclipsarán. ¡Cuán bello es contemplar la majestuosa unidad de la doctrina católica en el seno de las fluctuaciones del entendimiento humano, de la diversidad de las opiniones, que se atraviesan ó excluyen, y entre los sistemas que se hunden y los que se levantan! La completa renovacion obrada por el Verbo eterno, proclamando la verdad, resuena aun en toda su integridad en el seno del catolicismo sin liga de doctrinas heterodoxas, tal como nos la transmitieron los apóstoles. Si algunos espíritus temerarios intentaron á veces apartarse de esta doctrina y contradecirla, sin duda que la iglesia ha determinado entonces el sentido permanente de esta doctrina divina; pero no ha añadido nada de invencion humana. Jamás hace otra cosa que dar explicaciones á lo que siempre se habia creido.

Hácia el siglo XVI se trató de romper esta unidad de fé con el especioso pretexto de la reforma. El género humano no debia ya admitir creencias dictadas por la autoridad de la iglesia: la razon individual fue llamada á formar la fé: cada hombre pudo extender su símbolo. Desde entonces se pudo prever, antes que la misma experiencia lo demostrase, que no se tardaria mucho en contar tantas profesiones de fé como individuos, tantas doctrinas como meses ó dias en el año: porque una vez libre la razon de toda autoridad traspasa ó destruye todos los diques, que podrian oponerse al flujo y reflujo de los pensamientos humanos y á las diferentes impresiones, cuya influencia provechosa ó nociva tiene que experimentar ella misma. Por eso el teólogo

protestante Leslie reconoce que está en la naturaleza del juicio individual abortar gran variedad de opiniones contrarias, y que ese es el móvil de todas las guerras y de todas las discordias. Separóse pues una rama del tronco de la creencia universal. Desde entonces cada dia se han erigido nuevos dogmas entre aquellos á quienes nunca hemos cesado de amar como hermanos. Ellos rodearon nuestra cuna, y las honrosas relaciones que con algunos nos han conservado las épocas y los lugares, nos hacen estimar dignamente la fortuna de haberlos conocido. Por muchos esfuerzos que hagan para mantenerse distantes de nuestras creencias, jamás conseguirán romper los sagrados lazos que nos unen con sus personas. ¡ Qué no puedan leer en nuestro corazon los sentimientos que les profesamos! ¡Ojala deduzcan del principio evidente de la unidad absoluta de la verdad que nuestro deber comun es respetar las opiniones libres de cada uno en política; pero en materia de religion adherirnos á la doctrina, que sola es una y verdadera.

Por no haberse penetrado intimamente la Francia de este incontestable principio, ensayó en 1790 formar una iglesia nacional. Desgarrando la unidad de la iglesia romana, la constitucion civil del clero no atentaba menos al poder espiritual de los Papas, que al temporal de los reyes. Deploró el mundo cristiano este suceso como una profunda llaga moral de que se veia amenazado, y que no era por título alguno justificable. Era una extraña novedad que abria la puerta á todas las demas.

La asamblea constituyente con todo su talento, su ardiente entusiamo y el ascendiente de sus nuevos principios no logró mas que crear una iglesia decrépita desde su nacimiento y repugnante por sus escándalos. Apenas vivió unos cuantos meses, y ya no le quedaba otro

porvenir que ruinas. Sin subir á épocas tan distantes, ¿no tenemos á la vista terribles y asombrosos ejemplos? ¿Qué resultados felices para la religion y para los pueblos obtienen los que se esfuerzan por fundar la unidad moral y religiosa en España, en Inglaterra, en Prusia y en Rusia? Se ha trabajado para romper los vínculos que unen con la santa sede á todos los discípulos de la cruz, y se ha tratado de apelar de la razon divina á la razon humana. Se ha sembrado viento, y se cogen tempestades. Los horrores de la guerra, los tormentos del hambre, las proscripciones y el despotismo atraen diariamente nuevas plagas sobre esas regiones. En ellos cada clase vive aislada, llamando á la prosperidad de los otros su ruina y á su provecho su perdicion. El espíritu de antagonismo y de disolucion se ha apoderado de las diferentes partes de aquellos estados. En lugar de armonía se oyen los gritos de la discordia, y en vez de union no se ven mas que conflictos de intereses. Existe entre la aristocracia y la clase pobre una frialdad desconocida en los tiempos en que eran católicos los pueblos; y los delirios del cartismo y del socialismo se afanan para sustituir la enemistad y el odio. ¡Desgraciadas las naciones que desconocen el fin sublime y el augusto origen de la unidad católica! Esta es el vínculo de las generaciones pasadas con las presentes y con las venideras: con él se recobran ó reemplazan tarde ó temprano todos los demas vínculos sociales destruidos ó debilitados.

Cuando tienden á un solo y mismo fin todos los elementos de la fuerza y de la dignidad nacional, y atraen á la misma línea al pueblo y á sus jefes; cuando el clero, la nobleza y las clases industriosas obran bajo la influencia de las mismas reglas, se juzgan mutuamente por los mismos principios, ven desde un mismo

punto de vista sus prerogativas y respectivos derechos, y comprenden igualmente y conforme á una nocion comun á todos la importancia y la necesidad de los mutuos sacrificios; cuando todos trabajan bajo la misma ley y para el mismo fin; entonces la majestad y el poder de una nacion brillan con todo su esplendor escribia no há mucho un profundo é ilustrado escritor (1). Desde entonces queda afianzada la prosperidad de los pueblos con la concordia de ambas potestades y cada una presta dentro de su esfera de actividad su apoyo con un objeto comun. Estas dos potencias obran sobre el mismo punto de la palanca, apartan toda clase de conflicto, y triunfan de todos los obstáculos.

Hé aquí lo que puede la unidad religiosa. Disponiéndonos á formar la sociedad invisible, de que Dios será la cabeza y la corona en la mansion de los eternos resplandores, estrecha con su doctrina los vínculos de la sociedad visible, cuyo destino está circunscrito en el límite de los siglos. Conspira á atraer los ánimos extraviados y á conciliar los corazones desunidos, á restablecer entre los hombres y entre las naciones de la tierra la indivisible unidad cuyo modelo está en los cielos. Conspira tambien á levantar la criatura inteligente á la imitacion del criador. Como abunda Dios en misericordia y beneficios, quiere que el hombre colmado de los favores de la fortuna sea el consuelo y el recurso de la humanidad afligida, y que estén unidos todos los pueblos con los dulces lazos de la beneficencia y del amor. Asi porque la Francia está intimamente adicta á esta unidad, ha podido decir con justa razon el presidente de su academia (1) con cierto orgullo nacional: «Que en ningun pais del mundo existen tantas simpatias

(1) N. Wiseman.
(2) El conde Molé, sesion de 30 de junio de 1842.

de fraternidad entre las diferentes clases de la sociedad como entre nosotros. En ninguna parte vive el rico mas unido al pobre: en ninguna se acuerda tanto de que son hijos del mismo Dios, y que se dirigen hácia el mismo objeto, y que las buenas acciones no solamente son el camino del cielo, sino el origen de los mayores placeres que podemos gustar en el mundo. La Francia de todos los tiempos y de todas las épocas ha sido el pais de la beneficencia, de las simpatías en favor de la desgracia, de la igualdad delante de Dios, antes de ser el de la igualdad delante de la ley. ¡Ojalá nuestra civilizacion y nuestras luces no aumenten nada á las calidades del corazon! ¡Ojalá no formemos en nuestra nueva sociedad mas que una sola y misma familia, en que el pobre sin envidia y el rico sin desconfianza llenen cada cual los deberes que la Providencia les impuso, y den el ejemplo de las mismas virtudes!» ¡Qué deseos mas dignos de un cristiano y mas gloriosos para la Francia! ¡Qué deseos mas en armonia con los del jefe supremo de la iglesia, que desde la elevada cátedra de Pedro ha hecho resonar tantas veces el universo cristiano con palabras de sumision y de paz! ¡Qué cosa mejor entendida y mas fielmente observada en todas partes del mundo católico por el episcopado! Si en Portugal, en Prusia y en España ha levantado la voz para reclamar los derechos que tiene adquiridos inviolablemente por su dominio espiritual; tambien le hemos oido protestar con la energía del respeto mas profundo y de la mas perfecta sumision en favor de los depositarios del poder en los límites del órden temporal. Antes que faltar á la iglesia con vituperable condescendencia ó al poder con la rebelion ha preferido las cadenas, la deportacion, el destierro y la muerte. ¿A quién no admirará el grandioso espectáculo que está dando en Francia el episcopado, el

cual enmedio de los partidos marcha confiado y firme hácia la época de reconciliacion y de paz, en que esta hija primogénita de la iglesia no cese de mostrarse la reina y el modelo de las naciones cristianas? No se presenta con una bandera política en la mano: solo enarbola la cruz, y habla en nombre del Dios de caridad. Sin embargo se le acusa de que incita á todos los excesos con la exageracion de su zelo y con su intolerancia. Fácil nos seria responder victoriosamente á esta recriminacion, si en el mundo político no hubiera resonado el mas solemne homenaje tributado al episcopado francés por el señor ministro de la justicia (1): «Es verdad, dijo, que exceptuando unos pocos hechos en razon de algunas reclamaciones relativas á la libertad de enseñanza, el clero comprende y llena su mision en beneficio de la religion y del estado: que es ilustrado y virtuoso: que el gobierno y el clero tienen confianza el uno en el otro; y que esta dichosa union no es menos provechosa á la causa del órden que á la de la religion.» La caridad, la tolerancia, la union y las vias de dulzura son los únicos medios que le quedan de su antiguo esplendor para obrar el bien, como es su mision, y el episcopado lo sabe bien.

La necesidad de adherirse á la unidad, pronunciada por la iglesia católica, parecerá acaso á muchos un motivo de recriminacion gravísimo y de intolerancia. No ha quedado sarcasmo que no se haya empleado contra el catolicismo por estas palabras: *No hay salvacion fuera de la iglesia.* No sabemos si las han comprendido los que tanto han gritado. Los que aun las combaten, ¿han

(1) El señor Martin (du Nord) en la sesion de los diputados de 18 de mayo de 1842.

profundizado formalmente su sentido? Vamos á entrar en la cuestion. El mismo Dios ha revelado la ley en que manda entrar en su iglesia, y ha impuesto esta necesidad para la salvacion. Ninguno se salvará si no pertenece á la iglesia, á lo menos con los deseos y votos de su corazon. Este deseo no necesita ser explicito y formal, ni ser el producto de un conocimiento positivo de la verdadera iglesia: basta que la disposicion del corazon contenga implícitamente el voto de pertenecer á la iglesia. Este deseo supone entonces como condicion necesaria por una parte la fé sobre natural en Dios, y por otra la imposibilidad de conocer la iglesia. La ignorancia invencible no es por sí sola causa de condenacion. S. Pablo lo enseña, y la iglesia lo ha definido contra Bayo. El infiel y el pagano no serán reprobados seguramente por aquello que no han podido saber. ¿Sobre qué recae pues la exclusion: *fuera de la iglesia no hay salvacion*? Sobre el error voluntario y culpable por sí ó en su causa, sobre la separacion voluntaria y culpable de la unidad y sobre la resistencia á la verdad conocida ó al menos percibida, sobre la duda voluntariamente conservada sin hacer esfuerzo alguno para salir de ella y la negligencia en la investigacion de la verdad. Esto es lo que prescribe y condena el dogma católico: *fuera de la iglesia no hay salvacion.* Si se presenta la hipótesis de la inocencia y de la buena fé en el error con la falta de bautismo y la ignorancia de las verdades primeras y necesarias de la religion; respondemos con santo Tomás y con todos los teólogos católicos: es necesario tener por muy cierto que para salvar al infiel, que por ejemplo criado en los bosques ha seguido la direccion natural y verdadera de su razon, Dios le manifestará lo que necesita para formar al menos el deseo del bautismo y de entrar en la iglesia

¿En qué pues es tan extraña, tan cruel, y tan intolerante semejante doctrina?

Nos guardaremos bien de asegurar positivamente la reprobacion de ninguna persona, cualesquiera que hayan sido su patria, religion y conducta. Sin duda suceden misterios divinos de justicia en el umbral de la eternidad; pero tampoco podemos dudar de los misterios de misericordia y de amor. En resúmen el error, la duda, la negligencia voluntaria y culpable excluyen de la salvacion. Asi entiende la iglesia católica el sentido del principio de unidad exclusiva. Es preciso admitir esta verdad á no negar el cristianismo, porque es verdad de fé y de razon. Mil pasajes de las santas escrituras proclaman la obligacion de obedecer á la iglesia, para ser miembros del cuerpo de Jesucristo y para evitar la separacion y el anatema. Como el miembro separado del cuerpo no tiene vida; fuera de la iglesia no hay salvacion. El que no escucha á la iglesia, es lo mismo que los paganos. En este punto está unánime toda la tradicion. ¿Qué es pues lo que parece extraño al entendimiento del hombre? En las ciencias, en política y en filosofía la verdad es una: se sostiene lo verdadero y se excluye lo falso. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en religion? ¿No habia de haber ninguna verdad absoluta? El *sí* y el *no* ¿serian igualmente verdaderos y falsos, ó cuando menos indiferentes? Este era sin duda el desenlace del sistema de Rousseau, que en todas las religiones no descubria mas que un ceremonial arbitrario. La disciplina y las ceremonias son accesorias á una religion: el fondo le constituyen los misterios y las verdades de la fé. Discurriendo con arreglo á estos principios, ó todas las religiones son verdaderas, ó todas falsas: ó la una es verdadera, y todas las demas son falsas. ¿Todas las religiones verdaderas? Imposible: porque seria á

un tiempo la luz y las tinieblas, la afirmacion y la negacion. Si todas las religiones son verdaderas, ¿qué habria que decir sino que el sí y el no se confunden entre sí: que no hay verdad, ni error en materia de religion y que el escepticismo deberia ser la religion de todo hombre sabio que no quiere extraviarse en la region de las abstracciones y de quimeras? ¿Todas las religiones falsas? Tambien es imposible: esto seria el ateismo, porque no podria nadie estar obligado á creer lo falso. Una religion verdadera y las otras falsas, enhorabuena: es el resultado necesario de la naturaleza de Dios, de la naturaleza del hombre y de toda razon. Pero entonces la única religion verdadera consiste en conocer y conservar; y esta es la unidad exclusiva y la completa inadmisibilidad de la indiferencia y de la igualdad de las religiones.

Jesucristo apareció en el mundo para atraer á la unidad todas las generaciones, para reunir los hijos dispersos del criador de todo; y para conseguir esta admirable unidad instituyó la iglesia. Obligado el hombre á tributar un culto social á Dios, autor de la sociedad, es separado del individualismo, y se restituye el título de hermano á la humanidad. El dogma de la unidad exclusiva aparta al hombre del error voluntario y culpable, de la duda, de la mala fé y de la ignorancia consentida: es verdad que esto es lo mismo que someter la libertad y la razon al yugo de la autoridad; pero es para salvarlas de un diluvio de errores, para fijarlas bien, y evitarles incomodidades y angustias: es por fin proteger la pobre humanidad contra el furor y la desesperacion. Solamente los vínculos prácticos de la iglesia pueden obtener tales resultados, uniendo al hombre con Dios y con sus semejantes. Dejad el cuidado de redactar un código de derecho de gentes á las escuelas de filosofía, á

las religiones particulares libres é indipendientes: el espíritu de sistema y de secta introducirán la confusion y fomentarán las antipatias: en lugar de unir dividirán. La unidad exclusiva del catolicismo, junta á la universalidad de su accion, establece en el mundo civilizado nociones comunes de justicia y de costumbres y un lenguaje comun. Todos sin excepcion han dicho: el catolicismo es un camino seguro de salvarse. Pascal decia: Fuera de la iglesia católica todo cuanto se puede lograr es llegar á la duda. Luego la conciencia y la razon proclaman la unidad obligatoria de la iglesia. Esto no es intolerancia, sino el carácter esencial é inseparable de la verdad, que exige por su naturaleza que se abraze rechazando lo falso. ¿Cómo se podrá tachar de intolerancia al catolicismo que produjo á los Franciscos de Sales, Franciscos Javier, Vicentes de Paul y Fenelon, los cuales poseidos de ardiente amor á sus hermanos derramaron tantos beneficios en el seno de la humanidad? Conociendo el espíritu de la verdadera iglesia persuadieron á los reyes y á los pueblos la tolerancia y el amor á la union y á la paz. Nosotros tambien con el sentimiento íntimo y dulce que crea la posesion de la verdad, excluimos y condenamos todo lo que no sea fé; mas nuestro amor á nuestros hermanos separados de nuestras creencias, no deja por eso de sacar de nuestras convicciones, su afecto mas compasivo y humano. La unidad católica es un concierto de alabanzas: es el homenaje que tributan al Señor todos los seres que crió: es una sociedad única obligada por creencia y por amor: una, porque Dios es uno; obligada, porque la verdad obliga. De ella deriva la mas sorprendente armonía en el mundo intelectual y social. ¡Oh cuán digna es de hacer las delicias de nuestros entendimientos y de nuestros corazones! ¡Ojalá estemos siempre é inviolablemente adheridos á ella, la amemos y

la queramos! Guardemonos pues, entre las tinieblas que pudieran acumularse al rededor nuestro, de dejarnos deslumbrar por alguno de esos metéoros falaces de la noche tempestuosa que viniese á extender sus velos: antes bien tranquilos y confiados tengamos constantemente fijas nuestras miradas en el astro brillante que debe preservarnos del naufragio.

CAPITULO IV.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO EN LOS SEIS PRIMEROS SIGLOS.

Es uno y sin embargo tolerante: invariable; pero favorable al progreso.

Las impugnaciones al catolicismo han provenido casi siempre de sistemas históricos erróneos. — Método en la exposicion de los hechos. — En qué sentido es inmutable y móvil el catolicismo. — Su fundacion. — Movimiento de dilatacion en este periodo. — Dirigese al indivíduo y reforma al hombre intelectual y moral. — Descripcion de lo que era entonces la antigua sociedad. — Tres siglos de persecucion. — Consideraciones sobre la divinidad del catolicismo, su unidad y su tolerancia. — De su doctrina sobre la sumision debida al poder. — Constantino da la paz á la iglesia. — Siempre invariable el cristianismo se muestra favorable al progreso. — Herejías, concilios. — Respuestas á las diversas acusaciones que se han hecho á la fé católica de haber variado en los primeros siglos. — Discusion de los hechos. — Exposicion de su doctrina. — Hombres de talento dedicados á defender la iglesia. — De la civilizacion que difunde enmedio de la irrupcion de los bárbaros. — Conversion de Clodoveo. — Gregorio el Grande. — Conversion de la Inglaterra.

A medida que el catolicismo ha recorrido su carrera de civilizacion por entre las edades, no ha cesado de hallar obstáculos en su tránsito; pero siempre los ha ven-

cido. Trofeos adornaron su cuna, y sus combates han sido despues otros tantos triunfos. Participando de los atributos del ser divino, cuya obra es, no ha cesado jamás de oponer su poder á la fuerza para vencerla, su activa inteligencia al èrror para confundirle, y al odio y al vicio su amor para arrancarles el disfraz y destruirlos. Desde su orígen hasta nuestros dias es este un milagro que basta para imprimir en su frente el sello visible del Eterno. Con todo las preocupaciones y las pasiones, ó con mas frecuencia acaso la razon emancipada de la única autoridad que puede preservarla de sus propios excesos, han atenuado la verdad de los hechos, cuya causa y consecuencias han llegado á ser objeto de falsos juicios. De aquí tanta variedad en los puntos de vista bajo los cuales se ha querido considerar, y tantas diferentes opiniones como de ellos se han formado. Esto explica cómo las impugnaciones dirigidas contra el catolicismo han procedido siempre de los sistemas históricos erróneos, donde sus enemigos han buscado sin cesar armas para combatirle. Esto es lo que siembra todavía el órden intelectual y social de dudas para el entendimiento y de amarguras para el corazon. Esto es lo que ofrece peligrosas lecciones á la avidez de la inexperiencia, divisas extravagantes á la imitacion de la medianía y paralelos que tranquilizan la mala fé de los vicios. Allí es donde la juventud expuesta á las mas pérfidas insinuaciones se agita al rededor de nosotros, toma por nuevas revelaciones de la verdad las mas lastimosas aberraciones del entendimiento, y aprende á encerrarse obstinadamente en el solitario círculo de pasiones incomprensibles, de ambiciosos deseos y de sueños sin resultado.

Mientras que se ensalza al catolicismo con cierto tono sentimental y romántico, que seduce á los que se paran en las apariencias; se le despoja del sello que

justifica su legalidad. Se ha intentado explicar su historia con las solas causas humanas y naturales sin intervencion alguna del principio divino, como la fé cristiana le entiende. Este es un error fundamental y la fuente primera de tantas filosofías de la historia, cuyo peligro se oculta entre la infinidad de opiniones y de sistemas. Acusan de intolerante al catolicismo, porque es *uno* en su fé, y decontrario á todo progreso porque es invariable en sus dogmas y moral. Fácil nos será justificarle de esta grandísima injusticia que se le achaca. Otros lo han hecho antes tan gloriosamente, que parecería de nuestra parte temeridad, si intentaramos igualarlos: bastanos proponernoslos por modelos. Sin embargo no seguiremos la misma marcha que han trazado estos hábiles escritores tan dignos de ser nuestros maestros. Unos adoptaron el método analítico, cuya inmensa ventaja es satisfacer al hombre que solo busca hechos. Otros prefirieron el método sintético, que presentando el tejido de todos los hilos de la historia, ofrece el interés completo de una relacion seguida. El método que vamos á seguir, participa de los dos. El órden de los tiempos nos traerá los hechos mas notables de la historia, que arrojan verdadera luz sobre la cuestion que nos ocupa. Segun el alcance de nuestra corta inteligencia, los presentaremos en su forma sintética con todo el movimiento y vida de que son capaces; y sometiéndolos despues al crisol de la analisis, nos esforzaremos para ilustrarlos con toda la luz que pueda reflectir un juicio prudente, para deducir de ellos las consecuencias relativas á nuestro objeto.

Siguiendo asi al catolicismo en sus reveses y triunfos, en sus pruebas y victorias, en sus combates y vencimientos; trataremos de la discusion de los hechos, para rectificarlos contra aquellos que

han podido desfigurarlos: justificaremos la accion providencial sobre la iglesia contra los que han querido negarsela; y aparecerá la historia perfectamente acorde con la exposicion que hemos dado del catolicismo, en presencia de las necesidades de la sociedad. Se nos presentará en el mundo moral como el astro del dia en el natural, derramando una benéfica claridad sobre el dogma, la moral y todos los ramos de los conocimientos humanos, siempre idéntico por su admirable unidad y su perfecta armonía; y sin embargo siempre moviéndose por los diversos elementos que las exigencias de los tiempos han hecho predominar; inmutable y móvil. Inmutable en sus dogmas, en su moral y en su gerárquica constitucion, que extendiéndose han llegado á ser mas explícitas, sin adquirir nada de nuevo: móvil en sus instituciones secundarias ó de pura disciplina, que acomoda á los movimientos de la sociedad en que toma parte, por su estrecha union con la humanidad. De suerte que para él las épocas de ascension ó decadencia no pueden causarle mejora ó deterioro intrínseco, sino únicamente alterar los límites en las relaciones mas ó menos íntimas de identidad entre los pueblos y las mismas instituciones. Asi el movimiento social, ligado al catolicismo por los elementos comunes á ambos, nos le presenta en un estado progresivo, aunque queda inmutable. Lejos de ser una simple apariencia del progreso humano, es su vehículo: es causa y no efecto.

El periodo de los seis primeros siglos de la era cristiana es un gran movimiento de dilatacion, por el que la iglesia como conquistadora toma posesion de los pueblos conocidos: este movimiento fue grande y generoso. Su objeto fue el establecimiento extenso de la fé y de las grandes instituciones del cristianismo; y sus resultados trageron el adelantamiento de la inteligencia y de la volun-

tad humana. Este juicio: que el catolicismo mejoró al hombre individual en los primeros siglos de su existencia para llegar despues á la sociedad; entra perfectamente en el pensamiento del historiador de la civilizacion europea, que dice (1): «El cristianismo en los primeros siglos de su existencia no se dirigió en manera alguna al estado social: cambio al hombre interior, sus creencias y sus sentimientos, y regeneró al hombre moral y al intelectual.» Tal es tambien el punto de vista bajo que han considerado nuestros historiadores católicos aquellos primeros siglos: dice otro escritor tan sabio como modesto (2): «Hubo en el recinto de la fé y de la vida cristiana un poderoso progreso intelectual y moral. Los hábitos individuales se formaron enteramente y se afirmaron bajo el punto de vista del entendimiento y del corazon: penetró el pensamiento evangélico en todas las circunstancias y accidentes de la vida: en fin el hombre se encontró cristiano en el mas lato sentido. Los afanes apostólicos, la invencible constancia de los mártires y el sublime ingenio de los santos padres nos dan la muestra de la alta inteligencia y del heróico valor de voluntad que distingue su caracter.» Sin embargo esta regular progresion de todo durante seis siglos por un movimiento espansivo hácia las majestuosas proporciones que convienen á la sociedad católica, reveló al mundo que el cristianismo es *uno y sin embargo tolerante*, *invariable y con todo favorable al progreso*.

El mundo que venia á conquistar el cristianismo, era un gran cuerpo que parecia abandonado por el espíritu. La razon se extinguia en las tinieblas de la su-

(1) Guizot; *Historia general de la civilizacion en Europa*.

(2) El presbítero Blanc, catedrático de historia en el colegio de Estanislao.

persticion y de la duda: la conciencia espiraba en los placeres, y el órden moral desaparecia. Todo el género humano estaba sumido en el mundo exterior; y una precoz corrupcion, lejos de dar madurez á los entendimientos, impedia su progreso con una disipacion del pensamiento siempre mas sensual. De aquí esa codicia de riquezas y de lujo, ese furor de deleites y de mando, la opresion de los débiles, la tirania odiosa de los fuertes, el envilecimiento del otro sexo, el oprobio de la pobreza y la dura esclavitud de los vencidos, tantas ciudades destruidas y tantas naciones reducidas á la mas deplorable servidumbre. Es verdad que en la Grecia brillaban con vivo resplandor un gusto puro en las artes y un injenio sutil; pero ¿quién se atreveria á referir las ceremonias de los dioses inmortales usadas entre ellos y sus impuros misterios? Cualesquiera que sean hoy nuestros progresos en las artes y las ciencias, los adelantamientos de la industria y la actividad de nuestras comunicaciones y nuestras obras; puede dudarse que saliesen perdidosos los romanos en la comparacion de los resultados aparentes, y que ninguna otra nacion presente jamás un aspecto mas seductor de prosperidad y de poder. Pero ¿qué fue en resúmen la civilizacion romana en su mas floreciente época? La mayor opresion de la multitud y la corrupcion general mas espantosa. La gravedad romana consagraba en honor de sus dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores. Los filósofos que al fin habian reconocido, que habia un Dios diferente de los que adoraba el vulgo, no se atrevian á confesarlo: y aquellos por conceptuados por mas sabios, guardando el secreto, la iniciacion, solo se distinguian del vulgo en el mas frecuente hábito de los placeres. Veiaselos ó condenados ó lisonjeando la opulencia, dedicarse á sus

propias satisfacciones, y en las mas opuestas especulaciones, hasta en la indigencia cínica y el estoico fatalismo, reducir siempre á sistema la reputacion y el deleyte. Avasallados los pueblos habian caido en el último grado de embrutecimiento: los mismos judios no estaban exentos de este impulso comun. Se habia declarado entre ellos la ambicion: habianse hecho árbitros de la doctrina y de la religion, que convertian insensiblemente en supersticiosas prácticas, útiles á su interés y á la dominacion que querian establecer sobre sus conciencias. Poseidos de un vano orgullo se atribuian á sí mismos el don de Dios. Como casta elegida y siempre bendita por espacio de dos mil años, se creia santa por naturaleza y no por gracia.

¡Qué de obstáculos para la fundacion del cristianismo! Era necesario confundir la prudencia del siglo, burlar la ciencia de los filósofos, convencer de su error á los mas hábiles, de su locura á los cuerdos, de su ignorancia á los sabios y á los pueblos de su supersticion: oponer á las brillantes fiestas del paganismo, á las imágenes agradables de una encantadora mitología y á todas las seducciones de las artes una moral severa, ceremonias graves y los símbolos de un desprendimiento absoluto. No podia triunfar la fé sin combatir: las pasiones humanas estaban demasiado apegadas á la vida sensual para que aceptasen doctrina tan espiritual, pero tan severa, sin disputar la victoria: resistieronse fuertemente reuniendo todos sus esfuerzos. A la voz de Pedro se convirtieron ocho mil judios y lloraron su error: lavaronse con la sangre que habian vertido, y ya todas las pasiones y todos los intereses se arrojaron furiosos sobre el cristianismo que se presentaba á conquistar los corazones. Pedro es amarrado con cadenas y Estevan muere apedreado; y hé aquí el mas bello espectáculo de unidad en la doc-

trina y de tolerancia hácia los hombres, que jamás se dió al mundo. Ni las amenazas, ni los tormentos retraen á los apóstoles de anunciar el Evangelio á las naciones con toda su austeridad; pero no oponen mas que una caridad invencible y una dulzura inalterable á los malos tratamientos que sufren. Aumenta la persecucion, y crece la fé. Conviertese S. Pablo, se funda la iglesia de Jerusalen, y entretanto los hijos de la fé aprenden cada dia mas á no desear otra cosa que el cielo. Admiremos aquí la tolerancia de la iglesia: esta buena madre, primero establecida entre los judios, extiende sus brazos hácia los gentiles, lejos de rechazarlos, para formar de unos y otros un mismo árbol, un mismo cuerpo, un solo pueblo, al que hace participante de sus gracias y de sus promesas. Pero ¿quién podrá desconocer su adhesion inviolable á la unidad? Precisados los apóstoles á obedecer la órden de su divino maestro, que les habia dicho: «Enseñad á todas las naciones,» tratan de esparcirse por todo el universo para iluminarle con la antorcha de la fé. Antes de salir del recinto de Jerusalen recopilarán en un cuerpo de doctrina los preceptos divinos que han recibido. Celebran un concilio, en que Pedro habla el primero, como lo hace en todas partes. Tomanse algunas determinaciones para eximir de las ceremonias legales á los gentiles convertidos, y se reune en forma de símbolo la doctrina que han aprendido en la escuela de Jesucristo. Hé aquí estas veinticinco líneas, destinadas á la instruccion de los pueblos y de los reyes, que sin alteracion atravesarán todas las edades: ante ellas se arrodillarán los mismos exterminadores, vencidos al cabo de tres siglos de tormentos y matanza; amansada la ferocidad de los bárbaros respetará la moral que de ellas dimana. Despues de una lucha constante y prolongada se verá la filosofía obligada á entregar-

le sus armas. Pero ¡qué tempestad debia levantarse contra la naciente iglesia! ¡Cuán poderoso es el interés especialmente si puede cubrirse con el manto de religion! No fue necesario mas para que el senado se decidiese á pronunciar contra el cristianismo los decretos mas amenazadores á fin de proscribirle, para que los emperadores desenvainaran la espada con que habian de herirle, y para que el vulgo insensato se enfureciera con el recuerdo de la grande Diana de Efeso, é intentase destruirle. Amenazado simultaneamente el antiguo mundo pagano en sus vicios y en sus errores se subleva, y se traba la pelea.

— Jamás han visto los hombres un combate mas asombroso: por un lado, la fuerza material y la mas grande que ha dominado la tierra en tiempo alguno; por otro nada mas que el poder de la palabra: de una parte el furor; por otra la paciencia: los verdugos que descargan golpes sin cesar y los cristianos que mueren sin quejarse. Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, Maximino, Decio, Valeriano, Diocleciano y Galerio levantan cadalsos y encienden hogueras en todas partes: y los cristianos parece que sobreviven á los suplicios y renacen de sus propias cenizas. En virtud de las órdenes de estos suspicaces tiranos ó son desterrados de muchas provincias, ó mas amenudo sacrificados enmedio de los tormentos inventados con ingeniosa barbarie. Por espacio de tres siglos se ostentan contra ellos un furor y un fanatismo sin ejemplo: por un edicto se suprime hasta su nombre, y se buscan los libros sagrados para abolir su memoria. Rebosan las cárceles de víctimas, y los caminos estan sembrados de cadáveres: en cada provincia se usa un género de suplicio: en Mesopotamia el fuego lento: en el Ponto la rueda, en Arabia el hacha, y el plomo derretido en Capadocia

Látigos, garfios, agudos pedernales, planchas y asadores ardiendo, infusion de vinagre y sal en las llagas, humaredas sofocantes y hoyos para enterrar hasta la cintura, víctimas expuestas á los rayos abrasadores del sol y á la picadura de insectos venenosos: se agotan todas las invenciones de la inhumanidad mas refinada. Empleanse otros mil artificios, mas bien sugeridos por el infierno que discurridos por los hombres, para atormentar en su pudor á personas en quienes el terror no hace mella; pero triunfa la *unidad católica*: ni un solo cristiano prefiere la apostasía á la muerte.

Antes se cansaban los verdugos que las víctimas: los toca una virtud celestial emanada de la cruz, las hachas se les caen de las manos, y se postran ante aquel signo adorable, que les promete en recompensa de su arrepentimiento la inmortalidad, y les prodiga esperanzas. Mucho tiempo hacia que la Providencia dejaba engrandecerse el poder colosal, cuya ruina debia realzar el brillante triunfo del cristianismo: el imperio romano habia llegado por una progresion siempre creciente de triunfos y conquistas á extender su dominacion, cual nunca lo consiguiera ningun otro pueblo. Las artes, las ciencias y las letras habian concentrado allí todas las luces. En este momento, único en los fastos de la historia, en que todo el género humano reunido casi bajo un mismo pendon despide su mayor brillo, despliega el hombre Dios crucificado su bandera. Opone Roma una larga resistencia; pero el cristianismo triunfa. Desde entonces se cumplen los designios de Dios: quiebrase el coloso: la gloria profana de la antigua capital del mundo pagano está próxima á desvanecerse. Pronto veremos á los padres conscriptos, aquellas brillantes lumbreras del mundo, enajenarse de júbilo al condenar á Júpiter reconocido antes por dios del imperio, saltar

de contento al vestir el manto de piedad, mas brillante á sus ojos que la toga romana, y humillar ante Jesus las fasces y el hacha de Ausonia.

«En aquellos tiempos, dice el inmortal Bossuet (1), la iglesia, aunque naciente, llenaba toda la tierra; y no solo el Oriente, donde habia comenzado, es decir, la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia menor y la Grecia, sino tambien en el Occidente, ademas de la Italia las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, el Africa, la Germania, la Gran Bretaña, en los parajes impenetrables á los ejércitos romanos; y aun fuera del imperio la Persia, las Indias, los pueblos mas bárbaros, los sármatas, los dacios, los escitas, los moros, los gétulos y hasta las islas mas desconocidas.» En Trevilla de Tarso; capital de la Cilicia, irritado el pueblo contra su cruel gobernador, exclamó: «¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Cuán grande es el Dios de los mártires!» La iglesia se extendia por todas partes; principalmente por las Galias. S. Pablo aplica á los apóstoles este pasaje del Salmista: se dejó oir su voz en toda la tierra, y su palabra llegó hasta las extremidades del mundo. Bajo la direccion de sus discípulos no quedó apenas pais tan distante donde no penetrase el Evangelio. Cien años despues de Jesucristo S. Justino contaba ya entre los fieles á muchas naciones antes salvajes y hasta pueblos nómadas. Notemos tambien la admirable *unidad* de la iglesia: lo que se creia en las Galias, en la España, en la Germania, se creia tambien en Egipto y en el Oriente; y como no habia mas que un sol para todo el universo, se veia en toda la iglesia la misma luz de verdad desde una extremidad del mundo á la otra.

(1) Discurso sobre la Historia universal.

¿Quién dejará de admirar aquí la intervencion de un poder todo divino? Vanos han sido los esfuerzos para abortar inumerables sistemas con que negarla. Atribuyase á lo que quiere llamarse ignorancia de los pueblos engañados por la perversidad de algunos impostores, á la consecuencia necesaria de un progreso social imaginario, á accidentes de lugar y de clima, á cálculos políticos ó afinidades de castas; ó bien en lugar de sostener exclusivamente tal ó cual teoria, reunanse todas, y atribuyase este progreso maravilloso á una serie de circunstancias favorables, al estado de cansancio en que se hallaban los pueblos de su culto, á la diseminacion de los judios y á la proteccion de Roma, á la universalidad de la lengua griega, y aun si se quiere al entusiasmo bebido en el manantial mas puro de los misioneros salidos del pueblo. La recta razon ha condenado todos estos sistemas, y todos han tenido precision de rendir homenaje á la intervencion directa y constante de Dios en la memorable obra de la regeneracion social, que hoy convierte todas las objeciones de los filósofos en otras tantas pruebas de conviccion; porque en el instante que estas dificultades que entonces tenian mas fuerza que al presente, se han eclipsado á vista de los hechos, como los astros de la noche delante de una brillante aurora; quedan desde luego destruidas. Cuantos mas obstáculos y mas insuperables ha debido encontrar el cristianismo; mas debemos reconocer la accion de la divinidad en el cambio universal que se efectuó. ¿Y qué prueba mas evidente se podria aducir que el modo con que se verificó?

Entre los princidales reglamentos que se propusieron á Augusto, uno de los primordiales fue evitar novedades en la religion; porque nunca dejaban de causar peligrosas conmociones en los estados. «La máxima era verdadera, dice Bossuet, porque no hay cosa que mas

agite los ánimos, y los impulse á extraordinarios excesos. Y sin embargo la fé en los misterios mas incomprensibles y la moral que doblega con tanta violencia la corrompida naturaleza en sentido contrario á sus imperiosas inclinaciones, se propagaron por toda la tierra sin excitar turbulencias. Esta es una de las maravillas que demuestra que Dios puso sus manos en esta obra. Que contemplen el catolicismo desde su cuna los que le acusan de intolerancia. Jamás se les presentará sin los símbolos de la union y de la caridad, como un vínculo que todo lo une y enlaza, para establecer y propagar en el mundo ese amor de fraternidad, que hace del universo un espacioso templo, cuya bóveda es la azulada de los cielos, y de todo el género humano una gran familia, cuyo único padre es Dios.

¿Quién no se sorprenderá al ver que por espacio de trescientos años en que la iglesia tuvo que sufrir todas las crueldades que la rabia de los perseguidores pudo inventar, entre tantas sediciones y guerras civiles, entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, no se haya jamás hallado ningun cristiano? Tertuliano (1) desafiaba á los mayores enemigos del cristianismo á que nombrasen uno solo. Es verdad que en el reinado de Neron fueron acusados estos hijos de la fé de haber intentado incendiar á Roma; pero la verdad se traslució por entre las tinieblas de la mas odiosa calumnia, y por haber sido quemados como teas incendiarias los supuestos autores de aquel atentado no han sido reputados culpables de él. Unos hombres tan determinados á morir y cuyo heroismo por la fé arrostraba todos los peligros, llenaban el imperio y los ejércitos; y enmedio de sus largos y penosos sufrimientos jamás

(1) Apolog. 35 y 36.

promovieron la menor sedicion, y se abstenian, asegura Bossuet, hasta de murmurar. El dedo de Dios estaba en esta obra, y ninguna otra mano que la suya hubiera podido contener á unos hombres exasperados con tantas injusticias. La doctrina cristiana inspiraba tal veneracion á la potestad pública, y la impresion que hizo en todos los ánimos esta expresion del Hijo de Dios: Dad al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios fue tan profunda, que jamás dejaron los cristianos de respetar la ímagen de Dios en los príncipes perseguidores de la verdad. Segun Tertuliano, se juntaban en las ocasiones en que sucedia á la tempestad la calma, para orar en favor de sus emperadores y sus verdugos. Este carácter de sumision resplandece tanto en todas sus apologias, que aun hoy deben inspirar á los que las conocen, la obligacion de mantener el órden público.

Se habia propuesto á la humana inteligencia un gran problema político para que le resolviese, y la inteligencia humana no habia podido hallar su solucion. Consistia en ofrecer á los pueblos una seguridad contra la tiranía, al mismo tiempo que se le prohibe la resistencia activa á la opresion. Solo el cristianismo le ha resuelto, mostrando á las naciones en su príncipe un soberano y un padre encargado de proporcionar á todos la paz y la tranquilidad contra los atentados de la violencia y de la injusticia, y en la corona que se halla rodeada del fausto, una honrosa servidumbre para con los pueblos, supuesto que el príncipe les es deudor de una solicitud no interrumpida y hasta de su vida para protegerlos y defenderlos. El les impone como ley la sumision, y les prohibe la resistencia apoyada con las armas. Estas son las severas máximas del Evangelio sobre la majestad inviolable de los soberanos. Esta doctrina sobre la fidelidad

debida á los poderes constituidos es una verdad: nosotros así lo creemos; y por eso nos compadecemos de la desgracia de nuestros hermanos que se apartan de ella, aunque por otra parte comprendemos que hay situaciones difíciles y delicadas que atenuan las faltas y disminuyen la culpabilidad.

La caridad es la palabra mas hermosa, asi como la fórmula mas general de la moral cristiana. Solo un Dios era capaz de establecer su reinado, y de explicarnos todos sus deberes. Asociando á la beneficencia todos los sentimientos de una igualdad verdadera y legítima, es como el cristianismo ha llegado á regenerar el mundo; y será siempre la fianza mas segura y la única indestructible del órden y la libertad. Tal es el brillante espectáculo que sin cesar ha dado al universo ádmirado. Interin los idólatras y judios eran víctimas de los odios y divisiones intestinas, todos los hijos de la fé no tenian mas que el mismo espíritu y el mismo corazon. Distinguianse los cristianos por su caridad desprendida de intereses terrenos; y los enemigos del Evangelio, sorprendidos de este generoso desinteres, les tributaban con admiracion este testimonio á manera de elogio: ¡mirad cómo se aman! El mismo Juliano apóstata estaba tan admirado de la fraternidad evangélica, que no cesaba de excitar á los paganos á que se uniesen de este modo en todo el ámbito de la tierra: hubiera querido que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los hijos de la cruz. ¿No responden completamente estos hechos sin réplica á las acusaciones de intolerancia que se han entablado contra el espíritu del cristianismo? Hoy lo mismo que siempre es uno y sin embargo tolerante.

Despues de tres siglos de persecuciones Constantino terminó esta lucha sangrienta con un edicto memo-

rable, y dió la paz á la iglesia, colmándola de honores. Se le habia aparecido en el cielo el signo de la salvacion con una inscripcion que le prometia la victoria, y al siguiente dia ganó aquella célebre batalla que libertó á Roma de un tirano y de un perseguidor al cristianism . Este triunfo fue para aquel príncipe lo que el de Farsalia habia sido para el primero de los Césares: un título para la universal dominacion. No atribuyó esta victoria ni á su táctica militar, ni al valor de los soldados, si no exclusivamente á la proteccion del Dios de los cristianos, cuya adorable enseña se la habia presagiado. Este testimonio está inscrito por su misma mano en los fastos de la historia. No podemos creer que la ambicion, por mas que se haya dicho, tuviese ninguna parte en su conversion. Adoptó el cristianismo por el conocimiento de la bondad y de la verdad, y se dice que estuvo muy lejos de comprender todas las ventajas que podia recojer de su conversion para él y para su dinastia.

Mas apenas rodeó la cruz con una aureola de gloria; cuando se convirtieron las disidencias religiosas en contiendas públicas. Apenas rota la espada de la persecucion servia de trofeo del cristianismo en el mundo material, cuando principió la lucha en el pensamiento. Acabados los tormentos del paganismo comenzaron los combates de las herejías. Cada dogma fue ocasion de una particular: todos los misterios que la religion cristiana enseña, así á los mayores ingenios como á la infancia, fueron sucesivamente impugnados. Pero el cristianismo invencible contra los tiros exteriores no obtuvo menos señalado triunfo de las disensiones intestinas, y esto es lo que forma el segundo carácter de los seis primeros siglos: los atrevidos atentados del espíritu de error contra las verdades de la fé y una inteligencia sublime de doctrina en los sumos pontífices, los

santos padres y los concilios para defenderlas. Entonces como siempre se mostró el cristianismo *invariable y con todo favorable al progreso.*

¿Quién podria ennumerar todas las tentativas de los novadores para trastornar el fundamento de las verdades divinas, y modificar los artículos de inmutable símbolo? ¿Quién podria pintar con sus propios colores la eficacia de la palabra, y la grandiosa exposicion en que la elocuencia de los padres supo revestir la verdad de su colorido mas verdadero para responder á las sutilezas de los herejes? ¿Fue una enseñanza autorizada, que dando al catolicismo un carácter propio de su dignidad y grandeza, hacia progresar la inteligencia humana, y le señalaba los límites sagrados que no podia traspasar só pena de caminar hácia atrás. La razon guiada por la fé adelantó asombrosamente en las grandes explicaciones dogmáticas y enmedio de las luchas intelectuales en que tanto se ejercitó. Ya habia producido la filosofía pagana el montanismo y el gnosticismo; pero S. Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las iglesias apostólicas, sobre todo la de Roma, la principal de todas. Aparecieron Tertuliano y Origenes; mas ni las herejías, ni la caida de aquellos ilustres doctores habian hecho vacilar la fé católica. Pablo de Samosata, hombre vano é inquieto, enseñó su opinion judaica acerca de la persona de Jesucristo; pero fue convencido y condenado en el concilio de Antioquia. Los novacianos y donatistas procuraron trastornarlo todo en la creencia de los fieles de Africa; pero un concilio congregado primeramente en Roma y despues en Arlés, donde se presentaron para defenderse, los condenó. Todas las verdades fundamentales fueron combatidas; pero fecundó el catolicismo en grandes hombres, triunfó de todos los errores.

Presentase Arrio. Enemigo de la divinidad del Hijo

de Dios la combate: sus sectarios superiores á todos los demas en talento y en virtudes aparentes se esfuerzan para pervertir los concilios, y alterar los símbolos. Constancio, nuevo perseguidor del nombre cristiano, se manifestó tanto mas temible, cuanto que con el nombre de Jesucristo hacia la guerra á Jesucristo mismo; pero venció la fé cristiana del artificio como de la violencia, de los lazos y de la irrision como habia triunfado de la espada y de los suplicios.

El concilio de Nicea habia pronunciado ya anatem contra Arrio y su nueva doctrina. Macedonio niega la divinídad del Espíritu Santo: el concilio de Constantinopla le condena. Celestio y Pelagio negaron el pecado original y la gracia, en cuya virtud somos cristianos; y S. Agustin confundió á estos perniciosos herejes, y con sus escritos ilustró á toda la iglesia, á quien ninguna herejía logró corromper. Nestorio dividiendo la persona de Jesucristo negaba á María el título de madre de Dios; pero el concilio de Efeso depuso á Nestorio; y la doctrina de S. Cirilo, que era la de la iglesia, fue celebrada en todo el mundo. A los veinte años Eutiques confundió las dos naturalezas en Jesucristo; y el concilio de Calcedonia condenó á Eutiques y á su protector Dióscoro. El segundo de Constantinopla, que fue el quinto general, condenó algunos escritos favorables á Nestorio, la memoria y los escritos de Teodoro de Mopsuesta que fue el centro del racionalismo en Oriente, y los libros de Origenes, que habian introducido allí el desórden hacia mas de un siglo.

Asi se vió á la herejía, unas veces cediendo, otras audaz, tomar todas las formas y cubrirse con todas las máscaras. Pero el cristianismo, invariable en sus doctrinas, vió espirar á sus pies todas estas sectas rebeldes, una tras de otra, y las guerras que le habian suscita-

do, solo sirvieron para prepararle nuevos triunfos.

Si alguno se le tratase de sacar un argumento de la conducta de la iglesia para con los herejes contra su espíritu de tolerancia, nos causaria admiracion. La verdad no puede sin duda transigir con el error que la combate. La iglesia ha observado siempre en sus concilios los procedimientos mas honrosos, citando á los novadores para que personalmente se presentasen en ellos, autorizándolos para que sus protectores los acompañaran, y dejándoles toda la libertad de una legítima defensa.

Tal vez se nos motejaria si pasasemos aquí en silencio una acusacion, que aun en nuestros dias se reproduce contra el catolicismo: que alteró la fé cristiana en el periodo de los seis primeros siglos. Hablase de las discusiones entre el Papa S. Estevan y S. Cipriano, obispo de Cartago. Pero ¿quién ignora que jamás se rompió la comunion entre estos pontífices, entrambos reputados dignos de la misma corona? La doctrina que S. Cipriano sostenia, de ninguna manera estaba condenada por la iglesia; y aunque errónea no perjudicó á la tradicion, que se sostuvo por su propia fuerza contra los especiosos razonamientos que se le oponian. Subiendo á aquella época, en que juntos el poder y el artificio llenaron la iglesia de confusion y desórden, no se deja de citar la constancia del Papa Liberio, que cedió al tedio del destierro, los tormentos que hicieron sucumbir al anciano Osio, y el concilio de Rímini, que firme á los principios, se doblegó por fin á la sorpresa y violencia. Pero ¿quién podrá disputarnos que en él nada se hizo en forma? Mientras que los arrianos cambiaban de símbolo cada dia, la fé de Nicea permaneció siempre la misma; esta fé cuyo íntrépido defensor se declaró S. Atanasio, no obstante sus largos padecimientos. Si se objetase que los griegos tomaron motivo para su separacion de la iglesia roma-

na, porque la iglesia añadió mas adelante al simbolo de Constantinopla estas palabras *y del hijo*; responderemos que era injusto este pretexto. En aquel concilio no se habia tratado mas que de probar la divinidad del Espíritu Santo contra la opinion de los que la negaban, y no de definir de quién procede. Su procesion del Padre y del Hijo no era ni menos verdadera, ni menos universalmente recibida en toda la iglesia, porque no se expresase en el concilio de Constantinopla. De modo que la iglesia latina, al añadir las palabras *y del hijo*, no inventó un nuevo dogma, sino que propuso únicamente lo que se contenia en la tradicion: la creencia en la divinidad del Espíritu Santo nunca ha variado. Hasta ha habido la osadia de asegurar que en los cuatro primeros siglos de la iglesia la doctrina era incierta y variable: que la verdad de Dios no se ha conocido mas que por partículas: que el misterio de la Trinidad continuó informe hasta el primer concilio de Nicea y aun hasta el de Constantinopla: que los primeros cristianos no creian que Dios fuese inmutable, y que fuesen iguales las divinas personas; y que hasta ignoraron el misterio de la Encarnacion. Categóricamente responderiamos á estas diversas acusaciones, si no prefiriesemos remitir nuestros lectores á la obra del ilustre obispo de Meaux (1). Nos bastará afirmar que siendo divina la doctrina cristiana no ha estado sujeta á las modificaciones de las cosas humanas que desde luego tuvo la perfeccion: que pertenecia á una obra salida de las manos del Eterno. Adoptando el lenguaje del célebre Vicente Lerinense (2) diremos: «que bien se pueden añadir á la fé la inteligencia, la ciencia y la sabiduria; pero siempre en su

(1) Primera advertencia sobre las cartas del señor Jurieu.
(2) *Commonitorium*.

propio género, es decir en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo sentimiento: que los dogmas pueden con el tiempo recibir luces, evidencia y distincion; pero que siempre conservan su plenitud, integridad y propiedad: que la iglesia nada cambia, nada disminuye, nada pierde de cuanto le era propio, y nada recibe de lo que era ajeno.» Tal ha sido la única ventaja que la iglesia ha sacado de las nuevas decisiones á que dieron lugar las herejías que se han formado sucesivamente. «Las decisiones de sus concilios no han hecho mas que dar á la posteridad escrito lo que habian creido los antiguos por la simple tradicion, abrazar en pocas palabras el principio y la sustancia de la fé, y muchas veces para facilitar la inteligencia, expresar con alguna voz nueva, pero propia y precisa, la doctrina que nunca habia sido nueva. Los concilios confirman lo que siempre se ha enseñado.»

Conforme á estos principios. ¿cómo se podrá suponer que hasta el primer concilio de Constantinopla que se celebró en el año 381, no adoraban distintamente los primeros cristianos á un solo Dios en tres personas iguales y coeternas, y que no creian en el misterio de la Encarnacion? Mas todas estas nociones estaban contenidas claramente en la doctrina que habian recibido de Jesucristo los apóstoles, que la compendiaron en el símbolo compuesto por ellos en el concilio de Jerusalen el año 50 de la era cristiana. Los santos padres no habian cesado de proclamar esta doctrina, y los primeros cristianos la habian sostenido con peligro de su vida.

Hé aquí lo que ha podido dar márgen al error de los que reproducen estas infundadas objeciones. Mientras que la divina semilla se desparramaba en las mas remotas regiones para preparar nuevos caminos al Evangelio; las dos reglas de la fé; ó mejor di-

cho, las dos partes de la única regla recibian su último complemento de evidencia; la tradicion en el *Commonitorium* de Vicente Lerinense en el siglo V, y la escritura santa por el decreto atribuido al Papa Gelasio al fin del mismo siglo ó á Hormisdas al principio del siguiente. Este decreto sancionó solemnemente, y consagró el cánon de las santas escrituras en todas sus partes. Pero ni uno ni otro inventaron ningun dogma, ni alteraron en nada la fé ya recibida.

Oigamos al célebre Vicente Lerinense (1): «La iglesia de Jesucristo, depositaria cuidadosa de los dogmas que se le entregaron en guarda, nunca los altera en nada: no disminuye, no suprime las cosas necesarias, no añade las superfluas. Todo su trabajo consiste en pulir las cosas que se le dieron antiguamente, confirmar las que han sido suficientemente explicadas, guardar las confirmadas y definidas, y atestiguar á la posteridad por medio de la Escritura lo que habia recibido de sus antepasados por la tradicion sola.» Y hácia el año 202 despues de Jesucristo escribia S. Ireneo: «En la imposibilidad en que nos hallamos de exponer á la vista de los herejes la tradicion de todas las iglesias, nos limitamos á señalar la tradicion de la mayor y mas antigua, conocida de todo el mundo y establecida en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo: con esta fé conservada en aquella iglesia por la sucesion de sus obispos confundimos á todas las sectas, desgraciado producto de las pasiones humanas; porque con aquella iglesia *deben concordar* todas las demas y confrontar su fé con la suya: allí se ha conservado en su pureza la tradicion de los apóstoles.» Despues de tan irrecusables testimonios y sin prueba en

(1) *Commonit.*

contrario: ¿se podrá acusar al catolicismo de haber variado en su fé durante los seis primeros siglos? A nuestra vista no cesa de aparecer *invariable y con todo favorable al progreso.*

La lucha intelectual y material que tuvo que sostener la iglesia durante aquellos seis siglos, fue sin contradiccion la época de los mayores ingenios que Dios ha concedido á la misma para ilustrarla y defenderla. En su polémica explicaban los dogmas y la moral con una majestuosa exposicion. ¿Con qué fuerza de doctrina no clamó S. Dionisio, obispo de Alejandría contra Sabelio, que confundia las tres divinas personas? ¿Con qué zelo y sabiduría no defendieron S. Atanasio y S. Hilario, obispo de Poitiers, la fé de Nicea? Juliano el apóstata pudo excluir de los honores y de las aulas á los cristianos; pero no por eso dejaron S. Basilio y S. Gregorio Nanzianzeno de ser unos atletas vigorosos para desconcertar á Valente, perseguidor de la iglesia en Oriente, y quitarle toda esperanza de vencerlos jamás. ¡Cuán admirable no fue la caridad de S. Ambrosio, que contra la emperatriz Justina, madre de Máximo, no empleó mas que la sana doctrina, las oraciones y la paciencia! Pues con tales armas supo conservar sus iglesias y ganarse al emperador: la superioridad de su talento y virtudes que le constituian una de las mas esplendentes lumbreras de la iglesia, conquistó á Teodosio. ¿Qué elocuencia mas asombrosa á la par que persuasiva que la de S. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y antorcha del Oriente? ¿Qué sabiduría igualó á la de S. Agustin y S. Próspero contra los pelagianos y semi-pelagianos? ¿Qué mayor inteligencia que la del Papa S. Leon el Grande, cuya ilustracion no menos que su autoridad fueron acatadas por todo el universo? Entretanto la legislacion de la iglesia tomaba en todas sus grandes instituciones de disciplina formas fijas

y mas generales con los cánones de los muchos concilios que habian señalado su libertad en el cuarto siglo. La creciente accion de los pontífices sucesores de Pedro se iba aumentando desde entonces por la fuerza de las circunstancias hasta llegar á aquel imperio moral que salvó á la Europa de la edad media, y preparó los tiempos modernos. El imperio sucumbió en Occidente á manos de los bárbaros que le inundaron.

Fijemos aquí un instante nuestra consideracion sobre la iglesia, que abriga en su seno á estos hijos del Norte, llamados por la Providencia para recoger la herencia del imperio romano y regenerar el mundo. Dígnase de descender de su trono hasta ellos: se baja para elevarlos: no teme identificarse en cierto modo con ellos á fin de ganarlos todos para el Evangelio: entretanto se hunde el edificio de la antigua sociedad. Al oir el crugido prolongado por los ecos, cualquiera diria que todo se iba á confundir en un abismo espantoso. Tranquilicemonos; allí está la iglesia mezclada con el polvo amontonado por tantos escombros Bajo de su bandera se alistarán los godos, los suevos, los vándalos, los borgoñones y los francos: y la iglesia con sus pontífices, recogiendo las esparcidas reliquias de la antigua civilizacion las reanimará, y las conservará como depósitos preciosos en innumerables monasterios que serán otro tantos asilos de la virtud y de la ciencia. Allí se establecerá el foco de una nueva civilizacion, de esa civilizacion sobre todo cristiana de que somos hijos. Ya San Benito componia aquella preciosa regla, que todos los monges del Occidente recibieron con el mismo respeto que los del Oriente tienen á la de S. Basilio; y ponia el sello á todos los ensayos anteriormente hechos por San Atanasio, Casiano de Marsella, S. Agustin y S. Cesareo. La fé católica, tomando sucesivamente posesion del mun-

do tanto romano como bárbaro, por todas partes llevaba la civilizacion, y estimulaba al progreso.

La verdad religiosa tiene una vida que las verdades filosóficas y políticas no. Las generaciones se habian sucedido muchas veces desde la era cristiana, y el mundo moral estaba mas corrompido que nunca con motivo de la invasion de los bárbaros; pero el cristianismo no cesaba de mejorar las costumbres del nuevo pueblo, é inspirarle mas nobles sentimientos, opiniones mas ilustradas y leyes mas humanas y mas sabias.

Clodoveo, despues de haber derrotado á los romanos en Soissons, venció tambien á los alemanes en Tolbiak por el voto que hizo de abrazar la religion cristiana: recibe el bautismo de manos de S. Remigio, gana para sus sucesores el título de rey cristianísimo por su adhesion á la fé, y somete al Evangelio los borgoñones y visogodos á quienes sujeta con las armas. Eran ya tan apreciados los beneficios de la religion cristiana, que Justino, sucesor de Atanasio, se sometió con todo su pueblo á los decretos del Papa Hormisdas, y puso término á las disidencias de la iglesia de Oriente. Los límites del reino de Francia variaban todos los dias por sus nuevas conquistas, y no cesaba el cristianismo de recorrer tambien su carrera civilizadora, que cada dia aumentaba en mas extensas y fecundas proporciones. Bajo el pontificado supremo de S. Gregorio el Grande hizo cesar la peste que asolaba las provincias: instruyó á los emperadores y enseñó á los pueblos á que les fuesen obedientes: consoló al Africa sumergida en luto; y con la conversion de Recaredo, rey de los visogodos de España, que habian ya abandonado el arrianismo, aceleró la civilizacion de los bárbaros y se abrió el camino de Inglaterra. Alentado el monge Agustin con las eficaces exhortaciones de San Gregorio el Grande entra en el reino de Cant con cua-

renta compañeros, solamente armados de una cruz de madera; y la fé cristiana produce frutos abundantes: todo experimenta una feliz influencia. ¡Oh iglesia anglicana! ¿por qué no has perseverado siempre en la fé de tus padres? El pauperismo se ha apoderado de tí: ese cancer te devora: cualquiera diria que estás próxima á sucumbir bajo el peso de la miseria y de la indigencia (1); pero no perecerás: tú nos presentarás el prodigio de renovacion de la antigua sociedad, como cuando estaba para espirar en los horrores del paganismo. Como entonces en la misma pendiente del precipicio que amenazaba tragársela, fue sostenida por la sociedad cristiana, que habia comenzado á formarse en su seno; por una misteriosa inspiracion parecerá que renaces de tus cenizas con el favor del catolicismo, á quien tiendes tus brazos. Contempla á la valerosa Irlanda, al ilustre O'Connell, á la célebre universidad de Oxford: adelanta, resignate y espera.

(1) Hácia el fin de la legislatura de 1842 uniéndose O'Connell á los deseos del á señor Wallace que proponia la cámara que pensara en los medios de aliviar la miseria de las clases pobres, exclamaba en la tribuna: «El pais es víctima de la miseria, y los cuadros mas espantosos se suceden con rapidez.» Y apenas acabó de hablar, el señor Moore de Manchester enseñó una camisa que por espacio de cinco años consecutivos habia llevado puesta un desgraciado jornalero de Bolton, para manifestar hasta donde llega la miseria del pueblo. Univ. 13 jul. 1842.

CAPÍTULO V.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO SÉPTIMO HASTA EL DÉCIMO TERCERO.

Es uno y sin embargo tolerante; invariable, y con todo favorable al progreso.

Carácter de este periodo.— La vida de accion social predomina á la de la inteligencia, que no interviene mas que para servirla.—Fusion del elemento bárbaro y del elemento cristiano.—Accion social del catolicismo.— De su unidad.— De su tolerancia para con los bárbaros.—Mahoma.— Monotelismo.—Iconoclastas.— La fé cristiana se va propagando.—Proteccion de Carlo Magno en favor de la santa sede.— Respuesta á las consecuencias que se sacan de los hechos alegados contra la unidad de la doctrina católica.— Honorio.— Asamblea de los iconoclastas.— La unidad de doctrina concurre á producir y á afirmar la unidad nacional.— Expediciones de Carlo Magno.— Cuán favorable se muestra el catolicismo al progreso.— Durante medio siglo detiene la decadencia en lo exterior.—Los claustros sirven de asilos para las ciencias, las letras y las artes mecánicas y liberales.— Efectos de cada uno de los dos elementos que entran en la fusion para rehacer la sociedad.—Cuadro de los horrorosos excesos del elemento bárbaro.—Del Papa Gregorio VII.—Opinion de diversos autores sobre este pontífice.— Respuesta á las diversas acusaciones de que fue objeto.—En el sistema feudal la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política.—Cruzadas.—

Su carácter. — Sus resultados sociales. — El catolicismo permanece invariable enmedio de los siglos que se suceden. — Berengario, Abelardo, Pedro de Bruys, Gilberto de la Porea, Arnaldo de Brescia, albigenses, valdenses. — S. Bernardo asombra al mundo con su talento y virtudes. — S. Anselmo es el primero que aplica á la teología la precision dialéctica y el método escolástico. — Conclusion.

El hombre que habia recorrido la escala de la vida individual cristiana, y la iglesia que habia llegado con el establecimiento de todas las grandes instituciones á sus extensas y naturales proporciones, se hallaron igualmente dispuestos para la grande accion social. Despues de tantos combates la fé victoriosa y los ánimos llenos de energía se preparaban á esta accion. Era menester que de las costumbres individuales pasase la fé pura y vigorosa á las costumbres públicas, y que transformase la sociedad en su composicion y en su descomposicion lenta y gradual. Por esto el carácter particular de este periodo es la vida de accion social que resulta de la energía de la fé triunfante y del elemento bárbaro: este sin duda predominó; pero no paralizó sus generosos impulsos. Algunos historiadores nos parece que hacen poca justicia á estos tiempos, que pintan con un colorido recargado. Mezclados los bárbaros con los pueblos de la antigua civilizacion no abandonaron en mucho tiempo sus groseros hábitos, que en tantos siglos se habian identificado con su natural ferocidad; pero la fé cristiana no habia dejado disminuir su ardor. De este fondo mixto salieron dos géneros de accion muy opuestos, que arrastraban á los pueblos á los últimos límites del bien ó del mal. Cuando predominaba la fé á la energía cristiana, se elevaba

al heroismo la accion social. Si al contrario vencia el elemento bárbaro, una atroz energía se precipitaba en los horrores del crímen; y de la fusion completa de los pueblos pagano, cristiano y bárbaro debian salir las naciones modernas. Pero antes de llegar á este resultado, ¡cuántos obstáculos tenia que superar la fé! y sin embargo no cesó jamás de ser *una y tolerante*, *invariable y á pesar de esto favorable al progreso.*

En el sexto siglo fue cuando se verificó sensiblemente la fusion de los bárbaros con las naciones ya civilizadas; y los que habian triunfado del mundo romano, no podian menos de hacer prevalecer su natural grosero. Mezcláronse pues su ignorancia y la aspereza de sus costumbres con la sociedad que se formaba de esta fusion. Despues de una tempestad, que todo lo habia arruinado y removido el orbe hasta en lo mas profundo, flotó la espuma de la barbarie por mucho tiempo en la superficie de la sociedad, y penetró en todas partes, hasta en el santuario. Debemos confesarlo, el mismo clero fue arrastrado á veces hácia el abismo de la depravacion; pero nunca llegó al exceso de perversidad que algunos se han complacido en señalar. Y sin embargo porque el catolicismo es tolerante, no desechó de su seno á los bárbaros, cuyas inclinaciones disolutas condenaba, y procuró identificarlos con él, inspirándoles amor al órden, á la verdad y á la virtud. ¿Se corrompió el depósito de la divina moral pasando por manos manchadas? No: sígase toda la cadena de la tradicion: ni un solo eslabon de las reglas santas del Evangelio se rompió. Cualesquiera que fueran los vicios del hombre la doctrina del pontífice no cesó de ser pura. En el año 622 se erigió Mahoma en profeta entre los sarracenos, y expulsado de la Meca por los suyos no tardó en presentar sus victorias como muestras de su mision di-

vina. Pero la razon ilustrada por la fé denegó esta prueba, reconociendo que el espíritu de Dios no se revela por la cimitarra y el cebo de los placeres sensuales. El Coran no le ofrecia el menor carácter notable de inspiracion divina. El monotelismo que nació en el siglo VI, no se ostentó hasta el séptimo. Por una extravagancia casi inconcebible, al mismo tiempo que se reconocian dos naturalezas en Jesucristo, no se le atribuia mas que una sola voluntad; pero despues que Juan IV habia condenado ya la *ectesis* del emperador Heraclio en favor de los monotelitas, S. Martin Papa congregó el concilio de Letran donde anatematizó el *tipo* (1) de Constante, nieto de dicho emperador, y el error del monotelismo. La iglesia permanecia siempre tan adherida á la unidad de la fé, que el Papa llevado de destierro en destierro no cedió jamás enmedio de los mayores sufrimientos de lo que debia á su augusto ministerio. San Máximo, célebre en el Oriente todo por su doctrina y virtud, abandona la corte inficionada de la herejía, y reprende enérgicamente á los emperadores que se habian atrevido á decidir en las cuestiones de la fé.

Entretanto el catolicismo hacia nuevos progresos en Inglaterra, y producia los frutos mas saludables; pero el monotelismo no dejaba de extender sus estragos de la parte de acá. El Papa S. Agaton congrega un concilio en Constantinopla: son condenados todos los autores de la secta; y brilla la unidad de la fé con nuevo resplandor. Las naciones católicas estaban tan adheridas á la unidad de la santa sede, que Ceadual, rey de Inglaterra, fue á reconocer en persona la unidad de la iglesia romana en el Papa Sergio, de cuyas manos recibió el bautismo. Los mahometanos amenazaron á la iglesia de

(1) Edicto llamado asi.

España; pero no pudieron abatirla. En Alemania se estableció el catolicismo por el zelo de S. Bonifacio, que convirtió aquellos pueblos á la fé. Esta calma era precursora de la tempestad que en tales términos amagaba á la iglesia, que hubiera perecido mil veces á no estar en la mano de Dios. Sabidas son todas las violencias que ejercieron contra ella los iconoclastas: el emperador Leon se arma con la espada del poder: trata de seducir al patriarca de Constantinopla: forma una asamblea llamada concilio; y se amotina el pueblo. Pero el Papa Gregorio II se opone á la destruccion de las santas imágenes. Los católicos perseguidos por el culto que les daban, responden al emperador que preferian todo género de padecimientos á dejar de adorar á Jesucristo hasta en su sombra. Hácia el año 787 se celebró otro concilio en toda forma en Constantinopla, y se terminó en Nicea. Los iconoclastas fueron condenados en él, y continuaron venerándose las imágenes en la iglesia con un culto relativo. En tanto Carlo Magno que habia confirmado á la santa sede las donaciones hechas por el rey Pipino, resucitaba el reinado de la piedad y de la justicia en Francia y en Italia, en España y en Alemania. El mahometismo nacido en el siglo VI no cesaba de combatir al cristianismo: se extendió en Oriente, y amenazaba invadir el Occidente; pero le rechazó la pujanza de Carlo Magno, que coronado emperador de Occidente en el año 800 por el Papa Leon III conservó el título de rey de los franceses.

¿Habrá quién se obstine en no ver nada sobrenatural enmediodel caosá que estaba reducida la Europa antes de dar á luz la sociedad moderna? Busquese otra en el mundo dondela decadencia de las costumbres no haya acarreado la de las leyes; donde unos magistrados corrompidos hayan sido siempre guardianes incorruptibles; una

sociedad fundada sobre ideas de moral que los tiempos no hayan alterado jamás. Enmedio de las sectas que se propagaban sin obstáculos, y se ramificaban á lo infinito, se hubiera agotado el principio cristiano en estas frecuentes derivaciones á no haber sido la obra divina. No cesó de ser la piedra angular en la cual fueron á estrellarse todas las herejías que tropezaron en él. A manera de un navío de alto bordo ha echado á pique los débiles esquifes que embarazaban su paso; y no ha cesado de mostrarse tan *uno* en su doctrina como *tolerante* para con los pueblos á quienes ha ilustrado. Se ha supuesto que esta unidad se habia roto en tiempo del Papa Honorio I, que al parecer adoptó las opiniones erróneas de los monotelitas; pero ¿puede nadie aparentar ignorancia de todos los artificios que se emplearon para sorprenderle? Palabras ambiguas, protestas reiteradas de amor á la paz, todo se puso en práctica. Ademas el Papa Honorio no aprobó de ninguna manera la doctrina de aquellos: por condescendencia usó con ellos una peligrosa contemplacion, y nada mas, consintiendo que no hablasen ya de una, ni de dos voluntades en Jesucristo. Tambien podemos responder victoriosamente á esta dificultad que Honorio no habia obrado como Papa, como sucesor de Pedro, sino como simple doctor, supuesto que no promulgó decreto solemne. Los sumos pontífices no proceden nunca asi cuando tratan los puntos de fé como cabezas de la iglesia.

Para no dejar á los siglos venideros ningun pretexto de clamar por esta causa contra la perseverante unidad de la iglesia, el concilio de Constantinopla, sexto general, que presidió el Papa Agaton, al condenar á los monotelitas no perdonó ni aun á Honorio que les habia guardado contemplaciones. En vano se argüiria del falso concilio convocado en Constantinopla hácia el año 754

por el emperador de Oriente para acreditar el error sostenido con tanto calor por los sarracenos contra las santas imágenes. Tenemos fundamento para no reconocer como legítimas las actas de aquella asamblea, que ni habia sido convocada regularmente, ni se habia celebrado en forma. El Papa no habia concurrido de ninguna manera á su formacion, ni asistieron segun costumbre los legados de la santa sede, ni los obispos ó los legados de las otras sillas patriarcales. Asi es que á instancia de Pablo, patriarca de Constantinopla, que declaraba á presencia de la emperatriz Irene haber combatido las imágenes contra su conciencia, y á la de Tarasio, su sucesor, se convocó un concilio universal en Constantinopla hácia el año 787 para condenar á los iconoclastas. Luego la fé católica no ha variado jamás, y aunque la disciplina haya podido recibir diversas variaciones segun los tiempos y lugares, la iglesia ha insistido, siempre cuanto le ha sido posible, en imitar á la antigüedad.

Carlo Magno entretanto habia vencido; pero no subyugado á los sajones. Habia reprimido á los sarracenos, y no habia cesado de atraer al cristianismo naciones infieles, y de proteger á los Papas. Estaba tan íntimamente convencido de que la unidad de doctrina conviene sobremanera para producir y afirmar la unidad nacional, que convertia siempre en capitulares los cánones de los concilios. Dividió Carlo Magno su vida gloriosa en diferentes guerras contra los árabes de España, los turingios, los avaros, los bretones, los bávaros, los esclavones mas allá del Elba, los sarracenos en Italia, los dinamarqueses y los griegos, juntamente con la obstinada resistencia de la Sajonia que atrajo diez y ocho veces sus armas. Se cuentan cincuenta y tres expediciones militares de este monarca: los motivos de las mas fueron terminar las dos grandes invasiones de los bárbaros del Norte

y del Mediodia. Bajo su glorioso reinado como siempre el catolicismo se mostró *invariable*, *y sin embargo favorable al progreso.*

Por espacio de medio siglo contuvo la decadencia: los tribunales eclesiásticos consolidaban y extendian su jurisdiccion; y se restablecian las ciencias y la disciplina de la iglesia. Esta que se habia establecido por la doctrina, cobró nueva fuerza con la creacion del principado temporal de Roma. El Papa trató de igual á igual con los soberanos de los pueblos. La iglesia tuvo la principal parte en la creacion del nuevo sistema de monarquía que se estableció. Las ciencias y las letras que hasta entonces no habian sido en las Galias mas que lo que eran anteriormente en el mundo romano, segun la mayor ó menor tranquilidad de las diferentes provincias del imperio, encontraron en los monasterios los medios mas favorables que pueden discurrirse para las obras del ingenio.

Despues de la division del imperio de Carlo Magno aun faltaba mucho para extinguir completamente el elemento bárbaro. «Entonces se convirtieron los conventos, dice el ilustre autor del Genio del cristianismo (1), en una especie de fortalezas donde se guareció la civilizacion. Allí se conservó la cultura de la sublime inteligencia con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política ó la libertad halló un intérprete y un cómplice en la independencia del monge, que todo lo investigaba, todo lo decia, y no temia nada..... Sin la inviolabilidad y los ocios del claustro no se nos hubieran transmitido los libros y los idiomas de la

(1) El señor Vizconde de Chateaubriand, *Analisis razonada de la historia de Francia.*

antigüedad, y se hubiera roto la cadena que liga lo pasado con lo presente. La astronomía, la aritmética, la geometria, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, todas las artes tuvieron una serie no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Khlovig hasta el siglo en que las universidades religiosas tambien hicieron salir las ciencias de los monasterios.» Observaremos en honor de las letras que el mismo Carlo Magno recomendó al concilio de Francfort el sabio Alcuino, una de las lumbreras de su siglo y de la iglesia de las Galias; y que todo el sínodo consintió en admitirle como un hombre sabio en las doctrinas eclesiásticas. Sabido es que la música, la pintura, el arte de grabar y sobre todo la arquitectura deben mucho á los monasterios. La arquitectura llamada lombarda se refiere á la época religiosa de Carlo Magno. El cuerpo del clero estaba instruido de modo que protegia el movimiento progresivo. Asi el catolicismo fue el vínculo, el medio y el principio de civilizacion entre el mundo romano y el mundo bárbaro. El señor Guizot lo afirma, y puede creersele (1).

Sin embargo el bien y el mal ejecutaban cada uno sus obras con un vigor casi invencible. Todo se convertia casi en exceso, por decirlo asi: los principios sociales parecian trastornados. Aparecieron hombres de una perversidad igual á la de los tiempos mas calamitosos del gentilismo, y otros de una virtud tan perfecta, que hubieran realzado la gloria de las primeras épocas de la iglesia. Los pueblos estaban sumergidos en las tinieblas de la ignorancia mas

(1) *Historia de la civilizacion europea.*

grosera, mientras que se veian en su seno sabios dignos de los siglos mas ilustrados. Pero el catolicismo, por muy *favorable que fuese al progreso*, no dejaba de ser *invariable.*

El cisma de los griegos, que en el fondo no era mas que una cuestion de derecho y de autoridad, suscitó algunas cuestiones secundarias; pero se resolvieron completamente. Focio no quiere someterse; los griegos se separan de la madre que los habia alimentado hasta allí; pero no por eso dejó ella de ser lo que siempre habia sido, *una é invariable, tolerante y civilizadora.* Se habia llegado á una época de desórden y de pasiones á veces poderosas y armadas, todas violentas é intratables. No habia potencia que no estuviera en guerra consigo misma y con las demas. Parecia que todas las fuerzas sociales chocaban unas con otras y se destruian mútuamente. Los cismas desgarraban el seno de la iglesia. La misma potestad espiritual tenia que defender sus derechos de la potestad temporal: hasta dentro de la gerarquía habia una parte corrompida y depravada, que persiguiendo con su odio á la parte pura y santa le hacia guerra abierta. Desde lo interior del Asia amenazaban los sectarios de Mahoma á la Europa. La Italia pensaba en conquistar el Oriente, y los guerreros normandos habian ocupado el Mediodia hacia poco tiempo.

Enmedio de tantos intereses rivales y de tan diversas pretensiones, en aquella refriega espantosa en que parecian confundidos todos los elementos de la sociedad, se necesitaba un hombre de grande accion, de accion enérgica, constante y sostenida. Se necesitaba que un gran talento entrando en aquel Oceano agitado por la tempestad y separando el bien del mal y las tinieblas de la luz viniese á desenredar los mil lazos con que se man-

tenian en choque las dos potestades que luchaban en la arena. Este fue el grande Hildebrando, llamado Gregorio VII.

Sabemos que los Hallam, los Potter y los Greisley han juzgado de muy diferente modo que nosotros á este ilustre pontífice: tal vez algunos de nuestros escritores modernos no le han hecho toda la justicia que podia esperarse; pero somos deudores de elogios al talento del señor Villemain, ministro de la instruccion pública, que ha escrito su vida. Loor al docto profesor de historia eclesiástica en la Sorbona (1), que acaba de pagar un justo tributo público de homenaje á la memoria de aquel célebre Papa. Parecenos que muchos autores han tomado hasta aquí como motivo de accion lo que en realidad no fue para él mas que un medio legítimo y necesario de ejecutar los proyectos mas santos; y suponen que soñó planes de reforma tan tiránicos como singulares. Si se los oye, fue el primero que concibió el designio de sujetar el estado á la iglesia, y citar los reyes á su tribunal supremo para que dieran cuenta de sus actos.

Todos los hechos sentados en la historia nos parecen propios para contradecir los pensamientos de ambicion y de injusticia que se le atribuyen. Tratemos de formar una idea exacta del grado de poder á que habia llegado la iglesia. Adelantando en el curso de los siglos, mudando no de principios, sino de medios de edad en edad, y modificándolos para acomodarse á las modificaciones sucesivas de la sociedad, se habia acrecentado á pesar de las persecuciones de todo género, y se habia elevado en las mismas proporciones que la barbarie de

(1) El señor Jager. *Pontificado de Gregorio VII.*

los nuevos pueblos la abatia. Ya se ha visto que Clodoveo y despues Clotario en el año 516 dirigieron por respeto una de sus primeras actas á los obispos y abades. Gontran y Chilperico habian remitido el fallo de sus diferencias á los obispos y ancianos del pueblo. En el año 558 se sometieron á la mediacion de los sacerdotes. En el de 627 congregó Clotario II á los obispos de Borgoña para deliberar acerca de los negocios del estado y la salvacion de la patria. El Papa Zacarías habia sido consultado con ocasion del juramento prestado á Chilperico cuando se queria llamar al trono á Pipino (La monarquía era entonces electiva). El Papa habia fallado y se habia seguido su decision. Pipino y Carlo Magno habian dotado á la santa sede, y esta dotacion temporal habia dado nueva fuerza, á lo menos exterior, á la corte de Roma. El gran nombre de esta ciudad, residencia de los sumos pontífices, habia aumentado autoridad á su supremacía, rodeándola de los lisonjeros recuerdos de su antiguo esplendor. Los privilegios que habia obtenido la iglesia en tiempo de los otros príncipes, se habian ampliado bajo el glorioso reinado de Carlo Magno: los obispos y los enviados regios publicaban en las provincias las capitulares extendidas con el consentimiento de las asambleas nacionales.

Asi los sucesores de Pedro habian subido á la categoría de los soberanos por la ley del tiempo y la exigencia de las circunstancias con anterioridad al pontificado de Gregorio VII. No se habian ingerido ellos por sí: los pueblos y los reyes les sometian sus diferencias. No podemos pues atinar en qué fundamentos se apoya el historiador de la civilizacion europea para acusar á la iglesia de haber intentado hacer prevalecer el principio teocrático en la sociedad, usurpar el poder temporal, dominar exclusivamente, y cuando no lo conseguia, apo-

derarse de la dominacion á costa de la libertad de los súbditos.

Facil de explicar es el poder temporal de los Papas y sobre todo el que ejerció Gregorio VII, cuando se considera que saliendo las mas veces de la clase plebeya y elevados á igual categoría que los reyes por el ascendiente de su carácter, de sus luces y de sus virtudes, se habian hecho los defensores de los derechos populares. Bajo el sistema feudal entonces vigente no habia mas que señores y vasallos, amos y esclavos. Los Papas servian de mediadores á los grandes, á fin de atraer á una sumision equitativa y por la via de la persuasion los vasallos que se separaban de ella, y de defensores de los vasallos oprimidos. El gran historiador de Raumer refiere que los Papas como vicarios de Dios en la tierra estaban libres de toda dependencia eclesiástica, y eran superiores á todas las cosas terrenas, á fin de ser con la iglesia inmutable de Dios una arma defensiva para os débiles, un poder terrible para los malos, un purificador para la potestad temporal y un padre consolador para los esclavos y los oprimidos.» No eran los Papas los que se habian arrogado esta potestad temporal: se la concedian los pueblos contra sus opresores. El texto mismo de las constituciones de diversos reinos manifiesta evidentemente que la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política que regia entonces á la Europa entera bajo la tutela del cristianismo. En una palabra el sistema político y social del mundo católico exigia como principio necesario una autoridad suprema de la que hallaba relaciones íntimas con esta religion que civilizaba las naciones.

Esta era entonces la ley del tiempo: era un poder de que los papas se encontraban investidos por la fuerza de las cosas. La iglesia, siempre dueño de sí misma,

puede mostrarse segun los tiempos protegida ó protectora. Parecia que habia aceptado la primera de dichas condiciones el dia que Constantino extendió sobre ella el manto imperial; y entró al parecer en la segunda cuando habiéndose hecho propietaria por las donaciones de los fieles y soberana por las concesiones de Pipino y Carlo Magno, se encargaron de la tutela de las naciones los príncipes del clero alentados con nuevos homenajes. El papado, caminando á la cabeza de la civilizacion, se adelantaba hácia el fin de la sociedad general. Le habian puesto en las manos armas bastante terribles en aquella época para derribar á los mas fuertes é intimidar á los mas audaces. Pero los soberanos que se hubieran negado á reconocerle la administracion de la tutela de los pueblos, no por eso hubieran dejado de estarle sumisos como hijos de la iglesia, ni esta los hubiera inquietado en manera alguna (1). ¿Cómo pues podria acriminarse á Gregorio VII por haber emprendido reformar al clero y librar á la iglesia de un yugo opresor con tanta prudencia como firmeza? Sin cesar ocupaban su atencion los pensamientos de mejoras sociales, de restituir la libertad comun á todos y de defender la gloria de la religion: los mismos pensamientos traian desasosegados á los hombres mas eminentes de aquel siglo, los Damianos, los Lanfrancs, los Desiderios, los Annon y otras lumbreras de la iglesia. Las naciones no pueden agradecer lo bastante el importantísimo servicio que les prestó el catolicismo aceptando la tutela durante la menoría de aquellas. Despues de haber procurado justificar al gran pontífice Gregorio de las acusaciones que contra él se dirigen, creemos que es nuestro deber repetir aquí lo

(1) Guillermo I, conquistador de Inglaterra, nos da un ejemplo de ello.

que ya hemos dicho: que el derecho de la potestad que ejerció, era entonces tan conforme con el órden legal como hoy seria contrario.

En vez del feudalismo está vigente entre nosotros el sistema de la emancipacion intelectual y social: mientras que los grandes se cuidaban entonces poco de saber leer y escribir, hoy hasta el vulgo aspira á las ciencias y á las letras, y nuestros reyes se muestran tan dignos como capaces de mandar.

Mientras Gregorio VII contuvo con nna mano el movimiento de decadencia que precipitaba á la sociedad en el abismo de la barbarie, con la otra aseguró el órden social y político sobre bases indestructibles. Sin embargo el catolicismo siempre invariable no cesó de llenar su mision civilizadora. Unido á la sociedad que amoldó con su mano, se identificó de hecho con el hombre social. La humanidad le ofrecia una basa ancha y sólida, mientras que recibia de él una participacion de su estabilidad divina. Unos dos siglos despues que el islamismo habia amenazado invadir el Occidente, este le persiguió hasta el centro de su poderio. Las cruzadas comenzadas en el año 1095 segun unos ó 1098 segun otros, y que concluyeron hácia el de 1270, fueron como una continuacion de aquella invasion general que habia asolado al mundo, y ademas unas guerras de represalias. El entusiasmo religioso y la fraternidad evangélica se habian conmovido á vista de las desgracias de los cristianos de Oriente; y los pueblos de Occidente se levantaron en nombre de *Dios lo quiere* para socorrer á aquellos. Dando su parte á los elementos malos que se mezclaron en aquellas relaciones belicosas, no pueden menos de admirarse al lado de grandes crímenes las virtudes heróicas mas resplandecientes, una fé ardiente y unas costumbres sencillas. El catolicismo habia constituido la civili-

zacion europea, y queria extender su dominio: á lo menos aseguró su independencia.

Sabidos son los resultados de las cruzadas: fueron de grandisima trascendencia bajo el aspecto material y moral, científico y político. Mientras que el Occidente desfallecia de terror, las cruzadas le sostuvieron con la energía del catolicismo, contuvieron la invasion musulmana con una poderosa diversion, estrecharon los vínculos de la disciplina y de la fraternidad, dieron tiempo á los pueblos para ensayar la libertad, y los enriquecieron con el comercio de regiones antes desconocidas. La Europa se salvó de la invasion de los turcos: la autoridad de los príncipes se robusteció al paso que se debilitó el feudalismo: el establecimiento de los concejos y de resultas la existencia del estado llano halló una coyuntura favorable: la marina tomó impulso, y progresó la civilizacion general con las recíprocas comunicaciones entre los pueblos. El siglo duodécimo es memorable por sus rápidos progresos: multiplicabanse las escuelas, abrianse colegios fuera de los monasterios, y la universidad cobraba nuevas fuerzas.

No podemos comprender cómo despues de admitir unos hechos tan incontestables se viene á acusar al catolicismo de que es hostil al progreso, á la perfeccion de la vida civil, al incremento de la sociedad y de las relaciones mútuas de los hombres. Con todo no cedió jamás ni un ápice de su invariabilidad. Ya en el siglo XI se habia levantado Berengario contra el dogma fundamental del culto católico, y habia renovado los errores de Juan Escoto, apellidado Erígenes, sostenidos por los sacramentarios de allí á unos siglos. Enseñaba aquel que el pan y el vino no se convertian en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; pero fue condenado este heresiarca por dos concilios, congregado el uno en París y el otro en Ro-

ma los años de 1050 y 1054. La doctrina de Abelardo fue reprobada en los concilios de Sens y de Soissons; y se habia comenzado á refutar los errores de Pedro de Bruys, Gilberto de la Porea y los sectarios de Arnaldo de Brescia. Los albigenses y los valdenses, inficionados del maniqueismo, habian reanimado el progreso del espíritu filosófico: eran los precursores de Juan de Hus y de Lutero. Se fulminó contra ellos anatema en el concilio general de Letran celebrado en el año 1213 bajo el pontificado de Inocencio III: ya habian sido condenados anteriormente por otros concilios particulares.

¡Con cuán vivo dolor deploramos este episodio abominable de nuestra historia! Las pasiones impelieron á cometer todo género de crímenes, que la religion cristiana no cesó de vituperar. Felipe Augusto que durante un periodo de su reinado habia sostenido larga contienda con la santa sede por el repudio de Ingelburga, se reconcilió con la iglesia. El catolicismo, siempre *uno* en su doctrina y en su moral, no habia cesado de mostrarse favorable al progreso. Las obras de los canonistas habian descubierto el movimiento intelectual. Como la iglesia penetraba todas las instituciones sociales que al parecer se amoldaban en su seno, el derecho canónico habia venido á ser en cierto modo el derecho civil y público. Aquellos siglos eran sobre todo de accion, y por eso el catolicismo prestaba entonces los mayores servicios á la humanidad. Con todo habia producido á S. Bernardo, dotado de todas las cualidades propias para dar un empuje al progreso intelectual y á la civilizacion de los pueblos. ¿Quién no admira el talento del gran abad de Claraval, el elocuente orador que igualaba á los mas famosos de la antigüedad, y tan profundo dialéctico, que el docto Abelardo pudiera haberle tomado por maestro? Acatado sucesivamente por

los reyes y los Papas era el terror de los herejes y el objeto de un respeto profundo para la multitud del pueblo milanes, á quien no pudo satisfacer hasta que se asomó á las ventanas de su habitacion para bendecirla. El catolicismo habia producido este grande hombre, que como dice un historiador tenia el don de dominar los ánimos, y á quien se veia en un instante pasar desde su desierto á las cortes, y nunca estaba fuera de su lugar. Sin título ni carácter alguno gozaba de aquella consideracion personal, que es superior á la autoridad: era simple abad de Claraval, y sin embargo tenia mas poder que un primer ministro de Francia, y conservaba un ascendiente sobre el Papa Eugenio III su discípulo, que honra igualmente al uno y al otro. Fue tan extraordinario S. Bernardo, que mereció en los siglos siguientes los homenages mas solemnes hasta de Lutero, Bucero, Ecolampadio y Calvino. Tambien apareció S. Anselmo, y el mundo reverenció en su persona á uno de los doctores mas célebres de su tiempo, el primero que habia hermanado con la teología aquella precision dialéctica y aquel método escolástico, que derraman la luz mas viva sobre la verdad, y confunden el error descubriendo sus sofismas.

Asi el catolicismo en la edad media elevó los pueblos á la vida de inteligencia; pero sobre todo á la de accion. Cuando al parecer iba á disolverse el mundo por la anarquía á resultas del estado crítico en que se hallaba; aquel que en el alto cielo tiene en su mano el corazon de los pueblos y de los reyes, hizo triunfar el principio cristiano que dió á luz la sociedad civilizada de Europa, y con ella todo quedó cristiano. La *unidad indisoluble* del catolicismo como un vínculo augusto habia reunido mas de veinte pueblos bárbaros bajo el mismo estandarte: su tolerancia habia hecho

que se reclamaran su proteccion y apoyo como un favor especial. La identidad de la fé fijaba *invariablemente* todas las creencias, y su noble é incesante emulacion *al progreso* habia exaltado la sensibilidad y la energía. ¿Quién dejará de conocerle? Y ¿quién conociéndole podrá no amarle?

No temamos exponer esta doctrina firme y decidida á la superfetacion de nuestro siglo. Reanimemos esta sociedad enferma con la única doctrina que puede restituir á sus venas el calor y la vida: esta doctrina es la santa palabra antigua é inmutable, enseñada por el órgano de la iglesia. Ella sola es la luz que disipa las tinieblas, y la fuerza. que vence todos los obstáculos.

CAPÍTULO VI.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO DÉCIMO TERCERO HASTA AGOSTO DE 1842.

Es uno y á pesar de eso tolerante: invariable y sin embargo favorable al progreso.

El cristianismo es el principio de unidad en la civilizacion anterior á la Europa moderna.—De la sociedad europea.—Exposicion filosófica de la doctrina católica.—Presentase en este periodo bajo la forma de evidencia racional.—Enumeracion de los principales acontecimientos políticos.—Juicio de las cuatro últimas cruzadas.—La manifestacion del movimiento racional pasa la línea de la ortodoxia.—Cismas y herejías del siglo décimo tercero.—De la inquisicion.—Pugna entre las dos potestades.—Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.—Con-

cilio de Viena que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara. — Abolicion del órden de los templarios.—Condenacion de diferentes novadores y reunion de los griegos y latinos.— Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo. —Grandes hombres de la época.—Reforma de las costumbres públicas.—Palabras notables del señor Royer Collard.—Señal de la reforma de Lutero.— De su verdadera causa.—Juicio del señor Guizot sobre esta materia.— Tolerancia del Papa para con Lutero.— Sus opiniones religiosas.—Sus principales discípulos.— Calvino.— Concilio de Trento.—Guerras de religion.— Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos diferentes.—Progreso intelectual y social en el siglo XVI favorecido por el catolicismo.— Resultado de las luchas religiosas para la razon.— Indicios de la revolucion de 1789.—*Su verdadera causa.— Testimonio del señor Thiers en favor de la tolerancia del clero.— De la inviolable adhesion del clero á la unidad con motivo de la constitucion civil y bajo el directorio.— Condenacion de la constitucion civil.— De las diferencias entre Napoleon y Pio VII.—Testimonio patente de unidad de parte de los obispos de Francia en el concilio de París de* 1811.—*Estado del catolicismo en tiempo de la rama primogénita de los Borbones durante los reinados de Luis XVIII y Cárlos X.—Causa de la caida del trono.—Revolucion de* 1830.—*De sus primeras consecuencias.—Estado del catolicismo bajo el reinado de Luis Felipe I.—Novadores del siglo XIX.— Documentos justificativos de la unidad y de la tolerancia del catolicismo.— De su impulso al progreso.— Motivos de fusion entre los hombres de cualquier opinion y partido que sean.*

Sorprende la unidad que se observa en la civilizacion de los pueblos desde el Calvario hasta la de la Europa moderna. Su principio se halla en el seno del cristianismo, que reunió las diversas formas bajo que se presentó aquella. Los griegos y despues los romanos trajeron con sus armas la civilizacion á las Galias medio salvajes. Los bárbaros vinieron á establecer su gerarquía militar: se formó el sistema social; y el catolicismo dió á esta sociedad la forma y la vida. Las notables páginas de la historia de la civilizacion en Europa dan fé de ello. «La presencia de una influencia moral, el sosten de una ley divina y la separacion del poder temporal y del poder espiritual son los tres grandes beneficios que la iglesia cristiana derramó sobre el mundo europeo en el siglo V.» Posteriormente á esta época si al parecer se concentraron aquellos dos poderes en la mano de los pontífices, ya hemos explicado las causas. Con todo no tardó en dividirse la autoridad entre el jefe feudal y los jefes secundarios llamados vasallos, que se la disputaron á poco. Se habia introducido la anarquía feudal. Entretanto el catolicismo no habia detenido su marcha civilizadora. En efecto de su seno salió la sociedad moderna europea; pero no podia permanecer en la debilidad intelectual de su infancia.

Despues del descanso del siglo X la razon se puso en marcha para llegar al conocimiento de las causas y de los efectos, de los principios y de las consecuencias, de los seres y de las formas. A los siglos de establecimiento y consolidacion de la doctrina teológica sucedió su incremento filosófico Como la edad media habia mezclado las instituciones civiles y eclesiásticas por la grande accion social que en ella se habia efectuado, para sacar de la íntima union de aquellas la constitucion cristiana de la sociedad; la época del raciocinio vino á aproximar, á unir las ideas naturales y las verdades de la fé,

para que de ahí brotara la ciencia ó la filosofía cristiana. Presentóse pues la doctrina católica bajo la forma de la evidencia racional. La razon quiso explicar la fé.

Hemos llegado al periodo mas curioso como tambien mas importante del grande acto intelectual, social y cristiano, que está lleno de gravísimos acontecimientos. Hombres y cosas, todo se acelera asombrosamente. El despertamiento de la razon suscita cada dia una doctrina nueva: las conmociones políticas tal vez mas borrascosas en todos los anales de los pueblos suceden á la revolucion religiosa mas grande. El genio de la filosofía se fija sobre el mundo del pensamiento, enarbola su estandarte, y señala sus conquistas Las pasiones de una multitud amotinada derraman la sangre de los reyes, y la anarquía se ve obligada á doblegarse al brazo de hierro que la subyuga. El hombre grande restablece el equilibrio en la balanza del destino europeo. Cae el coloso, y la Francia logra ver otra vez á sus antiguos reyes. A las suaves emociones de la mas pura alegria suceden por un momento las angustias del temor: digno, segun las apariencias, de mejor suerte aquel de quien puede decirse como de Alejandro: *Siluit terra in conspectu ejus*, debia ir á espirar en el destierro. Al dejar su patria no se reservó mas que la esperanza: al dejar la vida solo conservó la gloria.

El regreso de los reyes de Francia restituye la paz y la abundancia: el trono se afirma: el pueblo de París se amotina: en tres dias se levanta un nuevo solio sobre las ruinas del antiguo. Amenazada la nacion en sus intereses mas preciosos preve sus desgracias y tiembla: una mano poderosa encadena el genio de la rebelion; y mientras que la Francia fija dichosa sus miradas en un trono de verde ramaje que crece en su suelo regado con tantos sudores, ve caer el apoyo de la nueva monarquía.

Muere el duque de Orleans. ¡Cuán frágiles y falaces son las esperanzas humanas! A Dios solo pertenecen la vida y la eternidad.

Por entre este estrépito general, enmedio de esta escena tan variable los hombres y las cosas aparecen y desaparecen, todas van y vienen. Enmedio de estos vientos desencadenados, de las tempestades que braman, de cetros rotos y de tronos que se hunden y se levantan, el catolicismo no ha cesado jamás de parecer *uno* y á pesar de eso *tolerante, invariable* y sin embargo *favorable al progreso.*

Parecia que las cruzadas del siglo XII habian abierto los caminos del Oriente á la civilizacion cristiana, y el imperio de Constantinopla, adquirido por los franceses, era como un baluarte levantado sobre el Bósforo que sirviera de punto de reunion y de partida para las conquistas futuras. Cuatro cruzadas se llevan á cabo en el siglo XIII: Damieta es tomada, y Jerusalen cedida: Sidon y S. Juan de Acre son fortificadas. Obligados los cruzados á abandonar las playas de Africa no lo hicieron hasta despues de vencer á los moros, é imponer á Mohammed-Munstanser un tratado favorable á los cristianos. Los que afirman que las cruzadas fueron guerras de devocion, y nada mas, para los Papas, se engañan admirablemente: nosotros los exhortamos á que lean el discurso de Urbano II en el concilio de Clermont, y que suban hasta la época de la batalla naval para siempre memorable de Lepanto, donde el vencedor no fue tanto D. Juan de Austria, cuanto el Papa Pio V, de quien decia Bacon: «Extraño que la iglesia romana no haya canonizado aun á este grande hombre.» Entonces se convencerán de que los Papas no dejaron de vigilar al mahometismo hasta que se durmió con un sueño letárgico. Entonces quizas mas que nunca pareció que la causa de la civilizacion era la del

mismo Dios. Si se trataba de librar el único sepulcro que no tendrá que restituir nada al fin de los tiempos; tambien se trataba de arrancar á los hijos de la fé de la mas dura esclavitud. Pero las conquistas del cristianismo debian hacerse con la palabra y no con la espada.

Las cruzadas del siglo anterior habian sido un preparativo para el periodo siguiente por medio de rasultados políticos que facilitaban mas el movimiento regenerador y por medio de comunicaciones que traian focos de luz á Europa. En el siglo siguiente el conocimiento razonado que hacia pasar la doctrina al estado de ciencia, era sin duda el mas perfecto en sí mismo; pero la manifestacion de este movimimieuto racional traspasó la línea de la ortodoxia. La autoridad le detiene, y herido el amor propio de algunos vuelve sus esfuerzos contra ella. «Hay voluntades é inteligencias, dice el señor Ozanam, que se complacen en una soledad soberbia, y que eludiendo las leyes comunes forman el cisma y la herejía.» De mucho tiempo atrás dominaba aquel en Oriente, y esta mas variada en sus formas y menos circunscrita en su accion aparecia en todos los puntos de la sociedad cristiana; pero ni se rompió la unidad del catolicismo, ni se entibió su amor á la tolerancia.

A principios del siglo XIII las tradiciones del maniqueismo, conservadas largo tiempo en algunas escuelas del Asia y traidas á Europa á la vuelta de las primeras cruzadas, habian echado profundas raices en las montañas del Albigés. Habiendo crecido rápidamente extendian sus ramas amenazadoras que ocultaban la verdad y abrigaban el crímen. El cuarto concilio de Letran pronunció anatema contra la secta; pero los restos del error condenado continuaron esparcidos mucho tiempo, y recordaban la existencia de aquella. Entonces se vieron innumerables cuadrillas de sectarios armados de

espadas para proclamar el estado de guerra, y de disciplinas para anunciar la penitencia: recorrian las ciudades y los campos con el nombre de pastorcillos y flagelantes. Introducian sus hábitos vagamundos en el órden de las ideas religiosas, y dogmatizaban contra Roma, contra la gerarquía eclesiástica y contra toda la economía del catolicismo. De los restos de estas cuadrillas de frenéticos se formaron los *fratricelos*, que con tan humilde nombre trataron de erigir entre sí una especie de iglesia plebeya, y mas adelante coronaron sus doctrinas de la comunidad de bienes con el dogma de la comunidad de mujeres. Tres mil de estos sectarios discurrian por los valles del Piamonte bajo la conducta del monge Dulcino, hasta que sitiados por un ejército regular tuvieron que rendirse á la fuerza y al hambre.

En estos últimos tiempos parece que han querido resucitar en la secta de los sansimonianos. Conocidos son generalmente los medios de seduccion que esta ha empleado: libros, periódicos, excursiones llamadas apostólicas Todo ha concluido con debates escandalosos, y los nuevos sectarios han desaparecido sin dejar en pos de sí otra cosa que la demostracion mas evidente de la inutilidad de los esfuerzos que sus padres habian hecho. Las opiniones de los *fatricelos* reproducidas en cierto modo por Arnaldo de Villanueva debian ser aceptadas en lo sucesivo como patrimonio de Wiclef y Juan de Hus, precursores de Lutero. Al mismo tiempo una fraccion del órden de S. Francisco, extraviada por el orgullo de la pobreza y separándose de la ortodoxia con la denominacion de hermanos espirituales, fue á anunciar una nueva forma del cristianismo y el advenimiento de un Evangelio mas perfecto, salido de no sabemos qué mano desconocida. Asi la misma época en que se veian secarse los últimos vástagos de los sistemas dualistas y místicos de las primeras

edades, germinaban las primeras semillas de las doctrinas protestantes y racionalistas de los últimos tiempos. Tentados estamos por creer que Hermes y el señor Lherminnier han ido á buscar sus inspiraciones en los libros de aquellos monges descalzos hostiles á su madre, que por ser vieja no estaba entonces como tampoco hoy exenta de *manchas y de arrugas.*

Con todo enmedio de las manifestaciones perversas del pensamiento humano permanecian el dogma y la moral católica en la unidad, inmutables en sí mismos, aunque se explicaban y aclaraban en las definiciones provocadas por la controversia. Cuatro concilios ecuménicos celebrados en menos de un siglo fulminaron anatema contra los novadores, extendieron el círculo de la doctrina, y multiplicaron las aplicaciones de la legislacion religiosa. Su unidad se fortificó con la reunion de los griegos á la iglesia romana, trayendo en pos de sí á los pueblos de la Bulgaria y de la Rusia, vasallos intelectuales de la civilizacion bizantina. Proclamóse entre los aplausos de todo el orbe católico en el segundo concilio de Leon. Si trata uno de explicar las causas de estas agitaciones incesantes contra el catolicismo, se hallan en la libertad de la razon que fue el carácter propio de este periodo, en la autoridad de la iglesia que contuvo en justos límites á la misma razon que orgullosa de sus primeros pasos se precipitó en la senda peligrosa de la emancipacion, y en la tendencia de los monarcas á apoderarse otra vez del patronato que habian solido ejercer sobre el sacerdocio los teólogos coronados del bajo imperio. Algunos historiadores al llegar á esta época han creido que tenian poderosos motivos para acusar al catolicismo de intolerancia manifiesta, y ha habido una complacencia en presentar los cuadros mas horribles de la inquisicion y de las encarnizadas

contiendas entre los Papas y los príncipes. Nosotros preguntaremos á estos escritores si han juzgado siempre imparcialmente los hombres y las cosas. Consultemos los hechos, y no veremos otra cosa que la historia misma de la debilidad de nuestra razon y de sus tentativas tan orgullosas como temerarias de independencia.

Es verdad que la inquisicion nació en tiempo de Felipe Augusto de la guerra entre Raimundo VI y los principales jefes coligados contra él, Eudo, duque de Borgoña, Henrique, conde de Neverss, y Simon, conde de Montfort. No podemos menos de verter lágrimas por las desgracias que afligieron á Beziers y á Tolosa. Sin embargo la inquisicion no pudo durar mucho en Francia, porque encontró una rival poderosa en la justicia de los parlamentos: propiamente no hizo mas que aparecer. Tal vez abandonó su mision primitiva y se deshonró poniéndose al servicio de las pasiones de los príncipes; pero con suma dificultad probarian nuestros contradictores que no se haya mostrado aquella siempre justa y muchas veces hasta misericordiosa bajo la mano de los sumos pontífices. No ejerció menos rigor contra los perturbadores del sosiego moral de la cristiandad, que los magistrados contra los súbditos rebeldes de la provincia mas obscura (1). Si la mayor parte de los que leen las fastidiosas pinturas que de ella se nos han trazado, se penetran de indignacion; es porque pueden muy bien haberse recargado las sombras en los cuadros que nos han quedado: ademas estamos acostumbrados á juzgar de aquellos tiempos por los nuestros. Sucede con la inquisicion como con los hábitos de los religiosos: si nos

(1) Podemos indicar á los que deseen mas amplias aclaraciones sobre esta materia, la lectura de *Parad*. XII, 97, establecimiento de la inquisicion.

parecen hoy tan extraordinarios, es porque datan de la época de la institucion de aquellos órdenes. Otros tiempos otras costumbres.

Se clama con vehemencia contra la intolerancia del catolicismo en el siglo XIII, y se disculpan todos los embates de que fue principalmente víctima el clero. Sin embargo se le acometió de todas maneras, en su administracion y sus propiedades negando la legitimidad de sus derechos, en sus funciones combatiendo la necesidad de su mision, y en todo lo que tenia relacion con su ministerio. Los Papas habian sufrido con paciencia durante tres siglos los insultos de los Césares alemanes sin atentar jamás á la dignidad de su diadema, cuando se levantó la grande alma de Inocencio IV contra Federico II, emperador de Alemania. Heredero este de la casa de Suabia, que fue la eterna enemiga de la santa sede, juró una paz solemne; y sin embargo hizo una guerra de cuarenta años. Aun antes de convocar el concilio universal celebrado en Leon el año 1245 propuso el Papa Inocencio á Federico la penitencia y el perdon. Pasaron dias cortos y serenos sobre la santa sede; y el mundo entero admiró al hombre modelo de la edad media, á quien una pluma tan ejercitada como hábil ha apellidado *legislador*, *héroe y santo*.

Como el labrador deja una tierra en barbecho entre dos cosechas; así la Providencia dejaba descansar la Francia entre dos grandes reinados: Felipe el Atrevido vivió entre S. Luis y Felipe el Hermoso. Son célebres las contiendas de este último con Bonifacio VIII. La Alemania, la Inglaterra, la España y la Italia estaban divididas lastimosamente de resultas de las disputas que se habian originado acerca del derecho divino de los reyes, las prerogativas de los parlamentos, las reservas con las cuales se concedian los tronos, y los fueros de las ciuda-

des. Los Papas intervenian para terminar las diferencias y disolver las ligas formadas contra los soberanos; pero ciertos grandes vasallos de la corona se habian coligado contra las jurisdicciones eclesiásticas, y se habian manifestado desconfianzas de otra clase en la pragmática sancion. Las dos potestades espiritual y temporal descendieron otra vez á la arena. Dicese que se trataba de la exaccion de un tributo impuesto ó que se iba á imponer al clero, y de la intrusion de Felipe en la ereccion y administracion de las sillas episcopales. No nos tomaremos la libertad de juzgar todo lo que se hizo entonces. Bastanos responder á la acusacion de intolerancia que se hace á la iglesia, tomando ocasion del pontificado de Bonifacio.

Si confesamos con gusto que este Papa dotado de una rara energía y de hábitos severos careció tal vez de moderacion, y atropelló por los miramientos, ó se engañó en el conocimiento de aquella época tan diferente del siglo de Gregorio VII; no puede negarsele el derecho que estaba de su parte. El concilio general de Viena declaró que en nada de cuanto habia practicado, se habia hecho culpable de herejía. El Papa dió tambien un decreto en que prevenia que no se pudiese echar jamás en cara al rey ni á sus sucesores lo que habia hecho contra Bonifacio. Asi deseosos nosotros de entrar en las miras de tolerancia del sumo pontífice Clemente V, no reprocharemos á Felipe el Hermoso el haberse excedido de sus derechos, faltado á las formas, comprometido los intereses públicos y excitado la indignacion universal con los malos tratamientos que hizo sufrir al Papa Bonifacio. Nadie puede negar á este el derecho que tenia de reclamar unas libertades juradas, de defender unas propropiedades adquiridas, y hacer ejecutar unas leyes reconocidas Despues de estas breves explicaciones se nos permitirá manifestar que los Papas al deponer á los em-

peradores obraban tal vez mas bien como protectores de los pueblos, que como jefes de la iglesia. De manera que por este hecho no hay fundamento para sostener la acriminacion de intolerancia contra el catolicismo. Su bondad no puede degenerar en debilidad, ni perjudicar á la unidad su condescendencia. Favorece al progreso, y siempre permanece invariable. El concilio de Viena celebrado en el año de 1311 terminó las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara, y trató tambien de la órden de los templarios. Parece probado victoriosamente que los caballeros pertenecian á la secta de los maniqueos. Bajo el climā voluptuoso del Oriente y enmedio de las costumbres sensuales de los pueblos musulmanes se dice que se dejaron vencer de la seductora, pero triste tentacion del mando, del oro y de los placeres. La abjuracion de las reglas traia consigo la apostasía de las doctrinas. El mundo cristiano quedó aterrado al oir la relacion de todas las acusaciones entabladas contra aquellos religiosos caballeros, que acaso eran culpables de pasiones y de errores nada mas; pero el catolicismo ni podia consentir que se alterasen su fé ni su moral. Se cortó la mano derecha para salvar el corazon y pronunció sentencia de condenacion contra los templarios. ¿Quién ignora el ruido que metió en el mundo católico la abolicion de esta órden? Pero la fé permanecia invariable. Juan Hus, Wiclef, Juan Petit y Gerónimo de Praga se declararon en adelante contra el augusto sacramento de la eucaristia y la potestad de la iglesia, y disputaban su doctrina sobre la sumision debida á los príncipes. El concilio de Constanza los condenó (pero no pronunció sentencia contra ellos) al cruel suplicio que acompañó á la muerte que les impuso el brazo secular (1).

(1) De este hecho no puede tomarse ocasion para acu-

Animada la iglesia de un amor ardiente á la tolerancia y la unidad dió un salvoconducto á los bohemios para tratar de una franca reunion en el concilio de Basilea, convocado por el Papa Eugenio en el año 1431, y á los ocho se firmó un decreto de union entre los griegos y latinos en el concilio de Florencia por la activa y constante solicitud de aquel pontífice.

Sin embargo el catolicismo no cesaba de impeler al progreso. Los bárbaros habian comenzado por degollar á los clérigos y á los monges, y convertidos al cristianismo se postraron á sus pies y contribuyeron solícitos á la fundacion de los colegios y universidades. La luz venia de dos focos principales, la predicacion y la enseñanza. Los honores y el poder de la cátedra evangélica se aumentaron con la institucion de los religiosos del órden de Santo Domingo, y se multiplicaron los predicadores, semejantes á antorchas agitadas, cuya luz ilumina todos los puntos de un lugar obscuro. Pero la enseñanza residia en las universidades, que la potestad religiosa fundaba en los puntos mas importantes de la cristiandad, como fanales para alumbrar el camino de las inteligencias. El concilio de Letran habia instituido escuelas gratuitas en todas las iglesias episcopales, y Bonifacio VIII enmedio de las tempestades que bramaron sobre su cabeza, halló tiempo de fundar en Roma lá Sapiencia y unas escuelas célebres en Aviñon. En el rei-

sar de intolerancia y de crueldad á la iglesia. La ley de aquellos tiempos era la que habia establecido la pena de diversos géneros de muerte para ciertos crímenes. A los ladrones de la iglesia les arrancaban los ojos. El vicio que fue la ignominia de la antigüedad, era castigado con la mutilacion en primera ofensa, la pérdida de un miembro en caso de reincidencia, y la hoguera si se cometia por tercera vez. Por un segundo infanticidio era quemada la mujer despues de muerta.

nado de Felipe el Hermoso que instituyó la universidad de Orleans, se vió establecerse el colegio de la reina de Navarra, el del cardenal le Moyne y el de Montaigu, arzobispo de Narbona. Los combates que la iglesia habia tenido que sostener contra el cisma, la herejía y el despotismo, no habian contribuido poco á sacar de su cubierta grosera á la razon, que debia legarse en herencia á las naciones modernas. El movimiento general de los entendimientos no cesó de ser ascendente desde el siglo XIII. Santo Tomás de Aquino, S. Buenaventura, Alberto, Rogerio Bacon, Henrique de Gante, Hugo de Saint Cher, Alejandro de Hallais, Alano de l'Ylle, Ivo de Triquer, Jacobo de Voragines, Guillermo Duranti, Juan de Dondis, Pedro d'Ailly, Gerson, Juvenal, Pico de la Mirándula, Chartier, Martuel de Auvernia, Francisco Vilon y Roberto Gaguin componen la cadena de aquellos hombres, que nos traen de los primeros dias de la edad media al tiempo del renacimiento de las letras. Grande fue su celebridad, y el cognomento con que se los distinguió, prueba la admiracion de sus siglos. Alberto fue apellidado el Grande, Santo Tomás de Aquino el Angel de la escuela, S. Buenaventura el doctor seráfico, Rogerio Bacon el doctor admirable, Henrique el Grande el doctor solemne, Henrique de Suza el esplendor de la jurisprudencia, Alejandro de Alais el doctor irrefragable, y Alano de l'Ylle el doctor universal.

En el siglo XIII fue cuando se halló constituido el movimiento filosófico en la escolástica, que estaba entonces en su apogeo. Santo Tomás de Aquino que se asemeja en el ingenio á Platon y Mallebranche y en la claridad y la lógica á Aristóteles y Descartes, resumiendo las obras y los muchos ensayos de dos siglos, produjo esa *Suma* que el nuestro admira todavía. «Esa era, dice un escri-

tor tan virtuoso como erudito (1), la marcha regular, el verdadero movimiento católico, en que la fé y la autoridad encargadas de conservar su depósito dirigian los nobles esfuerzos de la razon. «Desgraciadamente no tardó en desviarse este movimiento. Sin embargo no cesaron de fomentarse las letras y las ciencias desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del de Cárlos V y en los de Cárlos VIII, Cárlos IX, Henrique III, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. La nobleza y el clero concurrian con admirable zelo al acrecentamiento y prosperidad de los colegios y cátedras. Los progresos de la civilizacion seguian de cerca á los adelantamientos que el esplendor de la fé cristiana daba á la ciencia. El feudo que nació en la época en que los siervos germanos vinieron á romper los grillos de la servidumbre, habia constituido la feudalidad: era la confusion de la propiedad y de la soberanía. Y con todo se dice que la creacion de estados nobles en el régimen feudal era una idea política la mas extraordinaria y profunda. Pero en tanto que entre las naciones antiguas derivó el derecho civil del derecho político, en Francia este debia derivar del derecho civil.

Felipe el Hermoso inauguró uno de los siglos mas fecundos en transformaciones sociales. La libertad religiosa, civil y política dió un paso considerable por la pugna de las dos potestades: conoció la razon de estado, y comenzó la conversion del vasallo en súbdito. Estableció la monarquía de los tres estados y la monarquía parlamentaria, que hizo despues un papel independiente en tiempo de la Fronda, desapareció en el reinado de Luis XIV, se romipó en el de Luis XV, y restablecida en el de Luis XVI sirvió para reconstituir los estados generales de 1789. En

(1) El presbítero P. S Blanc.

el reinado de Felipe coincidió el descubrimiento de la brújula con el de la pólvora. Todos los reyes sus sucesores fueron los protectores de las ciencias, de las letras y de las artes. A la arquitectura griega, lombarda y gótica habia sucedido ya esa arquitectura de ogivas, que fue una conquista de las cruzadas de Felipe Augusto y de S. Luis. Si en tiempo de Felipe V se observaba ya que gustaba de rodearse de poetas y de sabios; nos bastará nombrar el gran siglo de Luis XIV que produjo los Mateos Molé. los de Retz, los Condé y los Turena, los Racie, los Corneille y los Daguesseau, los Bourdaloue, Massillon, Fenelon y Bossuet. Pero la civilizacion consiste sobre todo á nuestro juicio en mejorar la multitud purificando sus costumbres; y con mas particularidad bajo estos respetos extendia el catolicismo sus conquistas.

Los bárbaros habian venido á establecerse enmedio de la sociedad romana depravada por el lujo, degenerada por la esclavitud y pervertida por la idolatría. Los mismos francos tenian costumbres muy disolutas cuando entraron en las Galias. Asi todos los apetitos de la naturaleza se propagaban sin oposicion en el seno de aquellos pueblos, compuestos de las ruinas de otras mil sociedades. En aquella mezcla universal de propiedades, de leyes, de libertad y de servidumbre, de espectáculos incoherentes y de usos contradictorios el catolicismo solo con sus creencias y solemnidades podia procurar con algun fruto curar la gangrena de los tiempos bárbaros. Extendiéndose cada vez mas amenazaba invadir todas las edades y todas las condiciones; y no faltó á esta mision civilizadora. Los concilios reproducen sin cesar las quejas contra la licencia, y prescriben los remedios que se le han de aplicar. En el reinado de Felipe el Hermoso se convoca expresamente un concilio para atajar

el desenfreno de las costumbres. Cuatro concilios generales y varios provinciales persiguen la simonía y la molicie hasta dentro del santuario, y penetran en el fondo de los monasterios para restablecer la disciplina. Una constitucion con que Bonifacio VIII honró su pontificado, prohibia *con justísima razon* el abuso de las censuras á los jueces eclesiásticos. En otras disposiciones legislativas se desplegaba la mayor severidad contra el robo, la usura y el adulterio. No se mostró S. Bernardo mas indulgente con los vicios de su siglo. Sin embargo parecia que debia renacer la virtud de las multiplicadas reformas que se hacian en las costumbres. Estas eran mas puras y suaves á medida que se propagaba el culto de la Virgen María, sancionado con divina sancion por las maravillas que se obraron en la colina de Loreto. Los religiosos de S. Francisco y de la Merced habian manifestado al mundo cuántos beneficios sabe derramar la religion sobre el infortunio para aliviarle.

¿Quién podría enumerar todos los triunfadores pacíficos de los vicios y de las pasiones que el catolicismo ha producido desde entonces, todos los sagrados órdenes que la Providencia ha suscitado, cada uno con una mision que parece siempre análoga á las urgentes necesidades de su siglo, todos los sacrificios que hacian palpitar á unos corazones ardientes de amor para socorrer á sus hermanos, tantas lágrimas enjugadas y tantos dolores aliviados? «Las sociedades humanas, decia un grande hombre (1), nacen, viven y mueren sobre la tierra: allí se cumple su destino; pero no contienen al hombre todo entero. Despues que se ha alistado en la sociedad, le queda la parte mas noble de sí mismo, esas

(1) El señor Royer Collard sobre el proyecto de ley relativo al sacrilegio.

elevadas facultades, por las cuales se levanta á Dios, á una vida futura, á unos bienes desconocidos en un mundo invisible. Nosotros, personas individuales é idénticas, verdaderos seres dotados de la inmortalidad, tenemos otro destino que los estados.» Y esto es lo que el catolicismo ha comprendido tan bien. Sus esfuerzos han sido siempre convergentes, tanto hácia el bien espiritual de cada indivíduo, como hácia su fin comun. Las religiones de la antigüedad, todas nacionales, se adherian á la existencia de una sociedad que se creia indestructible: parecian hechas para el estado, no para el hombre. Al contrario el catolicismo descubriendo en cada hombre una imagen de la divinidad, le atribuye un valor personal independiente de su valor social, y cree que para conducirle al cumplimiento de su destino no está de mas reunir todas las fuerzas del culto y de la doctrina. Asi es que por un magnífico conjunto de medios de institucion divina se apodera del hombre para hacerle pasar de la vida de la naturaleza á la de la gracia, perfeccionarle en ella, y guiarle á la vida de la inmortalidad. Su ingenio no habia cesado jamás de sugerirle recursos nuevos y secundarios en su marcha civilizadora por entre esos siglos favorables al talento, ya por la soledad de los claustros, ya por la extrañeza y diversidad del mundo.

El catolicismo fue la ley religiosa de la Europa entera en la edad media. En el siglo XV sobre todo se conoció que habia alguna agitacion en la conciencia de los pueblos, y que era conveniente una reforma. El periodo de este hecho grande estaba reservado al siglo XVI. Juan Hus habia proclamado el principio de independencia del antiguo maniqueismo enarbolando el estandarte en el seno de la Europa continental. Lutero imbuido en sus insidiosas máximas las transformó en dogmas, é hizo

una religion : el odio que concibió contra el Papa y las prácticas de la iglesia romana, fue implacable. Resumir en un hecho general la serie de hechos tan variados á que dió lugar aquella revolucion religiosa, es una tarea dificil que no nos hemos impuesto. Nos basta probar nuestra tesis : el catolicismo es *uno* y con todo eso *tolerante*, *invariable* y sin embargo *favorable al progreso.* Parecenos que no llevan fundamento los que ven la causa de la reforma en la envidia que ocasionó á Lutero el que se hubiese encomendado á los dominicos la distribucion de las indulgencias. Este reformador hizo sostener tesis públicas en el año 1516, y los hombres ilustrados vieron en ellas el gérmen de los errores que enseñó despues, mientras que Leon X no concedió las indulgencias plenarias hasta 1517. No tienen mas razon los amigos de la reforma para buscarla en la necesidad de corregir los abusos existentes en la iglesia. No puede ocultarsenos que el clero se hallaba generalmente envilecido por la simonía, que los príncipes favorecian demasiado, y por la incontinencia que es su resultado. Al recordar los excesos de aquellos que fueron puestos para ser la sal de la tierra, el corazon rebosando afliccion no puede exhalar su dolor mas que con lágrimas y suspiros. ¡Cuán lamentable es que tales desórdenes hayan dado cierto pretexto especioso á las luchas intestinas y escandalosas que se siguieron! A nada menos iban encaminadas que á destruir en el ánimo de los pueblos toda consideracion hácia el órden eclesiástico. Pero ¿qué necesidad habia de Lutero para resucitar la austeridad de costumbres en el clero y en el seno de las naciones? ¿No estaban ahí los concilios, centinelas vigilantes, para conseguir aquel objeto? ¿Faltaron jamás al cumplimiento de un deber tan importante? Ademas bien tristes hubieran sido los medios de reforma adoptados por Lutero,

que dejó el hábito de agustino para casarse con Catalina de Bore, y dió rienda suelta á todos los placeres sensuales. Hé aqui tambien un testimonio de que no puede dudarse. «No es cierto, dice el señor Guizot (1), que en el siglo XVI fuese muy tiránica la corte de Roma, y que los *abusos* propiamente dichos fuesen mas escandalosos que nunca: jamás habia sido mas tolerante el gobierno eclesiástico;» confesion formal que queremos acotar en favor de nuestra tesis. «A mi parecer, continúa el señor Guizot, la reforma no fue ni un accidente, resultado de una gran casualidad ó de algun interés personal, ni una simple mira de mejora religiosa, el fruto de una utopia de humanidad y de verdad. Tuvo una causa mas poderosa que todo eso, y que domina todas las causas particulares. Fue un gran impulso de libertad del entendimiento humano, una nueva necesidad de pensar, de juzgar libremente, por su cuenta y con sus solas fuerzas, de los hechos y de las ideas que hasta allí recibia la Europa ó estaba obligada á recibir de manos de la autoridad. Es una gran tentativa de emancipacion del pensamiento humano, y para llamar las cosas por su nombre una *insurrecion* del entendimiento humano contra *el poder absoluto* en el órden espiritual. Tal es á mis ojos el verdadero carácter general y dominante de la reforma.» De buena gana aceptamos este juicio del señor Guizot, que está en completa analogía con aquellos tiempos, en que levantándose la razon por un movimiento de reaccion fue violenta y sediciosa.

En vez de hermosear con una aureola luminosa el dogma católico por obediencia y por respeto, le mutiló rasgando los títulos de la única autoridad que debia dirigirla. Diversos conflictos habian originado la discusion

(1) *Historia general de la civilizacion en Europa.*

sobre las cuestiones de autoridad y de jurisdiccion. La razon altiva se apoderó de ellas para intentar corroer la cadena con que creia humillado profundamente su orgullo. Se empeñó la lucha, y el movimiento racional se abrió camino á todos los errores. Pero la verdad católica, despues de haber luchado cuerpo á cuerpo con ella, la derribó en tierra, y permaneció siempre invariablemente una. Por tolerancia habia consentido el Papa Leon X en que Lutero se retractase solamente á presencia de Cayetano, su legado, cuando á la obstinacion del heresiarca no debia oponer mas que su poder. El sumo pontífice, que no desdijo nunca del esplendor de su nombre, anatematizó todos los escritos de Lutero en una bula de 20 de junio del año 1520. Este, sin hacer caso de los rayos del Vaticano, combate sucesivamente al Papa, á la iglesia y sus sacramentos: no hay error que no abrace; pero la fé permanece inalterable. La facultad de teología de París se unió al Papa para anatematizar al nuevo hereje. La reforma habia estallado cuando Francisco I y Carlos V, la Francia y la España, estaban en guerra, cuando la casa de Austria se levantaba é iba preponderando en Europa, y cuando la Inglaterra por medio de Henrique VIII intervenia en la política continental con mas regularidad, perseverancia y extension que lo hiciera nunca. Todas estas circunstancias favorecieron la propagacion del luteranismo, que fue la obra del interés en Alemania, de la licencia en Inglaterra y de la novedad en Francia. Para atraer á sí los príncipes y por cada uno de ellos á todo un pueblo nada le era costoso. Despues de muchas tentativas para oponerse á escenas escandalosas Carlos V, incapaz de resistir á los príncipes confederados llamados protestantes desde la dieta de Spira y á las armas otomanas, les concedió la libertad de conciencia en Nuremberga hasta la

convocacion de un concilio general. Lutero murió en el año 1546 á los 63 de su edad; pero la secta que se habia dividido en vida suya, se volvió á dividir á la manera de un arroyo que se pierde en la multitud de sus canales por mil derivaciones diversas.

Entre los principales discípulos de Lutero se cuenta á Calvino, Zuinglio, Osiander y Melancton, que aunque al parecer echaban menos lo pasado, propendian hácia un porvenir desconocido para ellos. La libertad de pensar y de creer producia diariamente nuevos símbolos: en los paises sometidos á la reforma no habia mas que opiniones aventuradas, decisiones temerarias y declamaciones arrebatadas. El libre albedrío, los votos, el culto exterior, la invocacion de los santos, el Papa, los obispos, los sacerdotes, las fiestas, las bendiciones, las cruces, las indulgencias, las misas, el purgatorio, todo era inútil, hasta la necesidad de las buenas obras, porque *la fé sola* justificaba. El santo concilio de Trento celebrado el año 1537 vino á vengar á la iglesia de todos estos errores, explicó la fé cristiana, y confirmó la antigua disciplina. Asi tomó aquella su propia defensa y la de los principios conservadores de que es depositaria. Pero el concurso de las circunstancias habia sido tal, que Lutero y Calvino habian bastado para abrasar el edificio religioso y social. Nos aterramos y nos llenamos de horror con la sola idea de las guerras llamadas de *religion* que llenan el siglo XVI en Francia. La vida de la reforma se encierra entre el año 1520 en que Lutero quemó públicamente en Witemberga la bula de Leon X que le condenaba, y el de 1648, fecha de la conclusion del tratado de Westfalia. Asi la lucha entre los estados católicos y protestantes, el mayor efecto de la revolucion religiosa, duró desde el principio del siglo XVI hasta mediados del XVII. Por el tratado de Westfalia

concluido en el año 1648, segun el señor Guizot, los estados católicos y protestantes se reconocieron recíprocamente, y se prometieron vivir en paz y en amistad prescindiendo de la diversidad de religion. La fé católica permanece *una* en su doctrina; pero *tolerante* como siempre para con las personas.

El que no obra segun estas máximas, no conoce su espíritu, que es un espíritu de union, de caridad, de paciencia y de proteccion. El que só pretexto de divergencia de culto aborrece á sus hermanos disidentes en creencias, abjura el catolicismo y renuncia á iniciarse en la familia cristiana. ¡Ah! ¡qué no podamos borrar con nuestras lágrimas esas tristes páginas de la historia en que se pintan los espantosos excesos de los dos partidos contendientes, que bajo el pretexto de religion combaten y se despadazan, sucesivamente vencedores y vencidos firman tratados de paz, y luego con menosprecio de la fé jurada vuelven á tomar las armas y arrastran á la lid á los grandes, á los príncipes y á los reyes, é incitan á las ciudades y provincias á la insurreccion! La Europa entera parece que se cubrió de luto, y donde quiera no se oian sino gemidos y gritos de desesperacion. No es nuestro objeto juzgar á los hombres sino las cosas. No examinaremos cuál de los dos partidos se mostró menos tolerante en la lucha comun: nos basta consultar los hechos. «La reforma, dice el señor vizconde de Chateaubriand (1), despertó las ideas de la antigua igualdad. Propiamente hablando la verdad filosófica revestida de una forma cristiana combatió la verdad religiosa..... Bajo el aspecto religioso la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la falta completa

(1) *Analisis razonada de la Historia de Francia.*

de fé; y la razon es que la independencia del entendimiento viene á parar en dos abismos, la duda ó la incredulidad. Y por una reaccion natural la reforma, apareciendo en el mundo agresora, puso al catolicismo en la necesidad de resistir á sus incesantes embestidas y á sus invasiones. Asi se la podria acusar de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furores de la liga, del asesinato de Henrique IV, de las muertes de Irlanda, de la revocacion del edicto de Nantes y de las dragonadas (1). El protestantismo clamaba contra la intolerancia de Roma, al paso que degollaba á los católicos en Francia, aventaba las cenizas de los muertos, encendia las hogueras de Sirven en Ginebra, se manchaba con las violencias de Munster, y dictaba las leyes atroces que oprimieron á los irlandeses, apenas libres en el dia despues de algunos siglos de servidumbre.» Nos parece que el juicio de estos hechos justifica bastante al catolicismo para tapar la boca á los que intentaran deducir consecuencias de ellos para gritar todavía intolerancia. La iglesia tendria siempre fundamento para responder: Hace muchos siglos que estaba yo en posesion: acometida en la creencia de los pueblos he debido defenderla: desapruebo los excesos de crueldad que han sido la consecuencia deplorable; pero no soy de ningun modo la causa de ellos. En este sentido decia el ilustre autor ya citado: «La religion cristiana entra en una nueva era: como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera transformacion: deja de ser política, y se hace filosófica sin cesar de ser divina: su círculo flexible se extiende con la

(1) Asi se llamaron las persecuciones de los protestantes en tiempo de Luis XIV, porque se empleaban dragones en ellas.

ilustracion y la libertad, mientras que la cruz señala para siempre su centro inmovil.»

Cesen pues las antipatías entre las diversas comuniones. Unanse en el beso del mismo amor los hombres, cualquiera que sea su procedencia, y estrechense al pie del Calvario, origen común de la gran familia regenerada. Afírmese la concordia mas perfecta entre los disidentes, y anúdense otra vez por conviccion y en paz los vínculos rotos, para que se forme un pueblo de verdaderos hermanos. Este es el deseo mas ardiente de nuestro corazon, el objeto de las mas dulces esperanzas y el fin constante de todos los esfuerzos de cualquiera que tiene un corazon ilustrado por la fé.

Entretanto la civilizacion iba creciendo: el descubrimiento de la América, la toma de Constantinopla por los turcos y la invencion de la imprenta extendian el dominio de la inteligencia y de la moral. Aquel fue el tiempo en que la literatura italiana resplandecia, y comenzaban la literatura francesa y la inglesa: aquella fue la época de los progresos mas activos del sistema comercial. La actividad del entendimiento humano se manifestaba en todos sentidos.

Se ha preguntado si el movimiento de oposicion á la iglesia, al paso que estimulaba la accion intelectual, no perjudicó mas bien que sirvió al verdadero progreso. Responderemos con el señor de Chateaubriand que si Lutero y el protestantismo no hubiesen venido á violentarlo todo, el progreso y la reforma, pero legítimos y católicos, hubieran llegado con mas lentitud sin duda, pero tambien con mas regularidad y sobre todo sin tanto escándalo, ni guerras, ni efusion de sangre. Otro autor no menos estimable ha añadido que aunque reconoce la poderosa influencia de la lucha exterior sobre la accion interna de la iglesia, está per-

suadido al mismo tiempo de que la oposicion del protestantismo y luego del filosofismo, tan ilegitima ya y tan errónea, fue tambien desgraciada bajo este concepto por su mismo exceso. No solamente estimuló el movimiento en lo interior del catolicismo, sino que rompió su justa medida precipitándola exclusivamente en combates intelectuales. Valia infinitamente mas que todas las facultades caminasen juntas, cada una segun su ley, aunque llegasen un poco mas tarde.

Pero tenemos que confesar que hay épocas en que la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes imprevistas acarrean variaciones en las ideas, en las leyes y en las costumbres. Este es el resultado de la marcha á veces forzada de la civilizacion hácia la perfeccion inherente á la naturaleza humana. Lutero con la reforma estaba á orillas de un universo nuevo; y sin embargo el catolicismo permaneciendo *invariable* no dejó de impeler al *progreso*. Cubrió la Europa de monumentos religiosos; y como en otro tiempo predujera un Leon para proteger al mundo civilizado contra Atila, produjo otro Leon para poner término al estado bárbaro de las facciones; y embellecer la sociedad que ya no era necesario defender. Continuó su obra de restauracion, y rodeado de una nueva generacion de pontífices y sostenido por nuevos órdenes monásticos apareció mas puro y majestuoso.

A pesar de la exageracion del racionalismo habia habido un progreso real; pero un progreso prudente y contínuo, un verdadero progreso de la razon. Descartes, Bossuet, Pascal y Fenelon parecia que habian engrandecido la humanidad con su talento. Entretanto el jansenismo que atormentaba á la iglesia hacia dos años, acababa de ser herido en el corazon, y no tardó en espirar en las convulsiones del cementerio de S. Medardo.

Ya se acercaba la época en que la libertad, hija de

la razon, era llamada á suceder á la antigua libertad, hija de las costumbres. Montesquieu, Rousseau, Raynal y Diderot enmedio de sus declamaciones fijaban la atencion de la multitud sobre los derechos de la libertad política. La autoridad que siempre habia sido disputada en las asambleas legítimas de la nacion y en los tribunales superiores bajo el reinado de Luis XIV, á quien sin embargo ningun parlamento se atrevió á hacer representaciones, se puso en litigio otra vez y con mas calor despues de la muerte de aquel monarca. Voltaire hacia el papel mas importante, y Ferney se habia vuelto la corte europea.

La reforma preñada de la indiferencia de las religiones en lenguaje de Jurieu y manantial del ateismo mas puro segun Bossuet habia dado á luz la filosofía del siglo XVIII, que á su vez debia abortar una revolucion. Lutero habia transformado en dogma el principio de independencia sostenido en otro tiempo por los maniqueos, y Mirabeau quiso aplicarle al mundo político. *El primero no habia querido Papa, y el segundo no quiso reyes.* «Todo ademas contribuia á una revolucion, dice en su historia el señor Thiers. Un siglo entero habia contribuido á descubrir los abusos y llevarlos hasta el exceso: dos años á excitar á la rebelion y á ganar á la multitud popular haciéndola intervenir en la contienda de los privilegios: finalmente algunas calamidades naturales y un concurso fortuito de diversas circunstancias acarrearon la catástrofe cuya época podia muy bien diferirse; pero cuya ejecucion tarde ó temprano era infalible. Estaba empeñada una larga lucha entre los parlamentos, el clero y la corte á presencia de una nacion agotada con prolongadas guerras: hacense las elecciones, y se abren los estados generales.» Aunque calculamos con el señor Thiers las diversas causas de la revolu-

cion, creemos poder decir con tanto fundamento como verdad que la principal causa de ella consistió en la razon, que extraviada por las pasiones no conoció ya freno y aspiró á la emancipacion de toda autoridad. Otras mil causas favorecieron sus triunfos, y estalló la revolucion. Así el catolicismo ha estado siempre en accion contra el movimiento de insurreccion que le ha perseguido incesantemente; pero nunca ha dejado de ser *uno y tolerante.*

Ya habia admirado el universo la caridad de Fenelon durante el cruel invierno que se siguió á los desastres de Luis XIV; y á la apertura de los estados generales se pudo juzgar del espítitu de tolerancia que animaba al clero. Cuenta el señor Thiers que el discurso del obispo de Nancy, en que abundaban los sentimientos generosos, fue aplaudido con entusiasmo á pesar de la santidad del lugar y la presencia del rey: que la emocion fue general; y que repentinamente se acabaron los odios en mas de un corazon, y tuvieron entrada la humanidad y el patriotismo.» Esta ha sido siempre la divisa del cristianismo: *olvido de las injurias y amor de los enemigos.* Si á poco se trata de la verificacion de los poderes y de deliberar acerca de la invitacion que en nombre del Dios de paz hacen los diputados del estado llano para que se reuna el clero con ellos en el salon de la asamblea, á fin de excogitar los medios de efectuar la concordia, muchos miembros de aquel responden con aclamaciones, y aceptan lisa y llanamente el proyecto que se les habia presentado. Pero. nunca llevó el clero su tolerancia hasta romper la unidad católica. Inmediatamente que la asamblea constituyente decretó el proyecto de la constitucion civil del clero, este se opuso con energia á tal usurpacion de la autoridad espíritual. La revolucion avanzó en sus caminos de invasion, de des-

truccion y de muerte. Levantaos, gloriosos pontífices, y vosotros, sacerdotes del Señor, al estruendo de la nueva tempestad que brama sobre vuestros palacios y vuestros templos; ó mas bien huid, huid de la tierra que os traga. Se os exige un juramento..... pero continuareis estrechamente unidos á la iglesia. Antes os dejareis encerrar en las cárceles ó asesinar al pie de los altares, que abandonarla.

Por entre las ruinas y los cadáveres palpitantes que señalaban el paso de aquella plaga asoladora, el catolicismo guiaba á sus hijos fieles. Los unos se dirigian á regiones extranjeras, mientras que otros se mantenian en el suelo patrio donde bajo formas diversas no cesaban de invocar las bendiciones del cielo, y abrir á las almas los manantiales de la gracia para hacerlas dignas de la verdadera gloria. La lucha estaba empeñada, y era formal, activa, implacable: una de las partes debia sucumbir. La religion combatida de todas partes cejó un instante; pero hizo como los partos, que al huir arrojaban el dardo mortífero al pecho del vencedor; y la revolucion halló su ruina completa en el terreno mismo que al parecer habia dejado momentáneamente la religion en su poder. Habia descargado la tempestad; y se calmó despues de haberse desencadenado todas las pasiones. La licencia de pensar y de obrar fue immolada por uno de los héroes que la misma revolucion habia dado á luz. Cuando se retiraron las olas de la anarquia, apareció Napoleon á la entrada de un nuevo universo, como aquellos gigantes que aparecieron despues del diluvio. A su regreso de Egipto se apoderó de la espada del mando; y la unidad del catolicismo que tenia que correr aun graves peligros, los venció.

Es verdad que la constitucion civil del clero arrancó al sacerdocio muchos hijos desdichados; pero la mayor

parte desaprobaron luego el error que los habia seducido. El cisma de los disidentes con que se metió entonces tanto ruido, no era mas que una quimera, porque era imposible ser cismático profesando la fé de la iglesia con riesgo de sus bienes, de su libertad y de su vida, y permaneciendo notoriamente en la comunion de aquella. Ademas ¿quién no tiene noticia de los breves de Pio VI para condenar la constitucion civil y la decision de la iglesia universal que se siguió de aquí? Entre los ciento treinta y un obispos que ocupaban las sillas de Francia cuando la expedicion de dichos breves, ciento veintisiete se adhirieron muy explicitamente á esta decision: mas de ciento treinta y cinco obispos extranjeros se unieron á ellos por una adhesion tan positiva, y en ninguna parte se oyó reclamacion alguna de los primeros pastores. Así pues la sentencia que nosotros alegamos, emana del cuerpo entero de la iglesia doctrinante. Por eso se miró como definitiva. Las alocuciones de Pio VII de 24 de mayo de 1802 y 26 de junio de 1805 lo testifican. Se vió salir la unidad del catolicismo de entre las olas que amenazaban tragarle, radiante con las glorias de su destino El cristianismo lo habia resuelto todo; y del Oriente al Occidente cantaba la humanidad su himno de descanso, de regeneracion y de ciencia con su *Hosanna* de gloria al Crucificado.

La paz de Tilsitt habia confirmado á Napoleon en el mas alto grado de pujanza á que podia llegar, y vencedor en Wagram se embriagó con sus triunfos, que prepararon la caida de un trono tan maravillosamente levantado; pero la iglesia debia quedar en pie, á pesar de los esfuerzos que él hubo de hacer para derribarla ó levantarla otra vez. En su ambiciosa política reunió los estados romanos á su imperio en el mismo año que dictó al Austria la paz de Viena. El Papa se opone á aquella

usurpacion, y el catolicismo es herido en su cabeza; pero no por eso debia alterarse su unidad. Halló garantias en el concordato firmado por el digno sucesor de Pedro y en ciertas miras de órden público y de paz para la iglesia; y de independencia para la santa sede. El concilio nacional convocado por Napoleon el 9 de julio de 1811 dió el espectáculo mas grandioso al mundo cristiano. Armados nuestros pontífices del escudo de la fé desafiaron á aquel que queria sojuzgar al universo: vislumbraron que se trataba de menoscabar la unidad de la iglesia, y con una fé fuerte y valerosa le respondieron *non licet*; y la unidad quedó intacta. El sumo pontífice de alma grande y corazon expansivo fue trasladado de Savona á Fontainebleau donde padeció hasta el año 1813 todos los dolores de un penoso destierro; pero tantas humillaciones no podian menos de presagiar un triunfo glorioso en un tiempo cercano. El 25 de enero del mismo año el Papa firma un nuevo concordato bajo cláusulas condicionales; y al punto levantando el catolicismo su oriflama anuncia al universo que Jesucristo ha mandado de lo alto de los cielos, que reina y que es vencedor. Bolonia habia abierto las puertas al mas santo pontífice; y la unidad se afirmaba en el mundo cristiano.

La derrota de Leipsick vino á cerrar los anales de tantas conquistas. Mientras que Pio VII, que habia vuelto triunfante á la capital de sus estados, dirigia á su voluntad la nave de Pedro entre las olas tumultuosas de los pensamientos humanos, su perseguidor iba á morir de remordimientos y de tedio en una isla remota. Su trono se habia hundido, y sobre sus ruinas se levantaba el de la flor de lis. La Francia logró ver otra vez á sus antiguos reyes; y el catolicismo siempre invariable no cesaba de caminar en las vias de la *tolerancia* y

del progreso. El espíritu público, todas las necesidades de la nacion estaban satisfechas. Un puñal regicida vino á sumergir á la Francia en el luto; pero la religion acudió á enjugar sus lágrimas y calmar sus agudos dolores. Al autor de la carta acababa de suceder aquel noble monarca, cuyas tristes cenizas descansan lejos del sepulcro de sus abuelos. Bajo su cetro parecia que lo presente habia encontrado seguridades, y lo futuro sus esperanzas. La libertad, lejos de eclipsarse, se embellecia con el esplendor de su diadema; y en presencia del pacto de familia, imponente á la par que regenerador, aparecieron reunidos en perfecta armonia en Reims la santidad de los altares y las garantias de los pueblos. Las faltas de diversos ministerios y la resistencia de las cámaras produjeron la catástrofe que hundió el trono de la rama primogénita de los Borbones. ¡Qué entendimiento, por penetrante que fuese, hubiera podido leer desde entonces en las páginas de lo futuro la larga serie de acontecimientos de que hemos sido testigos hasta el dia! «La Providencia, ha dicho con grandisima fuerza de razon el señor Guizot, no está sujeta á estrechos límites: no se inquieta por sacar hoy la consecuencia del principio que sentó ayer: ya la sacará dentro de siglos cuando haya llegado la hora; y por raciocinar lentamente segun nosotros, no es menos segura su lógica.»

De pronto fermentó un espíritu de rebelion en el seno de la Europa: parecia que se respiraba un aire inflamado: ruidos soterráneos, presagios siniestros de nuevas y deplorables calamidades, aturdian los oidos. Cualquiera hubiese dicho que estabamos amenazados de aquellas sacudidas violentas, que no solo derriban aldeas y algunas ciudades, sino que arrancan de cuajo antiguos y sólidos imperios. Creyóse que aparecian las

sombras formidables de 1789, para recobrar en un dia todo el terreno de que parecian desposeidas para siempre. Cada cual temia menos por su libertad y por su vida que por la religion en Francia, no porque pueda ser destruida, sino perseguida y transportada como una nube fecunda á climas mas dichosos. Se conocia el encarnizamiento inconcebible del directorio y de la convencion para perseguir con su odio las creencias religiosas, y todos los hombres de órden se aprestaban ó á huir como en otro tiempo del suelo asolado de la patria, ó á perecer degollados al pie de los altares en señal de fidelidad. Algunos ignorando, á lo que me parece, que la verdadera libertad consiste en el cumplimiento de todos sus deberes, é impelidos por un amor desenfrenado de la independencia llevaron el odio á toda autoridad hasta el fanatismo, y lejos de edificar no supieron mas que destruir. No volveremos á trazar el cuadro aflictivo de los duros golpes dados al catolicismo con la misma hacha que habia roto las gradas del trono hundido, ni los lamentables dolores que se exhalaban de las bóvedas de los templos santos profanados y de entre la ruina de los símbolos abatidos de la fé cristiana. El catolicismo siempre *uno*, pero *tolerante*, á ejemplo de su divino fundador no proferia mas que palabras de resignacion y de perdon: para confirmar la fé de los débiles parecia que repetia con el profeta: Mis enemigos me han acometido muchas veces; pero no han podido vencerme jamás.

La Providencia se burló de la falsa sabiduría, y dirigia los acontecimientos de tal suerte, que todos los pensamientos de esta quedaron confundidos. Un rey de raro valor y de vastas y profundas miras, á quien la Providencia ha protegido tantas veces y tan milagrosamente, y una reina piadosa, siempre madre de los pobres y siempre probada con crueles sobresaltos, debian preser-

varnos de tantos peligros y ser una prenda poderosa de la seguridad futura. El poder conservador, expuesto sin cesar á las pasiones de la multitud y siempre en vísperas de ser derribado por el choque de las facciones, pero tranquilo á presencia de tan grandes acontecimientos y confiado en lo futuro, ha triunfado hasta el dia de las divisiones intestinas. Trabajando eficazmente la Francia para emancipar la religion del yugo de hierro que la revolucion queria hacer pesar sobre nuestras cabezas, ha permanecido *católica.* El catolicismo no cesa de manifestarse entre nosotros con todos los tesoros de su magnificencia: *uno y tolerante, invariable y favorable al progreso.*

No hablaremos aquí de las tentativas de nuestros filósofos *humanitarios* para sustituir una religion nueva á la que diez y ocho siglos há corresponde tan bien á las necesidades del entendimiento y del corazon del hombre y á su destino social. Los discípulos de Fourrier y de San Simon no han sido mas que huéspedes de un dia, sentados al banquete social para aterrar con su tránsito. Su memoria ha perecido, y la verdad desconocida ha recobrado sus derechos. Una iglesia llamada católica francesa debia con grande escándalo de la humanidad presentar en la escena del mundo y bajo las formas mas innobles lo mas sagrado y respetable que tiene la sola iglesia verdadera. Rompiendo con las tradiciones de lo pasado no admite mas que simples reglas de opinion. Pero el catolicismo no ha padecido menoscabo alguno por esos sarcasmos rencorosos y esas parodias sacrílegas. A fin de no darle importancia ha desviado de ella sus miradas, y dejándole la triste libertad, tal como Dios la deja á la injusticia, de escribir en su bandera desplegada *falta de toda creencia*; y tolerante, si pudiera decirse, para con esa nueva torre de Babel hasta el exceso,

no cesa de deplorar la pérdida de aquellos á quienes el error ha seducido. Era inminente un cisma para el siglo XIX. El que hasta el año 1830 se habia mostrado en la brecha con la fuerza de un leon para defender la ciudad santa, ó como un muro inexpugnable levantado para preservarle de los golpes que se le dirigen, flaquea y á poco solo deja ver vastas ruinas. De los principios de una teocracia absoluta pasa á los de una democracia sin límites. La autoridad, dice él, no es mas que una palabra, y llama tiranía á toda potestad La libertad en sus escritos es sinónimo de licencia, y en nombre de la razon individual instiga á la insurreccion. Quiere imponer á la iglesia otra constitucion que la suya, y entronizar una gerarquía nueva. Alternativamente ensalza la razon sobre la fé, ó corrompe la fé para coordinar sus luces con las de la razon. Confunde todas las nociones admitidas de derechos y de deberes: sofista hábil en sus pruebas, obscuro en su lenguaje fogoso amenazaba demolerlo todo para reedificar segun decia; pero la centinela que vela y no se duerme jamás sobre la nave de Pedro, levantó la voz. Entonces como siempre el catolicismo se mostró tan inviolablemente adicto á la *unidad* de doctrina, como al espíritu de tolerancia y de caridad que le anima. El sumo pontífice á quien el Señor ha dado, como en otro tiempo á su profeta, una frente de bronce para resistir á los que tienen la frente de piedra, habia hecho presentir ya todo su pensamiento; y habia emanado una primera encíclica de la santa sede. El Papa habia felicitado á uno de los secuaces de la doctrina de Lamennais porque no tomaba ya ninguna parte en ella, y á poco la condenó como absurda y soberanamente injuriosa á la verdad católica. El zelo de aquel cuya caida deploramos amargamente, le habia grangeado el título de padre de la iglesia por parte de algunos admirado-

res: su obstinacion le valió el de apóstata en la boca de todos los cristianos. ¡Oh! ¡qué no podamos con votos ardientes y amargas lágrimas y aun á costa de nuestra vida conseguir una gracia eficaz del Eterno que le restituya al aprisco!

Pero el catolicismo estaba destinado á sufrir nuevas pruebas. Fue perseguido en Prusia como lo es aun en Rusia y en España; mas sucesivamente ha bajado de la cátedra apostólica una voz que ha resonado en el mundo cristiano para denunciar las violencias hechas á la iglesia. Sentimos sínceramente no poder dar aquí cabida á esos monumentos de la fé católica, destinados como otras tantas columnas indestructibles levantadas enmedio de las edades á atestiguar hasta á nuestros últimos descendientes su invariabilidad y su tolerancia. Disculpesenos si no hacemos mas que indicarlos. Recuerdese la alocucion del sumo pontífice Gregorio XVI en el consistorio secreto de 22 de noviembre de 1839 con motivo de las persecuciones ejercidas contra la iglesia católica en Rusia. Traigase á la memoria su declaracion tocante á los asuntos de Prusia. Releanse sus letras apostólicas de 22 de febrero de 1842 y sus alocuciones en los consistorios secretos celebrados en las calendas de febrero de 1836 y en las de marzo de 1841, relativas á la plaga que devasta á España. No podriamos comprender la obstinacion de los que despues de haber compulsado estos documentos auténticos, acusasen todavía al catolicismo de intolerancia. ¡Qué marcados están en el cuño de un zelo ardiente! Pero tambien ¡cómo llevan el sello del respeto y de la sumision que los pueblos deben tener á los que los gobiernan! La unidad y la invariabilidad, la caridad y el progreso á la sombra protectora de la paz y de una prudente libertad despiden en ellas la luz mas brillante, y se pintan con los colores

mas verdaderos. Esta es la tolerancia: tales son los sentimientos verdaderos de la fraternidad evangélica.

Asi el catolicismo, á veces tan desconocido y otras muchas tan mal juzgado, lejos de ser el centro inflexible del despotismo y de la inmovilidad, es el *tipo* mas perfecto de una sociedad progresiva destinada á la conquista pacífica de la libertad bajo el estandarte de la fé. Es el elemento de la civilizacion moderna como lo fue en tiempos pasados. No puede haberse olvidado su gran parte de influencia sobre las instituciones y costumbres de los pueblos. Los anales de las naciones estan abiertos á las miradas de todos, y nadie puede negarlo con justa razon. Sabido es cuánto ha hecho nuestro venerable pontífice colocado en la silla de Roma á favor de los negros (1). Su voz se levantó fuerte y poderosa para resonar en todo el mundo cristiano, á fin de que tóda criatura sea llamada á gozar del beneficio de la libertad de los verdaderos hijos de Dios. Y si sorprende la unidad que reina en las civilizaciones que han precedido á la de la Europa moderna; ¿no queda uno mas sorprendido cuando considera esta? ¿No es evidente que en la civilizacion de los diferentes estados de Europa se descubre cierta unidad que dimana de hechos casi idénticos, á pesar de las grandes diferencias, de tiempos, lugares y circunstancias, que se refiere á los mismos principios, y que tiende á producir poco mas ó menos resultados análogos en todas partes? Tiene alguna unidad, y sin embargo no es menos prodigiosa su variedad. Los rasgos de su fisonomía estan diseminados. Ella ofrece ejemplos de todos los sistemas y de todos los ensayos de organizacion social que existen unos junto á otros. A pesar de su diversidad tienen todos cierta semejanza y cierto aire de familia que es imposible des-

(1) Encíclicas de 1839 y 1840.

conocer. «Si es inferior, dice el señor Guizot, al adelantamiento correspondiente en las civilizaciones antiguas, cuando se considera el conjunto, la civilizacion europea aparece incomparablemente mas rica que ninguna otra, porque ha producido á un tiempo muchos mas adelantamientos diversos: de quince siglos á esta parte no ha cesado de crecer su progreso.» «La civilizacion europea, continua el mismo escritor, ha entrado, si es permitido decirlo, en la eterna verdad, en el plan de la Providencia, y marcha segun las sendas de Dios.» Este es el *principio racional* de su superioridad. La Providencia da un paso y han transcurrido siglos. ¡Cuánto tiempo, cuántos acontecimientos antes que la generacion del hombre moral por el cristianismo haya ejercido su grande y legítima influencia sobre la generacion del estado social! Sin embargo lo ha logrado: ¿quién puede desconocerlo hoy? Asi apenas hay una idea grande, un principio de civilizacion, que para extenderse por todas partes no haya pasado primero por la Francia. ¿Por qué? Porque la Francia ha permanecido católica.

A nuestros ojos la salvacion y la gloria de la humanidad están en la union de la inteligencia y del sentido, del raciocinio y de la accion, de la ciencia y de la fé, en el perfecto acuerdo entre el clero que continue desempeñando su mision de las sublimes y saludables doctrinas de la iglesia enmedio de los pueblos, y la universidad que cultive los entendimientos y difunda las ciencias humanas en armonía con la fé y la caridad; en la completa concordia del poder espiritual con la potestad temporal, cada uno colocado dentro de la esfera activa de sus atribuciones; pero prestándose un concurso franco y leal en los objetos mixtos sin ninguna repugnancia y sin desconfianza recíproca; por último en la reunion de estos diversos elementos del movimiento

social. Semejante órden de cosas presentaria á todos los hombres creyendo y amándose, felices por la armonía de la verdad y de la caridad, que haria de todos un solo corazon y una sola alma. Y tanto mas viva y fuerte será la fé, cuanto que la mayor parte de aquellos volverán á ella despues de haber apurado todos los errores.

¿Qué obstáculos pues podrian oponerse á esta fusion, cuya necesidad se siente cada dia con mas urgencia en la sociedad? Se desea una union, una conciliacion, una transaccion: esta es la palabra que hemos oido repetir despues de algunas discusiones sobre puntos importantes de dogma religioso y de ciencias sociales; y nadie quiere dar un paso adelante. La filosofía se esfuerza para mantenerse firme: los cultos disidentes se observan; y la economia política de los pueblos quiere volar con sus propias alas. Permitasenos juzgar, segun el débil alcance de nuestra inteligencia, de estos diversos elementos de organizacion social y de las relaciones que podrian establecerse con la fé cristiana. Siendo la obra de Dios debe ser siempre el alma de las obras del hombre, á no que se condenen estos á ser unos cadáveres secos, privados de sentido y de vida.

¿Y por qué? ¿No se podria á la luz de la antorcha de la fé ir á beber en la fuente de las artes, de las letras y de toda ciencia aquel entusiasmo que nos eleva á la comtemplacion de lo verdadero y lo bello? ¿Ir á la conquista del mundo sensible por medio de la libertad y de la inteligencia? La religion lejos de combatir la industria la comprende y la refiere á unos principios que dominan á los que la economía política abona. En vez de cortar las alas al arte le sigue en su vuelo, mide su alcance y objeto, y como hermana de la verdadera filosofía ilustra á aquel y le fecunda.

CAPITULO VII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XIX.

Resumen de los capítulos precedentes. —Diversos puntos de vista bajo los cuales considera al catolicismo la filosofía del siglo XIX. —En vez de individualizar generaliza. — De su propension á sustituir la razon universal á la revelacion. —Opiniones de nuestros filósofos en esta parte. — La soberanía de la razon universal resume todos sus sistemas. — Pruebas en apoyo. — Sin embargo el elemento moral se reconoce indispensable á la sociedad. —Consecuencias en favor de la alianza de una verdadera filosofía con el catolicismo. — Juicio de la teoría de la soberanía de la razon universal en sus pruebas, sus principios y sus consecuencias. — La filosofía no corresponde á las urgentes necesidades de nuestra época. — Lejos de atraer á la fé conduce al ateismo — En vez de propender al progreso se agita dentro de la esfera del escepticismo, y no puede producir mas que la discordia y el egoismo. — Muchas pruebas en apoyo. — Homenaje personal tributado á nuestros filósofos. — La filosofía impotente y esteril bajo este respeto social debe convertirse hácia el catolicismo. — Ventajas que debe esperar de él. — Para obrar esta union no tiene que recorrer tanta distancia como comunmente se figuran algunos. — Tentativas infructosas hechas hasta aqui por la filosofía. — Iban encaminadas nada menos que á acarrear la ruina del catolicismo. — Admita la filosofía el hecho divino y sus rigorosas consecuencias, y está efectuada la alianza.

Ya hemos llegado al punto eminente de la cuestion

que nos habiamos propuesto resolver. El catolicismo satisface plenamente las necesidades de nuestra época; de donde se sigue una consecuencia importante. Los principios y las leyes especiales de la sociedad son los principios y las leyes mismas que han dirigido la constitucion de la iglesia, y que dirigen aun su destino sobre la tierra bajo la accion de Dios y del hombre. Por eso hemos demostrado que el catolicismo en su gobierno, enseñanza y caracteres es *uno y tolerante*, *invariable* y sin embargo *favorable al progreso*. Hemos consultado sus anales; y los hechos han venido á confirmar nuestra tesis. De manera que ya no deberia vacilarse en proclamarle como la señal y la condicion de toda perfeccion individual y social. Abre al entendimiento humano las fuentes de la verdadera filosofía, elevándole por la fé al conocimiento de la personalidad del ser infinito, y bajando despues como el águila en su rápido vuelo hácia el mundo de las cosas criadas se muestra en perfecta armonía con la naturaleza y la experiencia. Se asocia gustosa la razon, y acoge la buena fé. Sus miras en favor del talento son sublimes, é inefables sus doctrinas para los corazones sensibles. Condena el vicio é insinua la virtud: inspira la caridad y no desecha ninguna forma social. Es la última palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo: encierra todo lo que falta á nuestra razon para llegar á la nocion pura y cierta de las verdades fundamentales, y sostiene con mano firme y segura el mas hermoso edificio de ideas generales é incontestables principios que nos es dado contemplar en sus majestuosas proporciones durante esta vida.

Sin embargo la filosofía del siglo XIX caminando por la senda de la exageracion ha elevado la razon humana á par de la razon divina: ha proclamado la absorcion de lo finito por lo infinito, uno y otro identifi-

cados y convertidos en una sustancia única. Dios no es á sus ojos mas que una abstraccion, un modo de que se reviste la inteligencia que quiere levantarse al apogeo de la ciencía. Desde entonces la religion se ha transformado en puro simbolismo, en una belleza ideal, en un conjunto maravilloso de hechos psicológicos, en un incremento progresivo de la inteligencia, en una palabra en cierta cosa poética y sentimental. En él no se descubren mas que alegorías é imágenes, que son todavía el patrimonio de los tontos y de los simples: sola la filosofía aparece digna de recibir el culto del ingenio. De ahí se ha llegado á distinguir dos clasificaciones en la especie humana, dos castas aparte, los ignorantes y los sabios. Para los primeros es el ceremonial religioso; pero para los segundos la ontologia del culto, una creencia movil como la verdad: mejor haremos en llamarla una opinion religiosa, cuya variedad puede mudarse de hoy á mañana ó experimentar modificaciones incesantes. En estas cuantas palabras creemos haber formado el diseño de la fisonomia filosófica de nuestra época: nos guardaremos muy bien de atribuir sus diversos sistemas á cada uno de los hombres cuyo talento apreciamos. Solo hemos querido bosquejar la afinidad que tienen entre sí estas ideologias filosóficas del siglo XIX. Así no aspiramos á reducirlas á un carácter genérico y expresar su fondo con una denominacion comun: otros han ensayado este trabajo con acierto; y nosotros hemos aplaudido gozosos el fruto que han obtenido (1). Se ha intentado probar que el panteismo resume las diversas formas de que se ha revestido el genio filosófico de nuestra época. La mayor parte de nuestros filósofos estan muy lejos de convenir en esto, pero todavía no han justificado sus doctrinas.

(1) El señor Maret.

Por nuestra parte no tenemos que entrar en esta discusion. Cada sistema podria ofrecernos matices delicados que nos costaria trabajo coordinar al rededor de la unidad: ademas para llenar la tarea que nos hemos impuesto, basta juzgar de la diversa tendencia de aquellos.

Apenas nos separan del siglo XVIII, unos cuantos años; y sinembargo la escuela filosófica ha recorrido desde entonces una distancia infinita. A las formas insuficientes y gastadas de su antecesor el siglo XIX ha conocido la necesidad de sustituir otras mas completas. Encargado de llenar los vacíos de aquel ha trabajado para elevar el método racional á su mas alta potencia; y en vez de mostrarse abiertamente hostil á todas las creencias se ha dedicado á conciliarlas todas con una nueva filosofía. Debemos á lo menos tener en cuenta sus esfuerzos, ya que no podamos aplaudir los resultados que ha conseguido. Ha tratado de reunir los entendimientos divergentes; pero no ha podido vencer la anarquía en el mundo del pensamiento y de la opinion. La mano del hombre es demasiado débil para sentar dogmas y fundar creencias. Lejos de volver al seno de las doctrinas católicas ha continuado siendo su antagonista: abriéndose un nuevo camino no ha admitido los preceptos de aquel sino como un grado para subir á las manifestaciones sublimes de la razon, no individual sino general de la humanidad. Consultemos sus diversos sistemas antes de intentar juzgarlos en todas sus relaciones.

Estaba reservado á la Alemania marchar la primera por esta via que llama reparadora de lo pasado y fecunda para lo venidero. «La religion y la filosofía, decia el célebre Hegel, tienen el mismo objeto; pero la segunda es muy superior á la primera, porque llega por sí misma á concebir clara y evidentemente los principios de todas las cosas, que la religion no hace mas que

indicar de una manera obscura y encubierta.» La mayor parte de los hombres distinguidos y sábios de Berlin han adoptado estas ideas. Hé aquí por qué no manifiestan odio ni aversion hácia los que estan apegados aun á doctrinas religiosas positivas: se compadecen de estos hombres; pero respetan sus buenas intenciones. «¿Todavía necesitais, les dicen, una religion revelada, un culto exterior, unas ceremonias? Bueno: comprendemos perfectamente vuestro estado porque tambien ha sido el nuestro; pero acaso saldreis de él, si penetrais mas adentro en los estudios filosóficos, si la luz de la ciencia ilumina al fin vuestra razon.» La religion revelada no es á sus ojos mas que un estado transitorio, por el cual pasa la humanidad para llegar á la cumbre de la ciencia. Segun ellos la razon general debe elevar la humanidad á un grado mas perfecto de adelantamiento intelectual.

Nuestra filosofía, olvidando el grado de preeminencia que la Francia ha adquirido por su mision civilizadora entre todos los pueblos, ha ido á tomar prestadas ciertas inspiraciones y luces mas allá del Rin; y unos nombres ilustres han venido á aumentar la lista de los filósofos modernos, que simples partidarios de Kant al principio han concluido por sobrepujar su sistema. El señor Cousin ha alabado el racionalismo de este filósofo profundo á la par que erudito como el monumento mas sólido, y atrevido que ha levantado el genio filosófico á la virtud desinteresada. Ha dicho de Leibnitz que sus opiniones no son solamente un sistema, sino un método, cuyo carácter eminente consiste en no desechar nada y comprenderlo todo para emplearlo todo. No hay pues que admirarse del eclecticismo que aquel ha introducido el primero entre nosotros. «Supuesto que se buscan, ha dicho, antecedentes en estas débiles lecciones; lo confieso

con gusto, se refieren á Leibnitz.» Nadie podrá negarnos que el vasto saber de aquel grande hombre le inclinaba al eclecticismo, mientras que al parecer se apegaba al espiritualismo por su monadolgia. El señor Cousin ha encontrado en la razon humana y la razon divina la idea de lo infinito, la idea de lo finito y de sus relaciones, los mismos elementos, los mismos procedimientos, por consecuencia una perfecta identidad; y segun él la revelacion no es mas que el efecto producido por la facultad de inspiracion *elevada á su mas alta potencia*. Bastante da á entender que la razon es todo y la fé nada, ó á lo menos que esta debe estar dominada por la razon. Asi ha dicho el señor Barchou de Penahen en el paralelo entre el señor Cousin y Hegel (1): «que el fundador del eclecticismo veia en la historia el progreso continuo de la humanidad como Hegel, y que sus puntos de vista sobre la religion y la filosofía son análogos.»

El señor Jouffroy presenta el cristianismo como una institucion degradada; pero segun él despertada la razon debe elevar un nuevo dogma sobre las ruinas del antiguo. Habla de la necesidad de un simbolismo y de sus metamórfosis sucesivas. En esta doctrina nueva parece que fija largas esperanzas y vastos pensamientos. El señor Damiron se queja amargamente de la obscuridad de los misterios, y no ve en la revelacion mas que la espontaneidad de nuestra naturaleza. La base sobre que se fundan las explicaciones de la doctrina católica, es la inspiracion general de la humanidad y la necesidad que esta tiene de expresarse en alegorías y símbolos. El señor Michelet, autor de una filosofía histórica, no admite mas que una pugna entre la libertad y la fatalidad: Dios y el

(1) *Historia de la filosofia alemana*, t. II.
(2) *Filosofia del derecho*, t. I, II.

hombre lo hacen todo. El señor Lherminier, sosteniendo la soberanía del entendimiento humano y su incremento progresivo é indefinido, afirma que la razon de las cosas está en el entendimiento humano, y que la filosofía sigue preparando para las sociedades otras creencias y otros símbolos cuando la religion se para. El señor Guizot admite la soberanía de la razon individual, y no ve en la civilizacion mas que el producto del incremento de las facultades humanas. Los secuaces de San Simon y de Fourrier, aspirando á la gloria de constituir sociedades fuera de la fé, se apoyan únicamente en las fuerzas de la razon y de la pasion, y proclaman la rehabilitacion de la materia y de la carne. El señor Leroux remontándose á las regiones superiores de la filosofía prescribe, es cierto, límites al individualista racionalismo; pero rompiendo con las tradiciones católicas invoca las de la era moderna y las creencias é ideas actuales de la humanidad, es decir, la razon de los pueblos ó en otros términos una religion nacional. Hasta aquel ingenio que en otro tiempo sacaba sus inspiraciones de la fuente de la verdad católica, ha intentado combatirla. El señor Lamennais, admitiendo la movilidad de toda verdad en el sentido de que puede volverse un error, ha destruido toda la inmutabilidad de aquella, y sujetado la fé á los progresos de la razon. El doctor Strauss (1), cuyo racionalismo se ha elevado á la mas alta expresion, aconsejaba con franqueza á los ministros del culto que participasen de sus opiniones, que cerraran la puerta del templo á no que quisiesen entronizar en él la filosofía. Finalmente para el señor C. de Remusat la razon y solo la razon es todo: fuera de ella no admite nada, y la religion es una especie de falta de sentido. ¿Quién puede, dice, ocupar

(1) Prólogo p. X.

el lugar de la verdad religiosa, reemplazar á la tradicion y aventajar á las costumbres? ¿quién puede consagrar los intereses establecidos? La razon sola..... elevad la razon, y será la filosofía (1).

Enmedio de estos diversos sistemas se ve aparecer un punto hácia el cual van todos convergentes, la soberanía de la razon, ya individual, ya general. Perdonesenos que emitamos nuestro insignificante dictámen sobre este punto. Despues de haber examinado detenidamente el carácter de la filosofía de nuestra época no ha podido ocultarsenos que adoptando en un todo la potencia que daba á esta facultad discursiva de conocer el eclecticismo fenomenal de Kant, ha pretendido la filosofía que la razon humana *á posteriori* principio de todos los conocimientos contingentes es *á priori* (2) el principio de todos los conocimientos necesarios, es decir, inherentes á la naturaleza de la misma inteligencia. Asi el pensamiento que nos parece resume todas las opiniones de nuestros filósofos, tiene conexion íntima con el de Hegel. Este sostiene que la razon humana ha llegado á un grado de complemento y madurez, que la pone en estado de aspirar con sus propias fuerzas al conocimiento de todas las verdades que el hombre habia aceptado en otro tiempo como provinientes de un orígen superior y comunicadas por la revelacion. Hasta llega á decir que la razon humana penetra mucho mas en la inteligencia íntima de estas

(1) *Ensayos de filosofía.*

(2) Kant entiende por conocimiento *á priori* unos conocimientos primeros ajenos de los sentidos, que no provienen ni de la experiencia, ni de ninguna impresion sensible. Los conocimientos empíricos que tienen su orígen en la experiencia, son *á posteriori.*

verdades, que aquellos hombres que iluminados de una luz sobrenatural intentaron explicarlas.

Tal es la expresion viva y animada de la filosofía moderna: la soberanía general de la razon universal de la humanidad, que viene á disputar al catolicismo el imperio moral y civilizador de que está en posesion hace mas de diez y ocho siglos. La liza está abierta: los contendientes estan á la vista, y el universo mira. Este antagonismo ha descendido del mundo del pensamiento hasta las regiones mas inferiores del mundo social, y se ha propagado de uno en otro á todos los estados de Europa. Descubrese en el terreno de la inteligencia y de la moral, y como que se ha infiltrado en todas nuestras instituciones; y ensanchando todos los pueblos la arena parece que han bajado á tomar parte en los honores del combate. Hé aquí sin duda el enigma que presenta para explicar la actual situacion de la sociedad: la lucha empeñada en toda la vasta extension de la Europa, en el mundo literario y científico, entre la potestad temporal y la espiritual, la universidad y el episcopado, entre los cultos disidentes, en el seno de los cuerpos legislativos lo mismo que en los concejos y en la discusion de los principios que deben dirigir la economia social de los pueblos La inteligencia, el sentimiento y la accion son alternativamente combatidos y valerosamente defendidos; y esta lucha debe ser decisiva para el destino del mundo. Considerense los acontecimientos de que sucesivamente son ó han sido teatro Francia, Prusia, Rusia, Inglaterra Alemania, Suiza, Italia, Portugal y España; y no creemos que haya quien contradiga este juicio.

Sin embargo como la efervescencia de la edap media entorpeció la marcha del mundo hácia la madurez; el antagonismo del siglo XIX paraliza la de la sociedad europea hácia su estado normal elevado á la mas alta po-

tencia. A lado de los importantisimos resultados comprobados por los progresos de las ciencias parece que el frio egoismo ha secado los corazones. Nadie puede prescindir de un secreto presentimiento de una ruina completa ó de una resurreccion próxima de propensiones y de principios. Cada dia se manifiesta mas una alteracion profunda en nuestro estado social; y se conviene mas que nunca en que las luces son insuficientes para nuestro siglo y que le es indispensable el elemento moral. ¿Qué cosa pues podria retardar aun la union de la razon y de la fé, de la filosofía y de la doctrina católica? La iglesia no excluye la ciencia; antes la honra y la estimula. Unicamente aspira á poner la inteligencia en posesion de las luces de la fé adornadas de los rayos de la ciencia, y á penetrar los corazones, la moral pública y nuestras instituciones sociales de los sentimientos generosos que una caridad compasiva y universal inspira.

No podemos comprender la repugnancia que la filosofía experimenta en aceptar este programa. Parecenos que ha comprendido mal su gloriosa etimología y la mision sublime que le queda que llenar. Algunas rivalidades miserables, algunas delicadezas insignificantes en las personas ó por las cosas no pueden disculpar á nuestros ojos cualquiera tardanza que se ponga á esta conciliacion franca y leal entre los discípulos de la verdad revelada y los admiradores exclusivos de las conquistas de la inteligencia, la doctrina católica y la doctrina humana. ¿No tocaria una parte bastante grande y honorifica á la filosofía si se esforzase en alcanzar la verdad y hacerla constar en leyes que dirijan el órden físico y social en las ciencias exactas y naturales, en su aplicacion á toda institucion humana, y en concurrir á todos los establecimientos que pueden asegurar la prosperidad de los estados? En cualquier hipótesis el entendimiento del

hombre se verá tarde ó temprano precisado ó por temor ó por amor á ceder al poderoso atractivo de las luces divinas. El hombre se agita y Dios le lleva, decia el gran Bossuet, y la iglesia, esposa virginal del esposo celestial, no es llamada jamás al combate sin que alcance la victoria.

Pero ¿por qué la conviccion íntima de su propia inferioridad no ha de ahorrar á la filosofía la humillacion de la derrota? En la realidad ¿con qué preciosas ventajas puede dotar á la humanidad la filosofía entregada únicamente á sus propias inspiraciones? Ella proclama la soberanía general de la razon universal: este es un alimento para las pasiones de la multitud, su loco orgullo y su excesivo deseo de independencia; pero no por eso dejan de quedar los hombres sin creencias, sin reglas de moral y privados de todo vínculo social. Procuremos profundizar la cuestion con toda la gravedad que exige, en sus pruebas y en sus principios, y sobre todo en las tres relaciones de las necesidades que se descubren en la sociedad moderna con todo el convencimiento de su energía.

«Tres siglos de revoluciones religiosas y políticas habian constituido el individualismo, dice el excelente autor, del Ensayo sobre el panteismo. La razon individual parecia destinada para siempre al gobierno de las inteligencias. Su triunfo se proclamaba en todas partes, y su triunfo debia ser eterno. Y sin embargo en manos de unos filósofos se rompe el instrumento que se decia propio para las cosas mas grandes, con el cual debia concluirse la emancipacion del entendimiento humano, y fundarse la felicidad sobre la tierra de una manera completa y durable. Arrojanse algunas palabras de desprecio al rostro de la razon individual, y estas palabras no salen de bocas católicas. Dicesele en su cara que ella sola no

puede llevar las riendas de la inteligencia, y que es inepta para conducir el curso del destino humano. Se invoca la razon de los siglos, y se proclama la necesidad de la tradicion. Esta impugnacion contra el método individual salió de las filas de la escuela progresiva. El señor Leroux despues del señor Guizot, y tomando inspiraciones de los sistemas de los señores Cousin, Jouffroy y Damiron, ha proclamado la necesidad de la tradicion. Aunque la manera como la entiende diste del sentido católico, y la siente sobre un fundamento ruinoso; no por eso es menos notable esta confesion.» Resume la filosofía entera del siglo XIX en la soberanía general de la razon universal de la humanidad.

¿Cuáles son sus pruebas? Poco completas á nuestro juicio. En efecto si tomamos la razon universal de la humanidad en su rigorosa acepcion fuera de la fé, no será mas que una quimera, porque en el conflicto de las opiniones tan diversas como los grados de adelantamiento de la razon individual, ¿qué medio quedaría para comprobar el consentimiento absoluto, único que podia constituirla? Y si no se entiende mas que en un sentido relativo, ¿quién podrá determinar el grado de generalidad suficiente, á fin de que se la pueda reconocer? Ademas la filosofía admite las doctrinas progresivas y la verdad movil. Pero en esta hipótesis, mientras que se creyera descubrir bajo todas sus formas lo que en realidad no se habria conocido mas que bajo una de ellas, y lo que hoy es *verdad* puede mañana volverse *error*; donde no hubiera nada fijo, ni inmutable, enmedio de contradicciones instantáneas; ¿cómo podria manifestarse la razon universal? ¿De dónde le vendría la certeza? De la infalibilidad sin duda del genéro humano, de ciertas nociones, de ciertos principios que son la misma verdad, y de que está en posesion el entendimiento humano; pero

segun la filosofía del siglo XIX hasta la era de la perfectibilidad moderna el entendimiento humano ha sido constantemente el juguete del error. La historia no es mas que una serie de errores necesarios: toda la Europa en la edad media fue víctima de una fatal ilusion, y antes del cristianismo no se vieron en el mundo entero sino las supersticiones mas locas, los cultos mas absurdos que subsisten aun entre todas las naciones orientales.

Sin embargo á presencia de esta multitud de errores llamados inevitables proclama la filosofía moderna la infalibilidad de la razon humana. Está convencida profundamente de que la razon que se ha extraviado hasta nuestra época, manifestará de aquí en adelante la verdad, y que el consentimiento que ha sancionado el error hasta nosotros, será el fiador infalible de la verdad. ¿Cómo no se conoce que habiendo sancionado este consentimiento el error hasta nuestros dias, segun la filosofía, en el hecho mismo se ha debilitado y queda incapaz de apoyar los principios que presenta como la verdad? Y sin embargo parece que esta razon tan quimérica, tan movil y tan errónea, es la que se quiere sustituir al catolicismo, y extender su cetro no solamente al dominio del reino sensible y criado, sino hasta las mas elevadas regiones del mundo invisible é inmortal. Asi habiendo tomado alas se elevó con un vuelo rápido hasta lo mas encumbrado de los cielos para igualar al Altísimo.

Esta teoria de la filosofía incompleta en sus pruebas es falsa en sus principios: ha identificado la razon divina con la razon humana, es decir, traido Dios al hombre (1). «Lo que forma el fondo de nuestra razon, di-

(1) Curso de 1828, leccion 5.

ce uno de sus escritores, forma el fondo de la razon eterna, es decir, una triplicidad que se resuelve en unidad, y una unidad que se convierte en triplicidad, la idea del infinito, la idea del finito y la relacion de los dos términos. La vida en Dios no es otra cosa que el movimiento que va de la unidad á la multiplicidad, y que vuelve la multiplicidad á la unidad. Asi en la inteligencia divina no hay mas que la idea de lo infinito, de lo finito y de su relacion.» Y en otra parte dice: «El *yo* no es la sustancia sin duda; pero no es ni puede ser mas que una forma sublime de ella (1). No dándose Dios sino en cuanto causa absoluta, por este título no puede menos de producir; de modo que no hay Dios sin mundo, como no hay mundo sin Dios. Es un Dios, continua, sustancia y causa á un tiempo, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, individualidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre del ser y en su grado mas humilde, infinito y finito juntamente, triplo infinito, es decir, á un tiempo Dios, naturaleza y humanidad (2).» Este sistema estriba evidentemente en el principio de una sustancia única, de que Dios y el hombre no son sino los accidentes, las modificaciones, las formas: no tienen mas que una sustancia incalificable, de la cual nada se puede afirmar ni negar: no son mas que una abstraccion sin vida y sin valor.

La teoría del progreso continuo é ilimitado del entendimiento humano propende tambien á la deificacion de la razon humana á quien ha tocado en herencia la infinidad. Es verdad que el señor Leroux ha parecido que admitía la personalidad de Dios distinta del mundo; pero

(1) Argumento del Fedon.
(2) Prefacion de la primera edicion de los *Frag. filosóf.*

las explicaciones que da de la creacion, le han precipitado en la confusion de lo finito é infinito (1). «La creacion, dice, no es otra cosa que el producto instantáneo del poder, de la sabiduría y del amor de Dios: es la consecuencia inmediata de la existencia del Criador, y no hay suspension entre la conclusion de la generacion divina y el principio de las emanaciones del ser Criador. La existencia de Dios no era buena antes de la emanacion del universo. Este no tiene otro principio que el principio del mismo Dios.» De donde se sigue evidentemente que no pudiendo manifestarse Dios, era indispensable el mundo á la existencia divina. Hé aquí pues al señor Leroux precisado á confundir lo finito y lo infinito, y á emitir el cambio de Dios en hombre.

Estas proposiciones: lo finito no es mas que lo infinito bajo otro aspecto, infinito se hace finito, lo finito y lo infinito son idénticos, ¿no presentan una contradiccion manifiesta? ¿Qué es lo infinito? Lo que no es capaz de aumento ni de diminucion, un ser de una perfeccion soberana, sin restricciones, sin límites, que no puede tener principio ni fin, al cual no se puede aumentar ni quitar nada. Lo infinito es perfectamente uno, simple, indivisible. Esta idea es en el hombre tan distinta, que la separa fácilmente de todo lo que no pudiera convenirle. Todos los hombres llevan en el fondo de su conciencia esta grandeza que nada es capaz de borrar ni de destruir: todos los razonamientos posibles vendrán siempre á estrellarse en esta creencia invencible. La humanidad cree en un ser, no ficticio sino real, soberanamente inteligente, sabio, justo, bueno, en una causa personal; y esta creencia es la base de su vida moral y de sus esperanzas. ¿Qué es lo finito? Lo que

(1) *Nueva enciclopedia*, art. *ciclo*.

puede estarse aumentando ó disminuyendo siempre, todo lo que es múltiplo, limitado, mensurable, todo número colectivo ó sucesivo, todo compuesto que tiene partes distintas é independientes en su existencia, y cuya no existencia puede concebirse claramente. Por mas esfuerzos que se hagan para asombrar á nuestra inteligencia con la inmensidad de los espacios y la multitud de los seres; siempre se podrá aumentar un espacio á aquellos espacios, un número á aquellos números, otros seres á aquellos seres. Asi pues lo que no es capaz de aumentarse ó disminuirse, ¿seria idéntico á lo que podrá aumentarse ó disminuirse siempre? Lo que no tiene límites, ¿seria idéntico á lo que siempre es limitado? ¿No es esto afirmar y negar el mismo objeto? ¿No es contradecirse? ¿Cómo se ha de admitir que lo que es uno y sin límites, sea idénticamente la misma cosa que lo que es limitado y múltiplo? ¿Cómo admitir que lo que no es capaz de aumento ó diminucion, sea idéntico á lo que siempre puede aumentarse ó disminuirse? ¿Hubo jamás una hipótesis mas contraria á la recta razon, á las nociones que la naturaleza de los dos términos finito é infinito abraza necesariamente?

Para eludir estas consecuencias ha supuesto la filosofía que solo lo infinito existe, y que lo finito no es mas que una apariencia, una ilusion, que no tiene realidad verdadera. Permitasenos advertir que las ideas de lo finito son inseparables de las de lo infinito en nuestro entendimiento; y que si las primeras no tienen ninguna realidad, no pueden tenerla mas las segundas. Las unas y las otras se nos aparecen en el *yo*: si el *yo* no es real, ¿por qué lo han de ser las ideas que manifiesta? ¿Por qué han de tener mas realidad que el *yo* mismo? Cualquier hombre puede decir con justa razon:

Yo existo y siento que no soy el infinito; luego soy distinto de él. En vano se niega la realidad del mundo, la personalidad humana: en vano se defiende que estas cosas no son mas que apariencias: la humanidad cree en la realidad del mundo como en la del *yo*. Suponer lo contrario es oponerse á la recta razon. Sabemos que se ha dicho: «Los límites no tienen existencia absoluta: en el fondo no son nada.» A esto respondemos que los límites en cuanto límites pueden no ser mas que abstracciones; pero sin embargo los seres limitados son algo real, y es indestructible esta opinion de la realidad del *yo* y del mundo. La realidad de lo finito, lejos de ser contradictoria con la nocion de lo infinito, está en completa armonía con ella, porque es mas perfecto producir alguna cosa distinta de sí, que no poder hacerlo. La existencia real y distinta de lo finito está ligada con la verdadera nocion de lo infinito, porque identificando lo finito con lo infinito, se le aniquila. En efecto no se encuentran en la totalidad de los seres finitos la inmutabilidad, la unidad y la perfeccion soberana que caracterizan á lo infinito, mientras que este se nos presenta tal como tenemos idea de él, pintandonosle como que contiene en un grado eminente todas las perfecciones que comunica en un grado limitado. Entonces llena plenamente la idea que tenemos de la perfeccion infita, de un ser simple é inmutable, que no tiene ningunas modificaciones; pero que encierra todas las perfecciones de todas las modificaciones mas variadas en su inalterable simplicidad. Los seres de que se compone el universo, no son simples modificaciones de la sustancia divina. Aunque tengan la raiz de la existencia en Dios, no dejan de ser distintos de él con toda la distancia que separa lo finito de lo infinito El estudio del universo nos revela sin duda la grande unidad de que derivan todas las existencias, y á

donde todas van á reunirse; y es cierto que no podemos concebir la multiplicidad sin la unidad. Tiene uno que referir por fuerza el primer término al segundo, las unidades relativas á una unidad superior, de las que son reflejo todas las otras. Pero no pudiendo reducirse unas en otras estas ideas, deben necesariamente ser distintos los objetos que les corresponden. «Y cualquiera que quisiese concluir de la necesidad de estas relaciones que existe sola la unidad suprema, dice el señor Ancillon (1), trataría de sacar de la idea de la unidad lo que no contiene: abusaría de esta idea.» De que puede concebirse lo relativo sin lo absoluto, no se sigue que lo relativo no sea nada; y porque una sustancia productora y una sustancia producida tengan los mismos atributos, no se sigue que no sean numéricamente distintas. Si la causa debe contener lo que hay en el efecto, puede contener de una manera infinita lo que le comunica bajo un modo finito.

Entonces aunque las sustancias producidas estan contenidas eminentemente en su causa, tienen sin embargo atributos esencialmente diferentes. Luego la identidad de la razon divina con la razon humana es inadmisible; luego la soberanía general de la razon universal de la humanidad, que parece se quiere sustituir al catolicismo, es un principio falso en el sentido de la filosofía del siglo XIX.

Importanos sobre todo calcular sus consecuencias.

Lejos de corresponder esta teoría á las urgentes necesidades de fé que tiene la sociedad moderna, conduce rigorosamente al ateismo. En vez de estimular al progreso hace retroceder la inteligencia hundiéndola en el escepticismo. En vano nos halagaria con la esperanza de hacernos vivir en el seno de la tolerancia, de la union y

(1) Tomo I. p. 366.

de la paz: no puede menos de producir el egoismo y la discordia.

Con todo queremos repetir que no hay nada personal en esta discusion. Tenemos que juzgar de principios y de una teoría: nuestro deber es decir lo que pensamos; pero no imputamos sus consecuencias á los autores que las han emitido. Nos complacemos en reconocer, tal vez mejor que nadie, que la conciencia humana es un santuario impenetrable cuyo único juez es Dios.

Ya se ha visto que la gran teoría de la soberanía de la razon humana, que nos parece resume la filosofía del siglo XIX, se funda en la necesidad de la creacion, en la identidad de la razon divina y de la razon humana, entre lo infinito y lo finito, y en la movilidad de la verdad proclamada con relacion al hombre esencialmente variable. Todos estos principios que le sirven de base, estan ademas contenidos claramente en algunas líneas de los monumentos filosóficos de nuestra época. Permitasenos citarlas. « Lo infinito es la causa absoluta (1), que necesariamente crea y necesariamente se acrecienta: no se concibe unidad sin multiplicidad. La unidad tomada aisladamente, la unidad indivisible, la unidad que queda en las profundidades de su existencia absoluta, que no se convierte jamás en multiplicidad, en variedad, en pluralidad, es por sí misma como si no fuese.» Y en otra parte (2) dice: « El movimiento interior de las fuerzas del mundo en su progreso necesario produce de grado en grado y de reino en reino ese ser maravilloso, cuyo atributo fundamental es la conciencia; y en esta conciencia hemos encontrado los mismos elementos que bajo condiciones diferentes habiamos encontrado ya en

(1) Cousin, *Curso de* 1828.
(2) Id. lecc. 5 y 6.

la naturaleza y en Dios mismo. La condicion de la inteligencia es la diferencia, y no puede haber acto de conocimiento sino donde hay varios términos.» En dictamen de otro autor (1) la Trinidad, el Verbo no son otra cosa que lo infinito, lo finito, incremento necesario de lo infinito y la relacion de los dos términos. Finalmente la creacion no es, segun el pensamiento del señor Leroux (2), mas que la consecuencia inmediata de la existencia del Criador. Restanos probar el peligro de las consecuencias que se deducen rigorosamente de estos principios, y van derechas al ateismo.

No nos negamos á admitir que sea mas perfecto poder producir alguna cosa distinta de sí que no poderlo hacer, y que lo infinito es fecundo, es decir, poderoso para hacer existir lo que no existia. Pero sostener que Dios no podia manifestarse, y que la creacion es necesaria, es desconocer evidentemente en Dios todo acto de libertad, y negar toda suposicion de que hubiera podido continuar en su esfera de excentricidad si hubiera querido. Es no reconocer en él mas que una necesidad vaga, una fuerza oculta, sin razon, sin sabiduría y sin objeto, negarle la perfeccion cuya idea está obligada toda teoría filosófica á explicar, asi como á demostrarnos el objeto que á ella corresponde. En resumen es *el ateismo.* Sostener que Dios no podia manifestarse, y que la creacion es necesaria, es afirmar que el mundo era indispensable á la existencia divina, que forma parte integrante de lo infinito: es negar á la sustancia divina una vida propia, destruir en Dios toda personalidad, y reconocerle únicamente como una abstraccion incom-

(1) Damiron, *Ensayo acerca de la historia de la filosofia en el siglo XIX.*

(2) *Nueva enciclopedia.*

prensible para el pensamiento: en otros términos es *la negacion de Dios.*

Vanos serian los esfuerzos para descubrirnos en la totalidad de los seres todos los atributos propios de la perfeccion divina, cuya idea tenemos. Dios concebido asi no seria mas que la coleccion de las partes; y una agregacion de partes realmente distintas unas de otras no podria ser esa unidad infinita de que tenemos idea. No hay esfuerzo que pueda sacar lo absoluto de lo contingente, ni la unidad de la pluralidad, sumada tantas veces como se quiera. Todo compuesto no puede ser el verdadero infinito: un solo ser que sin partes existiese infinitamente, es infinitamente mas perfecto; y tal es la grande idea que tenemos del infinito, que encierra todas las perfecciones en la simplicidad mas absoluta. Asi pues suponer á Dios un ser colectivo es anonadarle.

La negacion del infinito es tambien una consecuencia que se deduce rigorosamente de la identidad de la razon divina y de la razon humana; porque desde luego que se admite que los mismos elementos constituyen la una y la otra, se sigue que la razon divina que no tiene vida propia, crece progresivamente con la razon humana, y de consiguiente que la razon divina es incomprensible: que el infinito, que Dios no es. ¿Qué vista, por poco observadora que sea, no descubriria el ateismo mas claro en la teoria que llama á Dios simultáneamente *finito é infinito*, *eternidad y tiempo*, *naturaleza humanidad* (1)? «La conclusion de esta confusion ¿no supondria que Dios está sujeto á todos los desórdenes, á todos los padecimientos y agitaciones de la especie humana? A esta idea se conmueve el corazon, y nos avergonzariamos de ser hombres si no nos acordasemos que

(1) El señor Cousin, pref. de los *fragm. filos.*

somos cristianos. Si, sin duda el ateismo consiste en negar á Dios, y se cae en él sustituyendo al ser infinito las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Tenemos que sacar la última consecuencia del principio de la verdad movil. «El entendimiento humano, se nos dice (1), no viaja de la verdad al error y del error á la verdad, sino de una verdad á otra, ó por mejor decir, de un aspecto á otro de la verdad. El principio de la movilidad de las cosas humanas está en la movilidad de las ideas de la inteligencia humana, que varian de un tiempo á otro y de un pais á otro: varian como el conocimiento humano, y el conocimiento humano crece y decrece.» Debemos pues concluir que no hay nociones invariables con respecto al hombre; luego no hay para la especie humana verdad fija, inmutable, á excepcion tal vez de algunas verdades matemáticas; luego en el mundo intelectual y sensible, en moral lo mismo que en metafísica, no hay puntos fijos y determinados para el hombre. Luego nos vemos rigorosamente obligados á deducir: que para la humanidad no hay Dios, porque podria muy bien sucesivamente considerarle como espíritu ó como materia, como materia y espíritu, como finito é infinito, como causa ó efecto; y ¿qué sabemos si como ser y no ser? En una palabra esto es negar á Dios, á fuerza de querer considerar su nocion bajo incesantes transformaciones. Asi este principio de la verdad movil con respecto al hombre conduce al fatalismo, del que viene á ser juguete el destino humano.

No queremos mas pruebas que la continuacion de la exposicion de este sistema. «Los siglos, se dice, no son mas culpables de sus opiniones que los hombres de las

(1) El señor Jouffroy, art. de la Sorbona y de los filósofos.

opiniones de su siglo. Un siglo no es responsable ni de lo que es, ni de lo que piensa. Un siglo sale de otro, una opinion de otra; y si se acusa á este otro siglo y á esta otra opinion, se hallará que estan inocentes de lo que han sido, y por consiguiente de lo que han producido (1).» Pero la nocion de fatalidad es tan opuesta á la de Dios, como la idea de tinieblas á la de luz. El principio de la verdad movil conduce rigorosamente al ateismo; con todo la imparcialidad que debe ser el carácter distintivo de todo escritor, nos impone el deber sagrado de declarar que el señor Jouffroy reconoce formalmente una nocion eterna de justicia, que la libertad está destinada á realizar. Pero descubrimos tan poca ligazon entre esta nocion y su gran principio de la verdad movil, que no podemos explicar la contradiccion por lo menos aparente que nos ha chocado.

Creemos haber demostrado suficientemente que las bases sobre que se funda la teoría de la soberanía de la razon humana, conducen al ateismo. La filosofía orgullosa como otro Alejandro por algunas conquistas quiere usurpar los títulos y derechos de la divinidad. El señor C. de Remusat pretende siempre para ella el lugar y la influencia suprema del culto y del altar. No ve la suerte futura de Francia mas que en el destino futuro de la filosofía, porque segun él habiendo muerto tradicion, autoridad, religion, dogma, fé, todo; la filosofía sola es capaz de reanimar los restos de la civilizacion. Y en un siglo en que la sociedad experimenta una necesidad tan urgente de fé, ¡podrian los pueblos verse desheredados de la verdadera nocion del ser que es principio de aquella! Y despues que el racionalismo ha dejado un vacío tan grande en las inteligencias, ¡podrian estar amena-

(1) *El Globo*, p. 54.

zadas todavía en el fundamento de toda creencia! Y despues de no haber recogido mas que abatimiento y desesperacion de las vanas teorías que las habian seducido, ¡podrian todavía las naciones ir á mamar el olvido de Dios á los pechos de una advenediza que usurpase el lugar de su verdadera madre! Pero ¿quién no sabe que con el pensamiento del hombre sucede lo que con los otros productos de su actividad? La razon del hombre pasa: la de Dios queda. La religion sola tiene y puede tener el problema de nuestro destino. ¡O Dios! A quien se afirma queriendo negarle; *¡ó Ser de los seres!* á quien en vano intentan desconocer los que le deben la existencia; ¡ó foco de luz! A quien inutilmente se trata de cubrir de tinieblas; ¡ó belleza siempre antigua y siempre nueva! Dad á nuestra débil razon el apoyo que implora de vos, y á todos los corazones el puro amor.

Los pueblos cansados de vanos ídolos quieren á toda costa la verdad bajo todas sus formas; pero ante todo la verdad religiosa. Estos gritos tan sinceros nos hacen esperar que no vemos los dolores de la muerte, sino los del parto en los males sin cuento de que las naciones son víctimas. La sociedad moderna tenia una necesidad urgente de dos cosas; de la fé para comunicar con Dios, y de la ciencia para comunicar con los hombres. Tales son los medios providenciales puestos en sus manos para disipar todas las nubes que vemos aun vagar en torno de nosotros. Cuenta la sociedad en su seno discípulos fervorosos y tambien hombres grandes en las letras, las ciencias y la historia. El universo los contempla, y la religion ha escrito sus nombres sobre la columna de los siglos. Pero todo pensamiento que contradiga un pensamiento de Dios, es un error, y toda ciencia que se ponga en oposicion con la fé, en vez de adelantar retroce-

de. Tal es el peligro de las consecuencias que trae la teoria de la soberanía de la razon universal de la humanidad.

El hombre debe propender sin duda á progresar. El refiere á Dios los homenajes de las criaturas insensibles y faltas de razon. Si su cuerpo se forma de elementos terrenos, su alma está hecha á semejanza de Dios y es capaz de poseerle. Su destino es conocerle, glorificarle y encaminarse á él. Entre Dios y el hombre se ha establecido una sociedad santa. La razon divina ilumina á este con las ideas que le comunica, como el astro del dia ilumina al globo con los rayos que emanan de él. Fecunda sus pensamientos, y solicita la reaccion vital de una adhesion libre y del amor. Cuando se admite la accion de una Providencia y la restauracion del ser degradado y llamado por Cristo á la perfeccion, el progreso es inteligible. Pero si el hombre llega á tener por cadena de esclavitud la que le une á Dios, y la rompe; si no se quiere una Providencia que arreglándolo todo ordenada y sabiamente, y proporcionando los medios á los fines, llama el hombre á la vida racional, moral y sobrenatural; si no se ve en él mas que una fuerza necesitada, indeterminada y ciega; ó bien si se le supone causa productora de la verdad por una elaboracion progresiva de sus facultades; entonces nos parece arbitrario el principio del incremento sucesivo intelectual y civilizador, y condenado á no producir mas que resultados puramente negativos, es decir, á hacer retroceder lejos de hacer adelantar.

Decimos arbitrario, porque no puede demostrarsenos por qué el hombre no está obligado á manifestar sus potencias sino una despues de otra, y por qué la perfeccion está para él al cabo de la carrera y no en el punto de partida. Decimos arbitrario, porque no podria explicarsenos la chocante desigualdad en el destino de

las diversas edades de la humanidad, y probarsenos que el hombre ha inventado el pensamiento y la palabra, promulgado las leyes de su razon, y creado las diferentes condiciones de la vida. Añadimos condenado á hacer retroceder lejos de hacer adelantar; lo que á nuestro juicio no es el progreso que consiste y debe consistir siempre en el incremento de la verdad y de su aplicacion bajo todos sus aspectos; porque en la hipótesis duda el hombre sin Dios, sin infinito y sin tipo eterno del bien y de la belleza no podria encontrar los elementos del progreso mas que en su propia naturaleza. Y ¿quién no sabe cuán encerrada está en estrechos límites? ¿Quíen no sabe que es víctima de mil pasiones que la tiranizan, de necesidades que la sitian, y de miserias que la asaltan? Si se nos objetasen los progresos conseguidos en la ciencia del cálculo; responderiamos primeramente que no es ese el progreso de que queremos hablar, pues le entendemos solamente de un incremento de la humanidad en todos sentidos, es decir, bajo el respeto intelectual, moral y social. Despues haremos observar que estos progresos resultan de la esencia misma de las ciencias exactas, en las que siendo toda proposicion la verdad absoluta, hemos adquirido irrevocablemente cada conquista; pero que no derivan de la ley de nuestra propia perfectibilidad, porque nosotros no podemos hacer lo que es ya. Y hé aquí cómo irresistiblemente nos vemos conducidos á levantarnos hácia el ser soberano, tipo de toda perfeccion, que es el fundamento sobre el cual debe trabajar la humanidad si quiere adelantar. Como la negacion de este soberano ser trae en pos de sí la de toda verdad; viene á ser una rémora para la humanidad, que se ve forzada á permanecer en la inaccion, y de allí á poco á andar hácia atrás. El solo progreso realizable para la humanidad es aquel que tenga

por tipo el divino modelo cuya perfeccion es infinita, por medio la union mas ó menos estrecha con el soberano bien que únicamente puede encontrarse en el Ser Supremo, y por objeto el destino ulterior que la fé nos deja entrever.

Tal es la senda que ofrece el catolicismo á nuestra actividad. El entendimiento humano se ha abierto un camino nuevo sin saber muy bien á donde irá á parar. Despues de haber apurado los sistemas particulares, demasiado incompletos para dar razon de las cosas, le ha dominado la necesidad de una explicacion mas comprensiva. En vez de continuar invocando la razon individual ha aspirado á la perfectibilidad indefinida, y para eso ha proclamado en el siglo XIX la soberanía de la razon universal de la humanidad. Esta teoría filosófica puramente negativa no podia menos de precipitarle en el escepticismo. Una consecuencia tan funesta, porque se opone á la naturaleza del hombre, y subversiva de todas sus relaciones no puede menos de acusar el principio de erróneo.

Deduzcamos las consecuencias. Sentar principios que se destruyen recíprocamente, admitir explicaciones de las cosas, diversas y contradictorias entre sí, y callar acerca de cuestiones importantes es sin disputa confesar su impotencia y dar lugar á la duda: es precipitar la inteligencia humana en las profundidades del escepticismo mas cruel. Mas nosotros creemos haber demostrado con los testimonios inequívocos de la filosofía contemporánea que la soberanía de la razon universal de la humanidad encierra la confusion de lo absoluto y de lo relativo, de lo necesario y de lo contingente, de lo eterno y de lo temporal, de la unidad y del múltiplo, del finito y del infinito, del movil y del invariable. Estos términos son los mas contradictorios entre sí, porque son la expresion de las cosas mas opuestas; luego la teoría

es errónea y no produce otra cosa que escepticismo. Nadie puede evadirse de él sino por medio del conocimiento de la verdad, que es el objeto propio de la razon del hombre y el fin hácia que debe propender todo progreso intelectual. Mas este sistema filosófico que parecia querer explicarlo todo y ser favorable al progreso, no es en el fondo sino una negacion perpetua y esteril de todas las cosas.

«Las cuestiones de origen y de fin son insolubles, confiesa el señor Leroux: nos hallamos entre dos misterios.» No puede explicarnos la naturaleza del mal y el origen de las religiones positivas, ni resolver los problemas que la idea de Dios, del hombre y del mundo nos presenta; y hasta se ve precisado á negar las nociones recibidas de verdad y de progreso. Niega la personalidad humana: el *yo* no es la sustancia y no puede ser sino su forma sublime; de donde resulta que nuestro ser pensador no es mas que un accidente: que el finito es una apariencia, una ilusion; y que no tiene verdadera realidad. El mundo en cuanto múltiplo no existe: lejos de ser una realidad no es mas que una fantasma. Parecerá que no niega el infinito, y aun confesará que no tiene límites, que todo lo comprende, y que fuera de él no se concibe nada; pero al paso que lo afirma, desfigura de tal modo la nocion que tenemos de él, que no se puede confesar su existencia real. Le niega la personalidad, la inteligencia, la voluntad, la libertad y la vida propia: no presenta en donde quiera sino seres finitos sin realidad y uno absoluto de quien no se puede afirmar ni negar nada. Pero ¿qué es este absoluto? La confusion del objeto y del sugeto, del efecto y de la causa, del espíritu y de la materia: bajo el punto de vista de la identidad de la razon divina y de la razon humana, del finito y del infinito y de la verdad

movil se desvanecen todas las distinciones. No subsiste ya idea de verdad, de religion, de deber, de bien y de mal: todas estas nociones van á sumergirse en el abismo del escepticismo. En efecto si la verdad cesa de presentarse al hombre bajo un carácter absoluto é inmutable como el ser; necesariamente se vestirá siempre de formas opuestas y contradictorias, á lo menos por relacion á él; luego el hombre no tendrá jamás la nocion real de la verdad.

No hay religion posible, porque esta no es ni puede ser mas que la relacion del hombre á Dios; mas para que haya relacion, es preciso admitir dos términos realmente distintos, Dios y el hombre. Identificando la razon divina con la razon humana y por la absorcion del finito con el infinito se destruye un término; luego no pueden existir relaciones. Entonces no hay ya religion, como tampoco ley ni deber. Con la nocion de personalidad negada á Dios se desvanece la idea de ley, y admitiendo la verdad movil desaparece todo pensamiento de deber, que no seria ya mas que una disposicion arbitraria del hombre. No hay distincion entre el bien y el mal, porque si todo es idéntico, no se distingue el vicio de la virtud. Bajo el reinado de la necesidad la libertad es una quimera con que el hombre no seria responsable de sus actos, y asi lo vemos confirmado con el testimonio ya citado del señor Jouffroy. Pero despues de haber negado todas las distinciones ¿á qué conservar la de la identidad universal mientras que no podria concebirse y afirmarse sino por la distincion de la diversidad, que no existíria ya en la hipótesis? Asi todo huye, toda idea desaparece, todo va á anonadarse en el espantoso escepticismo: verdad, moral, ley, religion, deber.....

Si tales principios no trajesen el caos para dar muy pronto lugar á la nada; ¿no creeria uno que los veia fundar sobre la tierra el reinado de la fuerza y del egoismo,

levantar horrible confusion de gemidos, de lágrimas y de suspiros y presentar el triste espectáculo de los asesinatos, y de la sangre? No dependiendo el hombre mas que de sí mismo, no quedando ya consuelo á la queja ni remordimientos al corazon; ¿á qué excesos no le arrastrarian sus impetuosas inclinaciones? Se verian el desenfreno y la lucha de todas las pasiones humanas, el mas débil oprimido por el fuerte, rotos todos los vínculos, la confusion en las familias, la anarquía en la sociedad y en el género humano como en un combate de gladiadores de donde saliesen mil clamores fúnebres, luchando con la muerte en un valle de desolacion y de horror..... A esta vista no sabemos qué terror secreto se apodera de nuetra alma: estremecese y queda helada como si la hubiera tocado la mano yerta de la muerte. ¡O Dios! que el hombre os conozca y os ame, y detestará unas doctrinas propias para arrebatarle toda esperanza. No tememos en verdad que pueda acusarsenos de exageracion. Las consecuencias que acabamos de deducir, nos parecen esencialmente unidas á los principios, y á veces son la expresion de las obras modernas que ya hemos citado. Tales han sido los funestos resultados de los sistemas filosóficos que se han querido edificar fuera del cimiento ó en oposicion con la fé.

Consultense el periodo griego, la edad media y la época racional; y no se echarán de ver mas que contradicciones manifiestas y ruinas llevadas por las inundaciones del error y de los vicios. La India fue la cuna del panteismo antiguo, que se reflecte todo entero bajo diversas formas en la mayor parte de las obras de la filosofía moderna; y ya se sabe á qué estado de aberracion y flaqueza reduce el entendimiento humano. La escuela jónica nos ofrece un cosmologismo sensualista y materialista que sobrepuja á toda expresion.

Para demostrar los átomos invocaba Demócrito la imposibilidad de una division á lo infinito; y de la imposibilidad de señalar un principio al tiempo, al espacio y á los movimientos deducia su eternidad. Segun él los átomos redondos de que se compone el alma, y que mueven el cuerpo, son unos átomos de fuego. Las diferentes agregaciones de átomos que constituyen el mundo, proyectan sin cesar á su rededor unas partículas sutiles que las representan. Estas fantasmas corporales, especies expresas de los objetos como se llamaron mas adelante, vienen á herir nuestros sentidos y á imprimirse en ellos, convirtiéndose tambien en especies impresas: de ahí primero la sensacion y luego el pensamiento. El fin de la existencia se reducia para Demócrito á este precepto: Gozad de la vida: el medio conducente es la igualdad de genio.

La escuela itálica nos da un cosmologismo idealista, Tendriamos que hablar de Pitágoras; pero llegamos á toda prisa á la escuela mixta, á la que pertenece Diógenes de Apolonia en Creta, que consideraba el aire como el elemento fundamental de la naturaleza, y le daba los atributos divinos. A esta escuela eclectica sucedió la escuela sofística, que profesó un escepticismo declarado. «Los dioses ¿son ó no son? Eso es lo que yo no puedo decir,» escribia entonces Diágoras de Melos. La cosmología de lo pasado llegó á ser muy pronto una antropologia para la ciencia. El movimiento de la filosofía socrática sustituyó la Providencía al destino en las creencias humanas y el movil positivo del amor al movil negativo del temor.

Sin detenernos en la doctrina académica que nos proporcionaria la ocasion de explanar el bello idealismo de la filosofía de Platon, llegamos al estoicismo. Su carácter fue un verdadero eclecticismo, que no niega nada

sino que subordina solamente en su órden de dependencia racional las realidades de que se componen el hombre y el universo. Sabido es que el señor Cousin no reprende en esta doctrina mas que lo que él llama *su egoismo sublime.* Con todo nos parece que no puede alabarsela por haber admitido dos principios eternos, el uno pasivo ó la materia y el otro activo ó Dios. El estoicismo reconocia la union de la Providencia y del destino en el mundo. Las tres escuelas cirenaica, peripatética y epicurea profesaron el sensualismo. No puede uno menos de asombrarse al oir á Aristóteles legitimar la esclavitud y admitir la eternidad del mundo, reconociendo al mismo tiempo un Ser Supremo distinto del universo. En concepto de Epicuro el placer es el soberano bien del hombre. Los dioses segun él se componian de átomos, y la figura mas perfecta era necesariamente la de los dioses.

La filosofía escolástica es la de la edad media, y consiste en el predominio del elemento religioso sobre todos los elementos humanos: á decir verdad no es mas que una teología. Así es que ella sola encerró indudablemente mas verdades que todas las otras escuelas de las edades filosóficas. Fuera de algunas excepciones todos los filósofos que aparecieron en esta época, fueron admirados como grandes hombres. Basta nombrarlos: Alcuino, Alberto el Grande, S. Buenaventura y santo Tomás de Aquino. Los alumbraba la fé; y así su ciencia fue trascendente. Rogerio Bacon comenzó á conmover la filosofía de la edad media, que mas adelante debia arruinar Francisco Bacon.

Es de sentir que este filósofo abriese la senda al sensualismo de una manera tan decisiva; pero Descartes fijó sus miradas en las vias del idealismo. El espinosismo parecia destinado á arruinar todos los verdaderos prin-

cipios sentados por la escolástica. No hay quien pueda figurarse todas sus aberraciones. Espinosa enseñaba que importa poco que se haga de Dios una materia ignea, un espíritu, una luz, un puro pensamiento: que llene el mundo y que gobierne el universo. Afirmaba que Dios es todo lo que es, y que no vemos por todas partes mas que el pensamiento y la extension. Dios es segun él la extension sin límites, el pensamiento absoluto: Dios une en sí la necesidad y la libertad. Todo lo que acontece, está determinado en Dios por su naturaleza. Nos pareceria que los sansimonianos habian tomado la metafísica de Espinosa, si pudieramos suponer con algun fundamento que sus aberraciones les habian dejado adoptar una. Malebranche y Leibnitz se inclinaron al panteismo espiritualista; pero porque se adhirieron á los principios de la filosofía cristiana, fuera de algunas opiniones exageradas, siempre serán dignos de proponerse como modelos al ingenio del hombre. Hume es quizás entre todos los filósofos el que vistió el escepticismo con la forma mas seductora, y cayó tambien en errores mas graves: verdaderamente fue el juguete de la razon. Suponia que la nocion de los hechos de experiencia trae siempre consigo la duda. Segun él, lo contrario de lo que creemos cierto en este órden de cosas, puede decirse sin absurdo, y puede ser verdadero.

«¿Hay en el mundo una proposicion mas inteligible que esta (decia): los árboles florecerán en el mes de diciembre, y perderán las hojas en el mes de mayo?» Enseñaba que nuestra creencia con respecto á la realidad de un hecho descansa en la sensacion, en la reflexion y en una induccion de la causa al efecto. Solo las ciencias abstractas tienen alguna solidez. «El pan que yo comia (dice en el segundo *Ensayo*), estaba dotado entonces de tales virtudes secretas; pero ¿se sigue que

otro pan deba alimentarme tambien en otro tiempo, ó que deban encontrarse siempre las mismas virtudes con cualidades semejantes? Aquí no hay sombra de necesidad (1). Los que afirman que no existe mas que una causa siempre activa á la que hay que referir el movimiento del mundo, y que esta causa es Dios, explican lo que no se sabe, porque no se sabe mas (2). Cuando yo pienso que los hombres han medido el sol, y no estan de acuerdo sobre los principios de la moral; esto hace desconfiar mi entendimiento de mi teoría (3). Todo es enigma y misterio. La duda, la incertidumbre y la irresolucion son los únicos frutos de nuestras investigaciones mas exactas.» Se nos dispensará que no demos otras pruebas de una razon delirante. Tomás Reid explicando rigorosamente la teoría de la recta razon arruinó las bases del escepticismo de Hume.

Kant, cuyo sistema se resume en eclecticismo *fenomenal*, dejó al mundo el sentimiento de que sus creencias religiosas no tuviesen nada positivo y determinado. Con todo un dia se le oyó exclamar: «Hay un Dios.» El 2 de junio de 1803 el célebre orientalista Hasse, su amigo íntimo, le preguntó qué se prometia de la vida futura: quedó Kant absorto por un instante, y luego respondió: «Nada determinado.» Algun tiempo antes habia dicho expresamente: «No tengo ninguna nocion del estado futuro.» En otra ocasion se declaró con respecto á la misma cuestion por una especie de metempsícosis. Parece que la imaginacion sedujo su razon. De la explicacion que daba á las doce formas del

(1) 7.° *Ensayo de la idea del poder.*

(2) Sect. IX, §. I. *Investigaciones sobre los principios de moral.*

(3) *Historia natural de la religion.*

entendimiento, se sigue que el conocimiento real no es mas que una forma del entendimiento aplicada á una deposicion sensible; y de consiguiente que no conocemos sólida y legitimamente mas que las formas del entendimiento dentro de nosotros, y fuera los accidentes materiales en todas partes y siempre el fenómeno, jamás el *numene ó el ser*. Por eso las antinomias ó debates contradictorios qie propone sobre las cuestiones de la sustancia y del destino futuro del alma, de la eternidad ó de la creacion del mundo, de la divisibilidad ó de la simplicidad de los elementos sustanciales, de la continuidad ó de la contingencia de la causa y del ser en el universo, finalmente de la existencia de Dios demuestran á su parecer que los objetos suprasensibles de estas ideas eluden *toda afirmacion*, como tambien y por el mismo motivo *toda negacion legítima*.

Hé aquí cómo viene á parar el racionalismo en escepticismo sobre las cuestiones mas importantes que puede ventilar el entendimiento humano. Ya hemos citado los nombres de los filósofos mas famosos de nuestra época, Cousin, Guizot, Jouffroy, Damiron, Lherminier, Michelet y Pedro Leroux, y nos hemos atrevido á juzgar sus sistemas; pero no ha sido por un sentimiento de presuncion. Nuestra propia incapacidad nos hubiera hecho rehuir esta tarea: si no hemos vacilado en acometerla, es porque hemos buscado las doctrinas de un maestro mas grande. No hemos seguido nuestras propias ideas, sino las de la fé, que sabe dar aun á las inteligencias mas comunes lo que el talento solo no encontrará jamás en todo lo que no se ha dejado á la controversia de los hombres, la verdad. La fé nos ha valido mas para este juicio que el entendimiento y el ingenio.

Si no hemos hablado todavía de las consecuencias de los principios emitidos por los secuaces de San Simon y de Fourrier, es porque hemos creido que basta exponerlos para excitar la indignacion de cualquiera que tenga corazon de hombre, cerrando asi con la lista de los filósofos la historia de los grandes extravíos de la razon humana desviada de los senderos que la antorcha de la fé ilumina. Nos hubiera costado dificultad el creerlo si nosotros mismos no lo leyeramos. El mal, dicen los primeros, como existencia positiva no puede concebirse: todo es bien, todo es bueno, porque todo es uno (1). El mal es puramente relativo al hombre. A vista del pensamiento sansimoniano desaparece la disciplina de reserva, de pudor y de perpetuidad de los lazos individuales del himeneo. La movilidad y la incostancia son modos de la vida tan divinos como la estabilidad, la fidelidad jurada y la constancia. Los enlaces fundados en los afectos pasajeros son tan legítimos y santos como los que se sancionan con la promesa religiosa y las leyes: las pasiones sensuales no son otra cosa que la necesidad. Los sansimonianos proclaman la promiscuidad y con ella la abolicion de todas las ideas de familia, sobre las cuales estriban la duracion y la felicidad de las sociedades, cualquiera que sea su forma. Los partidarios de Fourrier emiten los mismos principios, y no conciben el estado normal del destino humano sino por medio del incremento ilimitado de todos los instintos, cualquiera que sea su naturaleza.

Cubramos con un velo tan detestables excesos, y dediquémonos á amar la virtud que es la vida del corazon, como la verdad es la del entendimiento. Uno de nues-

(1) Exposicion de la doctrina sansimoniana, 2.° año, p. 104.

tros filósofos ha osado afirmar que la fé cristiana está injerta en cierta manera en el árbol de la duda, y que la duda vaga y la duda metódica encuentran contra toda verosimilitud una autoridad y una propaganda en la religion: hasta en nuestros seminarios ve escuelas de pirronismo. No lo lleve á mal el señor C. de Remusat; pero padece un error gravísimo y nadie le creerá. La filosofía viene á parar en el ateismo, sustituyendo al ser de los seres una ciega necesidad ó una simple abstraccion, en un escepticismo universal reduciéndonos á la imposibilidad de afirmar y de negar nada, y en un irremediable antagonismo y en la anarquía con la negacion del mal. En sus teorías se muestra opuesta á la naturaleza y á todo progreso verdadero: si fueran realizables aquellas, se conmoveria la sociedad en sus bases, se acabaria la vida, y se anonadaria la humanidad. Al contrario el catolicismo está en perfecta armonía en sus dogmas y moral con el género humano. Ya hemos visto que corresponde admirablemente sobre todo á las necesidades de las sociedades modernas. Donde la filosofía se ve obligada á confesar su impotencia, nos asombra el catolicismo con los resplandores que despide en torno nuestro; y mientras que aquella no puede dar otro consuelo al hombre agitado por los remordimientos ó juguete de la fortuna que estas palabras: *Es necesario*; el catolicismo le abre fuentes de gracias y le prodiga esperanzas. A los desdichados les ofrece recursos, y al entendimiento humano, jadeando por el camino de la vida en busca de la verdad, le enseña el primer principio en lo mas encumbrado de los cielos.

Sin duda que el catolicismo tiene misterios profundos para la razon limitada del hombre; pero no son contradictorios en sí mismos, ni opuestos á la naturaleza: admite realidades y no sombras. Si no explica todos los

hechos, el *cómo* y el *por qué* en todas las cuestiones indicándonos su causa en los límites de la razon humana y en la infinidad de la razon divina, siempre da poderosos motivos para creer lo que supera á nuestros alcances. ¡Con qué precision explica á Dios, al hombre y al mundo! En todas partes nos da las mas altas ideas de ellos. «Las cuestiones mas importantes, dice el ingenioso autor *del Ensayo sobre el panteismo*, que el entendimiento humano puede suscitar, y que los antiguos sistemas resuelven tan incompletamente, son las del ser, del mal, del origen y del fin de las cosas. Estas cuestiones que la filosofía racionalista ha bosquejado apenas, y que teme porque no se siente con fuerza para resolverlas, constituyen el terreno en que mejor quiere explicarse la lógica católica. Allí ostenta ella todas sus fuerzas, é invoca á un tiempo la tradicion, los sentidos y la razon.»

¡Qué admirables especulaciones sobre el ser nos presentan los filósofos católicos desde S. Agustin hasta Malebranche! La cuestion del mal á causa de su conexion con las bases del cristianismo, ha llamado sobre todo la atencion de los filósofos cristianos. Se han internado con valor en sus obscuras profundidades, y nos presentan la solucion mas completa y mas satisfactoria de la cuestion mas dificil (1). Enriquecidos con todas las tradiciones divinas y humanas ¡cuánta luz no han difundido sobre el origen y el fin del hombre! Por medio de sus principios se puede formar la filosofía de la historia. Tambien ha ventilado estas arduas cuestiones la filosofía del siglo XIX: las ha considerado de frente, y ha propuesto una solucion. Perdonesenos si no la comparamos con la solucion católica:

(1) Del libre albedrio, S. Agustin.

lo dicho ya nos parece que basta para demostrar de qué lado se encuentra la superioridad.

De aquí en adelante quedan comprobados dos hechos: el primero que las cuestiones mas importantes y difíciles de la filosofía que arredran al racionalismo y que el eclecticismo toca superficialmente nada mas, forman el patrimonio privilegiado de la ciencia católica: el segundo que por mas que nuestros sistemas filosóficos proclamen la soberanía de la razon universal, estan muy lejos de satisfacer las necesidades urgentes de la sociedad.

Para todo entendimiento elevado, para cualquier hombre que ama de veras á su patria, para el ciudadano que quiere el bien de sus semejantes, para una alma capaz de las sublimes impresiones de la virtud, parecenos que solo queda una cosa que desear: *la alianza sincera de la filosofía moderna con la doctrina católica*; no porque esta necesite semejante union para conseguir su noble destino, sino porque aquella no puede cumplir su mision civilizadora en el seno de los pueblos sino reuniéndose á los principios católicos. Esta feliz alianza aceleraria la marcha de la sociedad hácia una completa civilizacion, hácia un estado de sosiego ardientemente deseado.

No se crea que la filosofía tuviese que andar tanta distancia como comunmente se figuran algunos: sin cesar viene á parar al mismo terreno que la teología; y de hecho su punto de partida es comun. Todos los conocimientos que una y otra adquieren, sean de la naturaleza que quieran, tienen igualmente por primer fundamento la fé, porque para cada raciocinio que hace el hombre hay una primera verdad que es su base, y cuya certeza trataria en vano de demostrar en el fondo de su *yo* y como si le fuera propia. De suerte que res-

pecto de esta primera verdad sufre la ley de la autoridad: hace un acto de fé. Esta es la conviccion que llamaba Kant *creencia* y no *saber*. Lo que realmenle diferencia la fé del teólogo de la del filósofo, es que este se detiene en las verdades que Dios nos revela por una palabra interior, mientras que el teólogo extiende tambien la fé á la revelacion que la palabra exterior ha efectuado. La doctrina católica procede por via de autoridad, y la doctrina filosófica por via del libre exámen. Con todo Pascal, al indicar el exceso igualmente peligroso de excluir la razon y de no admitir mas que ella, parece que señala el medio de union de una y otra. «Dios, dice, no entiende que sometamos á él nuestra creencia sin razon.» Y hé aquí cómo venimos á parar en el catolicismo, que hace mas de diez y ocho siglos está convidando á la razon para que se asegure de que Dios ha hablado, y luego se someta.

No se busque aquí la ocasion de acusarnos de partidarios del obscurantismo ó retrógrados: nos gloriamos de pertenecer á nuestro siglo. En la union que deseamos no intentamos de modo alguno hacer retrogradar á la inteligencia hácia la edad media. Entonces la filosofía tomó un carácter que no convendria ya á nuestra época. No cese pues de extender sus conquistas: progresen las ciencias, y difundanse las luces; pero queden intactos y venerados los principios y consecuencias de la fé; y la vida social será ensalzada hasta el heroismo.

Por otra parte en vano aparentaria la filosofía desconocer la necesidad de esta alianza para cumplir su verdadera y sublime mision, y ¿por qué en esta coyuntura en que la sociedad reclama mas que nunca el concurso unánime de todas las luces y de los esfuerzos generosos, no ha de acabar aquella la obra que tantas veces ha

tanteado? La escuela espiritualista, fundada por Descartes, y continuada por Malebranche, fue al parecer la señal de una concordia definitiva de la filosofía y del dogma religioso; pero no tardaron en desvanecerse estas halagüeñas esperanzas con las doctrinas sensualistas de Gassendi expuestas por Locke y Condillac. El siglo XIX trajo un nuevo modo de considerar la filosofía. El señor Cousin le introdujo en Francia con aplauso; y el eclecticismo moderno mas lato que el antiguo llamaba indiferentemente á sí todos los sistemas. Colocándose entre el espiritualismo de la escuela alemana y el espíritu de las doctrinas del siglo XVIII, entre la Sorbona y la escuela de Voltaire se propuso reunir todas las sectas bajo su bandera para formar una sola: era un pacto entre la filosofía y todas las creencias, una tentativa de conciliacion; pero no pudo aceptarla el catolicismo porque propendia á destruirle. Como fiel guardian de la revelacion no podia sacrificarla á las preocupaciones de los que le eran hostiles; y procediendo en materia religiosa por via de autoridad no podia reconocer derechos ilimitados en la razon humana. La lucha ha continuado, y no ha cesado de prevalecer el catolicismo.

Se ha anunciado como próximo el advenimiento del nuevo dogma; mas el antiguo se sostiene, y el nuevo no parece. No por eso la filosofía se ha estado ociosa. El señor Damiron ha propuesto un compromiso entre el eclecticismo y el catolicismo. En este contrato el eclecticismo debia aceptar todos los dogmas con la condicion de explicarlos; mas como la explicacion que daba de ellos, los reducia á simples hechos psicológicos, á alegorías y símbolos, hubiera muerto el catolicismo desde el dia mismo que hubiese cimentado esta union. El señor Guizot ha dado un paso en la via de la conciliacion que se le debe agradecer. Su elevado entendimien-

to le ha hecho confesar la necesidad de una tradicion: censura á la reforma y á la filosofía porque la desconocen y desdeñan; de donde resulta segun él un vacío, un hueco, una cosa incompleta en la sociedad. Esperamos que no tarde en definirla. El señor Leroux, desechando el individualismo, porque no ofrece ninguna certeza, y no engendra mas que anarquía intelectual, alaba á los católicos que proclaman la necesidad de una tradicion. Hasta aqui está en lo cierto y se acerca; pero se aleja en el punto que suponiendo que esta tradicion es añeja y sin influencia, da la de la era moderna por base de su doctrina de progreso y de perfectibilidad.

Asi todas las tentativas de la filosofía han quedado impotentes hasta el dia, porque no ha querido á lo que parece la union sino con mas condiciones que debian acarrear la ruina del catolicismo. Sin duda el hombre quiere y debe elevarse á la inteligencia, y debe procurar comprender lo que adora. Pero los dogmas son hechos divinos, hechos reales, objeto de la fé. Cese pues la filosofía de negarlos ó de no ver en ellos sino poesía: no destruya las bases de la fé; y se efectuará la alianza franca y leal.

El racionalismo, revestido de formas diversas, no será entonces una nueva rémora para nuestra época en su marcha ascendente. La humanidad progresará no solamente en el individuo, sino tambien en la especie sin obstáculo. Estos incrementos sucesivos llegarán á ser un vasto campo de observacion y de estudio para la filosofía, que aspira al conocimiento completo de la humanidad. Entonces la filosofía, expresion mas íntima y clara de la cosa expresada, no encerrándose en el horizonte de miras exclusivas y á veces injustas, representará profundamente y con fidelidad las diverses apariencias de la existencia humana. Nuestro siglo que viene despues

de los periodos exuberantes de accion y suturados de racionalismo, y que se aprovecha de las luces que han aglomerado los siglos anteriores á expensas propias, volverá al estado normal. La accion mas enérgica será dirigida por la mas alta sabiduría, y Dios será amado porque será conocido.

En épocas agitadas como la nuestra, cuando incesantemente aparecen en el horizonte señales amenazadoras, y se turba la vista á fuerza de contemplar el terreno movedizo que tiembla bajo nuestros pies; toca acelerar la conversion de la sociedad hácia los verdaderos principios religiosos, de quienes debe recibir el impulso que puede salvarla, y al que debemos concurrir todos con todos nuestros esfuerzos. Y ¿por qué habia de faltar este concurso en una causa de vida ó de muerte para la humanidad?

CAPÍTULO VIII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX.

De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el elemento mas poderoso de organizacion social.—Cultos mas generalmente difundidos en las sociedades modernas.—De los judios.—Del islamismo.—De la reforma.—En qué se diferencia del catolicismo.—Todo culto religioso debe reunirse á los principios católicos para cumplir su mision civilizadora.—De qué lado se manifiesta la verdad con esplendor.—De la autoridad de la iglesia en general.—Es y debe ser visible.—Del papado.—Negarse á reconocer al Papa es negar á la iglesia su propia existencia.—De la infalibilidad de la iglesia

— El hecho confirma el derecho. — Certeza de razon. — Via de conciliacion abierta á los cultos disidentes. — De los griegos cismáticos. — Motivos que tienen para reconocer la supremacia de la santa sede. — ¿Qué no deben esperar de la iglesia? — De la reforma. — Poderosos motivos que tiene para reconocer el papado y la infalibilidad de la iglesia. — Sus tentativas de reunion al catolicismo. — Causa por qué todas se han frustrado. — Diversas explicaciones sobre este punto. — Una palabra sobre el proyecto de reunion por el señor Montlosier. — De las obras del señor Merle Albiné y del señor Bost. — Los mejores ingenios de la reforma vuelven sus miradas hácia la antigua iglesia su madre. — Del movimiento religioso en Inglaterra. — La paz durable y la gloria de los estados dependen sobre todo de la unidad de los principios religiosos.

No hay mas que un solo y mismo Dios para todos los pueblos: ¿cómo pues se explican tantos cultos diversos de que es objeto? El sí y el no se encuentran en ellos: unos afirman lo que los otros niegan. La indiferencia religiosa y por resultas la incredulidad serian la consecuencia rigorosa, si una creencia comun á todos los pueblos y á todas las edades no produjera la solucion completa de este problema. Hay un Dios: la religion es necesaria: este es el grito de la humanidad. «El hombre, ha dicho un célebre escritor de nuestra época (1), encerrado en los límites del mundo, no ve nada sino por entre él y bajo sus mismas formas: supone (nosotros preferimos decir concibe) irresistiblemente alguna cosa que es pa-

(1) El señor Cousin, Curso de la historia de la filosofía.

ra él la sustancia, la causa y el modelo de todas las perfecciones que descubre en sí mismo y en el mundo.» Bajo cualquiera denominacion que se designe á Dios, sus obras y su palabra le manifiestan, la razon mas pura le confiesa, le nombran todas las lenguas que hablan, todas las ramas de la gran familia, y cada generacion, cada siglo le atestiguan. Es por sí mismo, y su inagotable fecundidad ha producido todas las cosas criadas. Anterior á todos los seres, ninguno ha podido medir la accion de su poderio, ni poner un término á las efusiones de su bondad. En vano se buscaria el grano de arena en que fuesen á acabar las olas de este Oceano de vida. En este gran ser todo es ilimitado é infinito: con todo nos guardaremos muy bien de dar á estas palabras el sentido que la mayor parte de los filósofos modernos. Confundiendo las nociones del mundo típico y las del mundo realizado hacen de Dios un gran todo materializado, cada una de cuyas moléculas es una porcion de su ser divino. Afirmar un Dios semejante seria negar su existencia. De la nocion general de este Ser Supremo han deducido todos los pueblos la necesidad de la religion.

Lejos de ser un lujo del pensamiento, una quimera salida de los delirios de algunos hombres de talento, propagada y sostenida por la autoridad de sus ejemplos, tiene sus fundamentos en las nociones que poseemos de la divinidad, y en la naturaleza que nos es comun á todos. «El hombre piadoso y el ateo, decia Montesquieu, hablan de la religion: el uno de lo que ama, y el otro de lo que teme: tan natural nos es unirnos á la divinidad por el vínculo religioso.» En efecto si en cualquier otra cosa separan á los hombres la desproporcion de las edades, la diversidad de los empleos y la desigualdad de las condiciones; reunense todos en los homenajes que rin-

den al autor de su existencia: á todos los mueven los mismos motivos, cuyos resultados son los lazos mas inviolables de la sociedad. La religion, necesaria al vulgo como freno, no es menos indispensable á los grandes del mundo. Ella sola puede ejercer en todas las clases el imperio que en vano se intentaria sustituir con una legislacion humana buscando un moderador en el poder de la multitud. Las mismas leyes suelen ser obstáculos impotentes contra las pasiones desorganizadoras: solo la religion no puede eludirse. Por eso se ha dicho con muy profunda razon que la accion divina sobre la conciencia del hombre es el primer gobierno. El culto religioso es el elemento mas eficaz de organizacion social.

De estos datos confesados por el género humano se sigue que no puede existir mas que una sola religion verdadera, una sola autoridad legítima, á la que debe el hombre pedir la regla de sus relaciones con Dios. Como este es uno, la verdad es una. Muy bien puede decirse mi gusto; pero no mi verdad, porque la verdad es el bien comun de todas las inteligencias, y una vez probado lo verdadero no se propone al libre albedrio de cada uno, sino que se impone con una autoridad irresistible á la creencia de todos. Mas ¿dónde está esa religion revelada? ¿Cuál es la autoridad por la que se han promulgado en el mundo las leyes de la sociedad del hombre con Dios? La iglesia católica resuelve todas estas cuestiones con el hecho de la mision del Salvador; y hé aquí la solucion del problema que nos hemos propuesto. Los pueblos que estan sujetos á la iglesia, proceden con ella por *via* de autoridad, y los que afectan desconocerla no tienen otra guia que su razon. Aquellos no tienen mas que una sola y misma creencia: de estos puede decirse: *quot capita tot sensus.* No entra en nuestro plan enumerar las diversas sectas que han aparecido en el

mundo desde la era cristiana. Considerando en este escrito el catolicismo á presencia del siglo XIX, solo tenemos que indicar las mas notables en las sociedades modernas.

Hace muchos siglos que el judaismo no forma un cuerpo de nacion. A la ley escrita abrogada con la venida del Mesias ha sucedido la ley de la nueva alianza. Si por un profundo designio de la Providencia aquel pueblo heredero de las antiguas promesas cubre aun el mundo con las reliquias de su ruina, su nombre que sobrevive á la catástrofe mas espantosa, y sus restos dispersos en todas las naciones, sin confundirse jamás con ellas; parecen destinados á ser un monumento eterno del terrible castigo fulminado contra él. Sin embargo hay hombres en su seno que suspendiendo su carrera errante, levantan á veces la cabeza encorvada al parecer con el peso de su alma, ven la gran ciudad edificada sobre la montaña, reconocen la iglesia depositaría de las nuevas promesas, é iluminados repentinamente con las luces de la gracia se dedican á amarla. Entonces cae ante ellos la barrera mas alta que los separaba del cristianismo. ¡O Roma! ¡qué gracia he encontrado en tu seno! exclamaba no há mucho ese jóven de sentimientos enérgicos y hasta violentos, que habiendo alimentado en su alma todas las preocupaciones y todo el odio implacable y sombrio de su secta contra el cristianismo, se ha convertido en discípulo fervoroso de la iglesia, y se espera que llegue á ser su apóstol. Jóven, rico, con los hábitos de la elegancia y los gustos frívolos y brillantes que dan á los de su edad la educacion y la fortuna, pasaba como á su pesar por Roma para encaminarse al Oriente: parecia que no habia ido á Italia sino á disfrutar de la dulzura de sus templados inviernos, y encontró la suavidad de la gracia. Algunos rayos de las antiguas glorias de aquella re-

gion y los resplandores de la fé le prodigan los de la esperanza. El inmortal esplendor de su cielo y la que es reina de él, parece que le descubren todas sus grandezas y el encanto siempre renovado de sus antiguos recuerdos, y nace bajo de sus pies la virtud. Contempla las ruinas consagradas en la historia y los magníficos templos que ostentan orgullosos la gloria de los héroes de la fé. La iglesia de S. Andrés es pobre, pequeña y poco concurrida: allí es donde Alfonso María de Ratisbona se postra de rodillas como anonadado, y luego se levanta deshecho en lágrimas y pide un sacerdote católico. El 20 de enero de 1842 se habia levantado judio, y se acostó cristiano. Hay cosas de un órden tan superior y tan santas por su naturaleza, que á la iglesia sola corresponde publicarlas con toda la majestad de la palabra. Un decreto de la corte de Roma acaba de certificar que esta conversion tiene todos los caracteres de un verdadero milagro. A los judios que se obstinan aun en no reconocer á la iglesia católica, no opondremos mas que este hecho, uno de los mas decisivos de la historia para convencerlos.

No hablaremos del islamismo. Nuestra nacion en guerra con la barbarie africana triunfará de la media luna con el valor de nuestros soldados y la pericia de sus generales; y los hijos de Mahoma, testigos de la majestad de nuestras ceremonias, abandonarán sus preocupaciones y caminarán hácia la verdadera fé como sin saberlo. Los cultos disidentes que estan mas en contacto con el catolicismo, se reducen á las iglesias orientales, el luteranismo y el calvinismo.

Estas sectas divididas en principios y en creencias se reunen para combatir el catolicismo sobre diversos puntos. Miguel Cerulario consumó el cisma que habia comenzado Focio en el siglo XIX; y el principal de todos sus

errores consiste en no reconocer al Papa. Lutero, jefe de la reforma, se declaró sucesivamente contra todos los dogmas y la disciplina de la iglesia; y aun hoy á pesar de la incesante variedad que han experimentado las doctrinas de aquella secta, el vasto campo de batalla es la supremacía del Papa. Por fin Calvino, discípulo de Lutero, dió mas extension á la heredad que su maestro y modelo le habia dejado, y cayó en mayor número de errores. No nos detendremos en todos los puntos de doctrina que disputaba al catolicismo, la existencia del purgatorio, la necesidad de las buenas obras, la presencia real, el culto de las imágenes, la confesion auricular, ¿quién sabe? No acabariamos si hubieramos de hacer una completa enumeracion. Ademas las variaciones que han ocurrido en las creencias de los calvinistas son tantas, que seria tentar un imposible si se quisiera reunirlas en un solo símbolo. Cada dia produce nuevas fracciones, y cada una forma un símbolo nuevo para sí. Pero todas se reunen para desechar el papado y disputar la infalibilidad á la iglesia. Asi la supremacía espiritual del Papa y la autoridad infalible de la iglesia son los principales puntos disputados en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, en Prusia, en Rusia, en todos los puntos donde han penetrado el cisma y la herejía.

¿Habrán de desvanecerse nuestras esperanzas de que vuelvan las creencias á los verdaderos principios para poner un término, á lo menos en Europa, á ese estado de hostilidad que bajo especiosos pretextos agita la sociedad, la divide de mil maneras diversas, paraliza sus esfuerzos hácia mejor porvenir, y hace doblar á los unos la cabeza bajo la cuchilla del despotismo (en Rusia), mientras que otros corren desbocados á la anarquia? En vano se intentará buscar la prosperidad social ó aceptando todos los cultos religiosos bajo cualquiera for-

ma que se presenten, ó escogiendo por un principio de eclecticismo lo que parezca mejor de los diversos cultos coexistentes para formar una religion nacional. En la primera hipótesis no siendo uniforme la creencia de los pueblos, la tendencia general de las acciones no estará en armonía con un fin comun, porque la sociedad de los espíritus es el alma de toda sociedad humana: cuando aquella está dividida en principios y creencias, esta se halla rigorosamente sujeta á oscilaciones, á divisiones y á disensiones intestinas que traen consigo todos los males á que tantas veces se hallan expuestas las sociedades. La última hipótesis tendria el triste inconveniente de minar los fundamentos de la religion, su divinidad. El todo que se formase de las diversas creencias, no pasaria de ser una obra de los hombres. Por tanto cada cual podria libremente admitir ó desechar este culto. La única religion verdadera puede corresponder á las necesidades de la sociedad (1). Con esta condicion sola puede el culto religioso, considerado como elemento de organizacion social llenar satisfactoriamente su mision civilizadora en el seno de los pueblos. Debe pues ser el objeto primero de nuestras investígaciones discernir de qué lado está la verdad; porque así como la ciencia y la fé no pueden jamás el catolicismo y los cultos disidentes aliarse fuera de la unidad. En seguida pasaremos á juzgar de las disposiciones recíprocas de las partes y de los medios conciliatorios abiertos á las diversas *comuniones* esparcidas por el mundo.

Antes de entrar en la cuestion de la supremacía de la santa sede nos es indispensable determinar su sentido

(1) Invitamos á nuestros lectores á consultar la obra del señor Balmes intitulada: *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.*

católico, que es este. El Papa posee la jurisdiccion en las cosas espirituales sobre la iglesia entera, de la que es el jefe visible, el centro de la unidad y la fuente de la autoridad. Hé aquí la prueba de esta proposicion. Resulta de lo que hemos dicho ya de la iglesia, que se presenta á nosotros, así en todas las páginas de las divinas escrituras como por las intenciones mismas de Jesucristo, bajo la forma de sociedad espiritual. De este principio hemos deducido con todo rigor esta consecuencia: luego necesita la iglesia una autoridad que ligue estrechamente todas sus partes en una perfecta unidad de creencia. No hay quien se atreva á disputarnosla; porque lo que constituye toda sociedad es el poder, y de la naturaleza de este depende la naturaleza de la sociedad. Donde el poder supremo, la soberanía pertenece á todos ó á muchos, la sociedad es democrática ó aristocrática. Donde uno solo es soberano, y todos los poderes existentes le estan subordinados, la sociedad es monárquica; pero siempre se necesita una soberanía, un poder supremo, que tenga derecho de mandar y á quien se deba obedecer para que exista una sociedad cualquiera. En todos los estados se reconoce la necesidad de un jefe: con mucha mas razon es indispensable en una sociedad espiritual. La autoridad es mas necesaria en ella que en ninguna otra, porque la religion está destinada á arreglar no solamente las relaciones exteriores del hombre, sino á penetrar en el secreto de su entendimiento y de su corazon para iluminar el uno con una verdadera luz, y formar el otro en la virtud. A una sociedad espiritual le es necesaria una autoridad para disipar las tinieblas entre la multitud, tribu real de niños, de sencillos, de ignorantes, de débiles é irresolutos, y para servir de guia tutelar al ingenio. El escudriñador temerario de la majestad divina será oprimido con su gloria. Deberia bastar el traer á

la memoria todas las doctrinas religiosas inventadas y profesadas fuera de la fé de autoridad por inteligencias en lo demas muy elevadas, para concluir que si hay un Dios, una Providencia, es absolutamente necesaria una autoridad.

El género humano, por largos siglos víctima de todas las aberraciones del racionalismo y de los sentidos, debe convencernos de la extrema necesidad en que nos hallamos de una doctrina venida de arriba, y dispensada, dictada á todos por autoridad. La razon natural basta para abrazar y querer como una necesidad de evidencia y el remedio mas suave de todos nuestros males un poder de enseñanza y la sumision que se le debe. La sociedad espiritual de la iglesia necesita una autoridad proporcionada á la sublimidad de su legislacion toda divina: necesita una union entre sus miembros que asciende la perpetuidad de la sociedad general de una manera mas segura que todas las penas aflictivas; y esta union no podria existir sin un centro comun en que fueran á parar todos los miembros de esta sociedad espiritual. Luego la iglesia necesita una autoridad.

¿Cómo debe ejercerse? Esta es la cuestion que se presenta aquí como de suyo. Dios, es sin duda el gran regulador de la humanidad; pero su accion sobre el hombre es esencialmente invisible. Sin embargo la unidad religiosa, elemento constitutivo de una sociedad espiritual, es un fin sensible que depende de circunstancias exteriores. Necesitaba pues la iglesia una autoridad visible delegada de Dios para conseguir este objeto, unir las naciones, y elevarlas segun la expectacion universal á un estado mas perfecto bajo el imperio de una ley divina para siempre inmutable. Para cumplir este gran designio de misericordia y de amor, concebido de toda eternidad en el seno del Padre, instituyó Jesucristo un

sacerdocio nuevo para gobernar esta sociedad espiritual, y dijo al hijo de Jonás, á quien llamó Cefas, es decir, Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» Y despues: «Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra quedará tambien desatado en el cielo.» Habiéndole preguntado tres veces el Señor despues de su resurreccion: «Pedro, ¿me amas?» le dijo: «Apacienta mis ovejas y mis corderos.» Tales son las pruebas decisivas de la supremacía espiritual, de la preeminencia de honor y de jurisdiccion de Pedro. Héle aquí distinguido de todos los demas pastores por el mismo supremo pastor, y distinguido por la extension de su poder, que no admite otro superior ni igual, supuesto que se le sujeta la iglesia entera.

Si él es la base de la iglesia, sus privilegios tienen el derecho de intervencion universal y la autoridad suprema para ligar todas sus partes, y porque la iglesia nó debe perecer jamás, Pedro no es únicamente su primer operario, sino el apoyo universal que liga todas las piedras del edificio, y su base indestructible. A Pedro se le confia la fuente de la autoridad y de la potestad espiritual. Las llaves son el símbolo del poder soberano, y la accion de entregarlas se ha mirado siempre como la señal de la investidura de la potestad. En este sentido se toma en nuestras divinas escrituras. Sabido es que en Oriente es muy perceptible esta conexion del poder supremo con sus emblemas; y aun en Occidente cuando se ofrecen las llaves de una ciudad á un conquistador, es una señal de que se reconoce su imperio. Pedro fue investido de la soberanía espiritual. El poder de atar y desatar implica necesariamente una jurisdic-

cion, y la mision de apacentar el rebaño entero designa tan claramente una autoridad general sobre los fieles y pastores, que no puede desconocerse.

Sin embargo algunos contradictores sistemáticos han alegado que Pedro no habia tenido una supremacía de jurisdiccion, porque no habia recibido personalmente ningun poder que mas adelante no se hubiese concedido colectivamente á todos los apóstoles. Pero ¿quién podria persuadirse que los poderes especiales recibidos por Pedro pudieron invalidarse con la mision que le fue comun con los apóstoles? Al contrario este solo hecho constituye una superioridad relativa á favor de Pedro. Aun cuando no hubiera recibido mas que lo que se dió á los apóstoles de un modo colectivo; por solo el hecho de habersele concedido este don de una manera muy especial le hubiera recibido en grado superior. El docto Orígenes hace esta observacion. «Lo que se habia dado primero á Pedro, dice, parece que se dió despues á todos los apóstoles; pero como debia conferirse á Pedro una mision privilegiada, hubo algo personal en su investidura. *Yo te daré las llaves del reino del cielo.* Esto estaba dicho y hecho (porque para Dios decir es hacer) antes que viniesen estas palabras: Lo que desatareis en la tierra. Y si estudiamos atentamente las palabras del Evangelio, nos convenceremos de que las últimas frases se dirigen á Pedro y á los demas apóstoles; pero que la primera dirigida á Pedro lleva consigo una gran superioridad de jurisdiccion y de dignidad.» Ademas debemos añadir que la mision de apacentar el rebaño no se da en ninguna parte á los otros apóstoles, sino únicamente á Pedro. A él solo se le habia dicho tambien: «Yo he pedido por tí en particular para que tu fé no desfallezca: asi cuando te conviertas, cuida de confirmar á tus hermanos.»

Tantas pruebas demuestran victoriosamente la su-

blime preeminencia y la supremacía espiritual de autoridad dada á Pedro. Estas gloriosas prerogativas han pasado á todos los papas sus sucesores, y la supremacía de la santa sede se ha transmitido de siglo en siglo como una institucion divina en la iglesia de Dios, de que es una parte integral y esencial. ¿Quién se atreveria á negarlo? ¿Podria suponerse por un instante que Jesucristo hubiese dado á su iglesia una base que debiera sufrir alteracion alguna? ¿No exigen la naturaleza y los mismos fines de la iglesia que el tiempo que todo lo altera, no pueda alterar su constitucion gerárquica? ¿Tan poco cuidadoso habria sido de su obra el arquitecto de esta ciudad santa, que hubiera querido que despues de la muerte de Pedro se viniese abajo el edificio que habia levantado? De buena fé ¿se puede negar á un Dios la prudencia que sin contradiccion se concederia á cualquier hombre? Ademas la supremacía de jurisdiccion en la iglesia es el único medio de conservar la unidad de fé, que es el elemento constitutivo de toda sociedad espiritual; luego debe participar de su perpetuidad. Y tan cierto estuvo en el ánimo del Salvador que la autoridad de Pedro pasase hasta el último de sus sucesores, que él mismo lo explicó con estas palabras: «Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Asi sancionó solemnemente su obra. A todo lo que acababa de hacer tanto á favor de Pedro, como de los otros apóstoles, aseguró la perpetuidad.

«No hay cosa tan invenciblemente demostrada en la historia eclesiástica, decia el señor conde de Maistre, sobre todo para una conciencia que no disputa jamás, como la supremacía monárquica del sumo pontífice. Apenas se atreve uno á citar hoy los textos que de edad en edad prueban la supremacía romana del modo mas incontestable desde la cuna del cristianismo hasta nues-

tros dias. Son tan conocidos estos textos, que al citarlos parece que quiere uno ostentar una vana erudicion.» Sin embargo no podemos menos de echar una ojeada rápida hácia esos monumentos preciosos de la mas pura tradicion. Ireneo que habia conversado con los discípulos de los apóstoles, apelaba ya á la cátedra de S. Pedro como regla de la fé, y confesaba este principado regente, que tan célebre se ha hecho en la iglesia (1). «Como seria demasiado largo, escribia, anotar la larga série de los sucesores de los apóstoles; me limitaré á la silla de Roma, la mas grande, la mas antigua y la mas ilustre iglesia del universo, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, la cual ha recibido de ellos su doctrina, que ha sido anunciada á todos los hombres, y por intermedio de sus obispos ha llegado hasta nosotros. A esta iglesia deben recurrir todas las otras á causa de su supremacía.» Tertuliano exclamaba ya á fin del siglo II (2): «Hé aquí un edicto y edicto perentorio procedente del sumo pontífice, *del obispo de los obispos*. El Señor dió las llaves á Pedro y *por él* á la iglesia. Si se trata del Africa, dice, Roma no está lejos, y poco tiempo basta para consultarla.» S. Cipriano decia (3): «Despues de estas tentativas habiendo elegido obispo por sí mismos se atrevieron á sellar y enviar cartas de cismáticos y de hombres profanos á la cátedra de S. Pedro y á la iglesia principal, *donde la unidad sacerdotal tiene su origen*, sin reflexionar que los miembros de esta iglesia son aquellos romanos cuya fé alabó S. Pablo, y en los cua-

(1) Adv. Hæres., lib. 3, cap. 3.
(2) De *pudicitiâ*, cap. I. X et de præscript. cap. XXXVI.
(3) *Epist. synod. ad Julium rom. con. gent. t.* 2 *et p.* XXVII, XXXIII.

les no tiene cabida la perfidia.» Despues de referir las inmortales palabras, *tú eres Pedro*, añade: «De ahí deriva la consagracion de los obispos y la forma de la iglesia: de su seno salió la unidad y está al abrigo de todo error por una proteccion especial de la divina providencia.» No menos claramente se expresa S. Agustin (1) instruyendo á su pueblo y con él á toda la iglesia. «El Señor, dice, nos encomendó sus ovejas, porque las encomendó á Pedro.»

En las actas del concilio de Sardica en Tracia, celebrado á instancia de S. Atanasio y con asistencia de trescientos obispos, leemos: «Parecerá muy conveniente que los sacerdotes en todas las provincias se refieran á la cabeza de la iglesia, es decir, á la cátedra de S. Pedro.» S. Basilio el Magno recurrió al Papa Dámaso en la miseria de su iglesia, y para moverle mas le recordaba todas las ocasiones en que los pontífices romanos de los tiempos pasados habian intervenido en los asuntos de su silla. S. Gerónimo escribia al Papa de esta suerte (2). «No quiero seguir mas que á Cristo, unido á la comunion de vuestra santidad, es decir, á la cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta roca está fundada la iglesia. Cualquiera que conduce el rebaño fuera de esta casa, es un hombre profano..... El que no riega con vuestra santidad, pierde el trabajo.» S. Juan Crisóstomo decia al Papa (3): «Me dirijo á vos para pediros en primer lugar que lo que se ha hecho tan inicuamente contra mí en mí ausencia y cuando yo no me negaba á someter mi conducta á una informacion, sea anulado: des-

(1) Serm. CXCVI.

(2) Epist. XIV ad Damasum, t. IV.

(3) Epist. — ad Innoc. t. III, et de sacerd. t. I, l. 2, c. 1.

pues que los que han procedido asi contra mí queden sujetos á un castigo eclesiástico. Admitidme ademas, aunque no he sido convencido de ninguna transgresion, á gozar del consuelo de vuestras cartas y de la sociedad de mis primeros amigos.» Y en otro pasaje: «¿Por qué razon, dice, derramó Jesucristo su sangre? Ciertamente por salvar las ovejas que encomendó á la guarda de Pedro y de sus sucesores.»

Siempre han sido considerados los Papas como los jefes supremos de la iglesia, y han desplegado las facultades de tales. No entraremos en pormenores sobre este puuto: solamente añadiremos que algunos concilios generales han reconocido solemnemente la suprema autoridad del Pápa. Asi en el de Efeso Felipe, uno de los legados del Papa Celestino, habló á aquella venerable asamblea en estos términos: «Nadie pone en duda y todos los siglos han creido que el santísimo padre, el príncipe de los apóstoles, el pilar de la fé y el fundamento de las iglesias, recibió de nuestro Señor las llaves del reino y la facultad de atar y desatar. Ahora vive en sus sucesores, y ejerce siempre esta autoridad por sus manos.» Entre los seiscientos obispos que oyeron leer la carta que el Papa Leon habia escrito al concilio de Calcedonia, informándole de que su carta á Flaviano habia resuelto plenamente todo lo que es de fé sobre el misterio de la Encarnacion, no hubo una voz que reclamara. De este mismo concilio salieron aquellas aclamaciones unánimes: *Pedro ha hablado por la boca de Leon : Pedro está siempre vivo en su silla.* «Concluido el concilio se dirigieron á aquel santo pontífice en estos términos: «En la persona de Pedro que se ha hecho nuestro intérprete, perpetuais por órden de vuestro maestro la cadena de la fé que baja hasta nosotros. Por eso mirandoos como nuestro guia hemos dado á conocer la verdad á los

fieles no por una interpretacion particular sino por nuestra confesion unánime..... Como la cabeza domina á los miembros; asi vos presidís nuestra reunion por medio de aquellos á quienes habeis dado esta comision. Os suplicamos pues que honreis nuestra resolucion dándole la forma de decreto. Como respetamos la cabeza de la iglesia, rogamos á vuestra eminencia que haga eficaces unas medidas tomadas en beneficio de vuestros hijos.»

Seria supérfluo acumular citas de las autoridades sacadas de la iglesia latina. «No hay unidad de iglesia, decia Santo Tomas, sin unidad de fé; pero no hay unidad de fé sin un jefe supremo (1).» Belarmino se explicaba asi: «¿Sabeis de qué se trata cuando se habla del sumo pontífice? Pues *se trata del cristianismo.*» Sabida es la expresion tan ingeniosa de S. Francisco de Sales: «*El Papa y la iglesia es todo uno.*» Gerson confesaba que Jesucristo fundó su iglesia sobre un solo monarca supremo, el pontífice romano, en el cual solo reside la potestad eclesiástica en su plenitud. Esta era tambien la doctrina de Almaino, á quien no se acusará, como ni tampoco á Gerson, de que quisieran adular á Roma. «El Papa solo, dice, posee una autoridad primitiva que somete á él todos los demas sin que él esté sometido á ninguno.» Y el gran Bossuet ¿qué no dijo en su famoso sermon de la unidad? «La iglesia romana no conoce herejias: la iglesia romana no ha errado jamás: Pedro permanece en sus sucesores el fundamento de los fieles.»

En 1810 ¡qué homenaje tan notable dió al papado el consejo eclesiástico encargado por Bonaparte de responder á ciertas cuestiones! «Un concilio general, respondieron los diputados, no puede celebrarse sin la ca-

(1) *De summo pontifice in præf.*

beza de la iglesia; de otro modo no representaria la iglesia universal.» Es verdad que en el curso de la discusion dejaron escapar que el concilio general es la única autoridad en la iglesia superior al Papa; pero al punto añadieron un correctivo, diciendo que pudiera acontecer que el recurso al concilio sea imposible, ya porque el Papa se negase á reconocer el concilio general, ya ect. Este hubiera sido el caso de recordar las palabras tan notables de Thomassin: «No peleemos por saber si el concilio ecuménico es superior ó inferior al Papa. Contentemonos con saber que el Papa enmedio del concilio es superior á él, y que el concilio decapitado de su jefe es inferior á sí mismo.»

Nada pues podria probarse si estos multiplicados y patentes testimonios de todas clases no bastaran para demostrar la creencia de todos los siglos en la supremacía de la santa sede. El Africa, la Siria, el Asia menor, Francia, España é Italia proclaman en alta voz las sublimes prerogativas del padre comun de los fieles, del jefe supremo y visible de la iglesia.

Y ¿quién no convendrá en que negarse á reconocer el papado, ó tratar de limitar su poder dentro de la esfera de las cosas espirituales, seria tambien negarse á reconocer á la iglesia catolica su propia existencia? Combatir su autoridad es trastornar el órden que Jesucristo estableció, alterar la sociedad misma que vino á formar, y cambiar su naturaleza, reducirla á un cuerpo sin cabeza ó tratar de sustituir un gobierno arbitrario y humano al que recibió. Ella es lo que Dios la hizo, ó no es nada. Cambiar la naturaleza de esta sociedad divina seria evidentemente destruirla, trastornarla combatiendo su constitucion, y despojarla de sus caracteres indispensables. No seria ya *una* si no existiese centro de unidad. No seria ya universal si no anuncia-

sen todas las naciones la misma fé, y porque donde se detiene el poder, allí tambien se detiene la sociedad. No seria ya perpetua, pues que la fé sometida á la arbitrariedad de la independencia individual cesaria de ser identica en todos los tiempos y lugares. Finalmente no seria ya santa, porque estaria privada de la facultad de juzgar soberanamente de la doctrina. Conmover la autoridad sobre la cual fundó el Salvador su iglesia, es conmover los cimientos de esta misma iglesia, y destruida la iglesia no hay medio alguno de conservar la sombra siquiera del cristianismo. Se reducen á polvo sus obras mas preciosas, se aniquilan todos sus títulos, y se arrojan al viento sus letras de divino origen rasgadas por manos sacrílegas. Por eso un autor de vastos conocimientos no titubeaba en otro tiempo en llamar toda embestída contra el poder del sumo pontifice *un crímen de lesa religion para el cristiano y un crímen de lesa sociedad para el hombre de estado.*

La historia del pontificado liga las dos grandes épocas de la civilizacion, y es la única cadena que sin solucion de continuidad aparece de edad en edad, atraviesa todos los siglos, y va á anudar los primeros eslabones de la historia sagrada con los últimos de la profana. Jamás ha habido una dinastía que llegue á la mitad de la duracion inmensa que marca la carrera del pontificado por entre tantos obstáculos y vicisitudes. Ninguna potencia del mundo ha ejercido una influencia semejante á la suya para acelerar la civilizacion de los pueblos. La Escocia, la Irlanda, la Inglaterra, la Germania, la Dinamarca, la Hungria, la Polonia y las Indias orientales y occidentales debieron á la santa sede su conversion, unas costumbres mas puras y la nobleza de relaciones sociales desconocidas hasta entonces. La vida de las naciones europeas tiene su origen en la potestad

pontificia. La última palabra de toda ley para la sociedad espiritual está en Roma, de donde parte el reflejo de deslumbrantes resplandores para iluminar el universo; y las bendiciones del padre universal de los fieles atravesando los mares y las rocas escarpadas llegan hasta las regiones mas remotas. ¡O Dios! disipad las preocupaciones de aquellos hermanos nuestros muy amados que desconocen aun la mano tutelar y tan pródiga de bienes del sumo pontífice.

La autoridad espiritual en la iglesia no solamente debe ser visible sino tambien infalible en la fé porque está esencialmente destinada á conducirnos á la certidumbre. Hé aquí sin duda una palabra muy extraña á vista de la fragilidad humana y de la experiencia perpétua de nuestros errores: una palabra despreciada frecuentisimamente en el pensamiento de ciertos sabios y sin embargo victoriosa de tantos asaltos y que sobrevive á tantas ruinas; una palabra que solo la iglesia católica se atribuye, la infalibilidad. Esta es la participacion de uno de los atributos mas preciosos de la divinidad, dada á unos hombres de la tierra. Este guia infalible en las cuestiones religiosas es el mayor beneficio del cielo. Solo con él se remedian nuestros males. Antes de venir á las pruebas sobre que se apoya esta verdad, conviene determinar el sentido en que atribuimos la infalibilidad á la iglesia.

La infalibilidad de la iglesia es una autoridad que no puede engañarse ni engañar: es la infalibilidad de definicion, de juicio y de enseñanza en lo que toca á la fé: es un don sobrenatural que reside en el cuerpo episcopal reunido á su cabeza; de modo que la iglesia católica, considerada como autoridad enseñante é infalible, se compone formalmente del supremo pontifice y de los obispos en comunion con él. Asi lo reconocemos ya en

los concilios generales, ya en un decreto dogmático de la santa sede dado para toda la iglesia. Esta infalibilidad en sí misma es una asistencia especial y perpetua del Espíritu Santo, por efecto de la cual no puede errar jamás la cabeza de la iglesia al determinar el sentido de un artículo de fé. Hé aquí pues cómo hemos venido á parar al punto de probar la infalibilidad sobrenatural y divina del supremo pastor de la iglesia; gran privilegio que hizo parte de la institucion primera del cristianismo.

A Pedro le dijo nuestro maestro, declarado por el Padre eterno su hijo muy amado en las orillas del Jordan y despues en la montaña: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella.» Mas estas potestades que son sobre todo unos espíritus de mentira, prevalecerian si llegara á inficionarse el cuerpo de la iglesia con algunos errores contra la fé. Luego la iglesia no podrá enseñar jamás la falsedad; luego es infalible. Véase cómo Jesucristo confiere su autoridad á los apóstoles y á todos sus sucesores: «Toda potestad me ha sido dada: como mi Padre os ha enviado, os envio yo: id, doctrinad á todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todo lo que os he prescrito, y yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Si la iglesia pudiera errar ó faltar su autoridad un solo dia, seria vana la promesa de Jesucristo, y su palabra una impostura. Pero si se reconoce la infalibilidad de la iglesia, todo es claro y queda cumplido. ¿Quién no ve en estas palabras una promesa solemne de asistir á la iglesia hasta el fin de los tiempos y de impedir que mezcle el error con las verdades de que es depositaria? No ignoramos que algunos han supuesto que en dichas

palabras no se contiene otra cosa que una simple seguridad de que el cuerpo de doctrinas y creencias que constituyen el cristianismo, no desaparecerá de la tierra; y aun otros se han figurado ver una promesa hecha por Jesucristo á cada miembro de la iglesia de ilustrarle individualmente en todas las materias concernientes á la fé. Pero analicense las diferentes frases que componen este pasaje; y estableciendo su exacta significacion con una comparacion formal de otros pasajes, y examinando despues las relaciones que entre sí tienen, no podrá menos de hallarse la significacion general del conjunto de aquellas palabras.

Entonces se hará manifiesto que la asistencia que Jesucristo prometió á los apóstoles, se extiende á todos sus legítimos sucesores, y que debe durar hasta el fin del mundo, es decir, del órden actual de cosas. En este mismo sentido les dijo: «Yo pediré á mi Padre y él os dará otro consolador que permanezca con vosotros para siempre, espíritu de verdad.» ¿Hay cosa tan clara como esta promesa de infalibilidad, hecha á los apóstoles y á los pastores de la iglesia? Tambien habia dicho á los apóstoles: «El que os escucha me escucha.» ¿No es esta la prueba de la personificacion de Jesucristo trasladada á la iglesia, y de que su infalibilidad ha venido á ser la infalibilidad de la iglesia?

Sabemos que ostentando gran lujo de griego y de siriaco se puede arrancar violentamente á las palabras su sentido natural y sencillo, forjar *el simbolismo y el mito*, y engañarse con todos los delirios atrevidos del naturalismo y de la exegesi alemana Pero el hombre imparcial y sensato no puede declararse contra el sentido inherente á las palabras, que prueban tan victoriosamente la autoridad infalible de la iglesia. Aquí como en todas partes hay que buscar la verdad en un conjunto de

hechos, de palabras ó de principios y no en pormenores numerosos y sofísticos. Calculense las intenciones, el objeto y las palabras del celestial fundador, reunidas en la naturaleza de las necesidades reconocidas y de los auxilios preparados, y se leerá la infalibilidad de doctrina para la iglesia, á no que haya una resolucion anticipada de no querer leer, ni comprender nada. Esta cuestion es enteramente de conciencia y de buena fé. ¡Ah! si se quiere, si se ama sinceramente la verdad, fuerza será arrojarse con toda confianza en los brazos de la iglesia, que llena de ternura estrechará en su corazon á sus hijos, objeto de su amor constante.

El hecho confirma el derecho. Se fundó la iglesia, vivió, y su vida ha llenado el mundo. Desde su cuna no ha dejado de obrar como autoridad divina é infalible. Sus apóstoles enseñaron en nombre de su maestro con la autoridad mas absoluta en la fé. Nombraron obispos que debian ejercer su mision con autoridad, y pronunciaron anatéma contra los que no guardasen las verdades y las doctrinas transmitidas por los que los habian instituido Desde el primero y segundo siglos se multiplican las disidencias y herejías. La historia atestigua que desde entonces hubo separacion y condenacion de los herejes: lo que sin duda era dar testimonio de infalibilidad. A medida que se levantaban errores, se dejaba oir una misma voz para confundirlos; y esa misma autoridad ha hablado de época en época, y declarado infalible de hecho la autoridad católica reconocida por todos los obispos ortodoxos de Occidente y Oriente. Desde su origen la iglesia ha ejercido actos de infalibilidad; pero el hecho no ha podido subsistir sin el derecho, porque el ejercicio de la infalibilidad sin derecho hubiera sido una usurpacion monstruosa y sacrílega por parte de la iglesia. Sin caracter evidente de divinidad esta in-

falibilidad no hubiera tenido consistencia alguna, ni hubiera sometido al mundo; y sin embargo no ha cesado de ser permanente y activa. Quince siglos habian transcurrido desde la cuna de la iglesia hasta Lutero, y ni una boca se habia abierto aun para disputar á aquella la infalibilidad Por entonces se comenzó *no* á creerla, *sino* á disputarla (1).

Despues de los testimonios de una práctica tan constante y de la tradicion de muchos siglos en favor de la infalibilidad de la iglesia ¿quién podria denegarla, figurándose que Dios hubiera abandonado la humanidad á las olas tumultuosas de sus pensamientos? ¿Podria suponerse que la iglesia, sus apóstoles, pontífices, mártires y doctores y todos sus santos hubieran sido engañados ó impostores? ¡Qué inverosimilitudes!

Se ha imputado al catolicismo, pero injustamente, que probaba por un círculo vicioso la infalibilidad de la iglesia con la Escritura, y la verdad de las escrituras con la infalibilidad de la iglesia. La iglesia tiene motivos de credibilidad que le son propios, y la Escritura tiene los suyos. ¿Por qué no se ha de encontrar la mas grande y mas hermosa ley de la naturaleza en el órden espiritual y moral lo mismo que en el órden físico? ¿Cómo el que ha fijado en sus órbitas por la atraccion esos astros inciertos errantes en el espacio, no habia de haber sabido tambien guiar y fijar las inteligencias al rededor de un vasto centro de accion, de verdad y de vida? Sin embargo el mundo de las inteligencias es muy superior al mundo material. ¿No seria locura desterrar una Providencia ordenadora del mundo de los espíritus? Nuestro siglo que vive de generalizaciones, y que procede sin cesar por analo-

(1) En este sentido ha de entenderse tambien lo quedecian de ella Bossuet y Fleury. *Hist. de las var. doc. just.*

gia ¿no cesará de generalizar y de concluir hasta que este mismo procedimiento le conduzca á reconocer la verdad católica?

Pero ¿quién podrá dejar de admitir la infalibilidad de la iglesia, si considera que necesariamente hay una autoridad soberana en toda sociedad para gobernar todos sus miembros en relacion con su fin, el órden, la justicia, la prosperidad pública é individual? Luego la iglesia que tambien es una sociedad, tiene una autoridad; pero porque esta sociedad es espiritual y está constituida para la fé, se sigue evidentemente que debe ser infalible la autoridad de la iglesia, mucho mas cuando la inteligencia cuya sumision exige, no está obligada á obedecer sino la verdad, y sin infalibilidad no habria sociedad, ni autoridad, ni fé.

Por eso escribia el señor conde de Maistre (1):

« Cuando decimos que la iglesia es infalible, no pedimos ningun privilegio particular para ella. Solo pedimos que goce del derecho comun á todas las soberanias posibles, que necesariamente obran todas como infalibles; porque todo gobierno es absoluto, y desde el instante en que puede resistirsele só pretexto de error ó de injusticia, deja de existir. Sin duda que la soberania tiene formas diferentes: en Constantinopla no habla como en Lóndres; pero cuando ha hablado á su modo en una y otra parte, tan sin apelacion es el *bill* como el *fetfa*. Lo mismo sucede en la iglesia: de un modo ó de otro es menester que se gobierne como cualquier otra asociacion: de lo contrario no habria agregacion, ni conexion, ni unidad. Luego este gobierno es por su naturaleza infalible, es decir, absoluto. La infalibilidad en el órden espiritual y la soberanía en el órden temporal son sinónimos. »

(1) Del Papa.

La idea de una iglesia infalible resulta de la de religion, que se opone á una fé arbitraria é independiente de un juez soberano, y expresa un nudo sagrado que liga los entendimientos y une los corazones. Mas sin un tribunal absoluto, infalible, no hallaria la inteligencia término á sus incertidumbres y dudas en la fé.

La misma nocion de la verdad nos conduce á la infalibilidad de la iglesia, porque la verdad y el ser son idénticos: es la expresion de las relaciones que ponen en armonía y unen todos los seres entre sí, Dios y el mundo, el hombre y sus semejantes. Ella descubre á las inteligencias su naturaleza, su fin y las leyes que deben conducirlas á ella. Y esta verdad proviene de Dios, porque el hombre, sombra del ser y movil como ella, no ha podido sacar de su propio fondo esta gran idea de la verdad. Mas siendo manifestada esta verdad de Dios á los hombres, ha debido revestirse de fórmulas necesarias, de la forma de dogmas para transmitirsele de generacion en generacion, porque debe perpetuarse con la sociedad. Así bajo este respeto la verdad se convierte en tradicion social, connotada con el sello de su celestial origen. Y ¿cuál seria su suerte si quedara abandonada al hombre? ¿Qué seria de este dogma, invariable por su naturaleza, confiado á su razon movil? No se perpetuaria si Dios no asistiera á este ser de un dia, y seria destruido á lo menos en su expresion social si no extendiese Dios á todos esta nocion individual. La revelacion divina pereceria en las manos del hombre, si Dios no hubiera dotado de infalibilidad al depositario de su verdad.

Ya se ve con qué rigor se deduce esta base de la doctrina católica de la nocion de una verdad divina. Ademas si se niega la infalibilidad á la iglesia, todo se hunde, religion, moral, sociedad. En efecto sus decisiones cesarian entonces de ser obligatorias, porque nunca pue-

de uno estar obligado á creer lo que es falso: se apelaria al juicio del hombre, á la razon individual: en virtud de su independencia la razon podria afirmar, negar ó quedar en la duda: la religion sin dogmas fijos, sin culto determinado no seria mas que una opinion libre que podria uno variar y destruir. Pero entonces ya no habria preceptos ciertos, ni deberes, ni moral. La razon individual, juez de los dogmas, lo seria tambien de los preceptos: cada uno formaria su moral y su creencia, y del mismo modo que podria admitirse como verdad lo que otros llamaran error, podria uno amar como bueno lo que otro detestase como vicio. El bien y el mal, el vicio y la virtud se confundirian, y se harian ó evitarian instintivamente.

¿Qué seria de la sociedad enmedio de estas tinieblas, expuesta al escepticismo universal? ¿Podria subsistir en la ignorancia de sus propias leyes y de las condiciones de la vida social? ¿No necesita mas que el individuo de doctrinas ciertas? Sin ellas ¿cómo salvaria del naufragio la creencia de sesenta siglos? Pues ahí se llega de grado en grado cuando se abandona el principio fundamental de la religion cristiana: no habiendo verdades ciertas, tampoco habrá leyes inmutables y obligatorias, tampoco vínculos entre los individuos y las naciones. Estas proposiciones estan estrechamente ligadas entre sí. Una vez admitida la autoridad de la sola razon en materia de fé, por mas esfuerzos que se hagan para detenerse en la pendiente de la duda, las irresistibles consecuencias de este principio van á parar á un abismo, y no queda otra doctrina que la duda, ni otro porvenir que la nada.

La humanidad necesitaba un tribunal que fuera guardian é intérprete infalible del sagrado depósito de las verdades reveladas. Tal vez se nos remita al exámen individual de las divinas escrituras; pero ¿quién no sabe

que ha sido el objeto de una infinidad de disputas, la fuente de todas las herejías y el origen de todas las sectas? Admitir este principio seria dejar á cada uno el derecho de oponer razon á razon y testimonio á testimonio: uno podria decir: la verdad está de mi parte, y mis razones son sólidas; mientras que otro de diferente opinion creeria que sus razones no tenian réplica. Entonces nadie querria ceder á su igual; y ¿qué medio quedaria para cerciorarse de que debe preferirse el sentido de este al de aquel? ¿Cómo podria reconocerse la verdad enmedio de todas las divagaciones del entendimiento humano? ¿Qué seria ademas un sentido oculto y dudoso, cuando se trata de una de las primeras necesidades del hombre y de la sociedad? La palabra divina, contenida en las santas escrituras, va de la eternidad á la eternidad: baja del seno de Dios hácia el hombre á fin de mostrarle el camino que debe conducirle por esta vida de pruebas. Pero el principio que libra su interpretacion á la razon particular de cada hombre, destruye toda fé comun y cierta, y abre un abismo en el que va á sepultarse el conjunto de las verdades reveladas. Entonces el entendimiento humano llega á la incertidumbre de toda doctrina y á las tinieblas del escepticismo, y se extingue la luz, mientras que se proclama soberana la razon que ha acabado con la autoridad.

Despues del transcurso de muchos siglos á resultas de una resolucion tomada se dijo un dia: «La iglesia no tiene ya autoridad: á cada uno toca interpretar, juzgar y formar la fé: la opinion es la primera y la única potestad legítima.» Entonces se concedió toda independencia á la exaltacion de las ideas y de las ilusiones individuales, y el oráculo sagrado debió cumplirse tristemente: «Todo reino dividido contra sí mismo será desolado» El pais en que se dieron estos gritos, se convir-

tió en un volcan, cuyas espantosas erupciones llevaron sus estragos á todas partes. Todavía brama el cráter del volcan: la pasion de independencia que exalta todas las imaginaciones, caracteriza los extravios de todo género, destruye toda base de certidumbre y todo motivo de subordinacion, y propende á poner en cuestion toda la organizacion social. Nosotros lo hemos visto y lo vemos todavia: estamos presenciando el caos mas inextricable de opiniones, de ideas y de doctrinas religiosas, verdadera confusion donde nada por encima y aparece aun en algunos corazones generosos el pensamiento católico. Cuando uno vuelve á abrir su alma á todas las luces del catolicismo y á la uncion interior de la gracia; cuando uno pone su entendimiento y su corazon bajo la autoridad tutelar de la iglesia; entonces sucede una gran calma. En el seno mismo de las sombras y de las santas obscuridades de la fé se respira el bienestar de una claridad divina; y cuando renace diariamente con la vida el sentimiento de la fé, se despierta uno dando gracias al cielo por este asilo seguro en este valle de paso y destierro.

Debiamos comenzar por probar el dogma católico: restanos discutir las vias de conciliacion abiertas á los cultos disidentes.

Los cismáticos griegos estan separados de la iglesia católica porque no quieren reconocer la supremacía de la silla pontificia, es decir, el principio de unidad que constituye la fuerza del catolicismo. Sabido es que apenas establecida la cadena que unia con la santa sede á los patriarcas de Constantinopla, se rompió hácia el año 866 por las manos de Focio, de funesta y odiosa memoria. La humanidad no tiene menos cargos que hacerle que la religion, para con la cual fue tan culpable. Fuera de las pruebas en que hemos fundado la supremacía de la santa sede; cuántos motivos particulares tienen los

griegos para aceptarla! No puede ocultarseles que todos los doctores de la iglesia de Oriente, los Clementes de Alejandría, los Atanasios, los Basilios, los Cirilos, los Crisóstomos y otros muchos reconocieron la supremacía de la iglesia de Roma, con la cual formaban un mismo cuerpo. No pueden poner en duda que Focio mismo se habia dirigido sucesivamente á los Papas Nicolas I y Juan VIII para que confirmaran su eleccion, y que en el año 1019 envió el emperador Basilio embajadores al Papa Juan XX, á fin de pedirle el título de patriarca ecuménico por lo respectivo al Oriente para el patriarca de Constantinopla, asi como el Papa le disfrutaba sobre todo el mundo. En 1075 Demetrio, arrojado del trono de Rusia, apeló al Papa como juez de todos los cristianos. El 8 de julio de1274 los griegos enviados al concilio de Leon por el emperador Miguel entregaron la carta de su soberano y la de treinta y cinco obispos, en las cuales se adherian plena y libremente á la profesion de fé enviada á Miguel por Clemente IV siete años antes. Jorge Acropolita, gran logotetes, hizo juramento en nombre del emperador abjurando el cisma, aceptando la profesion de fé de la iglesia romana, y reconociendo su primacía. No pueden los griegos haber olvidado que el 8 de junio de 1439 amaneció para la Rusia un gran dia, en que Dios ostentó su misericordia en favor de aquella, porque le fue dado volver al seno de la unidad católica de la cual se habia separado. Despues de una formal discusion el emperador Paleologo en persona y excepto Marcos de Efeso todos los vicarios de los patriarcas que habian asistido al concilio de Florencia, firmaron la definicion y el proyecto de union á la iglesia romana, y reconocieron la primacía de la santa sede. El arzobispo de Kiow, metropolitano de toda la Rusia, suscribió con los griegos el célebre decreto de union; y sus colegas

en el episcopado no cesaron de dirigir sus esfuerzos hácia el mismo objeto.

No pueden disconvenir en cuanto á este hecho. En el año 1536 los obispos rusos que estaban sujetos á la dominacion de Sigismundo III, rey de Polonia y gran duque de Lituania, cediendo al solo conocimiento de la verdad, y excitados únicamente por el deseo de su salvacion y la de sus ovejas, enviaron dos colegas suyos á la cátedra de Pedro en nombre de todo el clero y del puebló, pidiendo entrar de nuevo en comunion con la iglesia romana y volver á la antigua unidad con ella.

En vista de tan solemnes y meditados testimonios, dados por los griegos antiguos y modernos á la supremacía de la santa sede, ¿les podria costar mucho reconocerla en el dia? Pero ¿no ven que sus propios rituales ofrecen en esta parte confesiones tan formales y poderosas, que apenas comprende uno cómo se resiste á rendirse la conciencia que consiente en pronunciarlas? Pero ¿no convendrán en que ellos mismos citan hechos en apoyo de la supremacía del Papa? ¿No conocen que una vez roto el vínculo de unidad no hay tribunal comun, ni por consiguiente regla de fé invariable, y que para ellos todo se reduce al juicio particular y á la supremacía civil? Pero ¿no ven que sus iglesias separadas de la santa sede, escribia un ilustre autor, pueden compararse á cadáveres yertos, en los que el frio ha conservado las formas, y que no quedará sino polvo en cuanto sople sobre ellos el viento de la ciencia? ¿No conocen que el *iluminismo*, el *rascolnismo* y otros principios mas peligrosos aun los dividen y devoran?

Para levantarse al nivel de la civilizacion europea y volver al seno de la iglesia no hay mas que un camino para los griegos, el que han abandonado: reconocer la primacía de jurisdiccion y de honor del sumo pontífice.

¡Qué favorables disposiciones no deben esperar hallar en el jefe supremo que gobierna la iglesia! Recuerden la tierna caridad con que el Papa Clemente VIII los recibió en otro tiempo enmedio de los aplausos del universo católico: qué solicitud les manifestó la santa sede; con qué indulgencia los trató, y con qué zelo los auxilió de todas maneras. Como en el concilio general de Florencia se les habia permitido reservarse los privilegios y los derechos de los patriarcas de Oriente; en 1596 se les dejó la libertad de conservar todas sus ceremonias y usos. No dudemos de la tierna solicitud con que el sumo pontífice, sentado hoy en la cátedra de Pedro, los recibiria en el seno de la unidad. Permitasenos presentar á los griegos un testimonio inequívoco en el afecto constante y en el ardiente zelo que muestra aquel á favor de los doce millones de católicos diseminados en los estados rusos. Si en tantas ocasiones se ha complacido el príncipe de los pastores en asegurar al emperador que lejos de aprobar el espíritu de insurreccion contra las potestades legítimas, la iglesia le reprueba al contrario y le condena enérgicamente; tampoco ha cesado de representarle con tanta energia como miramiento los derechos que tienen á su alta proteccion y á toda su justicia los católicos de su vasto imperio.

Si no ha sonado aun la hora de que vuelvan los griegos al seno de la unidad; no por eso es menos incontestable la verdad que combaten: abiertas les quedan las vias de conciliacion, y esperemos á lo menos de la equidad y del ánimo elevado del poderoso emperador de Rusia que acogiendo con benevolencia los deseos del jefe supremo de la iglesia ponga término á sus tormentos.

Sabido es que Lutero y Calvino fueron los autores y los corifeos de la reforma. No negaremos que reinaban entonces muchos abusos en la iglesia: la licencia habia

menoscabado hasta la dignidad del santuario; y las costumbres de ciertos clérigos eran disolutas; pero nada podia autorizar á aquellos reformadores para combatir la integridad de la fé. Enardecidos y extraviados por una ciega confianza en su propia sabiduría no supieron discernir de los dogmas los errores y de las sabias instituciones los abusos reprensibles. Reducidos á condenar lo que acababan de defender ó á defender lo que acababan de condenar se dejaron seducir por el orgullo, y á poco nada pudo contenerlos en justos límites. Parecia que un poder irresistible los impelía á cometer todo género de excesos; y era la lógica del error, tan imperiosa como la de la verdad. Un dogma católico sobre todo debia ser el objeto de sus acometidas, porque es la clave de la bóveda del edificio religioso: asi dirigieron todos sus tiros contra él. Al mismo tiempo que negaban la autoridad de la iglesia, declamaron contra el papado, principio vital del catolicismo, centro de unidad que reune las inteligencias por la fé á los mismos dogmas, y que concilia las voluntades por la sumision de la gerarquía con que está constituida la iglesia. La reforma no ha cesado despues de combatir esta piedra fundamental del edificio misterioso de Cristo. La memoria mas prodigiosa sería insuficiente para recordar los solos títulos de los libros ó libelos publicados contra ella durante estos tres siglos. Asi no queriendo nosotros seguir á los luteranos y calvinistas en el vasto campo de sus disidencias, nos contraeremos á la cuestion del papado y de la infalibilidad de la iglesia como las únicas cuya solucion debe necesariamente producir toda conciliacion franca y durable.

Parece que se obstinan en desechar este dogma no obstante las sólidas pruebas en que descansa. Los hombres mas ilustrados que hacen época en los fastos del protestantismo, y hasta los autores de la reforma han

profesado en muchas ocasiones otras opiniones con respecto á está institucion que las del vulgo. Al parecer han experimentado en esta parte mas pesar que repugnancia; y casi estariamos tentados por decir que en sus pensamientos podrian leerse mas elogios que vituperios. No bastaria un tomo entero para recopilar todos sus testimonios. En un libro que escribia Lutero contra Silvestre de Piera, alegaba estas palabras de Jesucristo: Tú eres Pedro..... y estas: Apacienta mis ovejas..... «Todo el mundo, dice, confiesa que la autoridad del Papa proviene de estos pasajes.» Alli mismo despues de decir que la fé de todo el mundo debe conformarse con la que profesa la iglesia romana, continúa asi: «Doy gracias á Jesucristo de que conserva sobre la tierra esta iglesia única por un gran milagro que por sí solo puede demostrar que nuestra fé es verdadera; de suerte que no se ha separado jamás de la verdadera fé por ningun decreto.» «Confieso, escribia al cardenal Cayetano, que me he arrebatado indiscretamente, y que he faltado al respeto debido al Papa.....dignaos de dar cuenta del asunto al santo padre: yo no deseo mas que oir la voz de la iglesia y seguirla (1).» En 1518 dedicando sus controversias á Leon X le decia: «Santisimo padre, me postro á vuestros pies, y me ofrezco con todo lo que puedo y tengo: dad la vida ó la muerte, aprobad ó reprobad: reconozco vuestra voz por la voz de Cristo que reina y habla en vos.» Es admirable el modo con que se expresaba Melancton en una carta suya. «Nuestras gentes estan de acuerdo en que es permitida la policia eclesiástica, en la que se reconocen obispos superiores de varias iglesias y el obispo de Roma superior á todos los obispos..... Asi no hay disputa sobre la superioridad del Papa y sobre la autoridad de los obispos, y tantos estos como aquel pue-

(1) Bossuet, *Hist. de las var.*, lib. 1, n.° 21, 22.

den fácilmente conservar esta autoridad, porque la iglesia ha menester de conductores que mantengan el orden, que vigilen sobre los que son llamados al ministerio eclesiástico y sobre la doctrina de los presbíteros, y para ejercer los juicios eclesiásticos; de suerte que si no hubiera tales obispos, sería preciso hacerlos. La monarquía del Papa serviría tambien mucho para conservar el consentimiento en la doctrina entre varias naciones: asi facilmente habria concordia sobre la superioridad del Papa si la hubiera en todo lo demas.» ¿Puede haber cosa mas clara y terminante?

Tambien Calvino decia (1): «Dios ha colocado el trono de su religion en el centro del mundo, y ha puesto un pontifice único, hácia el cual estan obligados todos á volver los ojos para mantenerse con mas fuerza en la unidad.» El docto Grocio declaraba sin rodeos que sin el primado del Papa no habria medio de terminar las disputas y fijar la fé (2). Casubon confesaba que el Papa era el instrumento de que Dios se ha servido para conservar el depósito de la fé en toda su integridad durante tantos siglos. Puffendorf afirma que la supresion de la autoridad del Papa ha sembrado infinitos gérmenes de discordia en el mundo; porque no habiendo ya autoridad soberana para terminar las disputas que se originaban en todas partes, se ha visto á los protestantes dividirse entre sí, y despedazarse las entrañas con sus propias manos (3). Jacobo I, rey de Inglaterra, Leibnitz, Sayvel y otros muchos encontraban muy razonable la institucion del papado; y el doctor ingles Catthwrith hacia á su iglesia este argumento tan sencillo; pero de tanta fuerza: «Si la supre-

(1) Inst. VI, §. II.
(2) *Votum pro pace eccles. art.* VII.
(3) *De monarch. pontif. rom.*

macia de un arzobispo de Cantorbery es necesaria para mantener la unidad de la iglesia anglicana; ¿cómo no le seria la supremacía del sumo pontífice para mantener la unidad de la iglesia universal (1)?»

Terminaremos con los testimonios de dos protestantes de los mas sabios, Muller y Bonnet. El primero, hablando de la irrupcion de los bárbaros, dice. «Era menester educar á los bárbaros nuestros padres y hacerlos atravesar mil errores, antes que pudiese aparecer la verdad en su sencillez sin deslumbrarnos. ¿Qué sucedió? Dios les dió un tutor que fue el Papa.... ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el Papa? Lo que ha sido de los turcos, que no habiendo adoptado la religion bizantina, ni sometido su sultan al sucesor de Crisóstomo han quedado en su barbarie.» El segundo le respondia el 11 de octubre del mismo año: «Puedo deciros que vuestra manera de considerar el imperio papal es precisamente la que yo adoptaba en mi plan: yo le presentaba como un gran arbol, á cuya sombra se conservaba la verdad para hacerse algun dia un arbol aun mucho mayor, que haria secarse al que no debia durar mas que un tiempo, un tiempo y la mitad de un tiempo (2).» Podriamos citar tambien diversos sínodos, en los cuales reconoció la reforma la necesidad de una autoridad en la iglesia.

Despues de unas confesiones tan formales y de tanto peso ¿no es de admirar que en Alemania, en Suiza, en Inglaterra y en Francia se resistan los reformados á admitir la supremacía de la santa sede? Si los motivos de creer en ella que el catolicismo les presenta, no les

(1) *In defensione Wirgiti.*

(1) *Joh. von-Müller sumtliche Werke; Funfzenhter theil, en* 8.°, p. 336, 342 *y* 343.

parecen capaces de convencerlos; á lo menos las opiniones de los autores de la reforma deberian tener algun rédito para ellos. Deberian á lo menos estar de acuerdo con los que formaron su profesion de fé; pero la verdad es que para ellos sonó la hora de la emancipacion del entendimiento humano cuando la grande transformacion del siglo XVI. Entonces adoptando sin restriccion el gran principio proclamado por Lutero, vino á ser la única regla de fé la interpretacion de la santa escritura por la razon individual, y cada uno se formó su símbolo. No extrañemos pues que la reforma piense hoy tan de diversa manera que sus padres. Pero ¿á dónde llegará con tales principíos? La exhortamos á que lo medite con toda la seriedad que requiere una cuestion de resultados tan trascendentales. Echando una mirada hácia atras y considerando el término á donde ha llegado, juzgue por analogía de lo que puede prometerse en lo sucesivo. A presencia del abismo que se abre á sus pies, no deberia ya vacilar en volver al puerto.

Lutero, despues de haber reconocido la soberanía de la razon individual en materia de religion, é investido á todo ser pensador del derecho de interpretar las escrituras y de rever todas las decisiones de la iglesia, no tardó en gustar por sí mismo los amargos frutos del arbol de la libertad que habia plantado. Todos los dias veia, para hablar el lenguaje enérgico de Bossuet, irse la reforma á pedazos, y escaparsele algunos dogmas de la antigua fé romana que creyó debia conservar. Vió cumplirse en él el oráculo profético de S. Agustin contra todos los sectarios: «Cogieron el cuchillo de la division para separarse de la iglesia romana: aquel cuchillo quedó en sus manos: y ved en cuántas partecillas se dividen ellos.» Dios permitió que esta division comen-

zase por los jefes. El anabaptismo cayó como una tempestad sobre la Alemania, mientras que Lutero permanecia en su misteriosa prision de Warteburgo; y sus amargas quejas no le atrajeron los discípulos que habian abrazado la nueva doctrina. Zuinglio y Ecolampadio se levantaron como otra cabeza de la reforma. Carlostadio rompió con él, y la fé de Bucero fue á veces un problema. A ejemplo de Lutero Melancton y Calvino lloraron amargamente la anarquía que á su vista devoraba la reforma naciente. «El Elba con todas sus olas, decía Melancton, no hubiera podido suministrarle bastante agua para llorar tantas desgracias.» La santa escritura que debia dar la misma fé á todos los creyentes, se habia convertido ya en un manantial de divisiones; y al proclamar ellos la autoridad de la razon individual habian abdicado todo derecho de contener el torrente de las opiniones.

Apenas habia comenzado la ruptura de Lutero con la iglesia romana, cuando ya conoció el heresiarca la necesidad de buscar un principio de unidad en cualquiera parte, á fin de reunir su doctrina en un mismo símbolo. Esta fue la razon ulterior por qué consintió en entregar el gobierno de aquella sociedad, cuyo fundador se declaraba, á la voluntad inconstante de todos los príncipes. Pero este dique no fue poderoso á contener el torrente aumentado con nuevos símbolos y controversias sin fin. La reforma estaba condenada á caminar. Jurieu habia tratado de traer las creencias á puntos fundamentales, y á mediados del siglo XVIII vacilaban ya los mismos artículos conmovidos é inciertos. Entonces se vió un espectáculo extraño: la reforma negando una por una sus propias doctrinas y caminando á largos pasos hácia el abismo de la duda. D'Alembert no descubría ya en Ginebra mas que un débil matin de

diferencia entre la reforma y el deismo (1). «Se pregunta á sus ministros, decia J. J. Rousseau, si Jesucristo es Dios, y no se atreven á responder. No se sabe ni lo que creen ni lo que no creen, ni aun se sabe lo que aparentan creer (2). No tardó en declarar una voz que era preciso abstenerse de llamar á Jesucristo Dios Hijo, y que por su naturaleza es inferior á Dios Padre (3): desde entonces la reforma ha marchado con mayor rapidez hácia el deismo y no ha descubierto mas que un sentido ideal y místico en los libros de la santa escritura. Eichorn no veia otra cosa que un *mito* en los hechos pasados en el paraiso terrenal. En Inglaterra se ha preguntado qué razon poderosa hay para creer en una revelacion escrita, y ha habido la osadia de sostener que el Evangelio no puede defenderse por medios racionales. En Francia se niega igualmente la inspiracion de una parte de los libros santos. y se reduce la religion á un sentimiento indefinible que se manifiesta bajo diferentes formas segun los tiempos y paises. La exégesis protestante disputa hoy á Moises hasta el Decálogo y la unidad misma de Dios, y los señores Bohen, Quinet, Gesenius y Lengerke consideran todos los libros del antiguo testamento ó como apócrifos, ó como amplificaciones literarias.

Despojado asi de su caracter profético el antiguo testamento, el nuevo ha parecido á otros un tejido de emblemas y *mitos* (4). «Para mí, dice el superintendente general Rœhr, la Escritura es como cualquier otro libro; no reconozco autoridad en ella sino en cuan-

(1) *Enciclopedia*, art. *Ginebra.*
(2) Segunda carta de la Mont.
(3) Esta tésis fue defendida en Ginebra el año 1777.
(4) El Señor Daub, prof. de teolog. en la universidad de Heidelberga.

to concuerda con mi propia conviccion: no la miro como la regla de mi creencia, sino que me sirve únicamente de prueba de que algunos hombres sabios de la antigüedad pensaron como yo (1).» «Tales han sido, dice Bretschneider, los progresos de la inteligencia en nuestros dias, que no solamente la interpretacion sino hasta el contenido de las Escrituras han venido á ser patrimonio de la ciencia. (2)» Segun una multitud de escritores de la reforma, la doctrina de los evangelios es tan muerta como la de la tradicion oral. Es probable, dicen, que no se ha recibido ciertamente la doctrina pura de Cristo por los documentos del nuevo testamento, ó á lo menos que se han intercalado en ellos muchos errores; y se añade que valdria mas que no tuviesemos ninguna noticia de Jesucristo, de quien no admite Strauss mas que la crucifixion: todo lo demas son para él *mitos y visiones*.

La verdadera religion no tiene otro origen que la razon humana. Las Escrituras son tan santas como los escritos de Platon y de Virgilio. Todo lo que se llama milagros, debe considerarse como fábulas. La personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo, la Trinidad a la inmortalidad del alma y el júcio final se confunden en una mitología panteista. A ese punto ha llegado la reforma de Lutero en Alemania. ¡Qué espectáculo tan triste! ¡El divino libro rasgado así, despedazado por las manos que parecian encargadas de conservarle y defenderle! Es verdad que todas las sectas protestantes no han llegado ahí; pero no puede ocultarse que en todas partes propenden al deismo. En vano querrian buscar

(1) Carta sobre el racional. *P.* 15.
(2) *El simonismo y el cristianismo.*

el principio de unidad en la fuerza moral de sus ministros. Como no admiten autoridad infalible que se oponga á la anarquía de los entendimientos, y proclaman soberana la razon; no pueden resistir á la inundacion de los errores. La senda en que se han metido, debe producir la ruina del cristianismo reformado, aun en concepto de muchos escritores suyos (1). Bayle, aunque protestante, habia previsto á donde se llegaria con este método racional. «Es mas util de lo que se piensa, decia, humillar la razon del hombre demostrándole con qué fuerza se burlan de sus luces las herejías mas insensatas para embrollar las verdades mas capitales. Esto debe enseñar á los socinianos, que quieren que la razon sea la regla de la fé, que se extravian en un camino de perdicion, propio solamente para conducirlos de grado en grado hasta negarlo todo ó dudar de todo. Pues ¿qué se ha de hacer? *Hay que cautivar el entendimiento bajo la obediencia de la fé* (2).» Estas palabras equivalen á estotras: hay que volver á la unidad católica. Bayle no hubiera intentado el primero esta reunion; Melancton antes de él habia tenido ese pensamiento, y en la asamblea de Smalcalde fue de parecer que se reconociese el concilio convocado por el Papa. Toda la secta instaba por su convocacion, y Melancton esperaba de él el fin del cisma; pero tan bellos principios no produjeron ningun resultado, porque con la mayor injusticia se queria excluir de él al Papa y á todos los que hacian profesion de estarle sometidos (3). Despues se convocaron varios sínodos para este efecto, y en ninguno de ellos pudieron ponerse de acuerdo; sin embargo

(1) *Revista de ambos mundos,* diciembre 1838, art *vida de Jesus.*

(2) *Dic. hist. y crit.* art. *Paulicianos.*

(3) Bossuet, *Hist. de las var.* lib. *v,* art. 25.

la reforma no se cansó de solicitar esta reunion. No hablaremos de las sabias conferencias de Bossuet con Claude, en las que son de notar tanto vigor en la defensa de la fé, como indulgencia en las discusiones de los proyectos. Un ministro del santo Evangelio escribia no hace muchos años, segun refiere el señor conde de Maistre (1): «Si, los reformadores son los que tocando á rebato contra el Papa y contra Roma, han dado el primer golpe al antiguo y respetable coloso, y dirigiendo los entendimientos de los hombres hácia la discusion de los dogmas religiosos, los han preparado á discutir los principios de la soberanía. Ha llegado el tiempo de proseguir su obra, ese palacio soberbio destruido con estrépito..... Y acaso ha llegado la ocasion de hacer volver al seno de la iglesia los griegos, los luteranos, los anglicanos y los calvinistas.... A vos os toca, pontífice de Roma..... mostraros el padre de los fieles restituyendo al culto su pompa y á la iglesia su unidad: á vos, sucesor de San Pedro, os toca restablecer la religion y las costumbres en la Europa incrédula..... Aprovechad pues, santo padre, la ocasion y las disposiciones favorables..... haciendo en el dogma los sacrificios que las circunstancias exigen, uníos á los sabios cuya pluma y cuya voz dominan á las naciones. Dad á la Europa incrédula una religion sencilla; pero uniforme, y sobre todo una moral purificada, y sereis proclamado el digno sucesor de los apóstoles.» ¡Qué preciosas confesiones! ¡Qué deseo vehemente de volver al seno de la unidad! Pero al mismo tiempo ¿quién no convendrá que no puede concluirse ninguna alianza mientras se exijan concesiones en cuanto al dogma? Tocar á él seria aniquilarle. Dios le ha revelado, y el entendimiento humano no puede añadirle ni qui-

(1) *Del Papa.*

tarle nada. La verdad eterna es el garante de todas y cada una de las verdades reveladas y propuestas por la iglesia á la fé de los pueblos. En cuanto se desechase una sola, no habria razon para dejar de excluir las otras. Obrar de esta suerte seria sustituir en la religion la razon humana á la razon divina; y desechariamos el sello que comprueba la legalidad de aquella. Semejante pacto de alianza seria *un delito de muerte* para el catolicismo. Su regla de fé es inmutable y no se reforma.

¿Habremos pues de perder para siempre la esperanza de todo medio conciliatorio? No sin duda. La reforma puede hacer lo que á nosotros nos está prohibido: como que es obra del hombre le es dado perfeccionarse, sin destruirse poniéndose en completa armonía con el catolicismo que es la obra de Dios. Esta reunion no puede consistir únicamente en simples imitaciones de su ceremonial: mientras la reforma no saliese de esta esfera reducida de actividad, siempre se quedaria á grandísima distancia. En cualquier proyecto de union es indispensable que entre el reconocimiento del papado y de la infalible autoridad de la iglesia; y de buena fé ¿qué obstáculo insuperable puede tener la reforma para aceptar ambas cosas?

¿Se obstinará la iglesia anglicana en disputar al Papa su soberanía en el órden espiritual? Pero tambien admite las Escrituras: se precia con justo título de superioridad de saber y de razon, y la antorcha de la tradicion no se ha extinguido enteramente en ella: consúltelas, y la respuesta de aquellas desvanecerá toda duda. Todos los siglos desde la cuna del catolicismo hasta nuestros dias han confesado y reconocido al Papa por cabeza visible de la iglesia, y los esfuerzos de la herejía para librarse de su autoridad suponen su existencia. Ademas la iglesia de Inglaterra exige obediencia para

sus obispos invocando las palabras dirigidas á los apóstoles: id y enseñad..... luego se apoya en la mision dada á estos en el Evangelio para probar su autoridad. No sabemos pues explicar su resistencia á admitir el primado de jurisdiccion y de honor en los sumos pontífices, sucesores de S. Pedro, que la recibió de Jesucristo en las inmediaciones de Cesarea y á orillas del mar de Galilea. Las palabras del Salvador fueron igualmente claras, y debieron tener su efecto tanto respecto de Pedro como de los apóstoles; y si el pasaje concerniente á estos no puede tener un sentido restrictivo, no vemos cómo las palabras dirigidas á Pedro habrian limitado á su persona y á su vida las promesas que se le hicieron.

Si los obispos anglicanos intentan probar su mision con las palabras que hemos indicado, ¿por qué les parece mal que los papas asienten sus derechos sobre las que comprueban los privilegios de Pedro? ¿Temerá la Inglatera que el papado revindique algunos derechos sobre lo temporal de sus reyes? Mas no puede haber olvidado que el sumo pontífice Gregorio XVI, profesando en todas las circunstancias la máxima de perfecta fidelidad á la potestad temporal en el órden civil, ha declarado solemnemente que no quiere extender su poder de un modo inconciliable con los derechos de los soberanos, ni ejercer en los estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas. ¿Bajo qué pretexto pues deja de reconocerse en su persona la supremacía espiritual independiente de los poderes del estado? Pero el anglicanismo ¿no echa de ver la tendencia bien manifiesta de la nacion hácia el catolicismo? El poder pontificio, la autoridad de la iglesia son reconocidos cada dia mas en Escocia, Inglaterra é Irlanda. La célebre universidad de Oxford ha desplegado la bandera, y todos se incorporan á ella, animándola la universidad de Cambridge

que al principio se habia manifestado hostil á la conversion hácia las ideas católicas. El puseismo triunfa de todos los obstáculos, y rebosa por todas partes. Ya se sabe que ser puseista es anatematizar el principio vital del protestantismo, alejarse cada vez mas de las doctrinas de la reforma anglicana, deplorar la separacion de la iglesia de Roma y mirar á esta como la madre que nos ha engendrado en Cristo. Ser puseista es denunciar la iglesia anglicana como reducida á la esclavitud y cargada de cadenas, declarar que los artículos de la fé anglicana se compusieron en un tiempo de hostilidad contra el catolicismo: que las Escrituras no son la única regla de fé: que la Biblia sin anotaciones ni comentarios, puesta en manos de las personas ignorantes, no es propia para dirigir el curso ordinario de la vida, de modo que se alcance con certeza la salvacion eterna: que Jesucristo está presente en la cena eucarística: que es una costumbre santa orar por los difuntos: que se puede creer en la existencia del purgatorio: que pueden venerarse las reliquias é invocarse los santos; y que hay siete sacramentos (1). Es tan perceptible el movimiento religioso de Inglaterra hácia la autoridad del Papa, que parece que tiene algo de entusiasmo. No ha mucho que escribia el señor Palmer al señor Golithy: «Si desear el restablecimiento de la unidad con la iglesia de Roma es un deseo de papista, en ese caso declaro que soy papista en el fondo de mi alma.» ¿Qué es pues lo que puede contener este impulso generoso? ¿En qué consiste que no arrastra á toda la nacion inglesa? ¿No ha pasado aun por bastantes errores? ¿No le parecerá bastante pesado el yugo opresor del pauperismo que

(1) Cada una de estas frases esta sacada de algun escrito de los puseistas. *Univers* 30 de agosto de 1842.

pesa sobre su cabeza, para alargar los brazos hácia aquel de quien nos viene todo auxilio? ¡Ah! Reanimese la fé en todas las clases sociales con el recuerdo de los beneficios de que las colmó el cielo en otro tiempo. Los Papas no cesaron jamás de declararse sus protectores y sus padres: muestrese pues ella digna otra vez de la solicitud y del amor de los mismos.

¿Qué dificultades graves nos opondrá la reforma para la reunion que desea? Estamos dispuestos á concederle todo lo que puede ser concedido; pero no podemos jamás menoscabar las bases indestructibles del catolicismo. La reforma conviene, sobre todo en Francia y en Alemania, en que la razon individual no basta para ser árbitro exclusivo de la fé. Muchos le sustituyen la razon general, y entonces son arrastrados á la pendiente rápida donde los colocan los principios filosóficos de nuestra época, y no pueden menos de parar en el escepticismo.

Se nos objetan muy á menudo los vicios y la ambicion de los Papas; y se nos dice que por espaciode siglos se han sentado en la cátedra de S. Pedro pontifices de costumbres disolutas y siempre prontos á derribar la corona de las sienes de los reyes. Bajo este pretexto se discurre quedar dispensados de reconocer su autoridad No debemos rechazar semejante objecion, porque los católicos no han supuesto jamás que los Papas esten libres de prevaricar. El Salvador al darles un poder tan grande les dejó el libre albedrio, y estan como el mas humilde de los fieles bajo la influencia de la culpa original. Confesamos que algunos Papas habrán podido mostrarse á veces poco dignos de su santo ministerio; pero ¿qué se infiere de ahí? Si generalmente se deben honor y respeto á los que estan revestidos de una dignidad cualquiera, prescindiendo de sus cualidades ó defectos; con mucha mas razon no debe ningun hombre tratar de alte-

rar por este motivo el sentido de las palabras de Jesucristo ó juzgar desventajosamente la existencia del pontificado. Sin duda que los Papas no son impecables; pero no dejan de ser dignos para siempre de veneracion. Entre los apóstoles hubo un Judas: y si su traicion no alteró la dignidad ni disminuyó la jurisdiccion del apostolado; ¿cómo habria valor de desechar el papado á causa de los crímenes de algunos pontífices? Nadie ignora que todos los sumos pontífices de los cinco primeros siglos de la iglesia, á excepcion de Liberio, han ocupado un lugar en el catálogo de los santos; y hasta algunos escritores protestantes han tributado los mas honrosos testimonios á las virtudes de los Papas que antecedieron próximamente ó se siguieron á la reforma hasta nuestros dias.

Ha habido complacencia en acusar de ambicion á los de la edad media. Pero ¿no hemos visto publicarse muchas obras, cuyos autores siendo protestantes han rehabilitado la memoria de los que se nos habian pintado como desmesuradamente sedientos de engrandecimiento y envidiosos del poder temporal de los reyes? Gregorio VII é Inocencio III cuentan hoy sus panegiristas entre aquellos(1). Aun en la hipótesis mas favorable á las pretensiones de la reforma no podria deducirse nada contra la institucion de los Papas. De un hecho particular no se puede sacar una conclusion general. Ademas ¿quién no convendrá en que si el abuso de los poderes probase algo contra la autoridad del que los ejerce, no habria ya autoridad sobre la tierra? Con gusto pues consentimos en conceder á la reforma que los Papas no estan

(1) Obra del señor Voigt, aprobada por los mejores historiadores de la Alemanía moderna. &c.— Id. Harter, ministro de la iglesia protestante de Alemania.

libres de las flaquezas de la humanidad; pero rogamos á aquella que convenga con nosotros en que sus prevaricaciones no pueden destruir en nada la institucion divina del papado.

La reforma tiene que glosar acerca de la jurisdiccion temporal de los Papas. Tambien le concederemos que la supremacía espiritual de que están investidos, no trae necesariamente consigo aquella posesion, y añadiremos que la soberanía sobre los estados romanos no forma siquiera parte integrante de su dignidad. Con todo debe reconocerse con muchos escritores aun protestantes(1) cuán ventajoso es asi para la iglesia como para las sociedades que los Papas esten enteramente independientes de los soberanos. ¿Por qué, se nos pregunta, no apareció la autoridad papal en los primeros siglos? Despues de todas las explicaciones que hemos dado ya de esta tesis, nos bastará responder que los Papas han sido mirados constantemente como jefes espirituales: que ejercieron en los cuatro primeros siglos una jurisdiccion incontestable y no disputada; y que si su autoridad se ostentó mas en las edades posteriores, fue por la mayor urgencia de las necesidades de la iglesia.

Se nos acusa de que adoramos al Papa: injustamente lo ha afirmado la reforma. Preguntese al último católico, recorranse todos nuestros libros, y fácil será convencerse de que estamos lejos de tributar honores divinos al Papa. La reforma se resiste á reconocer la infalibilidad de la iglesia, al paso que concede este privilegio á la razon individual, á lo menos en el sentido filosófico á la razon general de la humanidad. Juzgue con ánimo elevado é imparcial de qué lado debe inclinarse mejor la balanza. Algunos protestantes nos han declara-

(1) El señor Hume, *Hist. de la casa de Tudor*, t. 2, p. 9.

do á nosotros mismos que admitirian gustosos un gobierno constitucional en la iglesia; pero les pedimos que observen que este gobierno no seria centro de la unidad en cuanto la fé cesase de ser idéntica en todas partes; y querer dar una nueva forma á la iglesia sería destruirla. Tampoco podemos convenir con el parecer del señor Montlosier, que nos aconseja sin rodeos que quitemos de nuestra religion sus dogmas, sus misterios y sus artículos de fé, y que no conservemos mas que las ceremonias que le parecen bellas y pomposas (1). Los artículos de fé de una religion forman su sustancia y su fondo: la disciplina y las ceremonias son partes accesorias.

Los señores Merle de Aubigué y Bost han publicado no há mucho ciertos escritos, en que abundan las invectivas contra el papado y la gerarquía católica: no necesitamos refutarlos. Bastanos decir con el presbítero Magnin, que ha respondido á sus impugnaciones con tanto talento como energía, que semejantes ignominias quedan á cargo de su inventor. No hacen mas que rebajar el precio de una causa, y seguramente no es el de la nuestra. Salgan algunas otras obras de este gusto, y los protestantes sinceros á quienes querremos siempre como hermanos muy amados, á falta de razon para reprobar la herejía conocerán que los viles medios empleados para retenerlos les bastan para librarse de ella.

¿No vemos diariamente que los hombres de mas noble carácter y de ingenio mas perspicaz, aterrados de la irremediable confusion que presencian en el protestantismo, vuelven amorosos sus miradas hácia la antigua iglesia su madre, y entran unos tras de otros en su unidad, á veces á costa de los mayores sacrificios? Entre las di-

(1) En su libro *Del sacerdote*.

nastias soberanas el amable príncipe Adolfo de Mecklemburgo y su hermana Carlota, princesa real de Dinamarca: en la república de las letras y de las artes un Winckelmann, un Zoega, un Hamann, un Stolberg, un Werner, un Federico Schlegel, un Cárlos de Haller, un Esslinger y otros muchos cuyos nombres solos llenarian volúmenes enteros. ¿En qué consiste que este movimiento no se extiende á Francia, á Alemania y á Suiza en un radio mas vasto? Por un lado convienen los protestantes en que la confusion de las palabras y de las ideas ha llegado al colmo entre ellos: por otro ¿qué no pueden esperar de la indulgencia de la iglesia? Ya saben hasta donde llegó en este punto el ilustre Bossuet que sirvió de intérprete de aquella. No pueden negar sus homenajes al digno pontífice Gregorio XVI, con el cual han subido á la cátedra apostólica todas las virtudes de Pedro. Todo el mundo cristiano tiene forzosamente que hacer justicia á su firmeza en la fé y á su bondad para atraer á los mismos que le ultrajan. ¡Qué testimonio no ha dado de su ardiente amor por la paz, á la iglesia reformada de Prusia y de Alemania, levantando el impedimento dirimente del matrimonio entre católicos y protantes!

Como hijos de un mismo padre y llamados á cumplir el mismo destino reunamonos para admitir la grande institucion llamada pontificado, ese poder maravilloso, cuyo secreto misterioso se oculta á las investigaciones de la sabiduria humana, que nació enmedio de las tempestades y crece bajo el hierro de las persecuciones. Ha atravesado diez y ocho siglos como un dia: ¡cuántas generaciones han doblado la rodilla ante él! ¡cuántos pueblos ha visto nacer y morir! Innumerables borrascas han pasado por cima de su cabeza, y sin embargo él está en pie firme é inmoble como la pirámide del desier-

to: su brazo se extiende hasta los confines del mundo: su cetro domina el tiempo y el espacio; y sentado sobre lo pasado está ahí para asistir á las naciones en su carrera é indicarles su término. En vano se colocaria en las regiones de la inteligencia la palanca con cuyo auxilio se intentase conmoverle ó derribarle: solo hay fuerza cuando el apoyo es la verdad. Y ¿qué tendrá que temer el poder papal de la potencia de la razon, cuando aquel ha recibido de arriba *la sublime mision de enseñar al mundo?*

No cesemos de aplaudir el proyecto de atraer todos á la unidad de creencia y de opiniones bajo la influencia de una conviccion libre y profunda. La union de los pueblos depende en especial de su union en los principios religiosos. Solo en la unidad estan su salvacion y una gloria durable, y no puede haber unidad mas que con la autoridad. «Toda nacion europea (ha dicho un hombre de profundo saber) que se sustraiga á la influencia de la santa sede, caminará insensiblemente hácia la esclavitud ó se precipitará en la revolucion, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia traerá otra vez á toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo.»

CAPITULO IX.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE ECONOMÍA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Importancia de la economía social. — Su objeto y fin. — Lo que pensaban los antiguos de ella. — Mejora que el cristianismo ha introducido en esta ciencia. — Diversos sistemas adoptados por los economistas modernos. — Falsa teoría de la produccion de las riquezas fun-

dada en el monopolio industrial, en la filosofía sensualista y en la moral egoista del interés personal.—Quesnay, Smith, Ricardo, Say, San Simon, Fourrier y Roberto Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores de Coux y conde de Villeneuve de Bargemont.— Tentativas del filosofismo social para insinuar que el catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.— De sus funestos resultados en Europa.— Para poner término á estos males hay que juntar la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir eficazmente á aumentar los elementos de la fortuna pública.— El espíritu de sacrificio que inspira, es la demostracion de esta verdad. —Testimonio del señor Eugenio Buret que suministra pruebas de hechos.—Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables al incremento social.—Votos del autor. —Conclusion de la obra.

La importancia de la economía social explica la profusion de sistemas á que ha dado márgen. Todo individuo siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar. Por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad que la ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes que dirigen la formacion, reparticion y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos. Tratada en su totalidad abrazaria la historia de la civilizacion entera. Segun la acepcion de la palabra es la de la economía social; lo que debe darnos á entender que no puede circunscribirse en los límites que la mayor parte de los escritores le señalan.

Como ha notado muy bien un juicioso autor, desde que se ha probado que las propiedades inmateriales, como el talento y las facultades personales adquiridas, forman una parte integrante de las riquezas sociales: que los servicios prestados en los cargos mas elevados tienen su analogía con las ocupaciones mas humildes; desde que se han establecido con toda claridad las relaciones del individuo con el cuerpo social y de este con aquel y sus recíprocos intereses; se ha averiguado que la economía social, cuyo objeto al parecer no era mas que los bienes materiales, abraza el sistema social entero. Considerada bajo este aspecto toca á todas las ciencias y aun las abarca todas. Circunscribiéndose en la esfera de su actividad especial nos conduce de los efectos á las causas y de las causas á los efectos, y se compone no de hipótesis, sino de hechos: se funda en la experiencia y en realidades. Revela al hombre por qué medios se producen los bienes con los cuales subsiste la sociedad entera, é indica á cada individuo cómo puede multiplicar los recursos que la Providencia le ha distribuido. No se necesita mas para justificar la alta importancia atribuida á esta ciencia. No entra en el plan que nos hemos propuesto, explicar los diferentes sistemas á que dió márgen desde la mas remota antigüedad. Nos limitaremos á decir sobre este punto que los antiguos reflexionaron poco al parecer sobre el conjunto de los conocimientos que forman hoy el patrimonio de aquella.

Los griegos y los romanos no fundaban su subsistencia y sus acumulaciones mas que en la conquista y en la depredacion. La crematística sin embargo era una ciencia caracterizada por Aristóteles. El señor de Sismondi ha ponderado muchísimo la precision con que Platon mismo se explicó acerca de ella; pero aun no se habia pensado en darle una forma científica, un obje-

to distinto y separado de los otros ramos de la ciencia social por medio de la observacion y de la generalizacion de los hechos. Ademas la desigualdad de las condiciones humanas, llevada hasta el último término por la esclavitud, debia reducirla necesariamente á estrechos límites. Los antiguos consideraban la riqueza como un hecho, y no habian cuidado jamás de investigar su naturaleza y causas: la abandonaban enteramente á los esfuerzos individuales de los que se ocupaban en crearla; y cuando el legislador era llamado de cualquiera modo á limitarla, no fijaba jamás su atencion en el interés pecuniario de la generalidad. Las ciencias cuyo objeto era cada uno de los ramos de la riqueza territorrial, no se referian á un centro comun, no eran otros tantos corolarios de una ciencia general, sino que se trataban aisladamente y como si todas tuvieran en sí mismas sus propios principios (1).

Apareció el cristianismo; y el hecho solo de su influencia sobre el órden moral y material del universo es un manantial inagotable de contemplacion y de estudio. Mejoró todos los sistemas que dirigian entonces la economía social de los pueblos. Despues se ha trabajado mucho así en Francia como en Inglaterra, en Alemania y hasta en Prusia y en Rusia para explicar las leyes secundarias que arreglan el progreso de la fortuna pública; pero es de sentir que la admirable sagacidad de que se han dado pruebas, no haya ido siempre á buscar sus inspiraciones en los principios verdaderos é indisputables. Turgot y Stevar determinaron las leyes que arreglan la distribucion del producto total de la tierra con el nombre de arrendamiento, de las ganancias del capital y de los jornales segun el estado de

(1) El señor de Sismondi.

la civilizacion. Hicieron que dependiera de la fertilidad de las tierras, del aumento de los capitales y de la poblacion, de la habilidad de los cultivadores y de los instrumentos empleados en la agricultura. Los economistas secuaces de Quesnay creian que nada se les podia objetar cuando sentaban el principio de que siendo la tierra únicamente la que puede producir, no hay otro producto real que el producto neto de las tierras. De donde concluian que era menester cargar la totalidad del impuesto directamente sobre las tierras. Smith se dedicó á explicar el mecanismo de las leyes de la produccion, de la distribucion y del consumo de los valores enajenables, á sentar principios y á sacar de ellos conclusiones aplicables á la industria. Se ha defendido despues que la riqueza era únicamente el producto del trabajo. A principios del siglo XIX el señor David Ricardo aseguró, conforme á unos principios tal vez demasiado absolutos, que el aumento de los impuestos no menoscababa en nada el producto y el consumo de un pais. Queria que se cambiasen billetes de banco por barras de oro. Uno de sus principales adversarios fue el señor Bosanquet, cuyos errores de hecho y de deduccion en decir del doctor Copleston pusieron en evidencia el talento del escritor que salió á vindicar la verdad. J. B. Say rehabilitó con aplauso las obras de la inteligencia que Smith habia separado como improductivas, y logró disponer la ciencia en un órden mas metódico é instructivo enriqueciéndola con investigaciones exactas y profundas.

Conocemos que se necesitaria un talento muy superior al nuestro para hacerse árbitro en semejante materia. Asi es que no nos hemos propuesto examinar la economía social en sí misma, y someter á nuestro cálculo la produccion de las riquezas, la aplicacion de los principios de la economía política á los diversos géneros

de industria, los cambios y monedas, la influencia de las instituciones sobre la economía de las sociedades, la manera con que deben distribuirse las rentas en la sociedad, el numero y condicion de los hombres, los consumos que se efectuan en la sociedad, y las rentas públicas. Tales consideraciones sobrepujarian visiblemente nuestros alcances, y no se dirigirian á nuestro objeto.

Nos basta someter los sistemas mas recientes al cálculo mas exacto: considerarlos no tanto en sí mismos cuanto en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas es la tarea que hay derecho á esperar de nosotros. San Simon, Carlos Fourrier y Roberto Owen son unos pensadores extravagantes y los primeros de nuestra época que han desplegado la bandera de la nueva era de organizacion social. Aquellos tres nombres componen por sí una familia: en ningun otro se encuentra ni tanta audacia, ni tanta ambicion.

Honrando el talento donde quiera que le encontramos, y agradecidos á todo hombre que se consagra á la gloriosa, pero dificil tarea de servir á su patria, nos mantendremos en la mas rigorosa reserva en cuanto á las personas: solo tomaremos en cuenta las cosas. Los sistemas de los economistas que acabamos de nombrar, ofrecen una completa abstracion de las ideas religiosas. Sentando el principio del trabajo y de la civilizacion sobre la excitacion incesante de las necesidades han fundado la teoria de la produccion de las riquezas en el monopolio industrial, la filosofía sensualista y la moral egoista del interes personal. ¿Qué pueden esperarse de sus esfuerzos aunque sean reunidos? A presencia de las urgentes necesidades del siglo XIX todas sus tentativas han sido impotentes.

Hay que convenir en que la sociedad tiene necesidad de fé, de esa fé cristiana, no menos ilustrada que ac-

tiva, que con sus promesas y temores excita al hombre á todo lo que es grande, noble y virtuoso, y le desvia de todo lo que propende á la vileza é infamia. Tiene necesidad de esa fé que hace al hombre tan zeloso de sus derechos como fiel al deber; de esa fé que en compensacion de las penas inseparables de la vida le asegura los consuelos de la inmortalidad. ¿Qué han hecho nuestros llamados economistas para reanimarla en la multitud?

Al título de experimentador y de publicista quiso San Simon, es verdad, agregar el de reformador religioso. Figurándose que el catolicismo no estaba ya en armonía con el progreso de las ciencias positivas se esforzó á introducir en el mundo un nuevo cristianismo, que hacia consistir enteramente en el amor recíproco entre los hombres. A sus ojos este era el único articulo de fé inspirado por Dios. El único objeto de la religion debia consistir en dirigir la sociedad, hácia la mejora mas rápida posible de la suerte de la clase mas numerosa y pobre. No hablaba de nuestros dogmas mas que para negarlos, de las divinas escrituras sino para contradecirlas, y del Papa mas que para blasfemar. Sus sucesores, propagadores ardientes de las lecciones que habian recibido de su maestro, y redactando su llamado símbolo, rebajaban la divinidad hasta igualarla con el hombre, y levantaban á San Simon hasta hacerle igual á Dios. Para sustituir la fé cristiana llamaban en ayuda de su nuevo sistema social la ciencia de la especie humana, y rebelándose contra el dualismo católico reunieron sus esfuerzos para proclamar la rehabilitacion de la materia y de la inteligencia, de la carne y del espíritu. Los discípulos sin duda como su maestro afirmaban que únicamente querian dar al cristianismo una nueva transformacion y no abolirle, y no pudo creerselos bajo su palabra. Se esforzaban á sustituir una base enteramente hu-

mana á la fé divina y á la moral severa y pura del Evangelio las risas y los placeres, la loca alegria y las voluptuosas emociones del vicio.

Fourrier habló á veces de Dios, del cristianismo, y de la revelacion de modo que hacia creer que conservaba aun ideas exactas de estas cosas; pero seguia como sin saberlo la senda panteista, y no podia parar mas que en un abismo. Su cosmogonia y su psicogonia ofrecen tal anomalia que son un verdadero caos. Una razon delirante en oposicion con la fé revelada sube sobre la trípode y anuncia oráculos. Toda creacion sucesiva se obra por la conjuncion del fluido austral y boreal: las almas humanas se transfunden siempre en cuerpos á fin de no privarse jamás de las sobreexcitaciones sensuales. Todas las pasiones deberian tener su incremento libre y completo: buenas ó malas todas son de inspiracion divina y por lo mismo legítimas. La atraccion apasionada es la voz de Dios, una brújula de revelacion permanente. Con la ayuda de un neologismo pomposo no hay cosa que no ensaye contra los verdaderos principios religiosos. Nadie duda hoy que se dirigia á un paganismo refinado.

Roberto Owen andaba entonces ocupado en sus sociedades cooperativas en Inglaterra, y se abria la senda sensualista fatalista. No veia en el hombre mas que el juguete de las circunstancias, y cerrando los ojos sobre la perturbacion causada en la economia del ser moral por la caida del primer hombre, nadie le parecia bueno ni malo al nacer. Pretendiendo libertar á la humanidad de toda privacion y de toda regla, no le proponia otra recompensa que en la tierra, el consuelo de la virtud y la plena satisfaccion de los sentidos.

Si con tales doctrinas se han podido figurar algunos que se reanimaria la fé de la multitud, se engañan admirablemente. Nosotros no podemos prever mas que re-

sultados enteramente contrarios. Las consecuencias terribles, pero rigorosas son la exclusion de toda creencia sobrenatural y divina y la ontología de las potencias pasionales con todos sus excesos en el hombre.

¿Qué podia ganar con estos sistemas el progreso verdadero hácia el cual se ven impelidas las sociedades modernas? El sansimonismo como prenda de union y de progreso pedia la gerarquía de las capacidades, el adelantamiento de la industria y la experimentacion sucesiva y personal por entre las posiciones sociales mas diferentes. La luz que debia fecundar lo porvenir, era la ciencia general que iba á desplegar sus magnificencias. Adjudicando á los jefes de la doctrina la reversion de todos los bienes, desheredaba á la multitud de todo derecho de sucesibilidad. A falta de toda ventaja esta utopia era á lo menos muy ingeniosa para sonsacar en beneficio de algunos la propiedad de los bienes de la nueva familia. El sistema de Fourrier, no descubriendo mas que insensatez y desastres en la civilizacion actual, únicamente veia la senda abierta á la prosperidad de los pueblos en la satisfaccion de todas las facultades y de todas las pasiones. Proponiéndose al parecer una organizacion de trabajo industrial y agricola propendia á sustituir á los esfuerzos incoherentes, decia, de nuestros comunes divididos el esfuerzo combinado y fecundo de los comunes asociados.

Entre los trabajadores debia existir la mejor armonía por la sola virtud de lo que él llamaba *el mecanismo seriario* Segun la fórmula que se ha hecho célebre, todos los hombres debian estar asociados en capital, trabajo y talento. Owen metido en las vias del fatalismo no descubria en el hombre mas que un compuesto de organizacion original y de influencias exteriores. Segun él debia abolirse la propiedad individual: la comunidad

absoluta y la perfecta igualdad eran las únicas bases posibles de una sociedad progresiva.

¿En qué pues podian venir á parar las teorías de estos tres reformadores? ¿Qué garantia de perfeccion social podian dar á la sociedad en definitiva? ¿Qué idea nos dan del hombre reduciéndole en cierta manera á la condicion del bruto, y haciéndole obedecer sin cesar al cabezon de la fatalidad? ¿De qué progreso puede ser capaz el hombre á quien aquellas no conceden el ejercicio de ninguna facultad espontánea? Por eso propenden á romper la individualidad para entronizar la comunidad. Pero ¿quién no ve que este expediente es un puro ideologismo, un sueño vano, porque habria que negar las pasiones para reducirlas á la resignacion? ¿Cómo se conseguiria cuando estas mismas teorías tratan de concederles una satisfaccion ilimitada? El mismo Fourrier conocia muy bien su impotencia, cuando confesaba que queria hacer una experiencia y no fundar una escuela.

Estos sistemas no podian cooperar al progreso del entendimiento humano en las ciencias, pues que en vez de aplicarle á ramos especiales de este género, le aplican simultáneamente á toda la generalidad que aquellas comprenden. La inteligencia como perdida en este vasto terreno no sabe á que agregarse, y trepando una altura para medir su extension, ciera los ojos para no descubrir ya nada. La economia social que estos supuestos economistas tomaban al parecer tan á pechos, no iba á ganar nada. No viendo ellos la fuente de la fortuna pública mas que en la industria y en la comunidad de los bienes, cuya propiedad era exclusivamente en beneficio de los jefes de la doctrina, nada podian hacer para la mejor material de las sociedades. Los hechos demuestran que la verdadera fuente de la riqueza es la propiedad, y la propiedad repartida por partecillas, indi-

vidualizada, á fin de equilibrar los goces con las obligaciones y graduar la recompensa en proporcion del trabajo. La felicidad pasiva y parecida á la del bruto que se prometia al hombre, no puede ser digna de él: quiere este recibir el justo precio de sus esfuerzos y de sus combates á lo menos bajo el aspecto mas noble de sus dos destinos. En cuanto le ocurra la menor duda, lejos de andar se detiene, y en vez de avanzar retrocede.

Sin duda estos nuevos sistemas han proclamado el amor de sus semejantes y unos principios de fraternidad. Convidan la humanidad á unas relaciones de otra naturaleza, y le indican un vínculo de afecto que debe unir á todos sus miembros y hacerlos caminar en paz, con órden y con amor hácia un destino comun. Pero excluyendo por un lado toda intervencion coercitiva, y soltando por otro las riendas á todos los deleites, proclamando la promiscuidad, y declarando que la ley del universo debia ser en adelante la satisfaccion mas completa de las pasiones *en todos los puntos y en todas las cosas*, ¿no es evidente que en vez de unir á los hombres era este el único medio de desunirlos, y que lejos de estrechar los lazos sociales era romperlos?

Repitanse, si se quiere con un escritor nuestro (1), los servicios que estas teorias han prestado á la humanidad. Por nuestra parte uniéndonos con gusto á él para señalar los escollos de aquellas creemos un deber nuestro declarar en alta voz, conforme á nuestra conviccion personal, que la aparicion de dichas teorías en el mundo será siempre esteril para las mejoras sociales, y que su paso por la tierra completamente inútil para el bien puede ser á cada instante la ocasion ó el pretexto de

(1) El señor Reybaud. *Estudio de los reformadores contemporáneos.*

propender hácia unas consecuencias desastrosas. El aniquilamiento de toda religion, la abolicion de las instituciones fundamentales de la sociedad, la sangre..... las lágrimas serian el único patrimonio de esta sociedad juntamente con la embriaguez del deleite.

A este mal que como un cáncer queria agarrarse al cuerpo social para devorarle, opuso la Providencia un antídoto, levantando dos hombres que comprendieron su siglo y las necesidades de él, y descogieron la cadena de las verdades fundamentales de toda economia verdaderamente política y social. Sacaron de su alta inteligencia luminada con las luces de la fé y de su corazon adornado de todas las virtudes unas convicciones profundas, que revelaron al mundo la parte de influencia que indisputablemente han adquirido los principios religiosos en la economia social de los pueblos. El señor C. de Coux, profesor de economia política en la universidad católica de Malinas, y el vizconde de Villeneuve Bargemont, diputado frances, se han mostrado igualmente dignos de ocupar una página inmortal en nuestros anales. Con la luz de las dos antorchas de la ciencia y de la fé el uno no cesa de explorar las causas generadoras de la riqueza y las leyes generales que la rigen en su reparticion y acrecentamiento, y el otro traza la historia completa de la economia política con magníficos rasgos. Hace resaltar admirablemente las relaciones que la unen con las verdades reveladas y la moral cristiana, la influencia que las instituciones políticas y las creencias religiosas han ejercido constantemente sobre la condicion material de los pueblos, y la concordia íntima que existe entre el órden moral y el industrial de las sociedades.

Nosotros no quisieramos oponer otro broquel á los dardos aguzados de los adversarios de la verdad católica, que se han esforzado á establecer un antagonismo fatal

entre aquella y la prosperidad material de los pueblos. Han querido hacer creer que el catolicismo es enemigo natural y necesario de la agricultura, de la industria y del comercio, y no hay medio que no hayan tanteado para sublevar contra él el amor de la familia y de la patria. Este torrente devastador ha abierto unas brechas tan grandes en la conciencia pública, que es dificil todavia sondear su profundidad. Si se quieren penetrar las cosas á fondo, inevitablemente se encontrará, ya en la inteligencia, ya en el corazon de las sociedades modernas, ese gusano roedor que amenaza devorarlas, el foco de un fuego oculto que las consume, el origen de ese disgusto general que sucesivamente se resuelve en crímenes, y el no poder sufrir ninguna calamidad, ni aun aquellas que providencialmente se adjudicaron, por decirlo asi, á la naturaleza humana.

Se ha observado que la clase media y el pueblo en el siglo XIX estan mas corrompidos que los ciudadanos y la plebe del régimen antiguo (1). A lado de grandes caracteres, de virtudes heróicas y de prodigios de virtud de que somos testigos, ¡qué caos de crímenes y discordia, de licencia desenfrenada y de espantosas miserias! Sin duda sentimos una admiracion respetuosa hácia esos modelos sublimes de piedad y de virtud, hácia esas imágenes vivas de la perfeccion humana que son ornamento inmortal de nuestro siglo; pero no pueden cerrarse los ojos sobre la indiferencia de ciertos hombres por la verdad religiosa y sobre su desprecio de las leyes de la moral. ¡Cómo las infringen y combaten muchos escritores nuestros! ¡Cuántas máximas perniciosas en sus composiciones dramáticas! ¡Qué inmoralidad en la materia de sus escritos! El soplo abrasador de tantas revolucio-

(1) El señor Matter.

nes que ha pasado por cima de nuestras cabezas, ha reanimado el impulso por otra parte tan natural al hombre hácia la codicia. La elevacion rápida de los unos no sirve sino de irritar las heridas y avivar las esperanzas de los otros. La juventud corre impaciente tras la riqueza y la celebridad, y su corazon es altivo y arrogante. Todo parece organizado para excitar el anhelo de las clases trabajadoras por mejorar su situacion. Sus necesidades, sus padecimientos y á veces la pasion les hacen sentir infinitos deseos. Mientras que nuestros políticos no ven el progreso social mas que en el equilibrio de las instituciones constitucionales, aquellas clases excitadas por los debates que pasan á su vista, ventilan las cuestiones cuya resolucion puede cambiar su suerte, y discuten los problemas mas complicados de organizacion social. Este ardiente deseo de cambio entre ellas, este despertamiento de su inteligencia acerca de todas las cuestiones de transformacion política, de modificacion de las relaciones existentes entre los maestros y los trabajadores, la apelacion constante á los instintos groseros y á las pasiones vituperables del pueblo, la impaciencia con que se lleva el yugo de la ley, y el odio á toda autoridad: tales son los frutos producidos por los sistemas de esos economistas que han acabado con las tradiciones religiosas.

Viendo que los pueblos europeos agitados por necesidades irresistibles fermentan y hierven dentro de límites demasiado estrechos, se exclama: Proteged la industria: dirigid hácia sus pacíficas conquistas esos brazos innumerables que amenazan incesantemente armarse contra nuestras leyes, y esa actividad intelectual que pide alimento. Pero ¿quién no ve que no bastaria aumentar, aunque fuera en proporciones enormes, el movimiento del trabajo y de la produccion? Aumente mas

la Europa su actividad creadora: multiplique sus caminos de hierro y sus máquinas de vapor elevadas á la mas alta potencia de celeridad: ocupe á millares de operarios: de bonisima gana aplaudiremos estos diferentes medios de aligerar el yugo del pauperismo; pero la experiencia diaria demuestra lo que puede esperarse de ellos. Con el uso único de estos recursos la Europa no satisfaria plena y enteramente la necesidad general que la atormenta, y el fruto que sacase, distaria mucho de producir una verdadera mejora social. No puede uno considerar atentamente los estragos profundos del pauperismo que está desolando ahora á la Inglaterra, los dolores que hace sufrir á una multitud tan numerosa de habitantes, y los trastornos que amagan, sin experimentar un sentimiento de inexplicable tristeza, semejante al que inspira la vista de un anciano que se va apagando en lenta y penosa agonía. Esa nacion tan vanagloriosa con su preponderancia marítima ¿se aproximará al último dia de las sociedades culpables? ¿Será semejante su suerte á la de aquel padre que nos pinta Dante en un calabozo sepulcral, condenado á espirar sobre los cadáveres de sus hijos que murieron pidiéndole pan?

Los hombres cuyos principios han preparado estos resultados horribles, quisieran atajar su incremento; pero ¿qué pueden hacer contra los progresos del mal los que han arrojado la semilla de él en el suelo británico? Pudieron abrir el abismo; pero cerrarle no: pudieron dar la muerte; pero restituir á la vida jamás. Ahí como en otras partes, si se quiere buscar el remedio á las grandes llagas sociales, hay que recurrir no solamente á los hombres, sino á Dios. Y ¿por qué esa obstinacion de no querer conocer la necesidad de pedir al arquitecto que levantó el majestuoso edificio de las sociedades hu-

manas, los medios con que podrian apuntalarse sus ruinosas paredes?

El mismo que sentó los cimientos, ha debido dar todos los medios de conservacion; con que para poner un término á las privaciones de las clases laboriosas no basta fijarse en cálculos de escritorio, ni en especulaciones de comercio. No ha de computarse solamente, como lo hacen algunos economistas de cortos alcances, si los alimentos animales son preferibles á los vegetales: cuál es la influencia de la baratura de los granos sobre las rentas: cuál es el efecto real del aumento que la marcha de la sociedad produce en el precio del producto en bruto, sobre los jornales y las ganancias: si el sistema prohibitivo debe prevalecer sobre el de libre circulacion: si en la teoría del cambio es feliz la idea de cambiar los billetes de banco por barras de oro de peso y pureza contrastadas: finalmente por qué medios *puede hacerse que rindan los impuestos todo lo que son capaces de producir*. Es preciso empezar por recurrir á Dios, y reconocer al mismo tiempo que la religion que enseña toda verdad y da fuerza para cumplir las virtudes mas grandes, es la que proporciona á la multitud aun aqui en la tierra la mayor suma de prosperidad. Es menester que la ciencia de la economía social, lejos de permanecer indiferente al movimiento reparador dado á la inteligencia humana, reciba el reflejo luminoso de la eterna verdad, y que el acuerdo entre ella y los principios católicos se haga ostensible á los hombres de recto corazon. Entonces la caridad mitigará los males y los contrastes de la desigualdad social, y la economía política cumplirá completamente su excelente y glorioso destino.

Vanos serán los esfuerzos de los que en su atolondramiento desconocen la dichosa influencia del catolicismo para la prosperidad pública sobre las generaciones

que se suceden. ¿Quién puede disputarnos cuánto puede contribuir á acrecentar los elementos de la fortuna pública con el espíritu de sacrificio que inspira, la proscripcion de los vicios que condena, la prescripcion de las virtudes que proclama, y los deberes que impone? A él le pertenecen la inteligencia de la necesidad del pueblo, la expansion del corazon y la fuerza del ingenio: á él tambien las vivas inspiraciones y las miras lejanas de lo porvenir. Tal es, lo confesamos, la debilidad de nuestra naturaleza, que un culto que únicamente tuviese en su abono la verdad, correria grande riesgo de contar un corto número de prosélitos. Del mismo modo que la inteligencia no puede acceder á quedar en inaccion en el camino de la ciencia; el ardor de nuestra codicia no podria dejarnos condenados á vegetar en las angustias de una miseria perpetua. Pero el Dios de las misericordias eternas no nos ha reservado para una prueba tan peligrosa. «Esforzaos, nos ha dicho, á merecer la bienaventuranza de los cielos con obras de justicia, y todos los demas bienes os serán concedidos.» Asi las imágenes del mundo presente estan unidas á las realidades del mundo futuro, y lo que comienza en el tiempo, acaba en la eternidad.

El catolicismo es el nudo que constituye á un tiempo nuestros dos destinos: es una madre que llena de prevision y de ternura no solamente extiende su solícito cuidado á la conservacion y acrecentamiento de la vida del alma, sino que abraza en su divino anhelo esta vida corporal á la que amenazan tantos accidentes, y que es en la tierra la condicion necesaria del mérito y de la recompensa, el precio de la gloriosa inmortalidad. Aunque al parecer no sea su objeto mas que hacernos felices en la otra vida, concurre poderosamente desde este mundo á hacer nuestra felicidad. Asegurando al individuo su di-

cha eterna, prepara en el tiempo la de la sociedad.

Convenia que asi fuese, porque no sucede con la sociedad como con el individuo bajo el respeto de su mútuo destino. Si este padece en la tierra, sus penas pueden ser recompensadas ampliamente mas allá del sepulcro con una felicidad interminable. Pero la sociedad como ser moral nace y muere aquí; y si debe tener castigos ó recompensas, solamente en la tierra puede recibirlos; á lo cual ha proveido abundantemente el Criador. A fin de recordar al hombre formado de dos sustancias el objeto verdadero de sus afanes ha querido que dependa las mas veces la salud corporal de la perfeccion del alma humana que le aleja de nocivos excesos. Asi para recordar su fin verdadero á las sociedades humanas, igualmente formadas de dos sustancias, ha querido poner por primera condicion de la felicidad social la posesion de la verdad religiosa. Como el cuerpo del hombre necesita un pan material: la sociedad temporal ha menester de la agricultura y la industria. Pero como el alma humana reclama el pan de la inteligencia; la sociedad espiritual, que es el alma de toda agregacion de individuos, reclama la verdad religiosa. Por eso la union del trabajo y de la religion produce el órden y la paz en los estados.

Mas del mismo modo que si el hombre llega á consumirse en las convulsiones del error ó á debilitarse en el vacio que á su rededor deja la ignorancia, no puede encontrar salvacion sino dando otra vez á su alma un alimento conveniente que la mantenga; asi las sociedades, trabajadas por una desazon general ó agitadas por los torbellinos de las pasiones humanas, no pueden poner un término á sus oscilaciones sino recibiendo las inspiraciones del catolicismo, único capaz de ayudar á reanimar á las sociedades espirantes.

En efecto no se nos puede disputar con razon que

el espíritu de sacrificio que se resume en la sujecion del interés privado al interés general, no sea una de las primeras leyes cuyos efectos son invariables para la fortuna pública, uno de los primeros rudimentos de la riqueza social. Como los elementos de la duracion de una sociedad son tanto mas poderosos, cuanto mayor la adhesion mútua de los que la componen; tanto mayores serán las ventajas sociales que se repartan entre todos, cuanto mas energía tenga el espíritu de sacrificio. Por eso la doctrina católica que manifiesta este espíritu de sacrificio en el término de su perfeccion, es dentro de la esfera de su actividad una de las condiciones esenciales á la prosperidad material de la multitud. Quizá se le crea contrario al progreso de cada fortuna individual y poco favorable á la fortuna pública, porque exige una abnegacion contínua y una resignacion constante del hombre, y clasifica entre los mayores vicios la sed desordenada de riquezas; pero es una equivocacion grandísima.

Cuando el cristiano subordina su interés privado al interés de todos, la sociedad saca ventaja de su desinterés y privaciones. Si da pan al pobre; este encuentra lo que la caridad saca á aquel. Si llena sus promesas con fidelidad; su buena fé y su puntualidad aprovechan á los que estan en relaciones de negocios con él. Hasta los alimentos de que se abstiene por virtud, sirven para sustentar á sus semejantes. Asi los sacrificios del cristiano, aunque su principio esté en el amor de Dios, tornan siempre en beneficio de la sociedad. Si parece que empobrecen á los que los hacen, enriquecen siempre al prójimo en cuyo favor se prestan. Por consiguiente cada miembro de una sociedad católica encuentra en los sacrificios de otro una amplia compensacion de los suyos propios. Asi es que cuando en vez de buscar la riqueza de cada uno en la riqueza de todos, se ha tratado

de tomar su principio generador del desenfreno de todas las codicias; ha invadido al mundo una concurrencia doblemente ruinosa. Tal fue el fatal resultado de los principios admitidos por los economistas del siglo XVIII; y eso es lo que ha hecho estériles las grandes tareas de los Smith, de los Say y de los Ricardo.

El señor Eugenio Buret, cuya obra sobre la miseria de las clases laboriosas es una de las mas notables que la filosofía práctica y la escrupulosa observacion de los hechos han producido, está lejos de adoptar la teoría de aquellos escritores sobre la baja de los jornales. Deplora amargamente sobre todo que solo hayan visto en el trabajo un valor de cambio y no el valor moral que se halla igualmente en él. Quejase con razon de que despreciando con harta frecuencia la moral han hecho la ontologia de la riqueza. «La actividad industrial, dice, no ha tenido otro objeto: la Inglaterra, los Estados Unidos y la Francia han emprendido la conquista de ella, como los conquistadores que comenzaron la historia moderna se apropiaron el suelo. La nueva industria ha procedido por los vigorosos esfuerzos de una fecunda anarquía, y se ha precipitado sobre el terreno de la produccion como en una refriega. Su objeto era la posesion, la riqueza y no la felicidad de los hombres.» Acusa á aquellos economistas de que han olvidado en sus frios cálculos que la vida, la salud y la moralidad de muchos millones de hombres estan comprometidas en la cuestion. Juzga que si no se corrigen á tiempo el desacuerdo que existe entre nuestros sistemas de economía social seguidos hasta el dia, y los principios morales en que descansa nuestra civilizacion, será una causa incesante de peligros para la sociedad. Nos proporciona una prueba incontestable de hecho, que tiende á convencernos de la insuficiencia de los sistemas que se conciben con exclusion de los principios cató-

licos. Ese es el fenómeno de la miseria al lado del gran fenómeno de la riqueza. Observa que entre las naciones mas civilizadas hay pueblos enteros reducidos á la agonía del hambre, á las angustias de la miseria física y moral. En donde quiera ve que la miseria acelera el paso con el progreso de la industria, y no puede uno menos de asombrarse de la fuerza de los raciocinios con que apoya esta observacion. Cita la miseria comprobada en algunos lugares de Francia. Los departamentos mas ricos y populosos son los que cuentan mas indigentes. Asi reclama con toda enerjía la saludable influencia del catolicismo en auxilio de la economía social, que tiene que ocuparse con especialidad en perfeccionar moralmente á los pueblos.

Nuestros economistas mas recientes parece que convienen en esto. Conocido es el célebre sistema de Malthus sobre el principio de la poblacion, que tan deplorables resultados ha tenido en Inglaterra y en Francia, y el relativo á la direccion que debe darse á la caridad pública. El señor Ballanche, remontándose á las mas altas consideraciones filosóficas, morales y sociales, proclama el sentimiento religioso, inmortal como nosotros, y la certeza de que Dios no cesa de velar sobre el destino del género humano. «Esta es, dice, el arca de la alianza que va siempre delante del pueblo.» El señor de Villermé da la mayor importancia á la influencia moral y religiosa sobre los resultados de la industria. Los señores Duchatel, Blanqui, Dros y de Laborde nos parece que han considerado juiciosamente el espíritu de asociacion.

El señor J. A. Robert en su obra intitulada Plutonomia explica admirablemente la economía social bajo su verdadero punto de vista: hace consistir la civilizacion en el progreso de la moralidad, de la ilustracion y de la riqueza. «El cristianismo, dice, ha realizado el sueño de Arquímedes, creando la palanca

desmensurada y omnipotente, que tiene un extremo en los cielos á los pies de la divinidad, y con el otro toca en el corazon humano. El cristianismo ha elevado la humanidad, y sobrepuestola á ella misma. El solo, introduciendo en el mundo moral la igualdad ante Dios y en la iglesia, ha podido hacer esperar á los hombres el prodigio de la igualdad ante la ley. Solo él ha podido proporcionar á la pobreza la compensacion de los goces del lujo. El cristianismo es la civilizacion por excelencia: no hay perfeccion indefinida mas que para los cristianos. Solo ellos pueden adornar la tierra y hermosearla fecundándola, porque ellos solos saben santificar el trabajo y ennoblecer el jornal, y ellos solos pueden poblar el suelo de esperanzas al regarle con su sudor.»

Si son inminentes algunas catástrofes en decir de muchos, á la doctrina católica toca precaverlas. Para poner un término á los padecimientos de las clases laboriosas, es preciso enseñarles y hacerles amar los principios religiosos, que iluminando toda inteligencia dan fuerza para llenar todos los deberes. Es menester que la sociedad encumbre su vuelo hácia las alturas del pensamiento divino en sus instituciones, en sus leyes, en las formas diversas de su existencia. ¿Quién no sabe que del seno del catolicismo emanan las tres condiciones indispensables al adelantamiento de la industria, á los progresos de la agricultura y á las ventajas del comercio, la seguridad, la libertad y la caridad?

Asi como entre la multitud de los cautivos se reconoce á los monarcas destronados en el peso de sus cadenas; del mismo modo se presenta á los ojos de todos el hombre agobiado con la enorme carga del pecado original. No tenemos suspiros bastantes para dedicar uno á cada especie de las miserias que le asaltan. El trabajo que al principio fue una distraccion nada mas, se ha

convertido en una sujecion importuna para él, la dura ley de la necesidad. Siendo condicion de la riqueza humana, implica con el convencimiento de nuestras muchas y urgentes necesidades la certeza de satisfacerlas. Quítese al trabajador la seguridad del jornal, al labrador la esperanza de las cosechas, al hombre industrioso el fruto de su laboriosidad, y al negociante la probabilidad de la ganancia; y no tardaria el género humano, entregado á la ociosidad, en disputar su pasto precario á los animales. Sin esta seguridad el arado quedaria abandonado, y los talleres desiertos. Ella despierta al labrador con la aurora, alivia los brazos fatigados del artesano, y cubre los mares de pilotos. La seguridad es el motivo determinante del trabajo; y á medida que se altera, se embotan las fuerzas generadoras de la riqueza, y quedarian completamente estériles si aquella llegase á desaparecer del todo. Pero ¿qué vendria á ser esta seguridad generadora de todas las riquezas, que en suma no es mas que un derecho de propiedad, si no presupusiera un poder protector? La conciencia individual no seria una muralla inexpugnable contra el despotismo que la altera, y contra la anarquía que á cada instante amenaza tragarla como un abismo insondable. Solo unos grandes principios de sociabilidad pueden afianzarla á la humanidad; y la historia de acuerdo con la rázon prueba con toda la claridad posible que la sociabilidad procede de las creencias.

Las tradiciones de todos los pueblos nos repiten con el autor del Génesis que el primer hombre salió sociable y creyente de las manos del Criador. La misma filosofía ha venido al punto de explicar la sociedad por medio de una potencia sobrenatural; y las luces de la razon nos persuaden que cuanto mas puras son las creencias de los pueblos, mas recta es la tendencia general de las acciones, y mas en armonía está con el órden: en conse-

cuencia el derecho de la propiedad es mas inviolable, y mas completa la seguridad del jornal. Por este título el catolicismo proporciona á los pueblos una superioridad radical en materia de economia. Como expresion del pensamiento divino mas perfecto es la doctrina mas verdadera y de consiguiente el manantial social mas fecundo en riquezas. Solo él llena de una manera absoluta las condiciones inherentes al culto de una sociedad. Los elementos de riquezas acrecen en la forma que les es propia, por el concurso de la agricultura que produce las primeras materias, por la industria que las trabaja, y por el comercio que las cambia. Por eso á medida que llegasen á debilitarse las creencias católicas en el seno de las naciones, perderia la seguridad pública de su estabilidad en idénticas proporciones (1). Amigo el catolicismo del órden y de la paz condena con no menos severidad el despotismo que la anarquía, que menoscaban peligrosamente la fortuna pública. Destruye en su gérmen las pasiones perturbadoras, consuela en todos los padecimientos, y realiza el incremento infinito de la confianza recíproca, al que deben todos los ramos de la produccion tan grande parte de su fecundidad. Comparese el estado de los pueblos que viven á la sombra de la ley cristiana, con el de las que han quedado fuera de ella hasta aquí; y no podrá menos de confesarse que constantemente las ha guiado por las sendas de una civilizacion digna de su alto destino; porque ¿quién podria dejar de convenir en que la fortuna pública está siempre en relacion con el grado de seguridad y de libertad de que disfrutan las naciones? Si el catolicismo nos asegura el primero de es-

(1) En las obras de los señores de Coux y Villeneuve de Bargemont se hallan importantes explicaciones sobre esta materia.

los principios generadores de la riqueza, ¡cuán abundante parte no nos da del segundo!

No presenta ningun sistema gubernativo, ninguna ley civil; y su intervencion en esta parte no pasa de la consagracion de todo órden existente. Proclamando la sumision indispensable para el mantenimiento de la tranquilidad pública solo asienta principios generales. Prescribe deberes personales al creyente, y deja á la conciencia colectiva de los pueblos el cuidado de acomodar á él su organizacion externa sin el concurso de una culpable violencia. La naturaleza de los poderes y sus diversas atribuciones en la esfera que les es propia, le importan muy poco, con tal que todos esten animados de su espíritu, y que su moral ejerza una influencia decisiva en las leyes, en los usos y costumbres públicas. El poderio de las naciones y su verdadera energía dependen de la perfecta armonía de las creencias religiosas con las instituciones civiles. Entonces el interes temporal presta su fuerza al interes espiritual, y concurren juntos al mismo objeto, á la conservacion y al incremento de la sociabilidad general por la conservacion y el incremento de la sociabilidad individual. Asi la religion de Jesucristo se presta con admirable facilidad á las exigencias mas diversas de tiempos y lugares; y por esto en parte ha recibido de sus mismos enemigos el precioso titulo de católica.

Con todo no hay que confundir la libertad con la licencia. Cuando la industria ha tomado tan rápido vuelo en Inglaterra y en Francia, el principio fundamental ha sido *el dejar hacer y dejar marchar.* Pero porque la industria no puede nacer sin la libertad, ¿debe concluirse que la libertad es todo, y que basta para gobernar el mundo dejarle que ande solo? No, porque nadie se atreveria á sostener que los intereses de los individuos y de las clases de individuos se equilibran de mo-

do que formen una armonía universal. No debe perderse jamás en seguridad lo que se gana en libertad. Si la una, dice ingeniosísimamente un habil economista, es el suelo que sostiene la prosperidad pública y la savia que la alimenta; la otra es la luz que la colorea y el rocio que la riega. Esta es la obra del catolicismo.

El establece una igualdad real compensando la superioridad de los unos sobre los otros con obligaciones mas terribles, y asi hace á los pueblos mas libres y felices. El despues de cuarenta siglos de servidumbre propagó la libertad nacida de la sangre de Jesucristo, y adelantó la emancipacion progresiva de la humanidad entre las calamidades y las tempestades sociales que siempre ha calmado. El despues de haber libertado de las cadenas de la esclavitud á pueblos degradados por una larga y dura opresion los ha hecho llegar á la industria inteligente y á la propiedad, asegurando la suerte de los nuevos libertos por mil medios. Por último él nos revela cada dia derechos tanto mas preciosos, cuanto la eternidad es superior al tiempo, y cuanto que insiste sobre los medios legítimos con que hay que conquistarlos. *Va siempre fortificando el órden con la libertad y la libertad con el órden.*

Enseña á las clases laboriosas á evitar casi siempre los tormentos de la indigencia con los deberes que les impone. Si las causas del pauperismo por parte de los que son víctimas de él, se reducen á la pereza ó á los excesos que absorben el producto del trabajo, y acarrean á veces largas y dolorosas enfermedades; el cristianismo combate ambas causas. Recuerda al hombre que debe ganar el pan con el sudor de su rostro, y le prescribe severamente que enfrene las pasiones fogosas.

El filosofismo borrando los nombres de Providencia y de inmortalidad, secando la fuente de las inspiracio-

nes fecundas, endureciendo el egoismo y desatando las ambiciones, sentó el amor al dinero como axioma. El cristianismo condena este amor desordenado de las riquezas, uno de los manantiales tristemente fecundos en desórdenes para la humanidad, ese orgullo materializado que se rebela contra el órden establecido por el sabio dispensador de todos los dones. Fulmina anatema contra ese egoismo de la posesion, y no nos descubre mas que engaños en la codicia, que ostentando cada dia nuevas exigencias en nuestro siglo, apenas descansa cuando ya está rebosando oro. Tales medios pueden excitar la industria por algun tiempo; pero no tardan en convertirse infaliblemente en ruina de las costumbres y de todas las virtudes religiosas y sociales.

El catolicismo, lejos de aislar y desunir destruyendo todas las relaciones entre los poderosos y los débiles, nos presenta fundada la sociedad cristiana en los dos vínculos de la fuerza y la debilidad: la una impone el deber de proteger; y la otra da el derecho de reclamar un apoyo. Opone el sacrificio de cada uno á la utilidad de todos para destruir el egoismo materialista cual le han formado los filántropos de nuestro siglo, y no cesa de sembrar principios de fraternidad en el mundo; pero sin menoscabar ninguna de sus gerarquías. Su espíritu compasivo con la debilidad y con la desgracia y enemigo de la violencia inspira á los hombres las ideas de sacrificio de su divino fundador. Impone á todos la caridad como ley, dándole por sancion penas y recompensas eternas; excita los corazones capaces de nobles emociones, y por temor ó por amor estrecha al rico para que abra su mano en el seno de la indigencia y alivie el infortunio del miserable. ¿Puede haber un medio mas propio para asegurar los progresos de la prosperidad pública?

El catolicismo enseña á los opulentos que los bienes

no se les han dado para ellos solos: que con la riqueza se les ha confiado la empresa mas noble: que son los representantes de la Providencia y encargados de atender á todas las necesidades humanas con una prudente cordura: mision magnífica si la comprenden; pero de una tremenda responsabilidad, porque Dios les pedirá cuenta de todas las murmuraciones de la indigencia contra su bondad paternal. Para estimularlos con el ejemplo nos hace como asistir al espectáculo que en todas las grandes épocas han dado algunos cristianos despojándose voluntariamente de sus riquezas para distribuirlas á los desgraciados. Sea cuando arruinado el imperio romano se retiraron las virtudes cristianas bajo las palmeras de la Tebaida, en las rocas de Subiac y del monte Casino; sea cuando volviendo al seno de las nuevas sociedades aparecieron las mismas virtudes entre los hombres con S. Francisco de Asis y S. Bernardo; sea cuando la ciencia que cura las enfermedades, muda y desconcertada con los extraños síntomas de la plaga devastadora, tenia no há mucho que presenciar los estragos de aquella sin poderlos atajar, dejando pasar en silencio la cólera de Dios, y la caridad que con su vista perspicaz penetraba la causa secreta de la ansiedad de los moribundos, les prometia adoptar á sus hijos abandonados y servirles de padre; finalmente sea cuando se dispersaron por el universo las piedras del santuario de la ilustre iglesia de España, la caridad se muestra tan admirable en nuestros dias que á todos los recoje, y los pueblos rivalizan dignamente en los actos prodigiosos de aquella virtud con sus venerables pontífices, que despojándose de su patrimonio y de cuanto poseen, restauran á sus expensas los nobles restos de una borrasca deshecha (1).

(1) Todos los obispos franceses han acudido unánime é instantaneamente á socorrer á los refugiados españoles.

Fácil es de concebir que una religion que respeta la indigencia y santifica las lágrimas, ordena el desprecio de las riquezas y aconseja su abandono, hará refluir incesantemente abundantes socorros hácia las clases menesterosas. Pero no se comprende bastante la delicadeza que inspira para con las almas quebrantadas con dolores de toda especie, los medios que sugiere para auxiliarlos sin obligarlos á sonrojarse de haber alargado la mano, y para librarlos del peso á veces tan enorme del agradecimiento. No se conoce bastante su tierna inquietud por aquellas débiles criaturas, fruto del crimen las màs veces, y que serian otras tantas víctimas condenadas á la muerte desde su nacimiento, si la religion no tuviera fijos los ojos sobre su cuna. Severa por exceso de amor amenaza hasta con anatema á las que les sirven de madres, si por olvido voluntario de las precauciones fundadas en la experiencia expusieren á perecer aquellas tiernas plantas antes de tiempo. Asi es un deber para nosotros aplaudir la alta solicitud, los esfuerzos constantes y generosos que han cubierto el suelo de Francia de establecimientos piadosos, donde es recogida la infancia abandonada, é instruida desde luego en las virtudes religiosas y sociales. Aplaudimos de buena gana la rehabilitacion de los tornos para los expósitos que se habian suprimido, la prosperidad de las escuelas de párvulos, de los hospicios para ancianos y enfermos y de las cajas de ahorro, de prevision y de socorros mútuos.

Pero como rasgo digno de transmitirse á la posteridad debe citarse la conducta admirable del Ilmo. señor de Prilly, obispo de Châlons, que hace un año entero que está satisfaciendo con caridad paternal las necesidades de doce de aquellos infortunados á quienes da habitacion en el palacio episcopal, y hace sentar todos los dias á su mesa.

Si se nos permite que al concluir esta obra expresemos nuestros deseos en beneficio de la economía social de Francia; reclamaremos con instancia una educacion religiosa para la juventud, la propagacion de las casas llamadas talleres de caridad, como existen en Marsella y en Burdeos, una parte mas amplia de estímulo á la agricultura y la mejora de nuestras colonias, que bajo tantos aspectos se ha hecho indispensable, y con cuya suerte futura está unida tan intimamente nuestra prosperidad nacional.

Si á pesar de nuestros esfuerzos para conseguirlo nuestra explicacion ha sido infructuosa consolemonos á lo menos con el pensamiento que nos ha inspirado este escrito. ¡Ojalá que él contribuya á atraer los ánimos á las santas creencias y á la fé antigua, de que desviaron á los mas las fascinaciones de una ciencia falsa ó incompleta! ¡Ojalá que la armonía de la razon con la fé traiga pronto á una unidad sublime la filosofía, los cultos disidentes y la economía politica! Recibiendo entonces estas diversas ramas del arbol social una savia purificada, entrarán como otros tantos elementos de orden, de virtud y de prosperidad en las direcciones dadas á la organizacion de la gran familia cristiana. La fé, reina del entendimiento y del corazon, extenderá sus nobles conquistas á larga distancia; y los franceses se amarán todos como hermanos. Quedará demostrado hasta la evidencia que del catolicismo, fuente de las verdades religiosas y morales, derivan los principios generadores de los verdaderos bienes; los únicos que aseguran un bienestar cierto á los individuos y una prosperidad durable á los imperios.

FIN.

ÍNDICE.

INTRODUCCION.

Sumario.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Sumario.

CAPITULO IV.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO EN LOS SEIS PRIMEROS SIGLOS.

Sumario.

CAPITULO V.

ESTUDIOS HI TÓRICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO VII HASTA EL XIII.

Sumario.

Carácter de este periodo. — La vida de accion social predomina á la de la inteligencia que solo interviene para servirla. — Fusion del elemento bárbaro y del elemento cristiano. — Accion social del catolicismo. — De su unidad. — De su tolerancia para con los bárbaros. — Mahoma. — Monotelitas, iconoclastas. — La fé cristiana se va propagando. — Proteccion que Carlo Magno concede á la santa sede. — Respuestas á las consecuencias que se sacan de los hechos alegados contra la unidad de la doctrina católica. — Honorio. — Asamblea de los iconoclastas. — La unidad de doctrina contribuye á producir y afirmar la unidad nacional. — Empresas de Carlo Magno. — Cuán favorable se muestra al progreso el catolicismo. — Contiene la decadencia en lo exterior por espacio de medio siglo. — Los claustros se convierten en asilos para las ciencias, las letras y las artes mecánicas y liberales. — Efectos de cada uno de los dos elementos que entran en fusion para rehacer la sociedad. — Cuadro de los horribles excesos del elemento bárbaro. — Del Papa Gregorio VII. — Opinion de diversos escritores sobre este pontífice. — Respuestas á las diversas acusaciones de que es objeto. — Bajo el sistema feudal la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política. — Cruzadas. — Su carácter. — Sus resultados sociales. — El catolicismo permanece invariable enmedio de los siglos. — Berengario, Abelardo, Pedro de Bruys, Gilberto de la Porca, Arnaldo de Brescia, albigenses, valdenses. — S. Bernardo asombra al mundo con su talento y virtudes. — S. Anselmo es el primero que une con la teología la precision dialéctica y el método esco-

CAPITULO VI.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO XIII HASTA AGOSTO DE 1842.

Sumario.

CAPITULO VIII.

EL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX.

Sumario.

CAPITULO IX.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON L O DIVERSOS SISTEMA DE ECONOMÍA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Sumario.